

VIAJES
DE
ALI BEY EL ABBASSI
(DOMINGO BADIA Y LEBLICH)
POR ÁFRICA Y ASIA

TOMO I



VIAJES
DE ALI BEY EL ABBASSI
POR ÁFRICA Y ASIA.

TOMO I.

IMPRESA
DE JOSÉ FERRER DE ORGA.

VIAJES

DE

ALI BEY EL ABBASSI

(DON DOMINGO BADÍA Y LEBLICH)

POR ÁFRICA Y ASIA

DURANTE

LOS AÑOS 1803, 1804, 1805, 1806 Y 1807.

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS

POR P. P.

TOMO PRIMERO.



VALENCIA,

LIBRERIA DE MALLEN Y SOBRINOS,

FRENTE Á SAN MARTIN.

1836.



100106014

1957

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309

LECTURE 1

MECHANICS

1. Kinematics

2. Dynamics

3. Energy

4. Momentum

5. Angular momentum

100

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

VIAJES DE ALI BEY

POR ÁFRICA Y ASIA.

INTRODUCCION.

الحمد لله و هو العلي العظيم الذي علم بالقلم
علم الانسان ما لم يعلم قل لم الحمد لله النبي هدينا
الإيمان و الاسلام و هدينا الي المحجلو الي
البلد الحرام
هذا كتاب الصالح الامير الحكيم الفقيه الشريف
الحاج علي باي ابن عثمان باي العباسي حادم
بين الله الحرام *

ALABANZA sea dada á Dios; á él que es el altí-
simo, el inmenso; á él que nos enseña por el uso

* Fac simile de la escritura de Ali Bey.
TOM. I.

de la pluma, que enseña á los hombres á salir de la ignorancia. Alabanza á Dios, que nos guió á la verdadera fé del Islam, hasta el término de la peregrinacion y hasta la Tierra-santa.

Este libro es del religioso, príncipe, doctor, sábio, scherif, peregrino, Ali Bey, hijo de Othman, príncipe de los Abbassidas, servidor de la casa de Dios la prohibida.

Despues de haber empleado tantos años por los estados cristianos estudiando en sus escuelas las ciencias de la naturaleza y las artes útiles al hombre en el estado de sociedad, sea cual fuese el culto ó religion de su corazón, tomé en fin la resolucion de viajar por los países musulmanes, y cumpliendo al mismo tiempo con el sagrado deber de la peregrinacion á la Meca, observar las costumbres, usos y naturaleza de las tierras que se hallasen al paso, á fin de no hacer inútiles las fatigas de tan larga travesía, y si provechosas á mis conciudadanos en el país que escoja finalmente por patria.

CAPÍTULO I.

Llegada á Tánger. — Interrogatorio. — Presentacion al gobernador. — Instalacion de Ali Bey en su casa. — Preparativos para ir á la mezquita. — Fiesta del nacimiento del Profeta. — Morabito. — Visita al kadí. — Despedida de su introductor.

EN consecuencia de mi resolucion, habiendo vuelto á España por abril de 1803, me embarqué en Tarifa en una pequeña lancha; y despues, atravesando el Estrecho de Gibraltar, en cuatro horas entré en el puerto de *Tanja* ó Tánjer á las diez de la mañana, el 29 de junio del mismo año, miércoles, dia 9 del mes *rabiulaoual* del año 1218 de *el-hogera* ó de la hégira.

La sensacion que experimenta el hombre que por primera vez hace esta corta travesía, no puede compararse sinó al efecto de un sueño. Pasando en tan breve espacio de tiempo á un mundo absolutamente nuevo, y sin la mas remota semejanza con el que acaba de dejar, se halla realmente como trasportado á otro planeta.

En todas las naciones del mundo los habitantes de los países limítrofes, mas ó ménos unidos por relaciones recíprocas, en cierto modo amalgaman

y confunden sus lenguas, usos y costumbres; de suerte que se pasa de unos á otros por gradaciones casi insensibles; pero esta constante lei de la naturaleza no existe para los habitantes de las dos orillas del Estrecho de Gibraltar, los cuales, no obstante su proximidad, son tan diversos los unos de los otros como lo seria un frances de un chino. En nuestras comarcas de levante, si observamos sucesivamente al habitante de Arabia, de Siria, de Turquía, de Valaquia y de Alemania, una larga série de transiciones nos marca en cierto modo todos los grados que separan el hombre bárbaro del civilizado: pero aquí el observador toca en una misma mañana las dos estremidades de la cadena de la civilizacion; y en la pequeña distancia de dos leguas y dos tercios, que es la mas corta entre ambas orillas (*), palpa la diferencia de veinte siglos.

Cuando llegamos cerca de tierra, nos salieron al encuentro algunos moros. Uno de ellos, que me dijeron ser el capitan del puerto, envuelto en un albornoz, especie de saco grosero con capucha, desnudo de pié y pierna y con una gran caña en la mano, se metió en el agua pidiendo el certificado de sanidad, que mi patron le dió in-

* Ali Bey habla siempre de las leguas de veinte al grado del meridiano. (*Nota del Editor.*)

mediatamente, y luego encarándose á mí, me dirigió las siguientes preguntas.

Capitan.—¿De dónde venís?

Ali Bey.—De Lóndres, por Cádiz.

C.—No hablais morisco? (*)

A.—No.

C.—¿De dónde sois pues?

A.—De Hhaleb (Alepo).

C.—¿Y dónde está Hhaleb?

A.—En el Scham (la Siria).

C.—¿Qué pais es Scham?

A.—Está hácia el levante, cerca de Turquía.

C.—¿Con que sois turco?

A.—No soi turco, pero mi pais se halla bajo el dominio del Padischah (del Gran-Señor).

C.—¿Pero sois musulman?

A.—Sí.

C.—¿Traeis pasaportes?

A.—Sí, traigo uno de Cádiz.

C.—¿Y por qué no lo traeis de Lóndres?

A.—Porqué el gobernador de Cádiz me le ha tomado y rēemplazádole con este.

C.—Dádmele.

Entreguélo al capitan, quien dando órden de no dejar desembarcar á nadie, partió á enseñar mi pasaporte al *kaid* ó gobernador. Éste lo envió al cónsul de España para reconocerlo, y aproba-

* El capitan hablaba la lengua mogrebina. (Nota del Ed.)

do como auténtico, me lo remitió por medio de su vice-cónsul, quien vino á mi barco con un turco llamado Sid Mohamed, gefe de los artilleros de la plaza, enviado por el gobernador para interrogarme de nuevo.

Dirigieronme las mismas preguntas que el capitán del puerto, y volviéndome el pasaporte marcharon á dar cuenta al kaid.

Poco tiempo despues, volvió el capitán del puerto con la licencia del gobernador para mi desembarque. Salté en tierra al momento, y me hice conducir á casa del kaid, apoyándome sobre dos moros; porqué habiendo volcado mi coche al atravesar por España, recibí en la pierna una herida de consideracion.

El kaid me recibió mui bien. Reiteróme con poca diferencia las mismas cuestiones que se me habian dirigido, y en seguida dió orden de prepararme casa, despidiéndome con muchos cumplimientos y ofertas de servirme.

Dando las gracias al kaid, salí acompañado de las mismas personas, y me condujeron á una barbería. El turco que me habia interrogado en la barca estuvo yendo y viniendo muchas vezes, sin poder procurarse la llave del alojamiento que me estaba destinado, y cuyo propietario á la sazón se hallaba en el campo. Habiendo entretanto sobrevenido la noche, mi turco me trajo pescado para comer con él; y cuando despues de una li-

jera refaccion me disponia á dormir sobre una especie de cama de madera, entraron atropelladamente algunos soldados de la guardia del kaid con orden de conducirme otra vez á su presencia.

Levantéme, y me dejé llevar á casa del kaid, que me aguardaba impaciente algunos pasos fuera de la puerta. Hízome subir á una pieza donde se hallaba su secretario y su *kiahia* ó lugar-teniente-gobernador. Despues de disculparse de no haberme detenido por la mañana, añadió con mucha cortesía, que queria darme hospitalidad hasta que estuviese corriente mi alojamiento. Sirviéronnos café sin azúcar: repitiéronse las demandas y respuestas sobre lo concerniente á mí; y despues de una abundante cena, en la cual solo tomé una ligera parte, me acosté como los demas sobre la misma alfombra.

En la tarde del mismo dia habia ya desembarcado la maletilla que componia todo mi equipaje. Presenté su llave á la aduana, mas ni quisieron reconocerla ni recibir gratificacion. Dicha maleta me acompañó á todas partes hasta quedar instalado en mi alojamiento.

Al dia siguiente por la mañana, despues del desayuno, el patron de la barca vino á suplicarme interesase con el kaid para que le permitiera cargar algunos víveres; pero me negué á ello, no creyéndome todavía con bastante intimidad con el gobernador para aventurar peticiones. Comimos

á medio dia. Á las continuas preguntas que hacia sobre mi alojamiento no me respondian sino *sí, sí;* en fin hácia el anochecer me anunciaron estar ya corriente. Entónces me despedí del kaid, que me repitió sus ofrecimientos, y fuí conducido á mi nuevo domicilio.

Entrando en él hallé que durante el dia habian blanqueado las paredes y cubierto el suelo con una capa de yeso de dos á tres pulgadas, por lo que no estaba bien seco. Agradecí mucho el esmero que habian empleado en embellecer mi morada, y admiré al propio tiempo la rara simplicidad de costumbres de un pueblo que se contenta con semejantes habitaciones, y parece al mismo tiempo no conocer el uso de las ventanas en la construccion de las casas, de modo que las piezas no reciben luz sinó por la puerta de un corredor que da al patio. Á pesar de tantos inconvenientes, era tal mi deseo, y aun diré mi necesidad extrema de verme solo y á mis anchuras, que recibí como favor el alojamiento, y me encerré en él al instante. Dormí aquella noche sobre una estera, con una manta de lana por cobertor y la maleta por cabeza.

El siguiente dia, viérnes 1º de julio, se compraron los muebles de mi uso, que se redujeron á algunas esteras para cubrir el suelo y las paredes, algunos tapizes, un colchon, almohadas y utensilios de primera necesidad.

El traje de los marroquíes es mui poco conocido en Europa, porqué cuando vienen acá, toman ordinariamente el berberisco de los turcos de las regencias. El marroquí jamas cubre sus piernas: su calzado se compone de pantuflos amarillos mui grosceros, que lleva sin meter el talon; la pieza principal de su vestidura es una especie de gran sábana blanca de lana, que llaman *hhaik*, en la cual se envuelve de piés á cabeza. Así pues deseando vestirme como los demas, tuve que sacrificar mis calzones y lindos pantuflos turcos, y me envolví en un inmenso *hhaik*, dejando al aire las piernas y los piés, escepto la punta que entraba en mis enormes y pesadas *babuchas*.

Como era viérnes y debíamos ir á la mezquita á hacer la oracion de medio dia, siendo el rito de los marroquíes algo diferente del turco, que era el mio, mi turco me instruyó en las ceremonias del pais. Mas aun faltaban otros preparativos: el primero fué rasurarme la cabeza, aunque hacia pocos dias que lo habia hecho en Cádiz. Tambien el mismo turco me hizo la operacion, y su mano inexorable me puso toda la cabeza á punto de reventar la sangre, escepto el mechon de cabellos reservado en la coronilla. Despues de la cabeza se puso á rasurarme todas las demas partes del cuerpo, de modo que no quedase rastro de lo que nuestro santo profeta ha proscrito en su lei como horrible impureza. En seguida me

acompañó al baño público, donde hicimos nuestra ablucion legal. En otra parte hablaré de esto, como tambien de las ceremonias de la oracion en la mezquita, á donde fuimos á medio dia, con lo cual se terminó nuestra santa obra en aquel viérnes.

El siguiente sábado comenzó la fiesta de *El Mouloud*, ó nacimiento de nuestro santo profeta, cuya celebridad dura ocho dias. En esta época se hace la circuncision de los niños; todos los dias mañana y tarde se dan una especie de conciertos delante de la puerta del *kaid*: compónese la música de un tambor grosero y dos gaitas aun mas groseras y discordantes.

En aquellos dias de fiesta, fuimos á practicar nuestras devociones á una ermita ó lugar consagrado, situado á doscientas toesas de la ciudad, en el cual se veneran los despojos mortales de un santón. Sirve al propio tiempo de habitacion á otro santo vivo, hermano del difunto, y que recibe las ofrendas por los dos. Por aquel lado de la ciudad se ve el cementerio de los musulmanes.

El sepulcro del santón, colocado en medio de la capilla, estaba cubierto de diferentes retazos de una tela de seda, algodón, oro y plata mui usada. En un rincón habia algunos moros cantando en coro versículos del *kour'ann*. (*)

* Verdadero nombre del coran, ó alcoran, tal como lo pronuncian los árabes.

Hechas nuestras devociones en el sepulcro, pasamos á visitar al santo vivo, á quien encontramos acompañado de otros moros en el jardin, á poca distancia de la capilla. Hízonos mui buen recibimiento. Habiéndonos sentado, mi turco le refirió mi historia; el santo dió gracias á Dios por todo, y principalmente por haberme al fin restituido á la tierra de los verdaderos creyentes. Tomóme por la mano, y murmuró entre dientes una oracion; luego me puso la suya al pecho, y recitó otra oracion, despues de la cual nos separamos. El traje del tal hombre es el mismo que el de los demas habitantes.

Visitamos asimismo al *fakih Sidi-Abderrahman-Mfarrasch*, gefe de otros *fakihs* ó doctores de la lei, *imam* ó gefe de la principal mezquita de Tánger, y *kadi* ó juez civil del Canton. Este venerable viejo es respetado en todo el país, y aun del rei de Marruecos. Escuchó con interés mi historia contada por mi turco, y me manifestó sumo afecto.

Dados los primeros pasos para mi establecimiento, traté de ocuparme en mis negocios; pero la eterna compañía de mi turco que no me dejaba un instante noche y dia, me incomodaba en extremo, no permitiéndome dedicarme á trabajo alguno. Era pues indispensable alejarlo algun tanto de mí; pero el asunto era delicado, porque podia ser mui bien que fuese comisionado del

kaid para vigilarme de cerca como extranjero, y entónces semejante paso podia traer malas consecuencias. No obstante, como diariamente se encargaba de mis negocios, y manejaba mi casa, no sin provecho suyo, me fué fácil hallar pretextos ó verdaderos motivos de descontento; y habiéndome asegurado de que no estaba sostenido como recelaba, le separé de mí definitivamente; pero fué haciéndole un gran regalo, á fin de no escitar su resentimiento, y porqué realmente me habia servido bien en los primeros dias.

Desde aquel momento me hallé en plena libertad, y comencé á trabajar con desahogo.

CAPÍTULO II.

Circuncision.—Descripcion de Tánger.—Fortificaciones.—
Servicio militar.—Corrida de caballos.—Poblacion.—
Carácter de los habitantes.—Trajes.

DICE que en la fiesta del Mouloud es cuando los moros hacen circuncidar sus hijos: esta operacion que se practica públicamente fuera de la ciudad en la capilla de que he hablado, es una fiesta para la familia del neófito. Para ir al lugar del sacrificio, se reúne cierto número de muchachos, que llevan pañuelos, cinturones, y aun andrajos suspendidos de palos ó cañas á modo de banderas. Detras de aquel grupo viene una música compuesta de dos gaitas, que suenan al unísono, y no por eso son ménos discordantes, y de dos ó mas tambores roncós: orquesta bien desagradable á todo oído habituado á la música europea, como por desgracia era el mio. Sigue el padre ó pariente mas cercano con los convidados que rodean al niño montado en un caballo, cuya silla va cubierta de una mantilla encarnada. Si el niño es mui tierno lo lleva en brazos un hombre á caballo; los demas van á pié. El neófito lleva ordinariamente una especie de manto de tela blan-

ca; sobre este otro de color rojo adornado de diferentes cintas, y la cabeza ceñida de una faja de seda. Á cada lado del caballo va un hombre con un pañuelo de seda en la mano, con el cual ahuyenta las moscas del niño y de su cabalgadura. Cierran la marcha algunas mujeres envueltas en sus enormes hhaiks ó albornozes.

Aunque hai circuncisiones todos los dias de la fiesta del Mouloud, aguardé al último, porque me aseguraron que en él habria muchas mas: en efecto se hallaban todas las calles llenas de gente que iba y venia, y de soldados con sus fusiles.

Á las diez de la mañana salí de casa, y atravesando la multitud para dirigirme á la capilla, me encontré al paso con las comitivas de tres, de cuatro y aun de mas niños que llevaban juntos á circuncidar. El campo estaba cubierto de caballos, soldados, paisanos, árabes y grupos de mujeres enteramente cubiertas, sentadas á la sombra de algunos árboles, ó en los hondos que formaba el terreno. Al pasar los niños por delante de ellas, daban gritos agudísimos, lo cual es siempre de su parte señal de alegría.

Llegado á la ermita, atravesé el vestíbulo por medio de una inmensa multitud, y entrando en la capilla, ví lo que me atreveré á llamar una verdadera carnicería.

Al lado del sepulcro del santo habia cinco hombres, sin mas traje que una camisa y calzones, y

remangados hasta el hombro. Cuatro de ellos sentados frente á la puerta de la capilla, el quinto de pié al lado de la entrada para recibir las víctimas. Dos de los sentados llevaban los instrumentos del sacrificio; los otros dos una bolsa ó saquito lleno de polvos astringentes.

Detras de aquellos cuatro ministros se veía otro grupo de una veintena de muchachos de todas edades y colores, que tambien hacian su papel, como luego veremos; y á algunos pasos de distancia, otra orquesta como la de que he hablado, tocaba sonatas discordantes.

Al llegar el neófito, su padre, ó la persona que hacia sus veces, se adelantaba, entraba en la capilla, besaba la cabeza del ministro circuncisor y le hacia un cumplido. En seguida presentaban al niño. Al instante lo cogia el hombre fornido encargado de recibirlo, el cual levantándole la ropa, lo presentaba al circuncisor para el sacrificio. Al mismo tiempo se dejaba oír la música con estruendo espantoso, los muchachos sentados detras del ministro se levantaban á la vez dando terribles gritos, y atraían la atención de la víctima hácia el techo de la capilla, señalándole con el dedo. Aturdido el niño con tal baraunda, levantaba la cabeza, y en este momento el ministro, cogiendo la piel del prepucio, la tiraba con fuerza y la cortaba de un tijeretazo. Al instante otro echaba polvos astringentes en la herida, y otro

tercero la envolvía con hilas sujetándolas con una venda : luego se llevaban al muchacho en brazos. Toda la operacion no duraba medio minuto, aunque se hacia mui groseramente. El alboroto de los muchachos y de la música no me dejaban oír los gritos de las víctimas , aun estando á su lado; pero los gestos manifestaban su dolor. Ponian luego cada muchacho sobre la espalda de una mujer que se lo llevaba á casa, cubierto con el hhaik ó albornoz , y acompañado de la misma comitiva que á su llegada.

Con los neófitos del campo ví muchos soldados y beduinos, los cuales me sorprendieron por el manejo de sus larguísimos fusiles , que se disparaban unos á las piernas de otros en demostracion de amistad.

He oido decir á los cristianos, que habiendo algunos de ellos visitado los paises musulmanes, habian viajado con seguridad á favor del traje de los habitantes; pero lo tengo por imposible, sinó se sometieron previamente á la circuncision, pues es lo primero de que se informan en viendo extranjeros, de suerte que á mi llegada á Tánger lo preguntaban á mis gentes, y aun á mí mismo.

La ciudad de Tánger por la parte del mar presenta un aspecto bastante regular. Su situacion en anfiteatro, las casas blanqueadas, las de los cónsules de arquitectura regular; las murallas que rodean la ciudad, la alcazaba ó castillo, edifica-

do sobre una eminencia, y la bahía bastante capaz y rodeada de colinas, forman un conjunto muy bello; pero cesa el prestigio al poner el pié en la ciudad, y se ve uno rodeado de todo lo que caracteriza la mas repugnante miseria.

Escepto la calle principal que es algo ancha, y que desde la puerta del mar atraviesa irregularmente la ciudad de levante á poniente, las demas son tan angostas y tortuosas, que con dificultad pueden pasar de frente tres personas. Las casas tan bajas que en la mayor parte se puede tocar el techo con la mano. Dichos techos son llanos y cubiertos de yeso. Pocas casas hai que tengan piso alto. Las de los cónsules tienen buenos balcones, pero en las demas no se ven sinó algunas ventanillas de un pié cuadrado, ó aspilleras de una ó dos pulgadas de anchas y sobre un pié de altas. En algunos parajes la calle mayor está mal empedrada, lo demas abandonado á la simple naturaleza con enormes peñascos, que ni aun se han tomado el trabajo de allanar.

Las murallas que rodean la ciudad se encuentran en un estado completamente ruinoso. Hai en ellas torreones redondos y cuadrados; por la parte de tierra las ciñe un gran foso igualmente arruinado, plantado de árboles y cercado de huertas.

Sobre la derecha de la puerta del mar hai dos baterías; una baja de quince piezas, y otra mas elevada de once. La alta bate la mar de frente; tie-

ne un pequeño flanco con dos piezas que defienden el embarcadero y la puerta del mar: la baja bate también de frente la orilla. Hai además doce piezas colocadas en un punto muy elevado sobre la muralla. Los cañones son de diferentes calibres y de fábrica europea; mas las cureñas son del país, y tan mal construidas, que los de calibre de 24 á 12 no podrían sostener el fuego un cuarto de hora. Dos informes troncos con tres ó cuatro travesaños, un eje muy endeble, y dos ruedas formadas de gruesas tablas casi sin clavazón, componen la máquina: ésta va toda pintada de negro, y creo es de encina. Sobre la parte oriental de la bahía hai otras tres baterías.

Los buques mayores que he visto entrar en el puerto son de 250 toneladas; mas aunque la bahía está algo descubierta á los vientos del este, su situación es bastante buena, y creo que á poca costa se podría construir un hermoso puerto.

La plaza de Tánger por el lado de tierra no tiene otra defensa que el muro y foso arruinados y sin baterías. Por la otra parte del norte la muralla de la ciudad se reúne á la del castillo viejo ó alcazaba, situado sobre una eminencia, y en el cual hai un arrabal y una mezquita.

Como los moros ignoran absolutamente el servicio militar, sus baterías están de ordinario sin centinela. Á la puerta del kaid hai una pequeña guardia, y junto á la del mar una especie de es-

planada ó estrada, sobre la cual se ve cierto número de fusiles, representando un puesto militar que no existe, ó que cuando mas se reduce á dos ó tres hombres. Todos los dias á la caída de la tarde, miéntras el kaid da su paseo y se sienta á la orilla del mar, algunos soldados hacen la ceremonia de relevar la guardia, lo cual no pasa de simple parada, pues luego se retira cada cual á su casa.

Un fusilazo disparado en la plaza mayor á las diez de la noche da la señal de la retreta; entónces se establece un reten en el mismo sitio con un faccionario, que cada cinco minutos pasa la palabra á otro centinela colocado en la puerta del mar, gritando *asasa*, y el otro responde *alabala*. Cuando los moros están de servicio, lo hacen siempre sentados, y frecuentemente sin arma alguna, lo cual realmente es mui cómodo.

En las guerras de África casi para nada se cuentan los infantes, y los príncipes no valúan sus fuerzas sinó por el número de caballos. Según este principio los moros procuran adquirir toda la posible destreza en la equitacion. En Tánger se ejercitan por la orilla del mar haciendo corridas de caballos sobre la arena húmeda de la baja marea. Tan continuos ejercicios los hacen diestrísimos ginetes. La silla que usan es mui pesada y los arzones escesivamente altos. Dos cinchas mui apretadas pasan oblicuamente por de-

bajo de los hijares y el vientre del caballo. Montan con estribos mui cortos, y sus espuelas se componen de dos puntas de hierro de ocho pulgadas de largas. Con semejante equipaje y un bocado durísimo martirizan á los pobres caballos, de modo que se ve frecuentemente brotar la sangre por sus hijares y boca.

Una sola maniobra forma aquellos ejercicios militares. Tres, cuatro ó mas ginetes parten á la vez dando grandes gritos, y al aproximarse al término de la carrera, disparan su fusil en desórden. Á veces corre uno tras otro siempre gritando, y al punto de alcanzarle, le dispara su fusil entre las piernas del caballo.

No solamente tratan á éstos con mucha dureza, sinó que ni aun les dan un techo para abrigarse. Ordinariamente los tienen al raso ó en un patio descubierto, con los piés de delante sujetos á una cuerda atada horizontalmente entre dos estacas, sin cabezada alguna. La paja se la dejan en el suelo, pero la cebada se la presentan en un saquito que les cuelgan de la cabeza. Ordinariamente se da á los caballos paja dos ó tres veces al dia, pero la cebada solo una vez por la noche. Cuando están de marcha hacen el camino todo de una tirada cada dia, y no comen sino durante la noche. Sufren con igualdad el mas ardiente sol del estío y las lluvias del invierno. No obstante este régimen se conservan gordos, robus-

tos y sanos ; lo cual aun me haria creer semejante método preferible al europeo que hace los caballos tan delicados y embarazosos en los grandes movimientos militares ; bien que tambien debe considerarse la diferencia de los climas.

Se ven en Tánger muchos caballos , algunas mulas y pocos asnos ; éstos y las mulas son generalmente pequeños ; en cuanto á los caballos los hai de todos tamaños , pero no mui altos ; tienen fuego y escelentes disposiciones , pero ninguna instruccion , porqué los ginetes ignoran el arte de picarlos. La mayor parte son blancos ó cenicientos ; y éstos son los mas fuertes , pero los de color bayo y alazau son ordinariamente los mas hermosos.

Calcúlase la poblacion de Tánger en diez mil almas. Los mas son soldados , comerciantes á la menuda , artesanos mui groseros , pocas personas acomodadas , y judíos.

El carácter distintivo de aquellas gentes es la ociosidad : á cualquiera hora del día se las ve sentadas ó tendidas cuan largas son por las calles y otros parajes públicos. Son eternos habladores y visitantes , de manera que al principio me costaba mucho desembarazarme de ellos ; mas luego , como me tenian bastante respeto , se retiraban á la primera insinuacion , y así me dejaban tiempo para trabajar.

El traje de los habitantes es camisa con man-

gas anchísimas, enormes calzones de tela blanca, almilla ó chaquetilla de lana, bonete rojo y puntiagudo; la mayor parte llevan al rededor de éste una tela ó muselina blanca que forma el turbante. El hhaik los envuelve enteramente y cubre su cabeza á manera de cogulla; á veces el capote ó albornoz blanco con su capucha encima del hhaik, y las babuchas ó pantuflos amarillos. No falta tampoco quien en lugar de la chaquetilla lleva un *castan* ó levita larga abrochada por delante de alto á bajo con mangas mui anchas; pero no tan largas como los de los castanes turcos. Todos llevan cinturon de lana ó seda.

Las mujeres se presentan siempre tan completamente envueltas, que con dificultad se vislumbra un ojo en el fondo de un pliegue de su enorme hhaik; su calzado consiste en grandes babuchas coloradas, pero siempre sin medias como los hombres. Cuando llevan niño ú otra carga, siempre es sobre las espaldas, de modo que es imposible verles las manos.

El vestido de los niños consiste en una simple túnica con cinturon.

El albornoz sobre el hhaik es el traje de ceremonia de los *talbes* ó literatos, los imams ó gefes de las mezquitas, y fakihs ó doctores de la lei.

CAPÍTULO III.

Audiencias del gobernador. — Audiencias del kaid. — Vi-
veres. — Casamientos. — Entierros. — Baño público.

El kaid ó gobernador da sus audiencias al público diariamente, y administra la justicia casi siempre por juicios verbales. Á veces las dos partes se presentan juntas; pero otras no comparece sino el querellante: entónces el kaid le autoriza á presentar á su adversario, lo cual ejecuta sin hallar oposicion, porqué la mas mínima resistencia seria castigada severamente.

El kaid, recostado sobre una alfombra y algunas almohadas, escucha á las dos partes colocadas y puestas en cuclillas junto á la puerta de la sala, y se abre la discusion. Á veces el kaid y los litigantes se ponen á hablar ó mas bien á gritar todos juntos durante un cuarto de hora y sin poder entenderse, hasta que los soldados que hai siempre de planton detras de las partes comienzan á descargar puñadas sobre ellas para reducir las al silencio; entónces el kaid pronuncia la sentencia, y al instante mismo los litigantes son arrojados fuera del tribunal á golpes por los mismos

soldados, y el fallo se ejecuta irremisiblemente. Es circunstancia notable que cuantos se presentan ante el kaid en juicio deben despues de este ser despedidos de un modo tan particular por los soldados, los cuales les gritan continuamente *sirr, sirr*; corre, corre.

Alguna vez tambien da audiencia el kaid á la puerta de su casa; entónces está sentado sobre una silla, y la multitud se agolpa á su alrededor.

Los primeros dias despues de mi llegada me hallé en una de dichas audiencias. Presentóse al kaid un jóven con un rasguño casi imperceptible en la cara y dió su queja; trajeron á su adversario, el cual fué condenado á recibir treinta y un golpes; inmediatamente lo tendieron en tierra cuatro soldados, trajeron un palo y un lazo corredizo por el cual hicieron pasar los piés del paciente, y un soldado le descargó sobre la planta treinta y un golpes bien sentados con una doble cuerda embreada; acabada la operacion plantaron tambien á la puerta al querellante á golpes redoblados. Yo hubiera deseado vivamente pedir gracia por el condenado, pero me abstuve de hacerlo, ignorando cómo se recibiría mi demanda. Supe luego que en casos semejantes podia interceder en favor del paciente á los diez ó doce golpes. Á cada uno de ellos el condenado grita ordinariamente *Allah*, Dios; pero otros en lugar de gritar *Allah*, cuentan fieramente los golpes uno tras de otro.

Rarísima vez se presenta al kaid pedimento de cuatro á seis líneas. En consecuencia todo el aparato de su secretario se reduce á un tinterito de cuerno con pluma de caña y algunos pedazos de papel mui pequeños para recibir cualquier orden, lo cual es mas raro aun. Dicho secretario no tiene oficina ni archivos; de suerte que bien pronto desaparecen los papeles que se le entregan, pues no conserva el mas pequeño registro de las órdenes espedidas.

El kaid para juzgar no se guia por otra regla que su bueno ó mal sentido, y cuando mas algunos preceptos del coran. En mui pocos casos consulta á los fakihs, ó bien remite las partes al kadi ó juez civil.

El gobernador de Tánger se llama Sid Abderhaman Aschasch; era simple muletero, no sabe leer ni escribir ni aun poner su nombre; pero no le faltó talento y una especie de vivacidad atrevida. Tampoco se halla en estado de conocer cuán útil es al hombre la instruccion, de modo que la niega á sus hijos por sistema, los cuales igualmente que él no saben leer ni escribir. En la actualidad se halla dueño de inmensa fortuna en Tetuan, ciudad que está tambien bajo su gobierno y en donde reside su familia; parte su residencia entre una y otra, manteniendo un lugar-teniente en Tánger y otro en Tetuan para gobernar en su ausencia.

Los juicios del kadí son algo ménos tumultuosos que los del kaid; pero se practican mas ó ménos en la misma forma. Las decisiones se toman de los preceptos del coran y de la tradicion, miéntras no se oponen á la voluntad del soberano. Una vez juzgado cualquier negocio por el kaid ó kadí, no queda á las partes otra apelacion que al sultan mismo, pues no existen tribunales intermediarios.

Los géneros son abundantes en Tánger y á bajo precio; sobre todo la carne que es mui sustanciosa. Hácese excelente pan, y aun el mas ordinario no puede llamarse malo. El agua tambien es buena, aunque los acueductos están mal cuidados. No hai taberna propia para vender vino; pero los cónsules se hacen venir de Europa para su provision.

Las frutas son excelentes, y principalmente los higos, melones y naranjas de Tetuan.

El alimento principal de todos los habitantes del reino de Marruecos es el alcuzcuz, pasta simplemente compuesta de harina con agua, la cual condensan hasta hacerla bastante dura; en seguida la parten en pedazitos cilindricos como el dedo, luego se reduce á granos disminuyendo sucesivamente los pedazitos y partiéndolos diestramente con la mano. La pasta así dividida la dejan endurecer, esponiéndola sobre servilletas ya al sol, ya al aire libre. Para cocer el alcuzcuz lo ponen con manteca en una especie de puchero, cuyo fondo

está lleno de agujeritos; dicho puchero se coloca sobre otro mayor, en el cual los pobres no echan sino agua, pero las gentes acomodadas ponen carne y volatería. Puesto al fuego este doble puchero, el vapor que sube del inferior entra por los agujeros y cuece el alcuzcuz que hai encima. Si hai carne en el puchero inferior, la sirven en plato rodeada y cubierta de alcuzcuz, el cual forma tambien una especie de pirámide sin salsa ni caldo alguno. Los granos del alcuzcuz quedan sueltos y sin adherencia; fabricanse de todas clases, desde el mas fino que es como puches, hasta el mas grueso que se semeja á los granos de arroz. Yo tengo este alimento por el mejor para el comun del pueblo, porque á la ventaja de ser fácil de lograr y trasportar, añade la de ser en extremo nutritivo, sano y agradable.

Todo musulman come con los dedos de la mano derecha y sin tenedor ni cuchillo, por sola la razon de que el profeta comia así. Esta costumbre, que tanto choca á los cristianos, nada tiene sin embargo de repugnante ó incómoda. Despues de todas las abluciones legales que hace el musulman en el trascurso del dia, y en las cuales lava sus manos como luego veremos, las lava tambien siempre que se sienta á la mesa, y despues de haber comido, de modo que siempre las tiene limpias; ademas el uso de tomar la carne con los dedos es mui cómodo. En cuanto al al-

cuzcuz tienen la costumbre de tomarlo reuniéndolo en bolitas que se llevan á la boca.

Tambien hai en Marruecos cocineros que entienden bastante bien su oficio, y hacen sabrosos guisados con diferentes carnes, volatería, caza, pescado, legumbres y yerbas. No obstante como la lei no permite comer la sangre, se debe proceder con circunspeccion. Quanto á la caza y pescado, no lo comen sin haberlos degollado vivos, de modo que no quede una gota de sangre dentro del cuerpo. La gente acomodada tiene ordinariamente negras por cocineras, y las hai mui hábiles en su profesion.

Para comer sirven el plato en una mesita redonda sin piés, de veinte á treinta pulgadas de diámetro, con un borde elevado de cinco á seis pulgadas: dicha mesa está cubierta con una especie de cesta cónica de mimbres ó palma, que suele ser de diversos colores. En Marruecos todos los platos tienen la forma de un cono inverso y truncado, de modo que su base es mui estrecha. Á vezes se ponen sobre la mesa al rededor del plato cierto número de panecillos tiernos, y cada cual toma á pizcos del pan que tiene delante. Cada plato se sirve sobre una mesa particular siempre cubierta, de modo que hai tantas mesas como platos. En otras ocasiones se sirve por separado una gran taza llena de leche agria con varias cucharas de madera, mui groseras, largas y

profundas, y los convidados toman de tiempo en tiempo una cucharada de esta leche, ó bien á cada bocado de carne ó de alcuzcuz. Están sentados en tierra ó sobre una alfombra al rededor de la mesa, y toman todos del mismo plato. Cuando son muchos los convidados, se sirven varias mesas á la vez, poniéndose en torno de cada una cuatro ó seis personas con las piernas cruzadas.

Cada vez que los musulmanes se sientan á mesa, empiezan invocando la divinidad y dicen *Bism Illah*, en nombre de Dios; terminan la comida dando gracias, y sirviéndose de la espresion *Alhamdo-Lillahi*, ¡alabanza sea dada á Dios! Semejantes invocaciones se repiten ántes y despues de beber, y cuantas veces emprenden alguna obra. Pero si el nombre de Dios está siempre en la boca, no siempre está el respeto á la divinidad en el corazon de los que le invocan. Al levantarse de la mesa se lavan no solamente las manos, sino tambien lo interior de la boca y la barba. Para tales lavatorios se presenta un criado ó esclavo con una palangana de cobre ó loza en la mano izquierda, un jarro en la derecha y una toalla en el hombro izquierdo. Va presentándose sucesivamente delante de cada convidado; éste alarga las manos sobre la palangana sin tocarla, el criado hecha agua, lávase las manos, y con la derecha toma agua para limpiar lo interior de la boca y la barba; concluye enjugándose con la toalla que lleva

el esclavo. En las casas ricas un criado presenta el agua y otro la toalla. Hai poquissimos musulmanes que hagan uso de servilletas para limpiarse durante la comida. La costumbre exige que esta se termine siempre por el café.

En Marruecos se hacia antiguamente mucho uso del café; á todas horas del dia lo tomaban como en levante; pero habiendo los ingleses hecho regalos de té á los sultanes, ofrecieron éstos á sus cortesanos, y bien pronto el uso de la bebida se estendió de unos á otros hasta las últimas clases de la sociedad: de manera que proporcionalmente se toma en el dia mas té en Marruecos que en Inglaterra, y no hai musulman por poco acomodado que sea, que no tenga en su casa té para ofrecer á todas horas á las personas que van á visitarle. El té se toma mui fuerte y raras veces con leche, y el azúcar se pone en la tetera. Los ingleses proveen á los marroquíes de ambos artículos, y trasportan crecida cantidad de ellos desde Gibraltar.

La lei permite á los musulmanes cuatro mujeres, y concubinas cuantas puedan mantener: estas últimas han de ser ó compradas ó hechas prisioneras en la guerra, ó recibidas en presente. Las otras se empeñan por un contrato hecho entre el pretendiente ó sus parientes, y los de la pretendida ante el kadí y testigos: la union se verifica sin ceremonia alguna religiosa, de mo-

do que el casamiento es puramente civil: Pero es de notar que no obstante la falta de sancion religiosa que dan á este vínculo otros religionarios, las leyes de la castidad conyugal y la paz doméstica se observan mucho mejor en los matrimonios musulmanes, que en los de otras religiones. La lei del divorcio es gran freno para las mujeres, y la poligamia, al propio tiempo que satisface la naturaleza en climas tan ardientes, deja sin excusa al hombre que quisiera satisfacer caprichos desordenados.

Despues de firmado el contrato, la familia del pretendiente envia comunmente regalos á la casa de la novia; y son conducidos durante la noche en ceremonia con gran número de faroles, bujías y hachas en medio de la banda de aquellos malos músicos de que hablé arriba, y otra de mujeres dando agudos gritos.

La novia es conducida á casa de su esposo tambien en ceremonia, con una comitiva semejante á la de los niños cuando los circuncidan. Eran las seis de la mañana la primera vez que presencié en Tánger aquel espectáculo. Á la recién casada la llevaban sobre sus hombros en una especie de ceston cilíndrico, cubierto por fuera con una tela blanca y rematando en una cubierta de forma cónica pinada de diferentes colores, como las que sirven para cubrir las mesas; pero todo tan pequeño que parecia imposible cupiese allí una mu-

jer, y el tal ceston tenia absolutamente la semejanza de un plato de comida que se enviase al novio. Éste al recibirle levantaba la cubierta, y veía á su prometida por primera vez.

Luego que muere un musulman lo colocan en unas parihuelas, cúbrelo con su hhaik y algunas veces con ramas de árboles; condúcenlo cuatro hombres, y le acompañan gran número de personas sin guardar orden entre sí, ni dar alguna señal de luto, y marchando á pasos precipitados. La comitiva se dirige hácia la puerta de una mezquita á la hora de la oracion de medio dia: terminada ésta, el iman anuncia que hai muerto á la puerta; todos se levantan para orar brevemente en comun por el reposo del alma del fiel creyente; pero el cadáver no entra en la mezquita.

Acabada la oracion vuelve la comitiva á ponerse en marcha y camina siempre á pasos precipitados, porqué el ángel de la muerte aguarda al individuo en el sepulcro para hacerle sufrir un interrogatorio, y pronunciar el fallo que ha de decidir de su suerte. Á cada instante se remudan los conductores, porqué todos desean participar de aquella obra de misericordia. Miéntas dura el camino, todos van cantando versículos del coran sobre el aire *re, do, re, do*.

Llegado al cementerio, y despues de una breve oracion, el cadáver es colocado en la huesa sin ataud, y pucsto sobre la tierra un poco de

lado mirando hácia la Meca; la mano derecha ar-
rimada á la oreja por el mismo lado y como apo-
yada sobre ella: en seguida dando tierra al cuer-
po, la comitiva vuelve á la casa del difunto para
darle el pésame á la familia. Durante este tiempo,
como tambien desde el momento en que espira,
y por ocho días consecutivos, las mujeres de la
familia se reúnen para dar gritos espantosos que
duran casi todo el día.

El baño público en Tánger es mui sucio y de
aspecto miserable. Éntrase en él por una peque-
ña puerta, bájase luego por una angosta escale-
ra, y á la derecha se halla un pozo, de donde
se saca el agua necesaria para el servicio del es-
tablecimiento; sobre la izquierda hai una especie
de vestíbulo, y á su lado un aposento reducido.
Estas dos piezas sirven para vestirse y desnudar-
se. Sobre la derecha del vestíbulo se halla una
cámara ó mas bien un subterráneo, el cual recibe
tan poca claridad, que cuando se entra en él parece
enteramente oscuro: su pavimento, que está en-
teramente cubierto de agua, es en extremo res-
baladizo. La mayor parte toman allí su baño con
un cubo de agua caliente y otro de agua fria,
que templan á su voluntad, y se la echan por
el cuerpo poco á poco con las manos despues de
las ceremonias de la ablucion.

Los que quieren tomar el baño de vapor, van
á una cámara situada sobre la izquierda, que

está enlosada de ladrillos de mármol blanco y negro, colocados á manera de ajedrez: el techo abovedado contiene tres claraboyas circulares de unas tres pulgadas de diámetro, y tapadas con pedazos de vidrio de diferentes colores, lo cual produce bastante buen efecto para la luz. La puerta de esta cámara se mantiene siempre cerrada, y en frente hai una pequeña pila que recibe el agua caliente por medio de un conducto; el agua fria está en los cubos. Desde el momento que se entra en dicha cámara se siente una atmósfera sofocante que fatiga la respiracion, y en ménos de un minuto se halla el cuerpo cubierto de agua, que reuniéndose en gotas gruesas corre por toda la piel, y se ve uno cubierto de piés á cabeza de copioso sudor. Siéntanse sobre los ladrillos, los cuales se calientan hasta tal punto, que al pronto producen un calor insoportable, mas luego se disipa: y despues de haber permanecido sentados todo el tiempo que les parece, hacen su ablucion, y se lavan ó bañan el cuerpo: pero la salida para vestirse es incómoda, porque no hai aposento alguno intermedio para templarse ántes de salir al aire libre.

La primera vez que entré en dicho baño experimenté una verdadera fatiga á causa de la temperatura elevada que allí reina; pero bien pronto comencé á habituarme, y á conocer lo saludable que es: quisiera sin embargo mas comodidad

y ménos calor. Siempre que he vuelto he encontrado ocho, diez ó mas personas enteramente desnudas, cosa á mi parecer no mui decente.

El precio de estos baños es de una *muzuna*, que los europeos del pais llaman *blanquilla*, y equivale poco mas ó ménos á dos sueldos, moneda de Francia. (*)

Para mantener el calor y el vapor caliente del baño, hai un horno debajo de la cámara que calienta el pavimento; ademas una caldera de donde viene el agua por medio de un cañon, que se abre y cierra á voluntad, por un grifo: hai tambien otro conducto que da continuamente el vapor del agua de la caldera. Este vapor se aumenta mucho mas, cuando se vierte agua sobre el pavimento caliente, la cual reducida así á vapores, impregna cada vez mas la atmósfera de su humedad, y produce en los que entran los efectos ya mencionados.

* Unos trece maravedís.

CAPÍTULO IV.

Arquitectura.— Mezquita. — Música. — Diversiones.— Gritos de las mujeres. — Ciencias. — Santos.

LA arquitectura arábica, mogrebina ú occidental, en nada se parece á la del tiempo presente oriental antigua ó moderna. Léjos de encontrar en la arquitectura mogrebina la elegancia y valentía de la árabe, todas sus obras llevan impreso el carácter de la mas grosera ignorancia. Los edificios están contruidos sin plan y como á la ventura, con tal ignorancia de las primeras reglas del arte, que aun en casas principales he visto la escalera sin el mas pequeño rayo de luz, de modo que era preciso tener siempre lámparas encendidas. Generalmente los vestíbulos ó portales, y las escaleras son en extremo mezquinas, aunque la casa sea mui espaciosa.

La forma de las casas consiste siempre en un patio cuadrado, cuyos dos, tres y aun cuatro lados presentan un corredor. Paralelo á éste hai un aposento estrechísimo en toda su lonjitud; pero dichos aposentos no tienen de ordinario otra aber-

tura ó ventana que la puerta del medio que da al corredor ; de aquí proviene que las habitaciones están mal ventiladas. Los techos son llanos y cubiertos de una capa de yeso lo mismo que el suelo ó pavimento de los aposentos.

Construyen las paredes con yeso, cal y piedras; pero mas ordinariamente con arcilla amasada con agua. Para edificar de este modo ponen una tabla perpendicular á cada lado para sujetar las dos superficies de la pared; echan en el medio la tierra amasada con agua, á la cual dan la consistencia de pasta, y la apisonan dos hombres cada cual con su maza. Miéntras se emplean en este trabajo, cantan ordinariamente al són de su instrumento. Como allí es difícil procurarse vigas grandes, se ven precisados á hacer los cuartos angostos á fin de poder construir el techo con los maderos cortos del pais. Sobre este amazon estienden una capa de cañas, luego otra de tierra cubierta de yeso de un pié de espesor. Tan pesada techumbre hunde el edificio y dura mui poco.

Las puertas están construidas groseramente. En Tánger la mayor parte de las cerraduras son de madera.

El uso de los lugares comunes y hoyos es casi desconocido; hacen sus necesidades en un corral ó en un tiesto.

La arquitectura de las mezquitas es tan pesada como la de las casas: la principal se compone de

un patio rodeado de arcos; por el lado opuesto á la puerta hai algunas hileras de arcadas paralelas. La fachada está enteramente unida, y la torre ó minareto en el ángulo izquierdo. Los arcos y techo son mui bajos, quedando en descubierto la armadura que es mui grosera. En general la construcción de estos edificios es mezquina. Habiendo advertido que no habia en la mezquita agua para beber, hice poner al lado de la puerta un gran cubo de agua sólidamente pegado á la pared por medio de un refuerzo de cal y canto y un vaso para beber: en fin doté el establecimiento para su subsistencia y conservación de la fuente. En un aposento que está encima de la mezquita vive un hijo del kadí que cuida de hacer andar dos péndulos grandes y uno pequeño; éstos sirven para indicar las horas de oracion; mas como para arreglar su marcha con el sol, no tenia sinó una especie de cuadrante grosero, no podia saber la hora sinó por aproximacion, y con algunos minutos de diferencia. Por esta razon durante mi residencia en Tánger dí yo la hora para los péndulos; por consiguiente el momento de la oracion y el llamamiento de los minaretos dependian enteramente de mi reloj.

La mezquita se llama en árabe, *El-jamaa*, ó lugar de la asamblea. En el fondo de ella se ve un nicho casi en direccion de la línea que mira á la Meca, en la cual se pone el *imam* ó la perso-

na que dirige la oracion pública; á la izquierda hai una especie de tribuna, que se reduce á una escala de madera, sobre la cual sube el imam todos los viérnes ántes de la oracion de medio dia para predicar al pueblo. En la gran mezquita hai un gran armario cerrado con llave, que contiene alcoranes y otros libros de religion: tambien se hallan dos púlpitos de madera, en los cuales se sientan alguna vez los fakih's para hacer su lectura al pueblo. En lo alto de muchos arcos hai suspendidas una araña y algunas lámparas de mal vidrio verde, colocadas sin orden ni simetría. Casi todo el suelo está cubierto de esteras. En un patio, detras de la mezquita, hai un pozo de donde se saca agua de bastante mala calidad, y solo se emplea para hacer las abluciones.

Me reservo hablar de la religion ó culto, para cuando trate de la ciudad de Fcz.

La música de Tánger tiene poco que allagar, aun á los oidos ménos delicados. Figúrese cualquiera dos músicos groseros armados de dos dulzainas mas groseras, aun que sus personas, que queriendo tocar á un disono con instrumentos desacordes, toman cada cual su movimiento diferente. No tienen aires determinados porque jamas los escriben en música y solo los aprenden de memoria. Sucede de ordinario que uno de los músicos arrastra al otro segun su capricho, y el segundo se ve forzado á seguir como puede su apre-

surado movimiento. Este produce un efecto exactamente semejante al de un mal órgano cuando lo afinan. No obstante tan espantosa melodía, la fuerza de la costumbre es tal que llegué á acostumbarme á semejante algarabía; aun mas: hice tan grandes progresos en esta música, que llegué á desenmarañar algunos de los aires que están allí mas en boga, y que apunté en caracteres de música europea. Dichos aires, á los que es muy difícil poner un bajo, van cuasi siempre por la cuerda de re.

Es imposible que estos dulzaineros puedan contar con larga existencia, atendido lo que gastan las fuerzas al tocar sus instrumentos: sus carrillos se hinchan extraordinariamente; y á pesar de un cerco de cuero que los cubre dos ó tres pulgadas al rededor de la boca, arrojan mucha saliva; el vientre está tirante y duro por la forzada y violenta expansion del viento que emplean, lo cual indica cuánto deben fatigarse.

Ya he dicho que los tales instrumentos van siempre acompañados de un tambor, cuyo ronco sonido se deja oír cada cuatro ó cinco minutos; pero mas ordinariamente de minuto en minuto' escepto en una especie de aire, en que marca golpes regulares mas subidos.

Los músicos acompañan casi siempre los casamientos, circuncisiones, cumplidos de felicitacion y fiestas de pascua; pero no son admitidos

en las mezquitas, y su profesion para nada entra en los actos del culto. Tal vez temerán, como decia un viajero, hacer despertar al Eterno sobresaltado.

En Tánger no hai diversiones comunes ni sociedad particular. El moro desocupado sale de su casa por la mañana, se sienta en tierra en la plaza ó en otro paraje público; algunos otros habitantes van llegando casualmente y hacen lo mismo. De este modo forman sus reuniones, donde se están hablando todo un dia.

Todo el tiempo de mi residencia, mi casa fué por la noche el punto de reunion de los fakih's, pues venian á tomar el té. Los cónsules y demas europeos se componen entre sí: forman una especie de república enteramente separada de los musulmanes y parten entre sí todas las noches para las tertulias ó reuniones. Estando las mujeres absolutamente separadas de la sociedad de los hombres, no les queda otro papel que hacer en las fiestas, sinó los gritos agudos y penetrantes, que dejan escapar entre los envoltorios que las ocultan. Cuando un muchacho ha acabado los estudios, que consisten en saber leer y escribir, lo cual constituye toda la ciencia de un moro, lo pasean á caballo por las calles con la misma solemnidad que en las circuncisiones, y su familia hace fiestas acompañadas siempre de los gritos penetrantes de las mujeres. Ellas gritan por la presencia del rei, y cuando yo hube cobrado algun

ascendiente tambien gritaban por mí. Como es una especie de arte y talento en las mujeres el de arrojar tan espantosos gritos, aprovechan todas las ocasiones de ejercitarlo, procurando escederse unas á otras tanto en lo agudo del tono como en lo sostenido del grito. Á veces las oía pasar á bandadas por delante de mi casa ó la una ó dos de la mañana dando siempre gritos agudísimos. La lectura es mui difícil, porqué no hai imprenta, por la forma arbitraria de los caractéres de escritura, y por la falta de vocales y puntuación. Así los habitantes de Tánger están hundidos en la mas crasa ignorancia. En todo el pais solo hallé un individuo que hubiese oido hablar del movimiento terrestre. Cuentan mil estravagancias sobre los planetas, sobre las estrellas, sobre el movimiento de los ciclos, y carecen de la mas lijera idea de física. Uno de aquellos que se llaman sábios, viéndome un dia entre las manos mi horizonte artificial lleno de mercurio, para hacer una observacion astronómica, me previno con grande ponderacion, que era una materia escelente para destruir la comezon y los insectos; me enseñó el modo de aplicarlo á los pliegues y costuras del vestido: este era para él el uso mas útil que se podia hacer del mercurio.

Los moros confunden la astronomía con la astrología, y tienen muchos astrólogos. Carecen de la menor idea de la química; pero no faltan en-

tre ellos algunos pretendidos adeptos alquimistas. Ignoran completamente la medicina. Sus nociones sobre la aritmética y geometría son mui limitadas: entre ellos casi no hai poetas, y mucho ménos historiadores; así es que ignoran su propia historia, y las bellas artes son para ellos cosa desconocida.

El coran y sus esplicaciones son la única lectura de los habitantes de Tánger. Por desgracia semejante pintura no es sinó mui fiel; y estos climas pueden con mucha razon llamarse bárbaros.

Ser *santo* entre los musulmanes es un estado ó mas bien un oficio, que se toma ó deja arbitrariamente, y á vezes pasa en herencia. Sidi Mohamel el *Hadji*, fué un santo mui respetado en Tánger. Despues de su muerte se venera su sepulcro en la capilla de que he hablado; y su hermano mayor, que ha heredado su santidad, está en igual veneracion. Este tal es un pícaro astuto, que de cuando en cuando venia á hacerme la corte; lo cual era un singular favor á los ojos de los habitantes. Su capilla y jardin son un seguro asilo para todo criminal que quiere librarse de las persecuciones de la justicia: ningun musulman seria tan atrevido y audaz que se permitiese entrar sin haberse dispuesto préviamente por medio de una ablucion legal, con el agua de un pozo inmediato á su puerta; pero yo que por una gracia especial, debida á mi ilustre origen, era

mirado como superior á todos, entraba alguna vez á caballo con mi criado en la habitacion del santo sin haber hecho ablucion.

Tánger tiene la dicha de poseer otro santo muy venerado, que llegó á ser tambien grande amigo mio. Es un hombre de bien, pues á fuerza de decirle que era un bribon y que engañaba sus conciudadanos, últimamente convino en ello y me lo confesó. Yo me reía con él en secreto de la credulidad de los otros, porqué sabia perfectamente, y aun lo repetia á menudo, que los tontos en este mundo sirven para la diversion de los que saben mas.

Otro santo corria por las calles como un loco, acompañado de mucha gente: llevaba la cabeza descubierta, una larga y enmarañada cabellera, y en la mano una cuerda de una especie de esparto que abunda en el pais. El tal personaje distribuía en forma de reliquias pequeños hilitos de esta planta á los que le pedian. Cuando se encontró conmigo en la calle, me dió un gran puñado de ella como un singular favor; yo puse sobre mi pecho con toda la veneracion posible tan precioso regalo.

Un dia que caminaba yo solo por la calle, se me acercó un moro y me dijo: dadme duro y medio para comprar un albornoz; yo soi santo, y sinó quereis creerme ó no os fiais de mi palabra, preguntadlo á vuestros criados ó á vuestros ami-

gos, y veréis como no os engaño. Manifestando dar crédito á este discurso, me compuse con él y le dí medio duro.

Tánger posee igualmente otro santo, que es ó aparenta ser imbécil: está siempre en la plaza principal, y su presencia es anunciada por una especie de graznido semejante al del ánade ó pato. Su traje y modales son sumamente asquerosas: arroja siempre por la boca alimentos que han estado dentro de su cuerpo y que provoca cuando quiere. ¡Cosa increíble! hai fanáticos de fé bastante robusta para chuparlos y aun tragarlos. Contáronme que el tal santo habia cometido en algunas ocasiones públicamente cosas bien contrarias á la decencia. En fin el exceso de estupidez y fanatismo de estos habitantes, tocante á estos objetos, parece increíble, y se asemeja á los cuentos de las mil y una noches. Los fakihs y los talves disimulan sobre este particular, y dejan al pueblo en el error, aunque ellos son bien despreocupados, y mas de una vez me han hablado con franqueza sobre estas aberraciones del espíritu humano.

CAPÍTULO V.

Judíos. — Pesos, medidas y monedas. — Comercio. — Historia natural. — Posición geográfica.

Los judíos del reino de Marruecos viven en la mas horrorosa esclavitud. Es una circunstancia particular lo que sucede en Tánger, y es que los judíos habitan junto con los moros sin estar en cuartel separado, como sucede en otras ciudades donde reina el islamismo; pero esta distincion causa mil disgustos á estos desgraciados, porqué escita con mayor frecuencia lances desagradables, en los cuales si no tiene razon el judío, el moro se toma la justicia por su mano, y si la tiene y va á quejarse al juez, éste siempre se inclina á favor del musulman.

Esta terrible desigualdad de derechos entre los individuos de ambas sectas, remonta hasta la cuna; de modo que un muchacho musulman insulta y maltrata á un judío cualquiera, sin miramiento á su edad y achaques, sin que éste tenga por decirlo así derecho de quejarse, y mucho menos de defenderse. Los muchachos de ambas religiones conservan entre sí la misma desigualdad,

de suerte que he visto un millon de vezes á los muchachos musulmanes divertirse en maltratar á los judíos, sin que éstos se permitiesen jamas el mas lijero acto de defensa.

Por órden del gobierno visten los judíos un traje particular; compónese de unos grandes calzones, túnica que baja hasta la rodilla, y una especie de albornoz ó manto que cae por un lado, pantuflos y un bonete mui pequeño: dichas piezas han de ser de color negro, á escepcion de la camisa, cuyas mangas, en estremo anchas, están descubiertas y pendientes.

Cuando los judíos pasan por delante de las mezquitas, están obligados á quitarse las sandalias ó pantuflos, y lo mismo cuando pasan por delante de la habitacion del kaid, del kadí y de los principales musulmanes. En Fez y en algunas otras ciudades no pueden andar sinó á pié descalzo.

Si encuentran á algun musulman de elevado rango, deben desviarse precipitadamente á cierta distancia, sobre la izquierda de la direccion del musulman, dejar en tierra sus sandalias á distancia de uno ó dos pasos de ellos, y ponerse en una postura humilde, con el cuerpo enteramente inclinado hácia adelante, hasta haber pasado el musulman, ó hallarse á larga distancia. Sinó se someten al punto á tan humillante medida, como igualmente á la de apearse del caballo, cuando se encuentran con un sectario de Mahoma, son

castigados severamente. Varias veces me he visto obligado á contener á mis soldados y sirvientes, que se arrojaban á maltratar á estos infelices, cuando no estaban bastante prontos, ó tardaban en ponerse en la aptitud prescrita por el despotismo musulman.

Esto no obstante los judíos hacen en Marruecos un comercio bastante considerable, y poco á poco han ido tomando las aduanas en arriendo. Pero sucede casi siempre que paran en ser robados, ya por los moros, ya por el gobierno. Al llegar allá tomé á mi servicio dos judíos, y cuando veía el tratamiento que se les daba, y las penas que se les hacia sufrir, les preguntaba porqué no se marchaban á otro pais, á lo que me respondian serles imposible, pues eran esclavos del sultan.

Los judíos son los principales artesanos en Tánger, y sin embargo trabajan mucho peor que el último artesano europeo. De aquí se podrá inferir lo grosero de las obras de los artesanos moros. Pero al mismo tiempo tienen los judíos la mayor destreza para robar, y se vengan de los malos tratamientos de los moros estafándolos y engañándolos continuamente.

Los judíos tienen sinagogas en Tánger, y tambien tienen santos ó sabios que viven y comen bien á espensas de los demas.

La hermosura es bastante comun entre las ju-

días; las hai tambien bellísimas, y son las que de ordinario paran en concubinas de los moros, lo cual contribuye alguna vez á la reunion de las dos sectas enemigas. Sus colores son mui hermosos. Entre las moras es mui comun la tez de color mate blanco, como estátuas de mármol, ya sea á causa de su vida sedentaria, ya porqué siempre están encerradas ó del todo cubiertas cuando salen, de modo que su cara casi nunca está espuesta al aire libre.

En el reino de Marruecos no se conoce otra medida linear que el codo, que llaman *draa*; éste se divide en ocho partes llamadas *tomins*.

Como no hai patron ó módulo originario para la exacta dimension del codo, es sumamente difícil hallar dos que sean rigurosamente iguales; mas por un término medio entre diferentes codos que he comparado á mis módulos europeos, hallé que al *draa* ó codo de Marruecos es igual á 244,7 líneas de la toesa de Francia, ó á 0,55126 de un metro.

La medida de capacidad para los granos se llama el *molde* ó almud. Hai dos, grande y pequeño; éste es la mitad del grande.

La misma falta de exactitud que he notado en la medida linear, se halla en esta última. El molde es un cilindro hueco mui mal hecho, cuya capacidad, calculadas todas sus imperfecciones, puede considerarse como igual á 123 líneas 56 de diá-

metro, y 106 líneas 29 de altura; lo cual da 856 pulgadas y media de la toesa de Francia.

El peso se halla afectado de las mismas variedades ó vacilaciones que la medida; pero en fin despues de haber comparado muchos de estos pesos con mis módulos de Europa, resulta, por un término medio, que la libra de Marruecos que llaman *artal* contiene 16 onzas, 347 granos, 40 centésimas de grano de Paris.

La moneda mas pequeña del pais es el *kirad*, y la mayor el *baind'ki*. He aquí la progresion:

EN COBRE.....	{	El <i>kirad</i> .
	{	El <i>flus</i> .
EN PLATA.....	{	El <i>muzuna</i> ó blanquilla.
	{	El <i>derhand</i> ó la onza.
	{	El <i>medio ducado</i> .
EN ORO.....	{	El <i>metzkal</i> , <i>mal'boa</i> ó ducado que vale 10 onzas.
	{	El <i>baind'ki</i> que vale 25 onzas.

Toda la moneda de España es corriente en Marruecos, y me parece que el duro español, que llaman *arrial*, es la especie mas abundante en el pais, pues su valor es mui arbitrario; pues el duro español vale ordinariamente 12 onzas del pais, y la peseta de España 3 onzas, de suerte que hai de una á otra 25 por 100 de diferencia; y aunque se cambia el duro por cuatro pesetas y

media, lo cual reduce la ganancia, esto da margen á un grandísimo contrabando de moneda, pues la mayor parte de los buques ó lanchas que vienen de Europa llevan continuamente en fraude pesetas de España para cambiarlas por duros.

Se halla tambien mucha moneda falsa que viene del extranjero, y que segun las noticias que he adquirido puede mui bien haber sido fabricada en Inglaterra. La balanza de comercio es mui ventajosa para los víveres; pero mui elevada para los objetos de fábrica. Á pesar de la excelente situacion del puerto de Tánger, su tráfico se halla reducido á una módica esportacion de víveres, á un corto comercio de contrabando con España, y á algunas débiles relaciones con Tetuan y Fez, á donde se hacen algunos envíos poco considerables de objetos europeos. En cuanto al comercio de Marruecos en general, hablaremos con mas estension en otro lugar. Las tiendas son tan pequeñas, que el comerciante sentado en medio no necesita moverse para alcanzar cualquier objeto y presentarlo al comprador.

El terreno, que forma la base de la costa de Tánger, se compone de diferentes capas de granito secundario de testura compacta ó granillosa fina. Dichas capas, inclinadas hácia el oriente, forman con él un ángulo de 50 á 70 grados; su espesor es ordinariamente de pié y medio á dos piés; su direccion al este-oeste; y su inclina-

cion para formar el ángulo es del lado del norte.

La distancia de una capa á otra es ordinariamente de dos piés, y este espacio lo ocupa una arcilla poco dura que forma en la misma direccion capas intermediarias á semejanza de pizarras.

Dichas capas de granito y arcilla se elevan poco sobre el nivel del mar, pues la mayor altura que les he encontrado es de 30 á 40 piés; pero su estension es grande, pues son exactamente las mismas en el rio de Tetuan ocho leguas distante. Tambien he notado algunas capas de granito que se meten en el mar en la misma direccion y hasta una distancia considerable. Si fuese permitido sacar grandes inducciones de pequeñas cosas, diria que la catástrofe que abrió el estrecho de Gibraltar, fué un hundimiento repentino, no del terreno que forma el fondo del estrecho, sino del que está inmediato por la parte del mediodía, y en cuyo vacío cayó la montaña ó masa terrestre que ocupaba el espacio reemplazado hoy por el brazo del mar; en consecuencia de este movimiento las capas perpendiculares de granito tomaron la direccion actual; mas por otro lado como dicho granito compacto parece de elevacion secundaria, se pueden admitir todas las direcciones posibles en sus capas, sin necesidad de suponer un trastorno posterior á su formacion.

Sobre este lecho ó base general de la costa, han acumulado las aguas y vientos otras capas de

arcilla blanca y arena; las cuales forman unas colinas y unas montañas altas del camino de Tetuan: finalmente los despojos vegetales y animales han formado la capa de tierra vegetal, que cubre el todo, y es fértil en extremo. En la parte sur de la bahía de Tánger, sobre la orilla del mar, los vientos del este han ido formando poco á poco grandes acumulaciones de arena; presentan ya colinas que estrechan sucesivamente la bahía, y acabarán por cerrarla con el tiempo. Dichas arenas son absolutamente movedizas, y no contienen materia alguna capaz de ligarlas: no obstante esta particularidad, se ven crecer en ellas liliáceos y algunas otras plantas que tengo en mi colección.

La temperatura de Tánger es bastante dulce. Mi termómetro, situado con toda la atención necesaria, á fin de que no recibiese ni la impresión directa ni una reflexión inmediata del sol, sino que espresase solamente la verdadera temperatura de la masa del aire, no marcó durante mi residencia un calor mayor de $24^{\circ} 6$ de reaur, el 31 de agosto á medio día, en que se esperiméntó un calor extraordinario. Otro termómetro, colocado al sol con la mayor escrupulosidad, para que recibiese toda su influencia durante el mismo tiempo, señaló $39^{\circ} 5$, el 22 de agosto á las dos de la tarde.

La mayor altura del barómetro fué de 28 pul-

gadas y 1 línea , 9 décimas de línea del pié de Paris; y la menor de 27 pulgadas 3 líneas; lo cual da 4 décimas de línea de variacion.

La menor humedad atmosférica observada fué de 38 grados del higrómetro de Saussure el dia 15 de julio; mas aquí se halla el aire comunmente cargado de humedades; lo cual se hace sensible no solamente por las indicaciones higrométricas, sinó tambien por todos los metales, los cuales se oxidan rápidamente en Tánger á causa de esta escesiva humedad atmosférica.

La diferencia de las estaciones es bien marcada en Tánger. El estío fué constantemente sereno. Hacia el equinoccio comenzaron las lluvias y borrascas, que continuaron con la misma constancia. Durante este tiempo cayeron muchos rayos, y uno de ellos mató á un hombre.

No obstante la fertilidad de la tierra se encuentran pocas especies de plantas en los alrededores de Tánger; lo mismo sucede con los insectos, á lo ménos en la época en que yo vivia allí, porqué la estacion favorable á investigaciones de esta clase debe ser la primavera.

Un infinito número de cigüeñas hacen sus nidos, ó mas bien sus barracas, sobre las murallas de la ciudad, pero desde el mes de setiembre todas marchan hacia el sud. Sus nidos permanecen intactos: y cuentan que siempre que vuelven, cada cual reconoce el suyo; añadiendo que si por ca-

sualidad el primer día se mete una cigüeña en el nido de otra, al llegar ésta se suscita un sangriento combate entre las dos, hasta que una ú otra queda vencida; y aseguran que este espectáculo se repite muchas veces el día de su regreso, que se verifica por la primavera.

En Tánger no puede un hombre subir al terrado de su casa sin comprometerse por los zelos de los que habitan las vecinas. Las dos en que viví sucesivamente estaban tan mal situadas, que no pude hacer sinó mui pocas observaciones astronómicas, y éstas con mucha pena; por otra parte habia dejado mis instrumentos y bagaje en Cádiz, y cuando me los trajeron era la estacion de las lluvias, durante la cual se ve pocas veces el cielo descubierto: circunstancias que me impidieron hacer gran número de observaciones. Á pesar de tales obstáculos mi latitud observada por un término medio poco distante de los extremos dió $35^{\circ} 47' 54''$ norte.

Habiendo observado el último contacto de un eclipse de sol el día astronómico 17 de agosto, M. Lalande caculó mi longitud en Tánger = $0^{\circ} 33' 9''$ en tiempo oeste del observatorio de París, ó en grados $8^{\circ} 17' 15''$. Comparado este resultado con otras observaciones, tenemos que la longitud de Tánger, por un término medio que no se separa de los extremos sinó $0^{\circ} 3' 15''$ de grado, es = $8^{\circ} 14' 0''$ oeste de dicho observatorio.

No teniendo aun mis instrumentos cuando sucedió el eclipse, hice mi observacion con un pequeño antejo acromático de *Dollond*, de un pié de foco que tenia á mano; lo cual me obligó á adoptar el término medio anunciado; pues tuve que llevar el contacto final del eclipse algunos segundos ántes que el contacto verdadero. Quanto á la valuacion del tiempo, estaba exacta, porqué tenia un cronómetro, cuya marcha fué asegurada por gran número de observaciones hechas tanto en el mismo dia como en los que le precedieron y siguieron.

La carta geográfica del reino de Marruecos, que se halla en el atlas, la he dirigido yo mismo sobre mis observaciones astronómicas, por la estima de mis rutas que conservo en nueve grandes cartas de derrotero, y por las noticias que adquiria en el pais.

Habiendo medido muchos ángulos acimutales, la declinacion magnética dió=21° 13' 24" oeste.

Á pesar de los obstáculos que me impedian hacer colecciones de historia natural, recogí en Tánger y su bahía bastantes objetos entre los cuales se hallan hermosos *fucas* ú ovas. Todas las plantas marinas las arranqué llenas de vida por mi propia mano del fondo del mar.

Los musulmanes tenemos grandes dificultades que vencer cuando queremos formar colecciones entomológicas: uno á causa de la pureza legal que

prohibe tocar animales inmundos; y otro porque no debemos quemar ningun animal vivo. El primer obstáculo hace mui difícil formar coleccion de coleopteros, y el segundo inútil la de mariposas de todas clases, porqué se agitan ántes de morir por la sola herida del alfiler que las atraviesa y sin fuego. Sucedióme un dia por la misma causa, que habiendo metido en una caja de insectos un escarabajo mui fuerte y aun vivo, se agitó con tanta violencia, que se desprendió de su aguja y destruyó todos los demas insectos que yo habia reunido. Entre éstos se contaba una falsa tarántula mui grande é interesante.

CAPÍTULO VI.

Continuacion de la historia de Ali Bey. — Noticias sobre lo interior del África. — Presentacion al emperador de Marruecos. — Visitas del sultan y de su córte. (*)

Poco tiempo despues de mi llegada á Tánger mi existencia comenzó á hacerse bastante agradable. La primera visita que me hizo el kadí *Sidi Abderrahman Mfarrasch*; mi anuncio del eclipse de sol, que debia verificarse el 17 de agosto, y cuya figura habia yo trazado, tal como se debia ver en su mayor oscuridad; la vista de mis equipajes é instrumentos que llegaban de Europa en un buque; mis presentes al kadí, al kaid y á los principales personajes; mis liberalidades para con otros, todo contribuyó á fijar en mí la atencion general; de suerte que en poco tiempo adquirí una superioridad decidida sobre todos los extranjeros y personajes distinguidos de la ciudad.

Por otro lado la mudanza de clima, mis ante-

* Ali Bey hizo un viaje de dos dias á *Tzetaonun* ó *Tetuan* á fines de setiembre: es sensible que no se haya encontrado entre sus papeles la descripcion de esta excursion. (Nota del Editor.)

riores fatigas y el nuevo género de vida que habia abrazado, alteraron algun tanto mi salud. Víme precisado á someterme á un régimen refrigerante, y á tomar los baños de mar. Estas precauciones me restituyeron bien pronto la salud, y desde luego tuve frecuentes ocasiones de aumentar mi coleccion. Un dia que estaba nadaudo á alguna distancia de tierra ví venir casi á flor del agua un pez enorme, que podia tener de veinticinco á treinta piés de largo; volví precipitadamente á tierra donde mis gentes asustadas me estaban aguardando y daban grandes gritos. El pez se zambulló, y á pocos instantes volvió á aparecer en el mismo sitio en que yo me hallaba cuando le divisé.

Un talbe llamado Sidi Amkeschet, habiendo venido un dia á visitarme, y hablando por casualidad de lo interior del África, me dijo lo siguiente:

«De la provincia de Sus y de Tafilete parten frecuentemente carabanas que atraviesan el gran desierto en dos meses para ir á *Ghana* y á *Tombuctu*.

«En lo interior del África hai dos rios que llevan el nombre de Nilo: el primero atraviesa el Cairo y Alejandría, el otro se dirige á Tombuctu.

«Estos dos rios salen de un lago que se halla en las montañas de la Luna (*Djebel kamar*). El de Tombuctu no llega al mar sinó que se pierde en otro lago. Las montañas de la Luna tienen este

nombre, porqué durante el curso de cada luna toman sucesivamente los colores de una corona ó iris lunar.

«Desde Marruecos á las riberas del Nilo de Tombuctu, se camina con tanta seguridad como por medio de una ciudad, *aunque se lleven las manos llenas de oro*; pero al otro lado del rio *no hai justicia ni salvaguardia*, porqué habitan naciones mui diferentes de las de aquí. En el rio en cuestion se hallan animales ferozes llamados *tzemsah* que devoran á los hombres.»

Me indicó con la mano la direcciu de la corriente de ambos Nilos. El del Cairo, dijo, se dirige al levante.... yo le interrumpí diciéndole: ¿y el de Tombuctu correrá sin duda hácia poniente? Respondióme sin detenerse: sí señor hácia el occidente.

¿Cómo conciliaremos ahora tan fuerte contradiccion? Segun lo dicho hai entre los países meridionales de Marruecos y de Tombuctu un frecuente y continuo comercio; de consiguiente parece imposible que estas gentes ignoren ó puedan equivocarse sobre el curso *del Nilo de Tombuctu*, pues millares de personas de Marruecos lo ven casi todos los dias. Estos últimos dicen que el rio corre hácia poniente; y al mismo tiempo Mungo Park asegura haberlo visto correr hácia levante: ¿qué inferiremos de aquí? Dando al descubrimiento de Mungo Park todo el crédito que

se merece, diremos que pasa por Tombuctu hácia occidente otro rio que aun no conocemos, y que sin duda estas gentes confunden con el gran *Nilo occidental ó Joliba*, descubierto por Mungo Park, el cual tambien confiesa que dicho rio no pasa precisamente por Tombuctu, ó que el Joliba hace en este paraje un rodeo singular que ocasiona el error de los habitantes de Marruecos; ó deberemos creer que estos últimos hablan sin haberlo visto y solo por las relaciones de los antiguos geógrafos. Como quiera que sea, dicha relacion, despojada de los errores que lo desfiguran, manifiesta siempre dos cosas singulares: la union ó comunicacion de ambos Nilos en su origen en un mismo lago, y la pérdida del Nilo occidental en otro. Mas adelante volveremos á tocar el mismo asunto.

En 5 de octubre la artillería de las baterías de Tánger anunció la llegada del sultan *Muley Soliman*, emperador de Marruecos, que se alojó en la alcazaba ó castillo de la ciudad. Como aun no habia sido presentado al sultan, no salí de casa aguardando sus órdenes segun estaba convenido con el kaid y el kadí; por cuya razon no pude presenciar la ceremonia de su llegada.

Al otro dia el kaid me hizo prevenir que ya podia disponer el regalo de costumbre para el siguiente, lo cual hice al instante. La mañana del dia señalado tuve una entrevista con el kaid

y el kadí, reunidos para los preparativos de la presentacion. El kaid me pidió la lista de los presentes destinados al sultan, entreguésele y quedamos acordados.

Como era viérnes, fuí primeramente á la gran mezquita á hacer la oracion de medio dia, por ser una obligacion indispensable y deber ir el sultan igualmente á ella.

Poco despues de entrado en la mezquita se me acercó un moro, diciéndome que el sultan acababa de enviar uno de sus criados para anunciarme podia subir á la alcazaba á las cuatro y presentarme á él.

Antes de llegar el sultan entraron desordenadamente en la mezquita algunos soldados negros; iban armados, lo que no les impidió colocarse á uno y otro lado sin observar orden ó preferencia alguna.

Poco se hizo aguardar el sultan; marchaba al frente de una pequeña comitiva de grandes y oficiales tan sencillamente vestidos, que no se distinguian del resto de la compañía. La mezquita enteramente llena de gente podria contener sobre dos mil hombres. Miéntas permanecí en ella, tuve cuidado de mantenerme un poco separado.

La oracion se hizo del mismo modo que los otros viérnes; pero el sermon lo predicó un fakih del sultan, insistiendo con energíá sobre todo en que «es grave pecado mantener comercio

con los cristianos; que no se les debe vender ni darles género alguno de víveres y alimentos;» y cosas semejantes.

Acabada la oracion me hice abrir paso por medio de los sirvientes y salí. Un centenar de soldados negros estaban colocados en semicírculo fuera de la puerta, donde se habia agolpado inmensa multitud de pueblo. Volví á casa, y al instante se presentó el criado del sultan para comunicarme personalmente la órden de su señor, y recibir la gratificacion de estilo.

Á las tres de la tarde el kaid me envió nueve hombres para ayudar á llevar mi regalo, que se componia de los objetos siguientes:

- Veinte fusiles ingleses con sus bayonetas;
- Dos mosquetes de grueso calibre;
- Quince pares de pistolas inglesas;
- Algunos millares de piedras de chispa;
- Dos sacos de perdigones para cazar;
- Un arnes completo de cazador;
- Un barril de la mejor pólvora inglesa;
- Diferentes piezas de ricas muselinas unidas y bordadas;
- Algunas frioleras de joyería;
- Un hermoso quitasol;
- Confituras y esencias.

Las armas iban en cajones cerrados con llave;

los demas objetos en grandes azafates cubiertos de damasco rojo galoneado de plata; todas las llaves ensartadas en una larga cinta iban colocadas en otro plato.

Subí á la alcazaba, marchando á la cabeza de los hombres y criados que conducian el presente. El kaid me aguardaba á la puerta donde me hizo muchos cumplimientos. Atravesé un pórtico, bajo el cual habia gran número de oficiales de la córte. En seguida entramos en una pequeña mezquita que hai á un lado, para hacer la oracion de medio dia, á la que el sultan asistió igualmente.

Acabada ésta salí inmediatamente de la mezquita, en cuya puerta habian preparado un mulo para el sultan: el animal estaba rodeado de infinito número de sirvientes y primeros oficiales de la córte. Delante habia dos hombres armados de una pica ó lanza que mantenian perpendicularmente, cuya longitud era de unos catorce piés. Seguian de cerca á la comitiva setecientos soldados negros armados de fusiles, apretados sin órden ni preferencia y rodeados de gente por todas partes. El kaid y yo nos situamos en medio del paso inmediatos á los dos lanceros. Á nuestro lado iba el presente llevado en hombros de mis criados y de los hombres que me enviaron.

No tardó en salir el sultan, montó sobre su cabalgadura, y al llegar al centro del círculo, el kaid y yo nos adelantamos. El sultan detuvo su

mula; el kaid me presentó; hice una inclinacion de cabeza, poniendo la mano en el pecho; el sultan correspondió con otra inclinacion, y me dijo: *seáis bien venido*. Volvió la cabeza hácia la multitud, convidándola á saludarme con estas palabras: *decidle que sea bien venido*; y al instante gritaron todos, *bien venido*. El sultan picó su mula dirigiéndose á una batería distante de allí doscientos pasos.

Fuimos á ella con mi introductor: yo permanecí junto á la puerta, y el kaid se adelantó solo con el regalo. Desde el momento en que entramos en la batería reinó el mas profundo silencio. Habia lo ménos veinte personas, la mayor parte porteros y oficiales de primer rango. Un instante despues me llamó el kaid; seguíle al terraplen de la batería, que formaba una especie de terrazo al norte sobre el mar, y armado de nueve piezas del calibre mas grueso. En el ángulo oriental se ve una especie de casita de madera de algunos piés de elevacion para dominar el parapeto; subíase á ella por una pequeña escalera de ocho gradas.

El sultan, entrando en dicha casita, se habia recostado sobre un colchoncillo rodeado de almohadas. El kaid, dos oficiales de distincion y yo dejamos á la puerta nuestros pantuflos para caminar á pié descalzo segun costumbre. Dos oficiales se colocaron á mi lado sosteniéndome cada

unø por un brazo , y el kaid se puso hácia la izquierda como para formar una valla. Presentámonos al sultan haciendo una reverencia ó mas bien inclinacion profunda de la mitad del cuerpo, puesta la mano derecha sobre el pecho.

El sultan, despues de haberme repetido su expresion de bien venida , me hizo sentar en la escalera ; los oficiales se retiraron , y el kaid permaneció en pié. Entónces el sultan con mucho afecto y un tono lleno de amistad me dijo que se alegraba mucho de verme. Repitióme mil expresiones semejanter , poniéndome la mano sobre el pecho , como para hacerme conocer sus sentimientos , tanto por jestos como por palabras. Ví á este soberano mui bien dispuesto en favor mio ; cosa que me sorprendió tanto mas , quanto que nada habia hecho para merecerlo.

Preguntóme por los paises donde habia estado , cuántas lenguas hablaba , y si sabia escribir en ellas ; qué ciencias habia estudiado en las escuelas de los cristianos ; cuánto tiempo habia residido en Europa. Despues de haber dado gracias á Dios por haberme hecho salir de entre los *infieles* , manifestó sentimiento de que un hombre como yo hubiera tardado tanto en ir á Marruecos. Contento de que yo hubiese preferido su pais á Argel , Túnez ó Trípoli , me aseguró varias vezes su proteccion y amistad. Luego me preguntó si tenia instrumentos para hacer observaciones , y

sobre mi respuesta afirmativa, dijo queria verlos, y *que yo podia ir por ellos....* Apénas hubo pronunciado esta palabra, cuando el kaid vino á tomarme por la mano para acompañarme; pero sin mudar de sitio hice observar al sultan *que era indispensable aguardar al dia siguiente, porque no quedaba bastante tiempo para prepararlos en aquel dia.* El kaid me miró sorprendido, porque en Marruecos jamas se contradice al sultan. Éste me dijo: *enhorabuena, traedlos mañana.* = ¿ *Á qué hora?* = *Á las ocho.* = *No haré falta.* Despedíme del sultan y salí con el kaid.

Apénas entré en mi casa cuando vinieron á hacer la colecta general de los criados de palacio, á quienes en tales circunstancias es de lei gratificar. Mis gentes me desembarazaron de esta visita á ménos costa de lo que habia pensado.

Al hablarme el sultan de mis instrumentos astronómicos, hizo traer un pequeño astrolabio de metal, de tres pulgadas de diámetro, que sirve para arreglar sus relojes y las horas para la oracion, y me preguntó si tenia otro como él. Respondíle negativamente, añadiendo *que este instrumento era mui inferior á los de invención moderna.*

El dia siguiente fuí al castillo á la hora indicada. El sultan me aguardaba en el mismo paraje con su principal fakih ó mufsti, y otro favorito. Tenia delante un servicio de té completo.

No bien entré cuando me hizo subir la escalera y sentar á su lado; tomó entónces la tetera, puso té en una taza, y habiéndola llenado de leche, me la presentó por su mano. Durante este tiempo pidió papel y pluma; trajéronle un pedazo de mal papel, un tinterito de cuerno con una pluma de caña; escribió en cuatro líneas y media una oracion que dió á leer á su fakih, éste le advirtió habia olvidado una palabra; el sultan tomó el papel y la añadió. Acabado de tomar el té, S. M. marroquí me presentó su escrito para hacérmelo leer, y acompañaba mi lectura señalando con el dedo palabra por palabra sobre el papel, y corrigiendo mis defectos de pronunciacion, como hace un maestro con su discípulo. Acabada la lectura, me rogó guardase este escrito, el cual aun conservo.

Quitóse el servicio del té, compuesto de azucarera de oro, tetera, jarro para la leche y tres tazas de porcelana blanca y oro, todo puesto sobre un gran plato dorado.

Segun el uso del pais habia puesto el azúcar en la tetera, método bastante incómodo; pues el licor ó toma sobrado azúcar ó no toma bastante.

Dióme el sultan varias veces señales de su afecto. Pidió mis instrumentos, los miró pieza por pieza y con la mayor minuciosidad, haciendo que le espicase aquello que le era desconocido, ó cuyo uso ignoraba. Manifestaba un placer sumo, y

me pidió hiciese una observación astronómica en su presencia: para satisfacerle tomé dos alturas de sol con el círculo multiplicador. Enseñéle diferentes libros de tablas astronómicas y logarítmicas que llevaba conmigo, para hacerle ver que de nada servían los instrumentos, sinó se entendían estos libros y otros muchos mas. Quedó extrañamente sorprendido al ver tantas cifras. Entónces le ofrecí mis instrumentos; pero me respondió «que los guardase, pues yo solo sabia usarlos, y que bastantes dias y noches nos quedarían para entretenernos en mirar el cielo.» Entónces ví claramente que trataba de conservarme junto á su persona y agregarme á su servicio, lo cual ya ántes habia manifestado con otras espresiones. Añadió que deseaba ver los otros instrumentos, ofrecí llevárselos al otro dia, y despedíme de él.

Volví á la mañana siguiente y subí á su habitacion. Estaba recostado sobre un pequeño colchon y una almohada, y delante de él, sentados sobre una alfombra, su gran fakih y dos de sus favoritos. Luego que me vió, se sentó y dió luego órden de traer otro colchon de terciopelo azul lo mismo que el suyo; hizolo poner á su lado y me obligó á sentarme en él.

Despues de algunos cumplidos de una y otra parte, mandé traer una máquina eléctrica y una cámara oscura; se las presenté como objetos de

pura diversion que no tenian aplicacion alguna á las ciencias. Habiendo montado las dos máquinas, coloqué la cámara oscura en frente de una ventana; el sultan se levantó y entró dos veces en la cámara; yo mismo le cubrí con la bayeta durante el largo espacio de tiempo que se entretuvo en considerar los objetos transmitidos por la máquina; lo cual tuve por la prueba mayor que pudo darme de su confianza. Divirtiósese luego en ver detonar la botella eléctrica diferentes veces. Pero lo que colmó su pasmo fué el experimento de la conmocion eléctrica; hizómela repetir muchas veces, teniéndonos todos asidos por la mano para formar la cadena, y me pidió largas esplicaciones sobre las máquinas y sobre la influencia de la electricidad.

El dia ántes le habia yo enviado un antejo de larga vista: pedísela entónces para acomodarlo á la suya; lo cual hice al instante marcando sobre el tubo el grado conveniente sobre el ensayo que hizo.

Llevaba yo los bigotes mui largos; el sultan me preguntó porqué no los cortaba como los otros moros. Hícele observar que en levante se conservan enteros, á lo que me contestó: «bien, bien, pero aquí no se usa.» Mandó traer unas tijeras, y cortó un poco los suyos; tomando luego los míos, me señaló lo que debia cortar ó dejar: tal vez su primer movimiento fuera cortármelos él

mismo; pero como yo no respondí, dejó las tijeras. En seguida me preguntó si tenia instrumento propio para medir el calor: prometí enviarle uno. Me despedí de él, llevándome mis instrumentos, y aquel mismo dia le mandé un termómetro.

Hallábame por la noche en compañía de mis amigos, cuando llegó un criado del sultan trayéndome un regalo de su parte. Mandé lo introdujesen al instante, y se presentó postrándose y poniendo delante de mí un envoltorio cubierto de una tela de oro y plata. La curiosidad de ver el primer regalo del emperador de Marruecos, me hizo abrir apresuradamente el envoltorio, y hallé.... *dos panes bastante negros*. Como no estaba en manera alguna prevenido á semejante agasajo, al pronto no me vino á la cabeza el modo de interpretar rasgo tan estraño; y aun quedé en el primer momento tan sorprendido, que no sabia qué responder; mas los que estaban en mi compañía se apresuraron á consolarme, diciendo: ¡dichoso de vos! ¡qué felicidad es la vuestra! *Ya sois hermano del sultan, el sultan es hermano vuestro*. Entónces recordé que entre los árabes el signo mas sagrado de fraternidad es presentarse mutuamente un pedazo de pan y comer entrambos; y de consiguiente los panes enviados por el sultan eran su signo de fraternidad conmigo. Estaban negros, porqué el pan que usa el sultan, se cuece en hornos portátiles de hierro; lo cual

les comunica el color negro por de fuera, mas por dentro son mui blancos y gustosos.

El dia siguiente, despues de haber recibido las visitas de algunos primos y otros parientes del sultan, fui con el kadí á hacer una al hermano menor del emperador, llamado *Muley Abdsulem*, el cual tiene la desgracia de ser ciego. Nuestra sesion, que duró cerca de una hora, fué enteramente filantrópica.

El mártes 11 de octubre, me envió el kaid la órden del sultan, de estar pronto á partir con él para Mequinez el dia siguiente; previniéndome que le pidiese cuanto necesitara. Inmediatamente marché á ver el kaid que se hallaba en el castillo, para representarle que me era imposible partir tan pronto, y que necesitaba permanecer en Tánger algunos dias. Díjome: ¿cuánto tiempo necesitais? Pedíle diez dias; entónces entró á ver al sultan, quien desde luego me los concedió.

Aquella misma noche, acompañado de mi buen kadí, pasé á visitar al primer ministro *Sidi Mohamed Salaoui*, quien nos recibió sentado en cuclillas, en un rincon de la casita de madera donde habia yo visto al sultan; pero estaba en tierra sin tener debajo ni aun una simple estera, alumbrado con una miserable linterna de hoja de lata con cuatro vidrios, que tenia á su lado tambien en tierra. Con igual aparato acababa de recibir al cónsul general de Francia, que salia en el mo-

mento de entrar yo. Sentámonos en tierra junto á él, y el cuarto de hora que duró la sesion se pasó en cumplimientos de una y otra parte.

Marché en seguida en compañía del kadí á hacer mi visita á *Muley Abdelmelek*, primo hermano del sultan, hombre mui respetado, que es general de la guardia. Hallábase acampado en su tienda, recostado sobre un colchon con uno de sus hijos de corta edad, y el fakih junto á él. Al entrar nosotros el fakih se levantó; Muley Abdelmelek se sentó, y nos mandó hacer lo mismo en un colchon inmediato. Nuestra conversacion, que duró cerca de una hora, fué en extremo filantrópica. Para hacer estas visitas, íbamos el kadí montado en su mula, yo en mi caballo, y toda mi gente á pié con linternas en la mano. Á cada una de las personas á quienes iba á visitar les hacia un regalo, sin olvidar las gratificaciones á los porteros y criados. Tambien participaron de mis presentes algunos de los primeros oficiales y favoritos del sultan.

El miércoles 12, salió éste mui temprano para Mequinez. Así se terminó mi introduccion en la córte del soberano de Marruecos.

El sultan *Muley Soliman* tendrá al parecer como unos cuarenta años. Su talla es alta y su robustez extraordinaria. El rostro no mui moreno lleva impreso el carácter de la bondad, y es notable sobre todo por sus grandes ojos llenos de viveza.

Habla con rapidez, y comprende con facilidad; su traje es mui sencillo, por no decir ordinario, porqué siempre va embozado con un hhaik grosero; sus movimientos son espeditos; es fakih ó doctor de la lei, y su instruccion es pura y enteramente musulmana.

La corte del sultan no tiene el menor aparato ni brillantez. Durante su permanencia en Tánger, estuvo siempre acampado bajo tiendas dispuestas sin órden al oeste de la ciudad. Las del sultan ocupaban el centro de un gran vacío y rodeábalas un parapeto de tela pintada en forma de muralla. En la tienda de Muley Abdelmelek, que era mui capaz, no se veían otros muebles que dos colchones, una grande alfombra, y un candelero de plata con una gruesa bujía encendida. Al rededor de cada tienda estaban atados los caballos y mulas del dueño. En todo el campo solo ví dos camellos. No obstante la confusion y desórden del tal campamento, calculé que podria tener sobre unos seis mil hombres.

El kaid acompañó al sultan toda una jornada. Á su regreso me instó vivamente repetidas vezes á que le pidiese cuanto me hiciera falta. Supliquéle enviase un barco á Gibraltar para hacerme venir tiendas de campaña, y otros objetos necesarios á mis proyectos.

CAPÍTULO VII.

Salida de Tánger. — Viaje á Mequinez y á Fez.

DISPUESTO todo lo necesario para mi viaje, empleé todo el miércoles 25 de octubre en hacer salir de la ciudad todos los bagajes. Acamparon á cien toesas al oeste de las murallas, donde habia yo hecho reunir mis gentes y equipajes. Despues de hecha mi oracion en la mezquita y dado un abrazo á mis amigos, salí de casa á caballo á las cinco de la tarde en compañía del kadí, que tambien iba montado; todos los demas fakihs y talbes de la ciudad y algunos criados me seguian á pié. Con esta comitiva llegué al sitio donde habian levantado mi tienda, entónces se retiró todo el mundo para dejarme descansar.

Antes de salir de casa, uno de los fakihs me cogió el índice de la mano derecha y lo paseó por la superficie de una de las paredes de mi cuarto, haciéndome trazar ciertos caracteres misteriosos para lograr buen viaje y feliz regreso.

Habia ya cerrado la noche cuando el kadí y los otros fakihs volvieron á mi tienda. Tomaron el té en mi compañía, y me presentaron una

cena suntuosa. También vinieron á visitarme los principales personajes, y todos se retiraron á la hora de cerrar las puertas de la ciudad.

El dia fué bellissimo, por la mañana señalaba el barómetro en mi tienda 28 pulgadas 2 líneas y media. La noche serena y tranquila con hermoso claro de luna. Habian mis gentes sentado el campamento sobre una eminencia; mi tienda tenia 18 piés de diámetro en su base, y 13 de altura. Cubríanla dos telas una sobre otra. El termómetro, cerrado herméticamente é iluminado por dos bujías, marcó á las nueve de la noche 15° 1; y el higrómetro 85°.

Miércoles 26 de octubre.

Por la mañana levantamos el campo, y en el instante de montar á caballo, se presentaron por última vez el kadí y todos los fakihs. Formaron un círculo al rededor de mí: dirigimos al Eterno dos oraciones para que me diese feliz viaje, y despues de abrazarnos afectuosamente nos separamos con las lágrimas en los ojos, emprendiendo mi marcha á las siete y media de la mañana.

En el momento que me encontré solo, quedé sumergido en la mas profunda meditacion. En efecto, educado en diferentes paises de la Europa civilizada, me veía por la primera vez al fren-

te de una carabana, caminando por un pais salvaje, sin otra garantía para mi seguridad individual que mis propias fuerzas. Partiendo de la costa septentrional de África, é internándome en el mediodía, decíame á mí mismo: ¿Seré bien recibido en todas partes? ¿Qué vicisitudes serán las que me aguardan? ¿Cuál el término de mis proyectos? ¿Seré acaso víctima desgraciado de algun tirano? ¡Ah, no! de ningún modo. El gran Dios, que desde lo alto de su trono ve la pureza de mis intenciones, me prestará su auxilio. Salido de este estado de abatimiento, saqué la consecuencia siguiente: Pues Dios con su mano todopoderosa me ha conducido felizmente hasta aquí al traves de tantos escollos, con igual felicidad me llevará hasta el fin.

Componíase mi carabana de diez y siete hombres, treinta animales, y una escolta de cuatro soldados. Mi tienda, destinada únicamente á mi persona, contenia una cama, alfombras, almohadas, un escritorio, y dos pequeños baules, donde iban mis instrumentos, libros y ropa de mi uso. Mi bagaje, escolta y cocina, ocupaban otras tres tiendas.

Nuestra ruta fué hácia el S. $\frac{1}{4}$ S. E. hasta las once de la mañana, en que torcimos al S. O. Á la una del dia tomamos la direccion del S. $\frac{1}{4}$ S. O. hasta las tres y media que mandé hacer alto.

Durante la jornada habíamos pasado inmedia-

tos á cinco *aduares* (*), dos de los cuales los componian unas casitas construidas de lodo y piedras; los otros tres no eran mas que simples tiendas. Sentamos nuestro campamento á cien toesas de un gran aduar de mas de sesenta tiendas separadas en cuatro grupos, es decir, en cuatro familias. Las tiendas son de pelo de camello, y los desgraciados que las habitan no tienen otra industria que la de conducir y cuidar sus ganados. No obstante la monotonía habitual de aquel sitio, se habia interrumpido entónces por la ceremonia de un casamiento, por el estruendo de un tambor, de las gaitas, y algunos fusilazos; pero no se oían allí gritos de mujeres, porque van descubiertas y forman sociedad con los hombres. No sé á qué atribuir semejante infraccion de la santa lei del profeta que prohíbe este uso. Mis criados me contaron tambien haber visto algunas mui mal arropadas y casi desnudas.

El terreno, compuesto de excelente tierra vegetal, está cubierto de verdura mui buena para las bestias, mas inútil para las abejas y los botanistas, pues apenas se ve una flor. Solo pude recoger tres ó cuatro plantas para mi herbario.

El pais está limitado por colinas en todas di-

* Grupo de casitas mal edificadas ó de tiendas mas ó menos capaces, que sirven de habitacion á una ó muchas familias de árabes ó beduinos. (*Nota del Editor.*)

recciones. Por el lado del este se ve la cadena de las montañas de Tetuan, que continúan en la dirección del norte, adelantándose luego hácia el oeste, de suerte que apénas distan dos leguas de la costa occidental de África.

Á la una y media del día atravesamos un ramo de estas montañas que se estienden hasta el mar. En el camino hallé pedazos de granito compacto de un color rojo de carne con un poco de felspato. De lo alto de estas montañas se descubre hermosamente el cabo Espartel al oeste, y una grande estension de la costa. Tambien divisamos á largísima distancia dos grupos de navíos de línea, al parecer en número de 40. (*) Bajando hácia el sud de la montaña, se halla una vasta y hermosa llanura, para la cual corre el rio *Mezcharaalaschef*, que lleva bastante agua, aunque se divide en dos brazos que vadeamos. En este día se mantuvo el cielo medio cubierto; hácia á medio día arreció el aire, refrescado por un viento del este, y nos incomodó bastante, porque estábamos acampados en la eminencia.

Hallé frecuentemente manantiales, é inmediato al campamento habia uno de escelente agua.

Á las ocho de la noche el termómetro marcó

* Eran las escuadras que dieron la batalla de Trafalgar.
(Nota del Editor.)

al aire libre 14° , y el higrómetro 85° . El viento N. E. soplaba con violencia.

En el camino ví muchos ganados, única riqueza de los habitantes; mas todo el terreno estaba absolutamente inculto.

¶ 27.

Pusímonos en marcha á las siete y cuarto en la direccion de S. E., y dos horas despues volví al S. O. hasta las tres y tres cuartos, en que hallándome sobre una altura descubrí el cabo Espartel casi exactamente al norte, y como unas seis leguas distante. Veíase el mar á dos leguas y media hácia el O. Teníamos al este la cadena de montañas, que se dirigen tres leguas hácia el sud. Continuando la ruta entre el sud y el S. $\frac{1}{4}$ S. O., perdimos de vista el mar, mas no las montañas, las cuales conservaron la misma distancia aparenta hácia nuestra izquierda, hasta las cuatro de la tarde en que mandé armar las tiendas.

El terreno es de la misma especie que el que habíamos recorrido el dia ántes. El pais se compone de vastas llanuras interrumpidas por colinas, y cubiertas de una verdura que los haria semejantes á los prados de Inglaterra, si estuviesen cultivados. El aspecto de estas hermosas praderas, casi enteramente abandonadas, heria tanto mas vivamente mi corazon, quanto que en Euro-

pa y Asia, los hombres estrechados en espacios reducidos, perecen en parte ó arrastran una existencia miserable.

Hallé en el camino varios manantiales mui inmediatos entre sí, y la mayor parte de agua excelente. Atravesamos asimismo dos riachuelos de poca consideracion. Ví diferentes aduares de tiendas á ambos lados de camino. Algunos árabes aunque en corto número, abrian la tierra con bueyes para hacer la sementera; advertí crecido número de ganados, carneros, cabras y principalmente de vacas.

Las plantas de este pais son las mismas que habia recogido anteriórmente, á escepcion de gran número de palmitos ó *palma agrestis latifolia*, y helecho.

Por la mañana fué el tiempo bastante frio, á causa de un fuerte viento N. E.; mas habiendo calmado hácia las diez y quedado el cielo perfectamente limpio, tuvimos un calor sofocante: el sol se desplomaba terriblemente sobre mi cabeza, aunque iba defendida con el turbante y la capucha ó albornoz. No sé cómo los cristianos, que viajan por África con sombreros lijeros, pueden resistir un sol tan fuerte.

Inmediato á mi campo habia un aduar, cuyos habitantes me ofrecieron leche y cebada.

La noche fué bellísima, mui serena, y sobre todo tranquila.

Habiendo tomado cuatro alturas de sol, hallé por el cronómetro la longitud de 23" de tiempo O. de Tánger; la cual se acercaba mucho á mi estima geodésica. Habiendo igualmente observado el paso de la luna por el meridiano, hallé la latitud = $35^{\circ} 11' 44''$ N.; la cual difiere poquísimo de mi estima geodésica, pero yo me atengo enteramente á la observacion, pues fué excelente. Á las nueve y veinte minutos de la noche, con la tienda abierta, el termómetro marcó 13° , y el higrómetro 64° .

El sitio donde acampamos, lo es de un mercado principal que se celebra todos los mártes, aunque no presenta sinó un campo abierto sin la mas pequeña señal que lo distinga. El lugar vecino se llama *Daraizana*; y le habita la tribu *Sahhel*.

Unos habitantes me dijeron que *Loraisch* ó *Larache* está situado hácia el O., é inmediato al paraje donde yo me hallaba: si es cierto, su latitud está demasiado elevada en las cartas de Chenier y de Arrowsmith.

♀ 28.

A las siete y cuarto hice dirigir hácia el S. O. por un bosque de encinas de un cuarto de legua de travesía, llamado el bosque de *Daraizana*. Á las nueve atravesamos el rio *Wademhazen*; y con-

tinuando la ruta al S. S. E., á las diez descubrí una capilla y algunas casas de campo que me dijeron estar inmediatas á Larache. Calculé sobre cuatro leguas y media lo que distaban de mí al N. O. Dirigiéndome luego al S. S. O., llegamos á *Alcassar-Kibir* á las doce y cuarto. El pais se compone de hermosas praderías, terminadas por pequeñas colinas al O.; y á oriente por la cadena de montañas que circuye la llanura á tres leguas de distancia. Un ramal de estas montañas parecia desprenderse hácia el O. para prolongarse hasta el mar á una legua S. de Alcassar. Atravesé cuatro barrancos de poca profundidad. El terreno es de la misma especie que los que habia examinado los dias precedentes, solo que contiene un poco mas de arena. Pasamos por junto á tres ó cuatro aduares, compuestos de tiendas y barracas; el mayor podria contener unas veinte todo lo mas.

Acampamos á sesenta toesas de Alcassar. Como era viérnes entré en la ciudad para hacer mi oracion en la mezquita: ésta es pequeña y de miserable apariencia, pero el frontispicio principal interior, está decorado con algunos dibujos arabescos.

Alcassar es ciudad mayor que Tánger. Las casas son de ladrillo, y los techos, con canes ó armadura, están cubiertos de tejas como en Europa. Se ve gran número de tiendas ocupadas por moros, y muchos talleres en que trabajan los judíos.

La ciudad, aunque rica, me pareció triste y monótona. Encontré allí algunas personas bien vestidas: todas las mujeres usan medias, y como en Tánger, salen también cubiertas con un manto.

El día fué nubloso é hizo un calor insoportable.

A las ocho de la noche, el gobernador de Alcassar me envió una cena abundante, y añadió seis soldados á mi escolta. Otro personaje de suposición me mandó segunda cena.

El tiempo cubierto me impidió hacer observaciones astronómicas:

A las ocho y media, mi termómetro al aire libre marcó $16^{\circ} 3'$, y el higrómetro 40° . Un instante después comenzó á llover; mas por la indicación del higrómetro, se veía que el aire inmediato á tierra no estaba cargado de humedad.

Una horrible tempestad, en que alternaba el trueno con furiosos chubascos, duró toda la noche.

B 29.

No fué posible partir ántes de las diez de la mañana; el terreno, arcilloso y mojado, hizo caer algunas mulas.

Pasé por medio de muchas huertas, y luego atravesamos el río Luccos, que corre al S. de Alcassar y no al N., como está notado en los mapas. Aseguráronme que dicho río desagua en el mar junto á Larache: siendo así, su curso de-

he torcer mucho hácia el N. N. O. : en el punto por donde lo pasamos, á corta distancia de Al-cassar, su direccion era al O. $\frac{1}{4}$ N. O., y allí no llevaba mucha agua; pero me dijeron que sus inundaciones son terribles.

Continuamos nuestra ruta bajo diferentes direcciones; mas generalmente al S. S. E., y desde las dos de la tarde hasta las cinco en que hicimos alto, caminamos al S.

Pasado el rio, el pais fué haciéndose continuamente montuoso; las alturas inmediatas limitaban la vista. Á la una bajamos á un hermosísimo llano de una legua de diámetro, donde se veían algunos aduares, y terminado por montañas que fuimos siguiendo hasta la noche.

El terreno era en parajes arenoso; pero lo mas comun compuesto de tierra arcillosa, enteramente cubierta de cardos secos y blanquísimos, lo cual hacia parecer el pais cubierto de nieve. Advertí asimismo algunos parajes llenos de guijarros calcóreas cilíndricos. En esta jornada vimos pasar sobre nuestras cabezas y á una altura inmensa en la direccion N. E., innumerables bandadas de aves, cuya especie me fué imposible reconocer por la gran distancia. Una de estas bandadas, compuesta de mas de cuatro mil individuos, parecia en el aire un ejército formado en batalla,

Cubrióse el cielo de nubes, y á las tres llovió un poco, el tiempo duró así toda la noche,

cubiertos de cardos secos; en los arenosos se ven palmitos, espartos y una que otra planta; pero ni flores ni frutos.

Este dia ví muchos aduares. En uno de ellos se celebraba una fiesta de boda. Segun el uso del pais salió el recién casado la cabeza y rostro enteramente cubiertos con un lienzo: algunos árabes que le acompañaban, pidieron gratificaciones á mis gentes; y en cambio nos dieron porcion de pasas. Es de notar que semejante costumbre no ocasiona abusos, lo cual debe atribuirse sin duda á la buena fé de estos pueblos. Yo veía complacido la inocencia de costumbres pintada en sus rostros, y notable hasta en sus vestidos. El paso del rio nos entretuvo tres horas y media, porqué ademas de la incomodidad de cargar y descargar las mulas, como no habia tabla alguna para entrar ó salir de la barca, los animales se resistian, y entónces era preciso hacerles entrar ó salir á fuerza de brazos y con mucho trabajo. Aumentó la fatiga de mis gentes una furiosa tempestad, durante la cual el trueno resonaba con estrépito, y una lluvia deshecha nos calaba los vestidos.

Sentamos el campo inmediato á un aduar, cuyo gefe me regaló un carnero, y una gran porcion de cebada y leche.

El cielo, constantemente cubierto, me impidió hacer observaciones astronómicas. Á las ocho y media de la noche al aire libre, marcó el ter-

termómetro 12° 5, y el higrómetro 100°. La tierra y aire estaban saturados de agua.

☾ 31 de octubre.

Continuamos nuestra marcha á las siete y cuarto de la mañana; haciendo ruta al S. O. $\frac{1}{4}$ O. hasta las tres y tres cuartos, en que volviendo al S. E., y dirigiéndonos luego al S. $\frac{1}{4}$ S. E. una hora despues de medio dia, llegué á la derecha del rio *Ordóm*, la cual seguí por algun tiempo, Atravesamos una montañuela; y despues de haber pasado dos veces el rio *Ordóm*, mandé armar las tiendas á las cinco ménos cuarto de la tarde.

El pais ofrecia al principio inmensas llanuras, terminadas por todos lados en pequeñas colinas; y sobre las de la izquierda descubriáse á veces las cumbres de las montañas del E., distantes diez ó doce leguas. Seguí un cuarto de hora la orilla izquierda del *Sebú*, que conservaba siempre la misma anchura. El rio *Ordóm*, que habíamos ido costeanado tanto tiempo, es ancho y profundo, aunque vadeable en varios puntos, no obstante el paso ofrece siempre alguna dificultad á causa de la rapidez de su corriente; sus orillas son arcillosas y cortadas como las de otros rios de que hemos hablado ya. Pasada la montaña que limita la vista por el S., se descubre un nuevo horizonte terminado hacia el E. y el S. por otra

cordillera de montañas, y al O. por pequeñas colinas.

El terreno, arcilloso en su totalidad y cubierto de cardos secos hasta alguna distancia, ofrece en diversos parajes algunas venas calices y arenosas con arbustos espaciosos igualmente secos, y pedazos de tierra labrados y sembrados. La montaña que atravesamos era una roca caliza, que afectaba en grande el pizarreño con capas oblicuas.

Ví muchos aduarez, é hice sentar el campo junto á uno de ellos. Pasamos tambien delante de algunas capillas ó ermitas, donde hicimos nuestras oraciones.

El dia se mantuvo turbio, y tuvimos algunos chubascos. La noche igualmente cubierta y lluviosa, pero muy tranquila. Á las tres daba el termómetro el aire libre 12° 5, y el higrómetro 34°.

♂ 1° de noviembre.

Eran las siete y cuarto de la mañana cuando movimos, dirigiéndonos tan pronto hácia el S. S. E., tan pronto hácia el S. S. O., á causa de las desigualdades del terreno, que á cada momento nos forzaban á variar de direccion. Á las ocho atravesamos por última vez el rio Ordomb, que en este paraje corre hácia el O. siempre con la misma rapidez. Á las doce ménos cuarto pasé por el paralelo de Fez, que quedaba á seis ó siete leguas

al E.; lo cual rectificaba otras indicaciones inexactas que se me habían dado los días anteriores. Una hora despues de medio día vadeamos un riachuelo que corre al E., y subiendo á una eminencia, me encontré sobre Mequinez, cuya ciudad dominábamos perfectamente, distante sobre un cuarto de hora por el aire. Finalmente habiendo bajado, pasamos el río de Mequinez, y atravesando una pequeña loma, entré á las dos y media de la tarde en una capilla inmediata á la puerta de la ciudad.

El pais que habia dividido el día anterior, y que á la simple vista parecia no tener sino llanuras, hallé que lo formaban un laberinto de colinas redondas y de igual elevacion; entre los cuales el río Ordóm y otros arroyuelos corren haciendo infinitas sinuosidades. La cadena de montañas del E. continuaba en descubrir sus cimas á distancia considerable. La altura en que está situada Mequinez es pequeña, y un triple lienzo de murallas forma un recinto capaz de contener un ejército numeroso, ademas de la poblacion. Dichas murallas tienen quince piés de elevacion sobre tres de espesor, con algunas aberturas ó aspilleras de trecho en trecho. La ciudad, mirada desde lo alto del camino, presenta una hermosa perspectiva con sus torres. Está rodeada de huertas y olivares en anfiteatro. El día pareció cargado de nubes, y aun llovizó algun tanto.

Inmediatos al camino advertí algunos adueros. Desde las dos de la mañana había hecho adelantar á uno de mis criados con una carta para Sidi Mahomet Salahui, anunciándole mi arribo. En consecuencia de este aviso, media legua ántes de llegar á Mequinez, me encontré con un oficial de palacio enviado por el sultan á recibirme, el cual despues de haberme hecho descansar en la capilla de que hablé arriba, me condujo con todos mis bagajes á la casa que me tenían preparada; Al entrar se me presentó el superintendente del tesoro; y despues de los cumplidos acostumbrados, se informó de cuanto necesitábamos tanto yo como mi gente y los animales, habiendo recibido orden de proveer absolutamente á todos mis gastos sin escepcion. Además de esto, Sidi Mahomet Salahui, me envió á las nueve de la noche una magnífica cena.

☉ 2.

Por la mañana fui á cumplir con mi visita al ministro: á las cuatro de la tarde me envió una comida magnífica. Permanecí en casa aguardando la orden de presentarme al sultan.

Me fué imposible hacer mis observaciones astronómicas, porque las altas paredes de la casa apenas me permitian descubrir el cielo; y por otra parte no podia subir al terrado.

¶ 3.

No hubo novedad, fuera de la órden que me dieron de presentarme al sultan al dia siguiente.

♀ 4.

Á medio dia me vinieron á buscar, y fui conducido á la mezquita de palacio, á donde llegó el sultan poco despues. Siendo viérnes, hubo sermon y en seguida la oracion acostumbrada. Cumplidos los deberes religiosos, me presenté al sultan, y nuestra conversacion fué enteramente filantrópica. Díjome que pensaba partir dentro de poco para Fez, y me empeñó á tratar de esto con Salahui. Salido de la mezquita, pasé á verme con este personaje, quien me rogó con instancia le pidiese cuanto necesitara para salir al dia siguiente y marchar á Fez, donde seria alojado en casa de *Muley Edris*, que es un santo mui célebre y venerado. En consecuencia apénas llegué á casa hice mis preparativos de viaje.

♂ 5.

De órden de Salahui me trajeron por la mañana las mulas que necesitaba, y cinco soldados de á caballo que debian agregarse á mi escolta.

Á las tres salí de Mequinez, caminando casi siempre hácia el E. $\frac{1}{2}$ N. E., y E. N. E. Á las diez atravesamos el rio de Mequinez: á medio dia uno de los brazos que forman el rio Ordomb, y á la una otro. Á las tres pasé el rio *Emkez*, que es bastante grande, y entramos en Fez sobre las tres de la tarde.

El pais se compone de vastas llanuras hasta perderse de vista por el lado del E.: por el N. hai una série de montañas bastante altas, por cuya falda habíamos pasado; al S. otra cordillera mui distante, y por el O. limitan el pais pequeñas colinas.

El terreno, calizo arenoso, con un poco de arcilla está enteramente cubierto de palmitos, sin que se descubran otras señales de cultura que algunos olivares á la salida de Mequinez. Ví dos aduares á un cuarto de legua sobre la izquierda junto á las montañas.

El dia se mantuvo cubierto, y á la caida de la tarde se oscureció en extremo; una lluvia y viento impetuoso nos acompañaron hasta el alojamiento que me habian destinado.

Desde las tres de la tarde habia hecho tomar la delantera á dos soldados con orden del ministro, para que no se cerrasen las puertas de la ciudad de Fez hasta mi llegada, y así se hizo. De este modo se terminó felizmente mi primer viaje por África.

Para calcular el efecto geodésico de mis marchas, hice diferentes observaciones durante el camino, y su resultado ha sido que la caravana de Tánger andaba sobre dos mil ciento veinticinco toesas por hora. Pero en esta travesía de Mequinez á Fez, anduvimos una legua poco más ó menos en igual espacio de tiempo.

CAPÍTULO VIII.

Descripción de Fez. — Gobierno. — Ciencias. — Fábricas. —
Planta narcótica. — Víveres. — Clima. — Terremoto.

LA ciudad de Fez se halla situada á $34^{\circ} 6' 3''$ de latitud N., y $7^{\circ} 18' 30''$ de longitud O. del observatorio de Paris.

Una multitud de observaciones astronómicas hechas con instrumentos excelentes, aunque contrariados casi siempre por una atmósfera nebulosa, y cuyo término medio ha producido el resultado dicho, no me dejan duda alguna tocante á su exactitud. De aquí se infiere cuantos errores ha de haber en las cartas de Arrowsmith, del mayor Aennell, de Delille, de Golverri y de Chénier. La casa donde hice mis observaciones está situada en medio de la ciudad; y en la parte científica de mis viajes se hallará la dirección de todas mis observaciones.

La ciudad de Fez, se halla situada sobre el declive de diferentes colinas que la rodean por todas partes, á escepcion del N. y N. E.

No hai medio alguno para calcular con exactitud la población de Fez: se me ha dicho que con-

tenia en su recinto cien mil almas, y que ántes de la última peste se contaba doble número.

Las calles son mui oscuras, porqué no solamente son estrechas, en términos de ser imposible marchar de frente dos hombres á caballo, sino también porqué las casas, que son altísimas, tienen al primer piso una vuelo ó proyeccion que quita mucha luz; inconveniente que se aumenta mas con la especie de galerías ó pasadizos que reunen la parte superior de las casas por ambos lados: á lo cual es necesario añadir las murallas elevadas de distancia en distancia para servir de apoyo á las casas de ambas aceras, y agujereadas en forma de arco. Este uso lo hallé igualmente establecido en Tetuan y Alcassar. Estos arcos se cierran por la noche, de modo que la ciudad se halla entónces dividida en varios cuarteles, absolutamente incomunicados unos con otros.

La situacion de la ciudad sobre planos inclinados, y la pendiente de casi todas las calles, que por otra parte no están empedradas, hacen su habitacion mui incómoda, sobre todo cuando llueve: entónces no se puede andar por las calles sin llenarse de lodo hasta las rodillas. Sin embargo cuando no llueve se mantienen bastante limpias, pues se tiene cuidado de no dejar inmundicias; pero su aspecto es siempre tan desagradable como en las demas ciudades de África, pues las forman las altas paredes de los edificios que parecen ar-

ruinados. Muchos de éstos están apuntalados; casi todos sin ventanas, y en las pocas que hai la abertura es del tamaño de un pliego de papel ordinario. El aspecto de las puertas es igualmente mezquino y grosero.

Detras de estas altas paredes se hallan á veces casas que por dentro presentan alguna belleza; pero en general el uso del pais exige que una casa conste de patio, rodeado de colunas ó pilares, sosteniendo arcos y formando corredores altos y bajos. Por éstos se entra en las piezas contiguas, que de ordinario no toman luz sinó por la puerta, á la cual procuran dar mucha abertura. Dichas piezas son mui largas y estrechas como las de Tánger: el techo, formado de tablas, es altísimo, sin ornamento alguno en las casas ordinarias: en algunas los techos, puertas de las piezas y arcos del patio, están adornados de arabescos en relieve, pintados de todos colores y aun de oro y plata. El pavimento de todas las piezas y del patio es de ladrillos, y en las casas ricas de baldosas de losa ó mármol de diferentes colores, que forman dibujos de bastante buen efecto. Las escaleras son todas estrechas, y los escalones elevados. Los tejados de las casas, semejantes á los de Tánger, están cubiertos de tierra apisonada de mas de un pié de espesor. Esta inmensa carga hunde las paredes sin defenderlas de las lluvias; y como están construidas con mala cal, pues los ha-

bitantes no saben fabricarla, ceden muy pronto: de ahí es que hai pocas casas capaces de durar mucho tiempo, y así se ven casi todas las paredes rajadas y llenas de grietas, ó desplomadas, y presentando un aspecto de ruina ó cuando ménos de degradacion.

Fez contiene multitud de mezquitas, cuyo número hacen subir á mas de doscientas. La principal se llama el Carubín, donde se cuentan mas de trescientos pilares; pero su construccion es gruesa y mezquina. Respecto á su arquitectura y decoracion, es poco mas ó ménos conforme al plan y detalles de la gran mezquita de Tánger, excepto que la primera ofrece mayor número de arcos, iguales á los de la otra en dimension, forma y proporcion: el total está construido de ladrillos, cal y canto, pero sin columnas, ni ornamento alguno de arquitectura. Sus puertas son muchas, y en el patio hai dos hermosas fuentes; pero este célebre templo no es comparable á la catedral de Córdoba en España, la cual le es enteramente superior en grandeza y magnificencia. La torre ó minareto del Carubín, es pequeña y sin apariencia. En general todas las mezquitas que he visto en el pais se parecen mucho unas á otras. Todas tienen un patio rodeado de arcos, y por la parte del mediodía un cuadrado ó paralelógramo, cubierto y sostenido por hileras de arcos. En medio de la pared del fondo que mira al S. ó al S. E.,

se halla *El Mehreb* ó el nicho, donde se coloca el imam para dirigir la oracion; á mano izquierda se ve la escalerilla ó tribuna, llamada *El Monbar*, para la predicacion de los viérnes. Todas estas circunstancias se hallan en la catedral de Córdoba; lo cual prueba con toda la evidencia ser un edificio religioso edificado por los moros, y no obra romana destinada á un mercado, como dicen algunos habitantes de Córdoba, aunque las columnas hayan sido sacadas de monumentos antiguos elevados por los señores del mundo. Sirven tambien para apoyar esta asercion las arca-das del paralelógramo que dan al patio de esta iglesia, las cuales se han cerrado en los tiempos modernos: aquí las mezquitas las tienen simplemente descubiertas, como los tres lados restantes, así como lo estaban originariamente en la iglesia de Córdoba; de suerte que es incontestable haber sido dicho templo en su origen mezquita construida por los moros, y no edificio romano, como lijeramente han asegurado algunos escritores españoles.

El Carubin, así como los demas monumentos de esta clase, no tiene ornamento alguno de pintura: el pavimento está cubierto de esteras, lo mismo que los otros edificios religiosos. Los dependientes tienen en la torre tres malos relojes para arreglar las horas de la oracion: sobre el terrado hai dos pequeños gnomones ó cuadrantes

solares horizontales para observar el punto de medio dia. Cuando llegué se hallaban tan desarreglados, que marcaron el punto indicado cuatro ó cinco minutos ántes de tiempo; por lo cual hice la observacion, trazé una señal para orientarlos, y desde aquel momento tuve la satisfaccion de oír llamar á la oracion del medio dia en el momento conveniente.

Se ven también en la torre un globo terraqueo, una esfera armilar, y un globo celeste; todos contruidos en Europa hace mas de un siglo: pero como los musulmanes ignoran su uso, están abandonados al polvo, humedad y ratones; en términos que es imposible, no digo leer, mas ni aun descifrar los caracteres ni distinguir las figuras. Hai en otra sala una coleccion de libros, que han sufrido la misma suerte y se hallan en igual estado que los instrumentos astronómicos. Hice muchas indagaciones para descubrir el famoso *Titolivio* completo, que se supone hallarse aquí; pero no obstante mis diligencias, no he tenido la dicha de poderlo encontrar, y ninguno de cuantos he consultado ha podido darme razon de si existia. Bien hubiese dado mayor estension á mis investigaciones en este particular, pero me ví precisado á ceder y abandonarlas por no hacerme sospechoso, ni suscitar prevenciones poco favorables contra mí. La mezquita de Fez, cuenta la singularidad de poseer un sitio cerrado ó cubierto, destinado



á las mujeres que quieren participar de la oracion pública. Circunstancia única y peculiar de este monumento: porqué no habiendo nuestro santo profeta señalado á las mujeres lugar en el paraiso, los musulmanes tampoco les hemos designado sitio en las mezquitas, y las eximimos de lo obligación de concurrir á la oracion pública.

Hai ademas otra nueva mezquita terminada por el actual sultan Muley Soliman: su construccion es mas elegante que la de las otras, porqué sus arcos son mas elevados, y sus pilares bien proporcionados; pero el plan del edificio es absolutamente el mismo.

La mezquita mas frecuentada en Fez, y al mismo tiempo nada parecida á las demas, es la dedicada al sultan *Muley Edris*, fundador de Fez, y por esta razon venerado como santo; en dicho santuario reposan sus cenizas.

El templo, como todos los monumentos de este género, tiene un patio rodeado de arcos; mas la parte cubierta es un gran salon cuadrado sin arcos ni pilares. Su techumbre es altísima; de madera y adornada de arabescos; forma una pirámide octógona, que solamente estriba en las cuatro paredes del salon. El sepulcro del sultan Muley Edris, está colocado á la derecha del nicho del imam, y cubierto con una tela pintarrajada de varios colores: dicha tela está en extremo sucia á causa de la devocion de los oradores. En lo



interior del salon, hai colgadas gran número de lámparas de vidrio y arañas de cristal. Á ambos lados del sepulcro se ven dos grandes cajones para recibir las ofrendas pecuniarias, que multiplicadas por la gracia del gran Dios de los fieles creyentes, son mas productivas que ninguna mina.

La torre ó minareto, es la mas alta y hermosa que hai en Fez; pero no tiene apariencia, porque la mezquita, que está en medio de la ciudad, se halla situada sobre el terreno mas bajo. Al pié de la torre hai una linda habitacion, compuesta de diferentes piezas, de donde se disfruta un paisaje mui estenso; en una de las piezas se halla una buena coleccion de relojes, dos de éstos en especial son bellísimos. Por supuesto que dichos relojes son de fábrica europea, atendido que se ignora absolutamente no solo el arte de fabricarlos, sinó de limpiarlos ó componerlos: tambien me enseñaron uno de metal, mui antiguo y descompuesto, añadiendo que lo habia construido un moro; pero mas adelante reconocí la falsedad de semejante asercion.

Dicho santuario es tal vez el asilo mas sagrado de todo el imperio; el mayor criminal, aun el culpable de crimen de lesa majestad ó de alta traicion, está allí seguro, y nadie tiene derecho para arrestarlo.

Las demas mezquitas son pequeñas y miserables, excepto la que se halla en el palacio del

sultan: esta es grande, mas no por eso mejor construida, ni tiene carácter alguno de belleza que la distinga de las demas.

El palacio del sultan se compone de muchos patios, unos á medio construir, otros medio arruinados; los cuales sirven de entrada á las habitaciones que no he visto. En el primero se ven ya guardias y puertas cerradas que solo se abren á los empleados, á los criados de la casa, ó á los que gozan de privilegio particular. En el tercer patio se halla una casita de madera, semejante á las de los dependientes de aduanas de Europa; súbese á ella por cuatro escalones. Por dentro la cubre una tela pintada, y sobre el pavimento hai una alfombra. En frente de la puerta hai una cama con sus cortinas; á un lado una silla, y al otro un pequeño colchon.

La estension de este gabinete no escede quince piés cuadrados: y es el sitio donde el sultan, sentado en la silla ó recostado sobre la cama, recibe las personas que han obtenido el permiso de serle presentadas, y que jamas pasan de la puerta; solo los favoritos tienen el privilegio de entrar y sentarse sobre el colchon. En cuanto á mí siempre he gozado de esta distincion particular.

Hai en el mismo patio una capilla ó pequeña mezquita, en que el sultan hace diariamente sus oraciones, ménos los viérnes, en cuyo día se trasladada á la gran mezquita de palacio, que está abier-

ta al público, por medio de una puerta que cae á la calle.

En el segundo patio se hallan las oficinas del ministerio. Hai un portal sucio, bajo y húmedo, situado al pié de una escalerilla : la pieza podrá tener unos cinco piés de ancho sobre ocho de largo ; las paredes son en extremo sucias y descos-tradas, sin verse allí otros muebles ó adornos que una vieja alfombra que cubre el suelo. En un rincon de este miserable recinto, el ministro se mantiene ordinariamente sentado en cuclillas; tiene á su lado un mal tintero de cuerno, y en un pañuelo de seda algunos papeles, junto con un librito de memorias para apuntaciones. Cuando sale cierra su tintero, envuelve en el pañuelo papeles y libro, y los pone bajo del brazo ; de modo que al marchar lleva consigo todos sus archivos.

El palacio está situado sobre una eminencia en un cuartel ó arrabal que se halla fuera de la ciudad de Fez, llamado *nueva Fez*. Los judíos están obligados á vivir en dicho cuartel, donde los cierran por la noche.

No se ve en dicha ciudad edificio alguno notable. Las casas de Muley Abdsulem y otros personajes de la primera gerarquía, nada tienen por de fuera que las distinga de las habitaciones de la clase del pueblo ; bien que lo interior no vale mucho mas, si se esceptúa el jardin. El del sultan está junto á palacio, y no es mas que un sim-

ple huerto con algunos árboles y varios edificios de puro ornato. Lllaman á este jardin *Buchelú*.

El rio de Fez atraviesa el palacio: al entrar en la ciudad se divide en dos brazos, los cuales suministran la grande abundancia de agua que se ve en las casas y mezquitas; de modo que apénas se hallará casa sin fuente: en los edificios de alguna consideracion hai por lo ménos dos y á veces mas. La ciudad contiene gran número de molinos.

Son tantas las tiendas, que presentan la apariencia de una poblacion de tres ó cuatrocientos mil habitantes. Pero es de advertir, que semejante multitud de almacenes forma una especie de feria perpetua, á donde van á proveerse diariamente los habitantes del pais y los montañeses. Estos pueblos, divididos en pequeños aduares, carecen de tiendas y obradores de ninguna especie; por cuya razon se ven precisados á ir á buscar en la ciudad cuanto necesitan. Los mercados de víveres son muchos, y la abundancia de las producciones que allí se encuentran, puede compararse á la de los mercados de Europa. Tampoco faltan casas en donde se venden comidas ya guisadas, como tambien salones para comer, cual en las grandes ciudades de Europa.

Los diferentes oficios y diversos especies de objetos de venta, se dividen por clases en calles separadas; de manera que se ven unas, en las cuales no viven sinó gentes de una misma profesion

ó comercio; otras están llenas de almacenes de lienzos, sedas y efectos ultramarinos, y forman lo que se llama *El Caisseria*. Este sitio está bien provisto de productos europeos que vienen por mar, como también de los de levante que conducen las caravanas, y los del interior de África.

La *El Caisseria*, lo mismo que otras calles llenas de tiendas, está cubierta de madera, cuya construcción forma arabescos, y deja aberturas ó ventanas de diferentes formas para dar entrada al aire y á la luz. Dichas calles son buenas por lo general; la multitud de gente que por ellas circula todos los días, es tan grande como en una feria; podríase comparar este cuadro á una grosera imitación de las galerías de Palais-Royal en París: y aun se ven allí bastantes bellezas musulmanas, aunque siempre envueltas en sus misteriosos hhaiks, que sin embargo saben entreabrir de cuando en cuando,

Fez contiene gran número de baños públicos. Algunos de ellos, que pueden llamarse buenos, se componen de diversas piezas gradualmente mas cálidas unas que otras; de modo que cada cual se queda en la que mas le conviene. En todas estas salas hai pilas á donde va continuamente el agua caliente, que sale de las calderas colocadas detras, como también buen surtido de cántaros para bañarse y hacer las abluciones legales. Ya he notado en otra ocasión, que al entrar en estas sa-

las todo el cuerpo se cubre de una especie de rocío sutil, porqué su atmósfera está completamente saturada del vapor del agua caliente.

Habiendo llevado el termómetro al mejor de los baños públicos, en la pieza mas retirada, y de consiguiente la mas caliente, marcó 30° de Reaumur; dos salas ménos distantes donde me vestia, dieron 22°. El termómetro al aire libre marcaba 9°. En la misma pieza exterior hai una fuente que arroja un copioso chorro de agua sobre una hermosa pila de mármol. Todas las salas están abovedadas y sin ventanas; únicamente tienen algunos agujeros en el techo para recibir la luz, y aun éstos cerrados con cristales. El pavimento está bien enlosado de diversos colores. Hállanse en cada sala, que siempre se calienta por debajo, muchos gabinetes para retirarse, estar allí con libertad y hacer las abluciones. Los baños están abiertos al público todo el dia. Los hombres van por la mañana, y por la tarde las mujeres. Yo iba de ordinario por la noche, y tomaba para mí solo toda la casa de baños, á fin de que no hubiese extranjeros; y ordinariamente me acompañaba algun amigo y dos criados. La primera vez que fui, habiendo notado varios cántaros llenos de agua caliente, y simétricamente colocados en los rincones de cada sala y de cada cuarto, pregunté á qué estaban destinados. No los toqueis, señor, no los toqueis, me respondieron al instante los dependientes del

baño.—¿Por qué?—Estos cántaros están destinados para los que viven allá bajo.—¿Quiénes son los de allá bajo?—Los demonios que vienen á bañarse durante la noche. Á este propósito comenzaron á decir mil tonterías; pero como hace tiempo que yo he declarado la guerra á los diablos del infierno y á sus vicarios sobre la tierra, tuve la satisfaccion de destinar á mi baño el agua de algunos de estos cántaros, y quitar de este modo á los pobres diablos parte de su provision.

Fez posee un hospital ú hospicio con mui buena dotacion, y destinado únicamente para los locos. Lo mas particular que hai en él es que parte considerable de los fondos del establecimiento ha sido legada por testamentos de muchos individuos caritativos, con el único objeto de *asistir, cuidar, dar remedios, y enterrar en el mismo hospital á las grullas ó cigüeñas enfermas ó muertas*. Creen que las cigüeñas son hombres de islas lejanas, que en cierta época del año toman la forma de aves para ir allá, y al tiempo conveniente regresar á su pais donde se convierten en hombres hasta el año inmediato. Por esta razon se miraria como criminal quien matase una de estas aves; y sobre este particular ensartan mil cuentos á cual mas absurdos. Sin duda la útil propiedad de dichos pájaros, que persiguen á los réptiles tan abundantes en los paises cálidos, les atrajo el respeto de los pueblos, quienes desde luego velaron en su

conservacion; pero el amor de lo maravilloso; á que siempre han sido inclinados los hombres, ha substituido en esto como en todo lo demas, fábulas absurdas á las observaciones reales para obtener igual resultado.

La forma de gobierno de Fez es la misma que en las demas ciudades del imperio. El kaid ó gobernador, que es el lugar-teniente del soberano, tiene el poder ejecutivo; el kadí el poder judicial civil; un ministro, que llaman *almotassen*, fija el precio de los víveres y juzga los negocios relativos á este ramo de servicio público. El gobernador tiene á sus órdenes algunos soldados; pero guardia no he visto otra que la de los porteros á la entrada de la ciudad y en las puertas de algunas calles.

La ciudad de Fez está cercada en todo su vasto recinto de murallas, que aunque se mantienen en pié no por eso dejan de ser mui antiguas y deterioradas. En este recinto se comprende la nueva Fez, y muchos grandes jardines. Sobre dos de las eminencias que hai al oriente y occidente de la ciudad, se ven dos fortalezas mui antiguas, que consisten en un simple cuadrado de murallas de sesenta piés de frente. Dícese que hai minas subterráneas de comunicacion entre la ciudad y los fuertes: pónense allí cañones con cien hombres de guardia, siempre que el pueblo se amotina contra el sultan; defensa ciertamente bien pobre.

La ciudad contiene muchas escuelas: las más considerables se hallan en las mezquitas del Carubin y de Muley Edris, en una pequeña casa y mezquita llamada *Emdarsa* ó academia. Figúrese cualquiera un hombre sentado en tierra con las piernas cruzadas, dando gritos espantosos ó salmodeando en tono de lamentacion, rodeado de quince á veinte muchachos, puestos en círculo con sus libros ó tablitas de escribir en la mano, y repitiendo casi simultáneamente con su maestro los agudos gritos ó la salmodia en la mas completa discordancia: figúrese cualquiera, repito, tan grotesco cuadro, y tendrá una idea exacta de lo que son estas escuelas. Cuanto á la materia que se trata, puedo asegurar que bajo diversos nombres solo contiene una sola: la *moral* y la *ligislacion* identificadas con el *culto* y *dogmas*, es decir, que todos los estudios se reducen al alcoran y á sus espositores ó comentadores; á algunos lijeros principios de gramática y dialéctica indispensables para poder leer y entender un poco el testo divino. Por lo que he visto creo que las mas veces los comentadores no se entienden á sí mismos; engolfan sus discursos en un arcano de sutilezas, ó de pretendidos raciocinios metafísicos, y se embrollan de tal manera, que no sabiendo como salir, invocan la predestinacion ó la absoluta voluntad de Dios, con lo cual todo lo concilian ó componen.

Estos eruditos son eternos disputadores *in ver-*

ba magistri: como su entendimiento es incapaz de comprender la tésis misma que defienden, no tienen otro apoyo que la palabra del maestro, ó del libro, que citan á tuerto ó derecho; y partiendo de este principio son irreconciliables en las disputas, porque no hay razon bastante fuerte contra un hecho que es para ellos tan canónico como la palabra del preceptor, ó la sentencia del libro.

Muchas veces asistian á mis reuniones varios de estos sábios de Fez, y fuí testigo frecuentemente de tan fastidiosas é interminables disputas. Cansado de ellas, me valí del ascendiente que tenia, para hacerlas cesar; pero deseando producir mayor, y sobre todo mas útil efecto, me propuse inspirarles alguna duda sobre sus libros y maestros: en efecto, logrado este primer paso, no me fué difícil abrir una nueva carrera á estos hombres, cuya perfectibilidad se hallaba paralizada por aquella especie de estancacion espiritual.

Trazado mi plan, me ponía frecuentemente á disputar con ellos, y cuando por medio de argumentos sin réplica los veía reducidos al silencio, no les quedaba otra respuesta que presentarme el libro, y darme á leer la sentencia en que fundaban su opinion. Yo entónces les preguntaba: ¿Quién ha escrito esto? — Fulano de tal. — ¿Quién es ese fulano? — Un hombre como los demas. — Luego por vuestra propia confesion, en adelante ya no

haré caso de él, cuando deje de ser razonable; y le abandonaré, desde el momento que se aparte del buen sentido, para verter sofismas.

Era tan nuevo para ellos semejante modo de hablar, que á los principios quedaban mudos de admiracion, mirándose, y mirándome alternativamente. Al fin pude acostumbrarlos á raciocinar, cosa en que jamas se piensa durante el curso de su educacion. Poco á poco se iban desprendiendo de las sandias respuestas que usaban con tanta frecuencia. Noté sin embargo que incurrian en otro no ménos grave inconveniente; y era que en los discursos que entre sí tenian, se apoyaban en mis palabras; que en final resultado, solo habian mudado de banderas, pero su táctica era siempre la misma.

Mil veces les repetí que jamas sostuviesen cuestion alguna ó punto cualquiera, solo porqué *Ali Bey lo habia dicho*; sinó que ántes de disputar era preciso examinarlos con su propia razon, para ver si la cosa convenia, ó si podia ser ó haber sido; y entónces ya podian entrar en discusion. Finalmente obtuve el deseado efecto, y me lisonjeo que esta centella de luz ha de producir en estos pueblos á la corta ó á la larga felizes resultados.

Para el estudio de la geometría tienen á Euclides, que me enseñaron en grandes tomos en folio mui apolillados; porqué no hai quien tenga pecho para leerlos, y mucho ménos para copiarlos, á

escepcion de una docena de páginas. La cosmogonía es la del coran, hija del pentateuco. La cosmografía es la de Ptolomeo, á quien llaman *B-tlainus*. La astronomía se reduce á algunos preliminares, indispensables para tomar la hora al sol con astrolabios mui groseros, y contruidos separadamente para cada latitud dada. Por lo tocante á las matemáticas solo conocen la resolucion de un cortísimo número de problemas. La geografía no se estudia. La física es la de Aristóteles; mas apenas aplican á ella la mas lijera atencion. La metafísica es el campo de batalla donde mas se ejercitan: y aun añado que en esta ciencia consumen aquellos doctores todas sus fuerzas morales. La química no existe para estos pueblos, y no obstante tienen algunas ideas de la alquimia, pues se ven entre ellos algunos miserables adeptos. La anatomía está del todo desterrada por la religion, á causa de la pureza legal, de las ideas sobre los muertos, separacion de los sexos, etc. Relativamente á la medicina, solo estudian algunos detestables empíricos, y casi ignoran la existencia de los grandes maestros antiguos; la terapéutica va casi siempre acompañada de crueles operaciones y prácticas supersticiosas. La historia natural sufre los mismos obstáculos invencibles que la anatomía. Sabido es que la lei prohíbe las estátuas y las pinturas ó dibujes de objetos animados: lo es también que la gravedad musulmana abandona

el ejercicio de la música á las mujeres y á las clases ínfimas de la sociedad: en consecuencia no hai que pensar en bellas artes, ni, como es claro, tampoco en placeres y ocupaciones agradables.

De confundir el estudio de la astronomía con el de la astrología, resulta que cuantos miran al cielo para saber la hora ó descubrir la luna nueva, son tenidos entre la turba de astrólogos por adivinos, que predicen la suerte futura del rei, del imperio y de los particulares. Poseen libros de astrología, y este talento goza entre ellos de la mas alta consideracion; por medio de esta ciencia se logran destinos importantes en la corte, por la influencia que ejercen los astrólogos en los negocios públicos y privados. Como he declarado guerra mortal á la astrología y alquimia, comencé á obtener algunos felices resultados; y á fuerza de racionios conseguí de varios no solo hacerles titubear, sinó convencer á algunos espíritus penetrantes de la ridiculez y necesidad de los astrólogos y alquimistas.

Ofrecióseme una brillante ocasion de probar que confundian la astronomía con la astrología, cuando el principal de los astrónomos de Fez me pidió con grande instancia le diese la longitud y latitud de cada uno de los planetas el primer dia del año, para formar su cálculo, y pronosticar si seria bueno ó mal año, etc. Respondíle que jamas se habia de prostituir la casi divina ciencia

de la astronomía á los delirios y charlatanismo de la astrología; hablé de la adivinacion con el mas alto desprecio, haciendo ver que el principio arbitrario del año en los diferentes calendarios nada tenia que ver con la naturaleza, y terminé mi filípica demostrándole con razones y probándole por el coran, que *la práctica de la astrología es pecado*: sentencia; que confirmada por muchos doctores ó fakihs, hizo que me proclamasen cohermano suyo.

Como la escena pasó delante de mucha gente, y no pareció despues la prediccion anual de los astrónomos de Fez, y para reemplazarla dí yo mi cálculo de los dias de luna nueva, cosa de interes mas directo, á fin de tener el principio de los meses árabes, las pascuas, y la hora de las cinco oraciones diarias, que marqué para todo el año de cinco en cinco dias, como tambien los eclipses y otros fenómenos que jamas pudieran hacer los tales astrólogos, estando como lo estaban mui fuera de sus alcances; fué un rayo que los aniquiló, haciendo caer sobre ellos el público menosprecio; en términos, que la mayor parte de aquellos charlatanes apostataron; quedando sin embargo algunos que conservan sus rancias opiniones, y las ocultan en silencio, aguardando tal vez que pase la borrasca, y que el pueblo, que gusta ser engañado, vuelva á ellos otra vez.

No faltan en el imperio historiógrafos ó escri-

tores de la historia del pais y de la nacion; mas sus obras se leen poco. La de otros pueblos la ignoran absolutamente.

El idioma se halla en un punto extremo de degradacion. Carecen de imprenta, y la grande imperfeccion de su escritura proviene de que confunden frecuentemente las letras, puntos y acentos; multitud de causas reunidas para aniquilar los pocos conocimientos científicos que quedan, de manera que á veces los mismos naturales no se entienden entre sí: finalmente les cuesta inmenso trabajo leer un papel, que por lo comun no sabe descifrarlo sinó el mismo que lo ha escrito. Con esto se entiende porqué al llegar á este pais el célebre orientalista cristiano *Golio*, no entendia una palabra siquiera del árabe, siéndole preciso llevar siempre el intérprete.

Dicha imperfeccion de la lengua y escritura los obliga á leer siempre cantando, lo cual hace confundir el sentido de las frases, que ademas no se distinguen por la puntuacion ortográfica, sinó únicamente por las cadencias: esto da al lector el tiempo necesario para comprender la palabra escrita, lo cual no podria si quisiera leer corrientemente. Si se ve á algunos leer con rapidez el coran ú otro libro, es porqué lo saben de coro. No hablo sin haber hecho la prueba muchas veces: si hacia parar á los lectores, aunque tuviesen el libro delante, no podian continuar, ni reconocer

en la página el lugar donde se habían quedado de modo que aquellas gentes leen sin ninguna diferencia como papagayos, no sirviendo el libro que tienen á la vista mas que para darles aire de sabios ó de importancia. Tal es el estado de las ciencias en Fez, ciudad que puede mirarse, si me es permitido la comparacion, como la Atenas de África, por el gran número de doctores y sabios, y en fin por las escuelas, adonde concurren de ordinario mas de dos mil discípulos á la vez.

La ciudad cuenta sobre dos mil familias de judíos, cuyo cuartel está en el arrabal de la nueva Fez. Viven en el mayor abatimiento, y es tanto el menosprecio con que los mira el pueblo, que no les deja bajar á la ciudad, tanto á hombres como á mujeres, sinó con la condicion de caminar á pié descalzo. Cuando encuentran por su barrio ó en el campo al mas ínfimo soldado, ó al negro mas miserable, están obligados á quitarse las sandalias. Sin embargo de tan envilecida situacion y continuos insultos que sufren de parte de los moros; he visto en Fez muchas judías hermosas y ricamente vestidas, como tambien judíos gallardos y bien parados, cosa que no habia observado en Tánger; lo cual prueba no ser allí tan pobres y miserables, como parecian en esta última ciudad. Tienen en su cuartel muchas sinagogas, un mercado bien surtido, y casi todos son artesanos ó comerciantes.

Las fábricas de Fez suministran hhaiks de lana, cinturones, pañuelos de seda, pantuflos ó babuchas de cuero que saben curtir con perfeccion, bonetes rojos de fieltro, lienzo inferior de lino, excelentes tapizes, que encuentro superiores á los de Turquía por la suavidad, aunque sean inferiores cuanto al dibujo; loza mala, armas, objetos de guarnés, y utensilios de cobre. Hai muchos plateros; mas como emplear oro y plata en los vestidos se tiene por pecado, y por otra parte el gobierno es tan despótico, cada cual teme manifestar sobrado lujo: resultando de aquí carecer de estímulo las artes, y quedar infinitamente inferiores á las de Europa, excepto en la preparacion de los cueros, en los tapizes, y hhaiks que hacen tan finos y transparentes como gasa. Asimismo trabajan bastante bien la cera, armas y arneses.

Los alimentos de Fez son sanos y sabrosos. El alcuzcuz forma la base general del sustento del pueblo. Cómese también mucha carne, pero muy pocas legumbres ó yerbas. En aquella prefieren la grasa ó sebo, que comen con ansia, bebiendo al mismo tiempo grandes vasos de agua, lo cual es causa de algunas enfermedades; pero como el clima es sano, se goza en general de buena salud.

El pais produce abundante cosecha de una planta narcótica llamada *kiff*. Es planta de primavera, y así no la pude ver sino muy seca y casi reducida á polvos. Para usarla la ponen toda entera en

una vasija de tierra con mucha manteca, y la hacen hervir al fuego por el espacio de doce horas. Filtrase despues la manteca y sirve para sazonar las viandas, ó para mezclarla con dulces; ó tambien se toma simplemente hecha píldoras. Su virtud es tan enérgica, que tómesese como quiera, ha de producir su efecto: hai tambien quien fuma como tabaco las hojas de dicha planta. Dijéronme que su efecto no es embriagar, sino únicamente hacer desvariar la imaginacion con ideas agradables. Confieso que no me vino la tentacion de probarlo.

Como viví en Fez durante el invierno, apenas ví fruta alguna, excepto naranjas y algunos buenos limones dulces. Las diferentes especies de dátiles vienen todas de parte del sur, ó de Tafílete. La carne de carnero es mejor que la de vata ó toro. Las gallinas abundan en los mercados en términos que una docena, solo cuesta cuatro ó cinco francos. Lo mismo cuestan veinte libras de carne. El pan que venden los horneros es mui bueno, pero casi todos los habitantes amasan en sus casas. Vense por las calles muchachos encargados de llevar al horno una tabla con cuatro ó seis panes que les dan en cada casa, y despues de cocidos los llevan á sus dueños respectivos. Úsase mucho beber la leche agria; mas á mí me fué imposible acostumbrarme á semejante brebaje.

Durante mi residencia en Fez hallé el clima

bastante dulce; sin embargo me dijeron que en verano se ahogaban de calor. En el invierno sentí el frio lo mismo que en Europa; pues el termómetro no descendió mas de cuatro grados bajo cero de Reaumur. El término medio del barómetro es de 27 pulgadas poco mas ó menos. La abundancia de aguas mantiene la atmósfera en un alto grado de humedad, y casi siempre tan cargada de vapores, que ellos solos impiden frecuentemente las observaciones astronómicas en los dias mas serenos. El 13 de enero se sintió en Fez el terremoto que tantos desastres causó en Motril, sobre la costa de España, y que tambien se dejó sentir en Madrid. Comenzó á las cinco y treinta y nueve minutos de la tarde, *tiempo fijo*, duró veinte segundos, y dió treinta oscilaciones, las cuatro ó seis primeras mui fuertes, las demas bastante sensibles. Su direccion parecia venir en undulacion de levante á poniente. Presumo que su foco se hallaba bajo el estrecho de Gibraltar, y que su estension en latitud era de cuatro grados al N. y S. Antes y despues del metéoro, el barómetro, termómetro é higrómetro tuvieron todos los dias pequeñas variaciones, y la atmósfera se mantuvo, como de ordinario, sin aparente alteracion.

Los pesos, medidas y monedas son aquí como en todo el imperio, y conformes á la descripcion que de ellos hice en el artículo de Tánger.

CAPÍTULO IX.

Religion.— Historia del Profeta. — De sus sucesores. — Culto. — Abluciones. — Oraciones.

Los escritores de todas las naciones han escrito bien y mal sobre la religion musulmana é historia de nuestro profeta. Las limpias ó adulteradas fuentes de donde cada autor ha bebido sus materiales, y el paso de éstos al traves de las preocupaciones, pasiones, entusiasmos, y aun de la filosofía, han corrompido mas ó ménos sus descripciones. Si únicamente escribiese para los musulmanes, desde luego suprimiria el presente artículo; mas teniendo mis trabajos por objeto la humanidad entera, y escribiendo yo para hombres de todas naciones y cultos, he juzgado conveniente y aun necesario, al publicar la descripción de los países sujetos al islamismo, y dar siquiera una idea de su religion, como tambien de la vida de un legislador, que ha arrastrado tras sí la quinta parte de los habitantes del globo, aunque no sea mas que para evitar al lector la molestia de buscarlo en otros libros.

El grande hombre *Muhammed* ó Mahoma,

nació en la Meca á 10 del mes rubiul-aual del año 6163 del mundo, segun nuestra cronología musulmana, ó del 578 del nacimiento de Jesu-cristo,

Habiendo perdido á sus padres siendo todavía de tierna edad, quedó Mahoma á cargo de un tio suyo. Su buena conducta lo hizo apreciable á sus conciudadanos, y le procuró un destino al servicio de la rica viuda *Kadija*, que prendada de su interesante figura no tardó en hacerlo su esposo.

Mahoma hacia el comercio lo mismo que los demas árabes, es decir, á la caþeza de sus camellos y criados. Este género de vida le puso en estado de conocer las diferentes naciones que rodeaban su pais. Tenia talento y juicio sólido; de consiguiente los viajes periódicos le adquirieron cantidad de conocimientos, los cuales, madurados en los intervalos de retiro, le hicieron capaz de mas altos proyectos.

El primer folleto del kour'ann ó alcoran pareció cuando tenia cuarenta años. ¿Comunicóselo el ángel del Señor? Los musulmanes dirán que sí; pero los demas religionarios lo negarán. ¿Fué por ventura concepcion de su genio? Los fieles creyentes dirán que *no*: los infieles responderán que *sí*. Pero no es la presente obra donde se ha de tratar cuestion de semejante naturaleza.

El grande hombre, elevado al rango de los profetas, no confió sus primeras revelaciones sinó á

las personas mas queridas, que le creyeron sobre su palabra. Luego las comunicó á una asamblea de los principales individuos de su tribu, que era la de los *Kurèisch*, la mas ilustre de la Meca. Por desgracia no fué concedida á todos la gracia de la fé; pues hubo una division entre sus parientes mas cercanos.

Los *Mekkauis* ó Mequeses eran idólatras: en consecuencia el hombre que presentaba la sublime idea de un solo Dios, eterno, inmenso, todopoderoso, en fin causa única de una obra ordenada sobre el plan de la mas admirable armonía, debia forzosamente hacer partido en derredor de sí. Pero al mismo tiempo la *Kadba* ó templo de la Meca estaba lleno de ídolos, ante quienes acudian las naciones comarcanas á presentar sus ofrendas, porcion la mas rica y mejor del patrimonio de los Kureisch, que eran los sacerdotes ó ministros; y debian temer que la caida de los ídolos no ocasionase tambien la de su crédito y riquezas. Era pues dicha tribu la mas interesada en conservar el antiguo culto, y debia naturalmente oponerse á cuanto tendiera ó fuera capaz de desunirlo.

Esto fué precisamente lo que sucedió. El profeta comenzó á predicar públicamente la nueva creencia, y no tardó en adquirir gran número de prosélitos. Reuniéronse los Kureisch, y juraron su pérdida. Hecho blanco de toda clase de persecuciones, y amenazada su vida, se vió el profeta

obligado á abandonar secretamente su patria la noche misma que debia ser asesinado (*). «Salió pues de la Meca, acompañado solo de Abubekr y de un jóven idólatra llamado Abdalla. Desde esta célebre noche comienza la éra de los musulmanes; los árabes la llaman *el hojera*, y los cristianos *la hegira*, es decir *la huida*. Corresponde al año 631 del nacimiento de Cristo.

El profeta pasó á Medina, donde su doctrina habia sido ya acogida con entusiasmo, y en donde se habian reunido sus mas fieles discípulos. Fijó en aquella ciudad su residencia, y comenzó á apoyar con las armas su mision. Bien pronto el Dios de Moises, de Josué, de Carlos IX, de Inocencio III, de Oneale y de Pizarro, cubrió con sus alas protectoras las empresas de Mahoma.

Despues de muchos combates, el gran Dios de los ejércitos puso á la Meca bajo la dominacion del profeta; hizo en ella su entrada triunfal á la frente de diez mil hombres, el viérnes 20 del Ramadan del año 8 de la hegira, (22 de enero de 639). Derribó todos los ídolos y estátuas de la Kaaba; la purificó de los fragmentos de los impíos simulacros, y restituyó al templo su institucion primitiva, á saber la adoracion de un Dios único é invisible.

* Tenia entónces cincuenta y tres años.

(Nota del Editor.)

feta la esencia de su religion por está célebre sentencia: «El islam está edificado sobre cinco fundamentos, que son: hacer la profesion de fé, *No hai mas Dios que un Dios, y Mahoma es el enviado de Dios*; hacer la oracion; dar limosna; ayunar el Ramadan, y cumplir con la peregrinacion á la casa de Dios la prohibida.»

No obstante esta simplicidad, quizá no hai en el mundo religion que cuente tantos espositores, comentadores y escritores.

Divídese el culto (*) en cuatro ritos ortodoxos, llamados el *hháneffí*, el *máleki*, el *hhánbeli*, y el *seháffi*, del nombre de los cuatro imams sus fundadores. El primero de dichos ritos es el de los turcos; el segundo el de los marroquíes y árabes occidentales; los dos restantes los siguen diferentes tribus y naciones de Arabia y Asia. Se

* Aunque hai muchas descripciones de las obligaciones del culto musulman, es tan precisa la presente descripcion de Ali Bey, que no hemos querido suprimirla, con tanta mas razon quanto que contiene otras nuevas. Si se quieren mas detalles, puédesse consultar el sábio *Cuadro del imperio otomano* de M. d'Ohson, con la restriccion de atenerse á Ali Bey en las discordancias; 1º porqué éste habla siempre de lo que ha visto, y el otro no refiere sinó por las informaciones recibidas y noticias comunicadas; 2º porqué Ali Bey habla de los árabes, que conservan el culto en toda su pureza, y M. d'Ohson habla de los turcos, los cuales han mezclado ideas supersticiosas con la pureza del islamismo. (Nota del Editor.)

parecen enteramente cuanto al dogma, consistiendo únicamente su diferencia en la parte ritual ó en las ceremonias religiosas. Por ejemplo, cuando se está de pié para hacer la oracion, los hha-neffis cruzan los brazos, los malekis los tienen colgando. En la ablucion legal comienzan los unos por la punta de los dedos subiendo hasta el codo, los otros comienzan por los codos y bajan hasta la punta de los dedos.

Creer los musulmanes que para presentarse delante del Criador y hacerse digno de una mirada suya, es preciso que el cuerpo del hombre se halle enteramente puro. Para esto se instituyeron las abluciones legales. Consisten en lavarse las manos tres veces seguidas, lo interior de la boca y narizes, la cara, brazos y cabeza, lo interior de las orejas, la nuca y los piés. Hai ademas abluciones generales, que se han de hacer lavándose todo el cuerpo de piés á cabeza, el viérnes ántes de la oracion de medio dia, y despues de ciertos actos, tales como la cohabitacion con una mujer, etc. Donde no se encuentra agua, puede hacerse la ablucion con tierra ó arena; y así se practica en el desierto. Tambien se verifica la ablucion frotándose con las manos, despues de haberlas aplicado sobre una piedra: de este modo la hacen los marinos durante las navegaciones, porque el agua del mar se mira como impura é inútil al objeto.

Todo musulman debe recitar la oracion cinco veces al dia: la primera al rayar la aurora, ó cuando el sol se halla diez y ocho grados bajo el horizonte por la parte de oriente; llámase *Es-sebah*: la segunda despues de medio dia, en el momento en que la sombra de un cuadrante ó baston, colocado al sol perpendicular sobre tierra, iguala á la cuarta parte de su longitud; esta oracion se llama *Ed-duhur*; la tercera en el instante que la sombra del palo ó gnomon iguala á su longitud, y se llama *El-adassar*: la cuarta debe hacerse en el punto mismo que sigue á la entera puesta del sol, y la llaman *El-mogarèb*: en fin, la quinta vez se recita la oracion en el último instante del crepúsculo de la noche, ó cuando el sol se halla á diez y ocho grados bajo el horizonte por el lado de poniente, y es la que llaman *El-dscha* (*).

Cada oracion canónica consta de la invocacion, varios *rikats*, y salutacion. El rikat se compone de siete posiciones del cuerpo con diferentes oraciones; he aquí la forma con el tenor de la oracion:

* Si un musulman fuese trasportado á Spitzberg ó á Groenlandia, donde hai épocas durante las cuales no sube el sol sobre el horizonte, y otras en que no se pone, ¿cómo se arreglaría para hacer sus oraciones? (*Nota del Editor.*)

INVOCACION.

El cuerpo recto, y las manos levantadas á la altura de las orejas, se dice:

¡*Allàhou ak' bār!*

¡Dios mui grande!

PRIMER BIKAT.

Primera posicion.—De pié, los brazos y manos colgando por los malekis, ó cruzados por los hhaneffis, se reza el primer capítulo del coran, que se llama *El Fat-ha*, y es como sigue:

*Alhàmdo Lillàhi, rab
ilaalmìn, arrahmàn ir-
rahìm, malèk yàoum id-
dìn, eyàka naabòudou
ouà eyàka nastaaïn, ih-
dìna siràta el moustakim,
siràta elleddìna anaàmta
aaleïhim, ghàïr el magdoubi
aalèïhim, ouà la addalìna.—Amin.*

¡Alabanza sea dada á Dios! Señor de los mundos, clementísimo, misericordiosísimo, rei del dia del juicio final, adorámoste, é imploramos tu asistencia; dirígenos por el camino recto, el camino de aquellos á quienes has colmado de tus beneficios, de los que son sin corrupcion, y no del número de los extraviados.—Amen.

Luego se reza un capítulo ó algunos versículos del coran en la misma actitud.

Segunda posicion.—Se dobla toda la mitad superior del cuerpo, apoyando las manos sobre las rodillas, y se grita en alta voz:

¡*Allàhou ak^t bàr!* ¡Dios mui grande!

Tercera posicion.—Se vuelve á enderezar diciendo:

Sèmeo Allàhou, li- Dios oye, cuando se
mànn Hamidahhou. le dan alabanzas.

Cuarta posicion.—Postrándose, con las rodillas, manos, nariz y frente en tierra, se dice:

¡*Allàhou ak^t bàr!* ¡Dios mui grande!

Quinta posicion.—Sentándose sobre los talones y poniendo las manos sobre los muslos, se grita:

¡*Allàhou ak^t bàr!* ¡Dios mui grande!

Sesta posicion.—Se postra como ántes, diciendo:

¡*Allàhou ak^t bàr!* ¡Dios mui grande!

Séptima posición.— Vuélvese á poner de pié, y si es posible, sin poner las manos en tierra, y se repite la exclamacion:

¡Allàhou ak' bàr!

¡Dios mui grande!

Y con esto se termina el primer rikat, tras el cual comienza otro segundo.

En este, despues de ejecutadas las seis primeras posturas, consiste la séptima en sentarse sobre los talones, como en la quinta, repitiendo:

¡Allàhou ak' bàr!

¡Dios mui grande!

Luego se añade:

Atahàiatòul lahi, ouà salaouatòu, ouà ataïabatòu, assalamòu aalèikia ìdha ennebiyòu, ouà rahmantòul lahi, ouà barakatahòu assalamòu aalèina, ouà aàla aabadou l-lahi assalaheïna, aschahàhdou ànna là Itàha ìla Allàh ouahadahòu, ouà aschahàhdou ànna mouhhamme-

Las vigiliasson para Dios, como tambien las oraciones y limosnas. Salud y paz á tí, ¡ó profeta de Dios! ¡Que la misericordia del Señor y su bendicion sean tambien contigo! ¡Salud y paz á nosotros y á todos los servidores de Dios justos y virtuosos! Confieso que no hai Dios,

dòun abadòu ouà rassou- sinó Dios único; confie-
loughòu. so que Mahoma es su
 servidor y su profeta.

Si la oracion ha de tener solamente dos rikats, se reza en la misma postura las iguiente adicion, despues de la oracion que acabamos de poner.

Ouà aschahàhdou àn-
na elletzi fi dja-à bihi
Mouhhammed houa, ouà
en e djennàta hòua, ouà
en e' nàra hòua, ouà en
essiràta hòua, ouà en el
mizan hòua, ouà en e-
ssaàta atàïta la raïba
fihì, ouà inna Allàhi
iabaàz min fil còbor.
Allàhouma sallè aàla
Mouhhammedìn ouà a-
àla èli Mouhhamedìn,
càma salèita aàla Ibra-
hìma, ouà barik aàla

Y confieso que él fué quien llamó á sí á Mahoma; y confieso la existencia del paraíso, y la del infierno, y la del *si-rat* (1), y la de la balanza (2), y la de la dicha eterna concedida á los que no dudan, y que en verdad Dios los resucitará de la tumba. ¡Ó Dios mio! da tu salud de paz á Mahoma y á la raza de Mahoma, como has dado tu salud de paz

1 Puente sobre el infierno, que es tan delgado como el filo de una espada. Los justos lo pasarán con la velocidad del rayo para entrar en el paraíso; los réprobos caerán en abismos de fuego. (*Nota del Editor.*)

2 La balanza eterna, donde se pesan las acciones buenas y malas de los hombres. (*Idem.*)

Mouhhammedin ouà a- á Ibrahim (ó Abraham);
àla èli Mouhamedinn, y bendice á Mahoma y
çàma baràkta aàla I- á la raza de Mahoma,
brahima ouà aàla eli I- como has bendecido á
brahima, innaka Hha- Ibrahim y á la raza de
midoun mesjidoun. Ibrahim. Las gracias,
 las alabanzas y la exal-
 tacion de gloria sean en
 tí y por tí.

CONCLUSION Ó SALUTACION.

Sentado, y volviendo el rostro á la derecha y luego á la izquierda se repite á cada lado la salutacion:

¡Assalàmou aalèïkom! ¡La paz sea con vosotros!

Lo dicho constituye una oracion perfecta; mas cuando ha de constar de tres rikats, no se reza la adicion y conclusion sinó al fin del tercero, semejante en un todo al segundo. Si consta de cuatro rikats, al fin del segundo, y omitiendo la adicion, se rezan los dos últimos como los dos primeros; en seguida se añade la adicion y conclusion despues del cuarto.

Al comenzar las oraciones canónicas, se hace la convocacion siguiente:

Allàhou ak' b'âr, Al- ¡Dios mui grande!

lâhou ak' bâr ; Aschahâhdou ànna la ilâha ila Allâh ; Aschahâhdou ànna la ilâha ila Allâh ; Aschahâhdou ànna Sidina Mouhhammèd Rassoul Allâh ; Aschahâhdou ànna Sidina Mouhhammèd Rassoul Allâh ; a-ï-a-e Salâh , a-ï-a-e Salâh ; a-ï-a^{ala}-el felâh , a-ï-a^{ala}-el felâh ; Allâhou ak' bâr ; Allâhou ak' bâr ; la ilâka ila Allâh .

¡Dios mui grande! confieso que no hai otro Dios, sinó Dios; confieso que no hai otro Dios, sinó Dios; confieso que nuestro señor Mahoma es el profeta de Dios; confieso que nuestro señor Mahoma es el profeta de Dios. Venid á la oracion, venid á la oracion, venid al asilo (ó al templo de la salud), venid al asilo. ¡Dios mui grande! ¡Dios mui grande! No hai otro Dios, sinó Dios.

Dicha convocacion se hace tambien desde lo alto de los minaretos, cinco vezes al dia, para llamar á los fieles, ó á lo ménos para anunciar al pueblo la hora de la oracion, que puede hacer cada cual donde se halle, escepto la del *duhur* del viérnes, que debe hacerse en la mezquita en comun. Á la convocacion de la mañana, despues del segundo *a-ï-a-el felâh*, se añade:

Es salâtou hhairoun minn en nâoum.

La oracion es mejor que el sueño.

Es salátou hhaïròun La oracion es mejor
minn en nàoum. que el sueño.

El hombre encargado de gritar se llama *el mudden*. Hai ademas otro mudden en la mezquita, que reza ó canta la convocacion, y *Allàhou akⁱ bâr* á cada una de las posturas de los rikats, como asimismo la conclusion *Assalàmou aalèïkom*.

Despues de cada una de las oraciones canónicas, se hace uso del rosario, y se pronuncia:

Á LA PRIMER CUENTA.

¡Sobhána Alláhi! ¡Ó Dios santo!

Á LA SEGUNDA CUENTA.

¡Alhámdo Lilláhi! ¡Alabanza sea dada á
 Dios!

Á LA TERCER CUENTA.

¡Allàhou akⁱ bâr! ¡Dios mui grande!

Y de este modo se pasan las noventa y nueve cuentas ó granos del rosario musulman.

Como en la oracion canónica, el musulman no debe pedir á Dios bien alguno de este mundo, es costumbre pasado el rosario, juntar las manos, y

elevantas en la actitud de un hombre que recibiera alguna cosa que viene de arriba; en esta postura se pide lo que se quiere, y concluida la oracion se pasa la mano derecha por la barba, diciendo:

¡Alhámdo Lilláhi!

¡Alabado sea Dios!

Con esta fórmula se acaba la oracion. Los viernes se acostumbra ir á la mezquita, lo ménos media hora ántes que el imam. Luego que se entra, se hace una breve oracion compuesta solamente de dos rikats; siéntanse luego, y continuan con otras oraciones recitadas de coro, á no ser que lean algun libro santo, y principalmente el titulado: *Dalil el Hhiratz*.

Ántes de la oracion del viernes, el imam hace un sermon al pueblo.

El coran, ademas de la division en *suras* ó capítulos, se divide tambien en treinta *hhez* ó hacesillos; y el uso ha consagrado los capítulos del último *hhez*, para rezarlos ordinariamente en las oraciones canónicas, despues de *el fat-ha*.

Para la oracion es preciso colocarse en un sitio puro; y en caso de no haber estera ó alfombra, se estiende por tierra el *hhaik*, capote ó turbante, para ponerse encima.

Cuando rezan juntos muchos musulmanes, uno de ellos se pone delante, desempeña las funciones

de imam, y dirige la oracion á fin de que los movimientos de los rikats se ejecuten simultáneamente por todos los individuos de la asamblea; si los fieles son en gran número, se colocan en hileras detras del imam, como en la mezquita.

Hai ademas algunas oraciones adicionales, que todos los musulmanes rezan diariamente; tales son *el fegèr*, que debe preceder al *sebah* por la mañana; el *eschefda* y el *ùter* que deben seguir al *dscha* de la tarde. Por lo demas, el musulman puede recitar cuantas oraciones quiera, ya de dia ya de noche, como no sea desde el momento de la salida del sol hasta medio dia, y del *adssar* hasta el *mogarèb*, tiempo durante el cual no se debe rogar. Dichas oraciones son meritorias al fiel creyente; mas no por eso le dispensan de la obligacion de las cinco oraciones canónicas.

En las diarias, el *fegèr* se compone de dos rikats; el *sebah* de otros dos; el *duhur* de cuatro; el *adssar* de igual número; el *mogarèb* de tres; el *dscha* de cuatro; el *eschefda* y el *ùter* de tres.

El *fát-ha* y el capítulo ó versículos del coran que le siguen en los dos primeros rikats, se rezan en alta voz en el *sebah*, *mogarèb*, *dscha*, *eschefda* y *ùter*; en el *duhur*, el *adssar* y las oraciones adicionales voluntarias, se dice todo en voz baja. Cuanto á las invocaciones, ¡*Allàhou akì bàr!* *Sèmeo allàhu*, etc., y la salutacion *Assalàmou*

Aalèikom, siempre se pronuncian en alta voz.

Hai tambien oraciones particulares para los enfermos, para los muertos, para los viajes, para la falta de agua, para los eclipses de sol y luna, para los combates, para las treinta noches del Ramadan, para las pascuas, para la *kaaba*; últimamente las hai satisfactorias y de supererogacion.

CAPÍTULO X.

Limosna. — Ayuno. — Peregrinacion. — Calendario. — Meses sagrados. — Pascuas. — Empleados de las mezquitas. — Festividades. — Supersticiones.

DESPUES de la creencia de que existe un solo Dios todopoderoso, y la fé en la mision de su profeta, como tambien la obligacion de las oraciones canónicas; se ha de observar el precepto de dar limosna: lei absolutamente obligatoria para todo musulman que se halla en estado de cumplirla.

Dicho precepto comprende el diezmo limosnero, la limosna pascual, el sacrificio pascual, los donativos, fundaciones pías, y las limosnas eventuales de caridad. El diezmo limosnero equivale á dos y medio por ciento al año de todo lo que se posee, excepto los carneros y cabras, que no contribuyen sinó á razon de uno por ciento. La limosna se debe distribuir á los pobres; pero esto se verifica generosamente y sin cálculo minucioso, pues todo corazon sensible á las desgracias del pobre, contribuye en proporcion mayor que la fijada por la lei. Quanto á mí he seguido constantemente la costumbre de mantener cierto nú-

mero de infelizes ó estropeados, ademas de las limosnas accidentales que hacia, y con esto creo haber desempeñado mi obligacion.

Llámase limosna pascual, la obligacion impuesta á todo musulman acomodado de dar á los pobres el primer dia del mes *Schual*, que es la pequeña pascua (el *Eid seguir*), media medida de trigo ó harina, ó una medida entera de cebada ó dátiles, ántes de salir el sol. Los padres de familia y las personas que tienen casa puesta, han de dar por cada individuo de la familia, tanto como por ellos mismos; pero se tiene la libertad de hacer esta limosna en dinero ó en especie.

El sacrificio pascual es el de un carnero, buei ó camello, que se mata el primer dia de la gran pascua (el *Eid quibir*), que se celebra el dia 10 del mes *Dulhája*. Dicha medida es aplicable á todo musulman acomodado, padre de familia ó cabeza de casa. Despues de matar el animal por su propia mano, entre la salida del sol y el medio dia, come una parte de él asada, y da á los pobres lo restante, que ha de ser mas de un tercio del animal. La piel de la víctima sirve para el uso personal del dueño, ó se da á los indijentes. Hácese igualmente el mismo sacrificio en algunas circunstancias importantes, tales como para alcanzar la salud de un enfermó, para emprender un largo viaje ú otra cosa considerable.

Los donativos ó fundaciones pías consisten en

ereccion de monumentos de pública utilidad, es decir, mezquitas, fuentes, hospicios ú hospitales, escuelas, etc. Luego que un musulman hace cualquier donativo ó fundacion pía, él y su posteridad pierden para siempre la propiedad del bien; mas puede reservarse ciertos usufructos para sí y sus sucesores. Uno de mis primeros cuidados, luego que dejé el pais de los cristianos, fué merecer la gracia por medio de una fundacion pía; y al efecto establecí un reservatorio de agua potable para uso de la mezquita de Tánger, que carecia de ella.

Los actos ordinarios de caridad ó limosnas accidentales, que son de puro consejo en las otras religiones, son casi obligacion para el musulman. No puede sentarse á la mesa sin convidar á los presentes, cualquiera que sea su estado ó creencia; jamas despedirá sin socorro al miserable que lo implora, si tiene medios de consolarle. Consecuencia del mismo principio es la hospitalidad para todo el que se presenta, cualquiera que sea su culto.

El ayuno en el mes de *Ramadan* es el cuarto precepto divino. Consiste en no comer, beber, fumar, ni aun oler los aromas ó frutas, y observar perfecta continencia, desde el momento del *feger* ó crepúsculo, ántes de salir el sol, hasta que se pone, durante los veintinueve ó treinta dias del mes de *Ramadan*.

Este ayuno obliga á todos los hombres y mujeres, escepto los enfermos, viajeros, mujeres embarazadas ó en estado de impureza legal, nodrizas, mineros, viejos débiles, personas cuya abstinencia podria comprometer su salud, y dementes. Si se interrumpe el ayuno por olvido ó distraccion, por enfermedad, viaje ú otro motivo legítimo; está uno obligado á satisfacer esta deuda ayunando otros tantos dias en otro tiempo á discrecion; pero si la trasgresion del ayuno de un solo dia, ha sido voluntaria sin causa legítima, entónces en espiacion de esta falta se ha de ayunar setenta y un dias.

Desde la puesta del sol hasta la hora de la oracion de la mañana, se puede comer, beber, fumar y divertirse cuanto se quiera durante la noche; mas las personas timoratas emplean el tiempo en rezar en sus casas ó en las mezquitas, leer el coran, hacer obras de caridad, reunirse en una sociedad fraternal y agradable, pero siempre circunspecta. En este tiempo cesan las enemistades, se reunen las familias, y los pobres se ven socorridos mas que nunca con abundantes limosnas.

Las mezquitas están abiertas é iluminadas durante la noche todo el tiempo del Ramadan, y la multitud entra y sale incesantemente; las tiendas abiertas y frecuentadas por ambos sexos, igualmente que los cafés, pero éstos únicamente son frecuentados por los hombres, y siempre conser-

vando el carácter de gravedad que distingue al musulman.

Como todo el dia lo pasan sin comer ni beber, aguardan con impaciencia la hora del mogareb ó puesta del sol; á la primera señal del mudden ó gritador público, colocado en lo alto del minareto, todo el mundo se pone en movimiento, y por el pronto come una especie de puches de harina con miel, azúcar ú otro condimento nutritivo: luego hacen la oracion, y poco despues se ponen á comer. Muchos comen tres ó cuatro vezes en la noche; pero yo solamente tomaba té, y por la mañana, ántes de la aurora, unas puches ó un poco de alcuzcuz.

Los ricos apénas sienten el ayuno del Ramadan; pues pasan el dia durmiendo, para desquitarse ampliamente de sus privaciones por la noche, de suerte que no hacen sinó cambiar la época de sus gozes diarios: pero es penitencia bien fuerte para la gente del pueblo, pues no teniendo otros medios de subsistencia que el trabajo del dia, tampoco puede eludir el rigor del precepto alternando su método de vida. Se observa con tanta puntualidad el ayuno del Ramadan, que un musulman que lo quebrantase voluntariamente, sin causa legítima, y sobre todo á presencia de testigos, seria tenido por digno de la pena de muerte como infiel.

Siendo lunares los meses árabes, y empezando

cada uno desde el momento que se descubre la luna nueva á la simple vista, los musulmanes están sumamente atentos á observar el cielo; tienen para ello tacto finísimo y vista sumamente penetrante, de modo que varias veces me señalaban el paraje donde veían la luna nueva, que á mí me era imposible apercibir, y despues con ayuda de un telescopio, la descubria exactamente en el punto del cielo que me habian indicado comparada con un objeto terrestre. Para hacer proclamar la entrada del mes, basta la declaracion de dos testigos que depongan ante el kadí haber visto la luna, y en caso que las nubes impidiesen verla, el cumplimiento de los treinta días del mes anterior da lugar al nuevo. Á fin de facilitar las observaciones calculaba yo de antemano los días de la aparicion de las lunas nuevas, y les daba una especie de almanaque: lo exacto de mis pronósticos me habia conciliado toda su confianza, y se conformaban con ellos sin escrúpulo para empezar y concluir el Ramadan, hasta el punto de mandar el sultan que esta ceremonia no se verificase sin haberlo yo indicado.

El principio del Ramadan se anuncia en Fez por tiros de fusil disparados desde una altura vecina, y por el lúgubre sonido de las trompetas que tocan los gritadores públicos desde lo alto de todos los minaretos de las mezquitas; el momento de concluir el principio de dicho mes ó el de

la pascua, se anuncia igualmente á fusilazos desde los terrados de las casas. ¡Pobres de aquellos que aman la tranquilidad, y sobre todo pobres enfermos! que se quedan aturridos por el estruendo de las armas de fuego, y los gritos de la alegría universal. Á pesar del carácter augusto que imprime la religion en el mes del Ramadan, muchos moros del pueblo bajo se vuelven casi frenéticos. Los mas pierden la cabeza de tanto rezar y leer el coran; los otros de leer libros ascéticos ó sagrados; otros finalmente, por la debilidad del estómago y la tristeza que es su compañera inseparable; y á todos altera el horrible y fúnebre sonido de las trompetas que suenan de lo alto de los minaretos á diferentes horas del día y de la noche, lo cual produce muchas contiendas en el populacho.

La noche del 27 hai continuamente en las mezquitas un ministro, que sin tener libro delante, recita el coran en alta voz; el pueblo se mantiene de pié escuchándole. Este rezo va interpolado con oraciones; la persona que reza es sucesivamente relevada por otra, de suerte que al apuntar el día se ha recitado ya el coran todo entero. En la misma noche hai iluminacion en las calles y terrados; el gentío es inmenso, y por todas partes se ven mujeres á bandadas que van á visitar las mezquitas, en las cuales innumerable multitud de niños de todas edades, mujeres, san-

tones, imbéciles buenos y malos, mueven una bestia infernal: y entretanto, ó se recita el corán ó se dicen oraciones.

Todas las noches del Ramadan, ántes de amanecer, hai dependientes de las mezquitas que corren por las calles, armados de enormes mazas, con las cuales dan repetidos golpes en las puertas de las casas, para que sus moradores se levanten á comer ántes de la hora de la oracion de la mañana.

El quinto precepto divino es la peregrinacion á la Meca. Todo musulman debe una vez por lo ménos en su vida hacer personalmente el santo viaje, ó delegar la comision á un peregrino, que cumpla por él y en su nombre esta sagrada obligacion, en caso de hallarse legítimamente imposibilitado de hacerlo.

El objeto del viaje es visitar la *Kaàba* ó casa de Dios en la Meca; las colinas *Sàffa* y *Mèrua*, que se hallan en la misma ciudad; y el monte *Aàrafat*, á poca distancia de ella. La época de dichas ceremonias en la Meca, es todos los años en el mes Dulhaja. Muchos peregrinos aprovechan la ocasion para pasar á Medina á visitar el sepulcro del profeta; pero es solo acto de devocion que ni está mandado ni aun aconsejado por la lei. De esto se tratará en otro lugar.

Componiéndose el año árabe de doce meses lunares, es once dias mas corto que el año solar; y

por consiguiente, el Ramadan y las pascuas dan la vuelta del año solar en treinta y uno ó treinta y dos años. He aquí los nombres de los meses árabes.

<i>Moharrám.</i>	<i>Arjáb.</i>
<i>Saffár.</i>	<i>Schabán.</i>
<i>Rabiul-aual.</i>	<i>Ramadán.</i>
<i>Rabiu-tzèni.</i>	<i>Schuál.</i>
<i>Djád.</i>	<i>Dulkàada.</i>
<i>Jomeldà (ó Jumà).</i>	<i>Dulhàja.</i>

Los dias de la semana se llaman así:

<i>Nahhàr el Hkàd,</i>	dia primero.	Domingo.
<i>Nahhàr et Zenin,</i>	id. segundo.	Lunes.
<i>Nahhàr telàta,</i>	id. tercero.	Mártes.
<i>Nahhàr l'Arbàa,</i>	id. cuarto.	Miércoles.
<i>Nahhàr el Hhamiz,</i>	id. quinto.	Juésves.
<i>Nahhàr Jumua,</i>	id. sexto.	Viernes.
<i>Nahhàr es Jebtz,</i>	id. séptimo.	Sábado.

Los dias de ayuno y fiesta entre año son:

El 1, 2, 3 y 10 del Moharram, para el ayuno.

En el mes Saffar no hai nada.

El 12 del Rabiul-aual, se celebra *El Mulad* ó nacimiento del profeta; las fiestas duran hasta el 19, y en esta época se circuncidan los niños comunmente.

Nada hai de particular en los tres meses siguientes.

El primer jueves y el dia 27 del mes de Arjab están consagrados al ayuno.

En el mes de Schaban, se pasa en oracion la noche del 15, y se ayuna al dia siguiente.

Todo el mes del Ramadan es ayuno; hácese oraciones durante las noches, y en particular en las del 27 y 30, que se han de pasar todas enteras orando.

La pascua llamada el *Eyd seguir* ó pequeña pascua, se ha fijado para el primero del mes Schual. Este dia es el destinado á dar la limosna pascual de que ya hemos hablado, y á hacer la oracion pascual en el *Emsalla*, de que luego hablaremos. Despues de este dia de pascua, se ayuna otros seis escogidos á voluntad en el trascurso del mismo mes.

Nada hai de particular en el mes Dulkaada.

En el de Dulhaja, los musulmanes que no van á la Meca ayunan los nueve primeros dias. El dia 10 del dicho mes, comienza la pascua llamada el *Eyd quibir* ó gran pascua, que dura tres dias, el primero de los cuales se va mui por la mañana á hacer la oracion pascual al Emsalla, y volviendo á casa, se sacrifica un carnero en memoria del sacrificio de Abraham. En esta época se practican las ceremonias de la peregrinacion de la Meca.

Los sobredichos meses constan de veintinueve y treinta dias; el año solo tiene trecientos cincuenta y cuatro, y por consiguiente el término de los doce meses se adelanta once ó doce dias al de los meses solares. Resulta de aquí que el Ramadan así como las pascuas, dan la vuelta del año solar, y no se encuentran poco mas ó ménos en el mismo punto sinó al cabo de treinta y uno ó treinta y dos años solares, que componen un año lunar de mas. El presente año, que es el 1218 de la hégira, comenzó el 23 de abril 1803 de Cristo.

El ayuno del Ramadan es el único verdaderamente obligatorio por precepto divino; los otros no son sinó práctica religiosa imitativa.

Los musulmanes cuentan en el año cuatro meses sagrados, durante los cuales no se debe hacer la guerra sinó es por necesidad, ni quitar la vida á un hombre. Dichos meses son los de Moharram, Arjab, Dulkaada y Dulhaja.

Para la oracion pascual, hai fuera de la ciudad un sitio destinado, que se llama *El Emsalla*, donde se congrega todo el pueblo la mañana del dia primero de cada pascua, ántes de salir el sol.

Como el sultan se hallaba aquí la última pascua, la fiesta fué magnífica. De todas las provincias del imperio acudieron hajaes, kaides y grandes scheiks, á la cabeza de numerosos escuadrones de caballería, y acamparon la mayor parte fuera de la ciudad.

En el sitio del Emsalla se formó un recinto cuadrado, cerrado por tres partes con un lienzo de cinco ó seis piés de elevacion y sobre sesenta de largo por cada uno de los lados, con una tribuna dentro para el predicador. Éramos mas de seiscientos hombres dentro del recinto; fuera estaba toda la poblacion de Fez y los fieles que habian venido de las provincias, formando una reunion de mas de doscientas cincuenta mil personas. Á la llegada del sultan comenzó la oracion. Cada vez que el imam y el mudden pronunciaban la exclamacion ;*Allàhou ak' bår!* ;Dios mui grande! para los movimientos de los rikats, era al instante repetida por gran número de muddens, esparcidos por la multitud hasta una gran distancia; á este grito se veían postrar ante la Divinidad doscientas cincuenta mil almas con su soberano al frente, y teniendo por templo la naturaleza entera: espectáculo verdaderamente augusto, y que no se puede ver sin sentirse profundamente conmovido.

Despues de la oracion, un fakih del sultan subió á la tribuna, pronunció un sermon, y se terminó la ceremonia con otra breve oracion. El sultan salió del recinto y subió á caballo, siguiendo todos su ejemplo. Despues de haber dado un paseo, durante el cual le salieron al encuentro para saludarle diferentes cuerpos de las provincias, se retiró; y al punto comenzaron las cor-

ridas de caballos, las escaramuzas, fusilazos y gritos de alegría, que duraron tres días en la ciudad y su comarca.

Es bastante notable el modo que tenía cada cuerpo de saludar al sultan. Formados en batalla ó en hileras, se presentaban al sultan con sus largos fusiles, que sostenian perpendicularmente delante de sí con la mano derecha; y apoyados en el pomo de la silla, doblaban el cuerpo hácia adelante haciendo una reverencia, y gritando todos á la vez: *¡Alláh tebàrk òmor Sidina!* ; Dios bendice la vida de nuestro señor! Luego se retiraban para dar lugar á otros. El gefe de cada cuerpo se adelantaba un momento, y acercándose al sultan, le saludaba en particular, se daba á conocer, y hacia señal á los suyos para acercarse y retirarse.

Á poca distancia del sultan se veían muchas compañías de su guardia á caballo, con infinito número de banderas, una banda de tambores roncocos y de gaitas desafinadísimas. Inmediatos al sultan marchaban sus primeros oficiales y algunos pajes á pié; dos de los últimos se mantenian siempre á ambos lados del caballo con un pañuelo de seda en la mano para espantar las moscas.

La simplicidad de la fiesta, la buena fé de un pueblo inmenso, su recogimiento y fervor durante la oracion, y la grandeza del templo, cuya bóveda es la inmensidad del espacio, y su candelero el astro engendrador de los mundos,

forman el cuadro mas imponente y patético que pueden presentar los hombres reunidos en sociedad, al rendir homenaje al gran Dios de la naturaleza.

Hemos notado ya que entre los musulmanes, no hai sacerdotes propiamente dichos. Los que sirven en las mezquitas no llevan distintivo alguno que los haga reconocer, ni carácter que los exima de las obligaciones de ciudadano; porqué tienen mujeres, trabajan y pagan contribuciones; en una palabra, el órden del sacerdocio, que en los otros cultos forma clase aparte en el estado, y cuyos individuos son mirados como mediadores entre el hombre y el Sér supremo, no existe entre los musulmanes. Aquí los hombres son iguales ante el Criador de todas las cosas; los templos no tienen lugares reservados ni puestos privilegiados. La virtud ó el vicio son los únicos medios que acercan ó apartan al hombre de la Divinidad.

Los empleados de las mezquitas son desde luego los imams que dirigen la oracion, predicán los viérnes, y á vezes leen libros sagrados; en segundo lugar los muddens, que convocan al pueblo desde lo alto de los minaretos, y ayudan á los imams en la direccion de las oraciones. Pero semejantes empleos no imprimen carácter en los que los ejercen; así es que desde el momento que terminen sus funciones, se dedican á sus quehaceres como simples ciudadanos: si falta el imam

en la mezquita, el *mudden* ó cualquier otro individuo del pueblo se pone al frente de la asamblea, dirige la oracion, y desempeña las funciones del verdadero imam.

Los musulmanes no tienen mas fiestas entre año que las de las pascuas y del nacimiento del profeta. Los viérnes trabaja el musulman lo mismo que los otros dias de la semana; comienza por la mañana hasta una hora ántes del medio dia, en que deja el taller ó las ocupaciones para ir á hacer su ablucion y oraciones á la mezquita; vuelve luego á su trabajo, sin que tan continua ocupacion influya cosa alguna en la salud ó felicidad del pueblo, que al contrario está mui bien hallado, y tiene la ventaja de contar al año cincuenta y dos dias mas de trabajo, que son sacrificados ó perdidos para los individuos de otros cultos.

De lo dicho se infiere que el *islám* ó religion de Mahoma es austera. La palabra *islamismo* quiere decir *abandono de sí mismo á Dios*, y sobre esta base principal se funda el culto. La fé viva en la existencia de un solo Dios, la pureza, la oracion, la caridad y la mortificacion por medio del ayuno y peregrinacion, son sus caractéres esenciales; caractéres que la harán respetable á todas las naciones y edades, á los ojos de los filósofos que la conozcan por otras relaciones que las que han dado novelistas ó viajeros poco instruidos.

La creencia en las misiones de Noé, Abraham, Moises, Jesucristo, y otros antiguos profetas, es artículo indispensable para la introduccion al islam; de modo que un judío no puede ser admitido al seno de los fieles, sin que previamente haya dado pruebas de su creencia en la mision de Jesucristo, reconocido como el *espíritu de Dios* (*Ruh Ulláh*) é hijo de una vírgen; lo cual confiesa el coran.

Creer los musulmanes que los evangelios que andan en manos de los cristianos han sido viciados y corrompidos por interpolaciones. Niegan la muerte de Jesucristo, el cual segun el coran, subió vivo á los cielos sin padecer el suplicio de la cruz; tampoco admiten el dogma de la Trinidad, y por consiguiente la union hipostática de la segunda persona en Jesucristo y en la Eucaristía; dogmas que consideran como pura idolatría. El culto de las imágenes les causa horror; y miran la confesion é indulgencias como medios de especulacion.

Por desgracia se han introducido tambien en el islamismo supersticiones que lamenta el filósofo musulman. Las ceremonias exteriores del culto han prevalecido sobre el fondo de la religion, en términos, que con tal que un musulman haga diariamente el número de postraciones ó rikats prevenidos por la lei, poco importa su moral, pues cualquiera que sea, no dejarán de llamarle buen

musulman; y aun será elevado á la dignidad de santo, si escede él número de oraciones y ayunos prescritos por la religion, aunque su conducta sea la de un hombre perverso, como yo he conocido á varios.

La veneracion á los sepulcros de los santos, tiene un útil resultado, cuando las capillas sirven de asilo á la inocencia contra los atentados del despotismo; la veneracion que inspiran los imbéciles protege su existencia desgraciada; pero tambien el asilo de las capillas cobija gran número de criminales que deberian desaparecer de la sociedad, y el respeto que se tiene á los imbéciles da lugar á mil atentados contra la moral pública. Las saphis ó talismanes, las reliquias y rosarios, los rezadores de oraciones por los enfermos, por las cosas perdidas, son otras tantas estafas piadosas que empañan el brillo del deismo puro de Mahoma. Pero en fin, ¿cuál es el culto en la tierra que no hayan alterado la codicia de los charlatanes ó la necia timidez del pueblo? Afortunadamente no se ven en este pais tropas monásticas, es decir, los derviches que se hallan con tanta frecuencia en toda la Turquía.

CAPÍTULO XI.

Scherifs de Muley Edris. — Suceso de los relojes. — Entrada del sultan en Fez. — Mensaje del sultan. — Interrogatorio del gefe de los astrólogos. — Día de campo. — Intrigas del astrólogo. — Triunfo de Ali Bey. — Compra de una negra. — Almanaque. — Partida del sultan. — Eclipses.

HEMOS visto que las cenizas de Muley Edris, fundador de este imperio, se veneran en su santuario de Fez, donde tambien se han establecido sus descendientes, mirados como la familia mas ilustre del pais, con el nombre de *scherifs de Muley Edris*. El gefe de esta familia toma el título de *el Enkaddem* ó *el Antiguo*. El *emkaddem* actual es un anciano venerable, llamado *Hadj Edris*; el cual administra los fondos que están colocados en cofres al lado del sepulcro del santo, como tambien las limosnas de granos, animales, y otros efectos que los habitantes ponen á su disposicion á título de tributo; él mismo hace la distribucion entre los *scherifs* de la tribu, la mayor parte de los cuales se mantiene con dichos fondos; aunque los hai mui ricos, ya por los inmensos bienes que poseen, ya por el comercio que hacen

tanto ellos como el emkaddem. Es tan grande la veneracion que tienen los habitantes á Muley Edris, que en todas las situaciones de la vida, y aun por movimiento indeliberado, en vez de invocar al Todopoderoso, invocan á Muley Edris.

Yendo de Mequinez á Fez me precedió un oficial del sultan, con una órden de este monarca para Hadj Edris, á fin de que me mandase preparar alojamiento, asistirme y servirme de cuanto necesitare. En consecuencia me alojé en su casa al llegar á Fez; mas siendo tan viejo que apenas puede andar, no se halla en estado de manejarse por sí mismo; y por eso su hijo mayor llamado tambien *Hadj Edris Rami* (*), fué quien se encargó esclusivamente de mis negocios; y por esta razon siempre que ocurra hablar de Hadj Edris debe entenderse del hijo, á ménos que no se designe el padre espresamente.

Ambos á dos con sus familias respectivas viven en una misma casa. Hadj Edris Rami es de mi edad; su carácter apreciable, la rectitud de sus principios, y su fidelidad nunca desmentida han hecho de él mi mejor amigo; ¡ójala sea tan feliz como yo deseo, y pueda contar tantos años como virtudes!

* Es el mismo personaje que se vió en Paris en 1808 como embajador estraordinario del emperador de Marruecos. (*Nota del Editor.*)

Al dia siguiente de mi llegada á Fez, recibí visita de los principales scherifs de la tribu de Edris, y de otras muchas de la ciudad. En estas visitas las pregunttas eran innumerables, las observaciones infinitas, como tambien los informes y noticias pedidas á mis criados por todos los medios imaginables: hacíanles sufrir verdaderos interrogatorios con relacion á mi persona; pero los importunos preguntones quedaron tan satisfechos de las respuestas de mis gentes, que ántes de pasar el segundo dia ya me habian besado cien vezes la barba, y los mas distinguidos me pidieron la gracia de dignarme contarlos en el número de mis amigos.

Los Edris, encantados con su huésped, pensaban tenetme largo tiempo en su compañía, y no omitian medio á fin de hacerme agradable la permanencia; pero como yo no me encuentro bien sinó en mi casa, se vieron precisados á buscarme una, y algunos dias despues pasé á habitar la que me habian dispuesto, y era hermosísima. Hallábase en Fez el príncipe Muley Abdsulem, y al dia siguiente de mi instalacion en mi casa pasé á visitarle. Éste augusto y respetable viejo me llenó de caricias, y me encargó repetidas vezes fuese á verle todos los dias; prometiselo, y lo he cumplido casi siempre.

El despotismo que pesa desde mui antiguo sobre este imperio, ha reducido á los habitantes á

la costumbre de ocultar su dinero, y adoptar tanto en sus vestidos como en los muebles de su casa cuanto pueda contribuir á disimularlo, de suerte que nadie se atreve á dar la mas lijera muestra de lujo, cualesquiera que sean sus riquezas, excepto los parientes inmediatos del sultán y los scharifs Edrissi, que gozan de mayor libertad en este punto, y que de consiguiente no temen vestir y alojarse mas decentemente que los demas. Mis amigos notaban en mí un sistema contrario al del pais, pues acostumbrado al lujo oriental de ningun modo me acomodaba cesirme á la mezquindad tan usada en Fez. Temblaban por mí, y comunicábanme sus temores en el particular; pero léjos de corregirme en nada alteré mis usos, hasta que mis amigos acabaron por acostumbrarse, y aun hubo quien se adelantó á imitarme. Mi tertulia crecia diariamente; los bajaes, los scharifs y los doctores ó sabios, se creían honrados en formar parte de ella.

Algunos dias despues de mi llegada me llevaron á la mezquita de Muley Edris, y á una hermosa habitacion contigua, donde ví un precioso surtido de relojes: previniéronme que el sultán habia ordenado se me preparase dicha habitacion, á fin de que pudiese ir allí á leer ó estudiar, y los doctores debian subir tambien todos los dias para conferenciar conmigo.

No me convenia en modo alguno sujetarme á

trabas: así despues de manifestar toda la estension de mi reconocimiento á las bondades del sultan, y aceptado la habitacion; dí luego orden á mis criados para traer alfombras, almohadas, un sofá, y cuanto necesitaba para mi comodidad, y despues de haber dicho que iria alguna vez á leer, declaré francamente que *no sería todos los dias*. Semejante lenguaje los dejó parados.

En diez dias solo fuí dos veces; muchos doctores acudieron, y las sesiones se pasaron en cumplimientos y en conversaciones indiferentes.

En esto se recibió la noticia de que el sultan iba á llegar á Fez inmediatamente. Entónces Hadj Edris me dijo que dos dias despues de mi llegada, habia recibido su padre una orden del sultan, en la que le prevenia cuidase yo de los relojes de Muley Edris, y diese la hora para las oraciones canónicas; y que al efecto me asignaba una renta sobre los fondos de la mezquita. Al oír semejante orden salté como la pólvora. Declamé contra la injusta pretension de querer imponerme obligaciones, cuando yo á nadie pedia nada; me enfadé, y juré no pondria los piés en la sala, y que si no se me daba satisfaccion, ya no volveria á casa de Muley Edris. El buen Hadj Edris estaba sofocado; me aseguró que tanto él como todos aquellos á quien se habia confiado el asunto, pensaban lo mismo que yo, y por esta razon no me lo habian querido decir; pero que ahora se

veían precisados á hacerlo por la próxima llegada del sultan, y por no esponerse á un disgusto si no daban cumplimiento á la orden comunicada. Al mismo tiempo él y los demas hacian todo lo posible para calmarme; rogáronme que procurase cuando ménos dorar la cosa, yendo una que otra vez á casa de Muley Edris; pero no escuché nada, monté á caballo, y partí como un rayo á verme con Muley Abdsulem.

Hice mi amarga queja á este respetable amigo, haciéndole ver que aquello era degradarme á los ojos del público, y me hacia creer habia merecido bien poca consideracion al sultan, á quien le rogué transmitiese la espresion de mis sentimientos sobre el particular. Muley Abdsulem me dió todas las posibles satisfacciones: aseguróme haber sido mala inteligencia, y si hubiera tenido la mas mínima noticia del asunto, no consintiera se me hablase de ello; que debia considerarme como hijo suyo y del sultan Muley Soliman, y por consiguiente seria dueño de hacer lo que gustase, sin que nadie pudiera ó debiera mezclarse en mis cosas; y por último, que no sufriria se me causase el mas lijero disgusto.

Tres dias seguidos tuvo la dignacion este buen príncipe de darme satisfacciones sobre el asunto; y ví á no dudar la elevada opinion que él y el sultan habian concebido de mí, y que la orden relativa á los relojes habia salido de algun minis-

tro ambicioso que tenia sin duda interes en degradarme á los ojos de todo el mundo; pero en vez de humillarme este suceso, aumentó mi crédito. Mis amigos celebraron el triunfo como cosa inaudita; mi nombre se hizo célebre; entónces desplegué todo el aparato conveniente á mi rango; y no hubo persona distinguida en Fez, que no se apresurase á venir á visitarme, y mi casa estaba llena de gente desde la mañana hasta la noche.

Algunos dias despues se anunció la próxima llegada del sultan. Acompañado de algunos criados y muchos sugetos distinguidos de la ciudad, salí á encontrarle montado hasta una distancia considerable. Apénas lo divisamos le hicimos nuestros saludos, á los que correspondió afectuosamente, y confundiéndonos con los señores de su comitiva, le acompañamos á palacio. El sultan entró en él, pero el séquito y la tropa, junto con el pueblo, se retiraron cada cual por su lado. La comitiva del sultan se componia de un peloton de quince á veinte ginetes; cien pasos mas atras venia el mismo sultan montado en un mulo, llevando á su lado al oficial que sostenia el quitasol en una calbagadura semejante. El quitasol es en Marruecos el distintivo del soberano: ninguno sinó él, sus hijos y hermanos pueden usarlo; no obstante á mí me cupo el inestimable honor de usarlo. Ocho ó diez criados iban inmediatos al sultan; el ministro Salahui seguia detras con un criado á

pié, y cerraban la marcha algunos empleados y mil soldados de caballería blancos y negros, con largos fusiles en la mano, formando una especie de línea de batalla, que su centro tenia diez ó doce hombres de fondo y aun mas, y cuyas estremidades terminaban en punta con un solo ginete; pero sin orden de filas ó distancias. En el centro de la línea habia una frente de trece grandes banderas, cada cual de su color, unas encarnadas, otras verdes, amarillas ó blancas. Esta hilera de estandartes sirve de punto de vista á la tropa para marchar, hacer alto ó variar de frente; pero todos los movimientos se hacen tumultuosamente y en desorden. Junto á las banderas marchan cuatro ó seis tambores roncocos con algunas malas gaitas; pero no sonó esta especie de música hasta despues de haber entrado el sultan en su palacio.

Fuí el mismo dia á verme con Muley Abdsulem, y le pedí consejo tocante á lo que debia hacer para ser presentado al sultan. Respondióme que inmediatamente iba á tratar de ello. Pasó sin detencion á palacio, y á su vuelta me anunció que el sultan me admitiria todos los viérnes, y que si no me enviaba á llamar diariamente, era porqué no queria incomodarme ni privarme de mi libertad; finalmente, que me enviaria uno de sus sábios, el cual se encargaria de acompañarme á palacio.

En efecto, al dia siguiente, hallándome en mi

casa con una reunion de unas veinte personas, me anunciaron un mensaje del sultan; hice entrar al enviado, que era el primer astrónomo y astrólogo de la córte: presentóse manifestando el mas profundo respeto, y poniéndome en las manos un magnífico hhaik de parte del sultan, me añadió que él *Sidi Ginnan* tenia el honor de haber sido nombrado por S. M. para acompañarme á palacio todos los viérnes.

Despues de besar el hhaik y ponerlo sobre la cabeza, segun costumbre, lo dejé sobre mi almohadon, y recibí los cumplimientos de todos los circunstantes.

Sirvióse el té, y despues de media hora de conversacion, Sidi Ginnan me pidió si podria hablarme una palabra en particular. Condujeme á otra sala con un escribano ó secretario que habia traído consigo. Luego que nos sentamos, comenzó á hacerme diferentes cuestiones. Preguntóme mi nombre, edad, patria, y donde habia estudiado; despues me pidió le resolviese diferentes problemas astronómicos, tales como la longitud y declinacion del sol del mismo dia, su revolucion periódica, la precesion de los equinoccios, la longitud y latitud de mi patria; las de mi casa en Lóndres, etc. Estaba mui léjos de gustarme semejante conversacion, porqué ignoraba su objeto. Dí mis respuestas con algo de severidad, lo cual no impidió que las trasladase el secretario. Aña-

di las dos predicciones de los dos inmediatos eclipses de sol y luna, cuyas datas y horas anotó tambien el escribiente. Despues de lo cual los despedí haciendo un regalo á cada uno.

Miéntras duró esta especie de interrogatorio, Hadj Edris no cesaba de ir y venir de una sala á otra con la mas viva inquietud; y cuando despedido el astrólogo volví al salon de la tertulia, hallé á todos mis amigos divididos en grupos de cuatro en cuatro, haciendo oracion por mí. Conmoviómeme el interes que me manifestaban aquellos apreciables sugetos; el buen Hadj Edris se tranquilizó, y todos me hicieron los cumplimientos mas afectuosos.

Al otro dia salimos al campo con el objeto de pasar dos ó tres en un jardin de Hadj Edris: pero no habiendo mas que hombres, y no pudiendo dedicarnos á juego alguno, ni aun á la danza y música, diversiones incompatibles con la diversidad de nuestro carácter; como ni tampoco usar licores prohibidos por la lei; no habiendo la mayor parte de nosotros cultivado las ciencias lo bastante para hacerlas servir de asunto á nuestras conversaciones; reducidos á la imposibilidad de ocuparnos en noticias políticas por la falta absoluta de correspondencias, correos y papeles públicos: ¿en qué pasaríamos el tiempo? En comer como Helio-gábalos cinco ó seis vezes al dia, en heber té la mayor parte de él, orar en comua, jugar como

muchachos, nombrar de entre nosotros bajaes, califas, kaidas, que tomaban el mando para gobernar todo lo restante de la compañía, á cada comida, á cada té y á cada paseo.

El único juego que presenta algo de interes, es uno que consiste en poner una docena de tazas boca abajo sobre un gran plato. La compañía se divide en dos bandas; la una pone un anillo ó moneda bajo cualquier taza, y la otra banda ha de encontrar el objeto escondido en la primera ó última que levante. Si no le encuentra mas que en una de las tazas intermedias, el que levantó la taza recibe en la mano un golpe de cada uno de los de la banda opuesta con un pañuelo con nudos; pero si el anillo se encuentra en la primera ó última taza levantada, entónces cada banda muda de papel.

Dicho juego es bastante interesante, y divierten mucho las disputas suscitadas entre las personas de la banda que levantan las tazas, y no deja de producir algunos cuadros entretenidos la oposicion de los débiles y los fuertes. Apénas uno de ellos alarga la mano para levantar una taza, cuando sus camaradas se le echan encima para detenerle, le besan y piden por amor de Dios que no la toque. Otro descubre de golpe cuatro ó seis tazas, creyéndolas libres, y queda petrificado al ver el anillo fatal. Como todos los de una banda conocen el secreto de la taza que contiene el ani-

llo, los individuos de la opuesta procuran adivinarlo en sus rostros, y todos se engañan con falsas apariencias. Tales son las diversiones que nos ocuparon durante tres dias y dos noches que pasamos en el jardin.

El último dia era juéves, y como yo habia dicho al sultan que se veria la luna nueva si las nubes no la ocultaban, el sultan mandó en consecuencia proclamar el principio del Ramadan para el viérnes, aunque la luna se mantuviese constantemente escondida.

En virtud de la disposicion del sultan, vino Sidi Ginnan este viérnes por mí para conducirme á palacio. Monté á caballo y pasamos á la mezquita de palacio, donde habiéndome hecho sentar me dejó solo. Una hora despues vino el sultan á la tribuna, donde reza ordinariamente la oracion de los viérnes sin ser visto del pueblo. Concluida ésta, partió el sultan sin haberle yo visto. No bien habia salido, cuando Sidi Ginnan abrió la puerta de la tribuna, me llamó y me hizo entrar; y habiéndola cerrado, me acarició mucho, enseñóme el sitio donde acostumbraba el sultan hacer la oracion, asegurándome *que todo se lo habia contado; que le habia participado mi anuncio de los eclipses; que el sultan le habia respondido quedaba satisfecho, y que le habia dado orden de acompañarme todos los viérnes á la mezquita, como lo habia hecho en aquel dia.*

Al momento conocí la mala fe de aquel hombre; y así le respondí con sequedad: *muy bien, pero me es indiferente venir aquí á hacer mi oracion, ó hacerla en cualquiera otra mezquita.* Mi hombre, embarazado, procuraba disimular su intriga. Condújome á la calle por una puerta interior de palacio, diciéndome misteriosamente: *salimos por aquí, porqué como todo el mundo sabe que el sultan os ha llamado, advertirán mas pronto las señales de distincion que os concede.* Indignado de la felonía de semejante hombre, repliqué con acrimonia: *tanto se me da salir por aquí como por otra puerta;* y montando al instante á caballo partí con mis criados. El subió igualmente en su mula, y corriendo para alcanzarme, se puso á mi lado y me preguntó si gustaba dar un paseo: respondile con dureza que no. Siguióme hasta mi casa y se retiró.

Algunos amigos que me esperaban, viéndome entrar furioso, se apresuraron á preguntarme si habia visto al sultan. Contéles mi aventura, y quedaron atónitos.

Yo conocía demasiado la fuerza de mi influencia, como tambien los motivos de la conducta de Sidi Ginnan, y era ya indispensable dar un golpe que produjese su efecto en el público. Tomé pues la pluma inmediatamente, y escribí una memoria dividida en doce artículos. Demostré geométricamente la injusticia de aquella especie de me-

nosprecio, pues yo nada habia pretendido, y el sultan por el contrario no me habia enviado á llamar sinó para mas desairarme. El último artículo concluía así: *por esta razon salgo inmediatamente para Argel.* Manifesté á mis amigos iba á partir sin detencion. Rogué á Hadj Edris diese al momento las disposiciones para mi viaje, y á una persona de la reunion le encargué llevase mi carta á Muley Abdsulem. Apénas oyeron leer mis amigos lo que acababa de escribir, y sobre todo convencidos de mi resolucion, temblaron é hicieron todo lo posible para detenerme; pero yo no escuché razones hasta que me observaron que un musulman no debe viajar durante el Ramadan sin extrema necesidad. Entónces cedí, y consentí en pasar el Ramadan en Fez; pero declarando que partiria inmediatamente despues de concluido. Al otro dia me envió un recado Muley Abdsulem, suplicándome pasase á verle. Acudí á su invitacion, y me dijo «que habia estado en palacio y hablado al sultan de mi negocio; que éste se hallaba en extremo irritado contra Ginnan; *que bien veta era hombye de mal corazon*; que el sultan al dar la orden de conducirme todos los viérnes á palacio, no queria decir que me dejasen en la mezquita, sinó que me introdujesen en él para verle y hablarle; que esto era lo que debia hacer todos los viérnes, y que podria suceder que Ginnan y algunos otros tuviesen que arrepentir-

se.» Acabó diciendo iba á dar órden para arrestar á aquel miserable. Tomé al instante la palabra para interceder en favor suyo, declarando quedar satisfecho, y le rogué con las mayores instancias que el negocio no pasase adelante.

Mis amigos celebraron el triunfo; mas poco despues vino uno de ellos mui triste y me dijo: vuestra sobrada bondad os ha hecho cometer una falta. — ¿Cuál? — El haber comunicado al traidor Ginnan los dias y horas en que han de suceder los eclipses de sol y luna: pues bien, no contento con no haber dicho nada de vos y de la obligacion que os tiene en el particular, ha presentado al sultan vuestro trabajo y se ha hecho pasar por autor de él. Al oir esto exclamé: ¡pobre hombre, qué lástima me da! — Pero ¿por qué? — Porque ni él ni nadie conoce en Fez los dias y horas de los eclipses sinó yo. — ¡Cómo! ¿Pues que no se lo habeis dicho todo, y él lo ha escrito? — No: desde un principio conocí el hombre con quien trataba; por ello en cuanto á la parte astronómica no le he dicho verdad en cosa alguna, y de consiguiente los pronósticos que ha dado son falsos. Al oir esto todos se me echaron encima, me besaban las manos, me abrazaban, y me levantaban en brazos proclamándome hombre superior á todos los hombres.

El viérnes siguiente Sidi Ginnan, fingiendo ignorar cuanto habia pasado, vino por mí para

conducirme á palacio. Hícele aguardar mas de media hora, y montando á caballo le ordené me siguiese. Entramos en una capilla interior de palacio, á donde acudió luego un hijo del sultan para hacerme compañía, y algunos minutos despues el sultan me envió á llamar.

Pasé segun costumbre, acompañado de dos oficiales; presentáronme al sultan, que se hallaba en la casita de madera del tercer patio. Al instante que entré, me convidó á sentarme sobre un colchoncillo. Entre otras cuestiones que me hizo, una de ellas fué si me gustaba aquel pais, si el clima me probaba bien; y luego llamándome hijo suyo, y dándome otros títulos honrosísimos, añadió repetidas vezes *que era mi padre*. Quise besarle la mano, pero me presentó la palma como á sus propios hijos. *Quitándose su propio albornoz, me lo puso por su mano*, repitiéndome que podia ir á verle siempre que gustase; que no me fijaba época porqué no trataba de causarme la mas ligera incomodidad. Hacia ya rato que duraba nuestra conversacion, cuando el sultan me preguntó la hora: miré la muestra y le respondí era la de la oracion. Despues de haber repetido mas de cien vezes que yo era su hijo, se levantó y pasamos á la mezquita. Esto pasó en presencia de muchas personas, y entre otras en la del mufti ó principal imam del sultan. Este personaje, tomándome por la mano, me condujo á la mezqui-

ta, que estaba llena de gente, y no la soltó hasta que me hube sentado. Semejante entrada en la mezquita con mi comitiva, y sobre todo revestido del albornoz del sultan sobre el mio, atrajo sobre mí las miradas de toda la asamblea. Salí al concluirse la oracion; todos cuantos podian alcanzarme me besaban el hombro ó la estremidad de mi vestido. Pregunté por Giunan, y el muf-ti respondió haciendo un gesto de menosprecio: *dejad á ese miserable, y no penseis mas en él.* Dí limosnas á la puerta de la mezquita, segun mi costumbre, y se pidieron bendiciones para Muley Soliman y para mí. En seguida monté á caballo, y volví á casa enteramente satisfecho; pues la reparacion de mi injuria habia sido pública, y sobre todo ruidosa. Cumplimentóme todo el mundo. Ya no se trató entónces de partir á Argel, y continué visitando al sultan y haciendo la oracion con él en la tribuna.

El musulman que no tiene mujeres, es generalmente mal mirado. Yo nunca habia pensado en semejante artículo, porqué entregado todo á los gozes del espíritu, habia olvidado los del cuerpo. Mis amigos me hablaron de ello tantas veces, que fué preciso ceder. Sabiendo que no queria casarme hasta haber hecho la peregrinacion á la casa de Dios, me presentaron una jóven esclava negra, la que admití sin mirarla. Las mujeres de Hadj Edris, habiéndola reconocido como mi concubi-

na, la bañaron, purificaron y perfeccionaron por espacio de algunos dias, arreglándole el ajuar; y en seguida me la trajeron á casa. Á pesar de sus adornos, perfumes y purificacion, no dejó de quedar confinada á una habitacion separada, donde se le sirvió y trató perfectamente; pero no sé en qué consiste el no haber podido vencer mi repugnancia á una negra de labios gruesos y nariz aplastada; de modo que la pobre mujer habrá quedado sin duda mui engañada en sus esperanzas.

Prometí á Muley Abdsulem un calendario para los cuatro meses que terminaban el año árabe. Compúselo, indicando la correspondencia de las datas con el año solar, los dias de la semana, del mes y de la luna, la lonjitud y declinacion del sol en Fez en punto de medio dia, la hora de su salida y puesta en el mismo lugar, la del paso de la luna por el meridiano, la diferencia del tiempo medio al verdadero, las fazes y otros puntos lunares, y los fenómenos mas notables de otros planetas.

Como era precisamente la época en que habian de suceder los dos eclipses de sol y luna, el almanaque se hizo mucho mas interesante por el pronóstico de dichos fenómenos, cuya descripcion hice completamente; á lo cual añadí las figuras que debian presentar. Al fin puse otros dos dibujos que manifestaban, el uno la grandeza de los planetas con relacion al sol, el otro el sistema

solar con todos los nuevos descubrimientos. Cuando presenté dicho almanaque, quedaron tan asombrados Muley Abdsulem y el sultan, que predijeron la ruina de todos los que representaban en Fez el papel de sabios sin saber nada.

Una vez publicados los dias y circunstancias de los eclipses, en poco tiempo llegaron á noticia de toda la ciudad; y como cada uno añadia algo á la noticia, hicieron correr mil tonterías; los astrólogos anunciaron desgracias, que segun ellos debian comenzar por tres dias continuos de densas tinieblas. Nadie puede figurarse el trabajo que me costó destruir la impresion de tan ridículas predicciones.

Concluido el Ramadan se celebró la pascua del modo acostumbrado; y poco tiempo despues partió el sultan para Marruecos, brindándome á que le siguiese, lo cual le prometí. El eclipse de luna fué poco notado del pueblo, porque el cielo estaba cubierto de nubes, y llovió un poco: pero ¡gran Dios! ¡qué desórden tan espantoso causó el eclipse del sol! El cielo se hallaba perfectamente limpio, era á medio dia; cuando de repente se oscureció el sol casi del todo, y apénas quedó descubierta medio dedo del disco. Los habitantes corrian por las calles dando gritos como locos; los terrados estaban llenos de gente, y finalmente mi casa se hallaba tan atestada, que era imposible dar un paso desde la puerta hasta lo mas alto.

El eclipse terminó poco despues de medio dia. Hallábame yo á la mesa, cuando me avisaron que el hijo del kadí queria hablarme al momento: hícele entrar, y me dijo con las lágrimas en los ojos y el tono mas lastimoso, que no pudiendo su padre salir de casa por estar enfermo, venia de su parte á suplicarme tuviese la bondad de decirle, supuesto que el buen Dios los habia hecho salir felizmente del eclipse (*), *si habia aun otra!desgracia que temer.* Tranquilizé del mejor modo que pude el espíritu de aquel hombre sobre sus terrores, y lo despaché contento.

Es imposible desarraigar del espíritu de aquellas gentes la idea de que el que sabe hacer una observacion ó cálculo astronómico, ha de ser por fuerza astrólogo; saber la historia de cada uno, y decirle la buena ventura. Todos los dias encontraba personas que me rogaban les hiciese descubrir las cosas perdidas ó robadas; otras que hallándose enfermas venian á conjurarme les restituyese la salud; otras en fin, no querian mas que un *flus* ó moneda pequeña, para conservarla como un dón precioso en memoria mia. Tal es la ignorancia de las gentes á quienes yo trataba de instruir y curar de su simplicidad por todos los medios posibles.

* El eclipse en sí mismo se mira comunmente en este pais como gran desgracia. (*Nota del Editor.*)

Fijé la época de mi marcha para Marruecos. Mis amigos hicieron todo lo posible para detenerme: ruegos, ofrecimientos, cábalas, intrigas; todo se puso en movimiento; pero al fin di mis órdenes, mirando como un deber de cumplir la promesa que había hecho al sultan.

CAPÍTULO XII.

Salida de Fez. — Viaje á Rabat. — Descripción de esta ciudad.

Hicimos los preparativos del viaje, y estando ya mi caravana fuera de la ciudad, salí de mi casa á pié el lunes 27 de febrero de 1804, acompañado de los principales scherifs y del venerable Emkaddem Hadj Edris; y átravesando la multitud que se agolpaba llenando los patios de mi casa y las calles, pasamos á la mezquita de Muley Edris, donde despues de rezada la oracion, nos separamos llorando. Monté á caballo delante de la puerta de la mezquita, siguiéndome solamente dos criados, dos soldados á caballo, y otros sirvientes á pié. Atravesé lentamente por medio de la multitud que era inmensa; lo cual dió tiempo á los scherifs y otros personajes distinguidos de subir á caballo, é írseme uoiendo sucesivamente. Acompañóme esta comitiva hasta una legua de distancia, donde exigí absolutamente que se retirase; pero no lo hicieron sinó despues de haber rezado nuevas oraciones, abrazádome de nuevo y derramado muchas lágrimas.

Salí de Fez una hora despues de medio dia, por el camino de Mequinez, el cual dejé á la de-

recha para dirigirme hácia el O., acercándome á las montañas. Á las tres llegué á unas lagunas de agua salada, de donde se estrae gran cantidad de sal. Veíanse en especial por las orillas innumerables bandadas de ánades salvajes. Dejando á la izquierda las lagunas, y siguiendo siempre la misma direccion, á las cuatro y media se hizo alto sobre una eminencia al lado de un gran aduar llamado *Elmografa*.

El pais presenta al S. vastas llanuras, terminadas por montañas muy distantes; y al norte la falda de las montañuelas que entónces seguíamos.

El suelo se compone de tierra vegetal mezclada con gran cantidad de arena. Hallábase la vejetacion tan poco adelantada, que las plantas apenas tenían dos pulgadas de elevacion, y no se descubria flor alguna.

El tiempo se mantuvo enteramente cubierto, y aun llovió algo. Á las cinco y media marcaba el termómetro de Reaumur 12°, y el higrómetro 64°. El viento sopló débilmente del O.

Al acabar de armar nuestras tiendas, vino á visitarnos un santo imbécil.

♂ 28.

Á las dos de la mañana tuvimos un fuerte chubasco.

Di órden para levantar el campo á las nueve

y media de la mañana. La dirección variaba á cada instante á causa de las montañas; pero generalmente era por el O. N. O. Á las doce y media llegamos á la orilla derecha del rio *Emkès*, que es bastante considerable y corre hácia el N. Por el otro lado estrechan aun mas el camino las montañas; y siguiendo generalmente la misma dirección, mandé hacer alto á las cinco y cuarto.

El pais que acabábamos de dejar está cubierto de montañas bajas, y solo á las tres y media de la tarde descubrí á mi derecha una alta y escarpada á corta distancia del camino. Segun las noticias que me dieron tiene mucha estension, y la habita la indómita tripu de *Beni-Omar*, que casi no está sometida al sultan.

Hasta llegar al rio el terreno presenta tierra vegetal muy arenisca, y á la sazón estéril por falta de agua. Al otro lado del rio la encontré algo mas arcillosa, y de consiguiente la vejetacion mas avanzada: las sementeras eran bellísimas, y las praderas soberbias. Entónces empecé á ver flores, sobre todo muchos radiados y hermosos ranúnculos.

Es de notar que muchas de aquellas montañas no están formadas sinó de guijarros rollizos y almendras calizas amontonadas, de las cuales las mas gruesas tienen de cuatro á seis pulgadas de diámetro, y todas cubiertas de una capa delgada de tierra vejetal arcillosa.

El tiempo siguió enteramente nebuloso, ménos un momento ántes de la puesta del sol, en que este astro apareció un poco. Volvió luego á encapotarse el horizonte, y el cielo permaneció cubierto: á las ocho llovió un poco con viento del E. Á las seis y cuarto de la tarde, el termómetro indicaba 43°, el higrómetro 98°, y el barómetro 27 pulgadas y 4 líneas 7, lo cual, en el estado de la atmósfera que he indicado, prueba que mi altura sobre el nivel del mar era ménos considerable que en Fez, aunque me hallaba en las montañas.

Por la mañana, al pasar inmediato á un aduar, salieron de él dos de sus principales habitantes, y situándose en medio del camino, me pidieron una oracion. Paré, y levantando las manos les cumplí su deseo. No sabiendo aquellas buenas gentes cómo manifestar su reconocimiento me besaron muchas veces la rodilla. Iguales peticiones se me han hecho en casi todos los aduares por donde he pasado.

☞ 29.

Á la madrugada cayeron grandes turbonadas, de suerte que no pudo mi comitiva ponerse en marcha hasta las once ménos cuarto; lo que verificamos en la direccion O. N. O.; trepando por largas subidas hasta las once y media, en que co-

menzamos á bajar. Á las tres y media, al desembocar por una garganta, me hallé fuera de las montañas y con un vasto pais de frente; bajé al llano por donde continué mi ruta al O. hasta las cinco y media. Despues de atravesar el camino de Tánger, y el río *Ordóm*, mandé acampar en su orilla izquierda,

El terreno de esta comarca es enteramente arcilloso; las montañas ofrecen en varios puntos rocas de mármol en bruto, y de arcilla endurecida en capas oblicuas y confusas. El desfiladero está abierto en la roca arenisca blanda: la capa general de arcilla es mui densa, y he llegado á ver cortes de hasta mas de quinze piés,

Luego que dejé lo alto, encontré mui adelantada la vejetacion, la yerba de los prados mui crecida, y abundancia de magníficas flores, cuyo conjunto presenta mas hermoso golpe de vista que los mas soberbios cuadros de los jardines de Europa.

Mis amigos de Fez no ignoran mi gusto por las colecciones de historia natural, y saben cuanto atractivo tienen para el alma sensible á las bellezas de la naturaleza; pero los salvajes que me rodeaban no eran capaces de comprenderlo. Ya me hubiera guardado bien de desplegar delante de ellos lo que condenan en los europeos que viajan por su pais; es decir, el amor á las investigaciones, el ardor por las ciencias, y el zelo por la

dilatacion de su dominio con el descubrimiento de nuevos individuos. Semejante gusto y liberalidad de opinion, son del todo extranjeras á la ociosa gravedad que debe caracterizar á un principe de mi santa religion. Este modo de pensar puede causar perjuicios, y producir casi siempre fatales consecuencias. Víme pues obligado á sacrificar mis inclinaciones á la preocupacion de la gente de mi séquito, y renunciar á las riquezas de un terreno que me brindaba con millones de plantas: solo cogí una docena con aire distraido y de indiferencia, que no pudiese alarmar su crasa ignorancia y estupidez (*).

Pasamos inmediatos á crecido número de aduares, de los cuales los mayores se componian de unas veinte tiendas, y los demas de cuatro ó seis únicamente. Dichas tiendas son negras y colocadas en círculo; á algunos de los aduares rodeaba una pared de zarzas: cada tienda está separada de la otra por un espacio de diez ó doce pasos. Los pueblos que las habitan son pastores, y sus recursos consisten en los rebaños que mantienen: durante el estío los llevan á las altas montañas del E., y en el invierno vuelven á bajar al llano. Al cerrar la noche cierran los ganados en el cír-

* Á pesar de tantos obstáculos, las colecciones de Ali Bey son riquísimas; y sin embargo no bastan á satisfacer su inclinacion á la historia natural. (*Nota del Editor.*)

culo ó resinto del aduar. La mayor parte de los que ví eran de bueyes; los carneros son pocos, y aun ménos las cabras.

En el camino me salian al encuentro muchos árabes, ya para complimentarme ó para convidarme á que me quedase, ya para pedirme oraciones, y alguna vez, aunque pocas, limosna.

Senté el campo junto á algunas capillas donde se hallan los sepulcros de los santos, á donde envié limosnas. En este paraje se celebra mercado todos los juéves.

Durante el dia el tiempo fué malo, y á las nueve de la noche aun cafan grandes golpes de agua. El viento sopló del O. hasta la puesta del sol, que cambió al E. El termómetro marcó á las seis de la tarde 16° 2, y el higrómetro 36°.

¶ 1° de marzo.

Mui de mañana comenzó á acudir gente al mercado, que se llama *Sidi Cássem*, del nombre de la principal capilla. Á la hora de mi partida se veían ya muchas tiendas armadas, y segun la turba que iba llegando, no dudé que la reunion de vendedores y compradores ascenderia á mas de tres mil personas; y me confirmaron en esta opinion algunos á quienes pregunté sobre el particular. Véndense en dicho mercado granos, frutas y otras producciones del pais, como asimismo caballos,

buques, carneros, cabras y otros muchos objetos. Concurren allí habitantes de muchos aduares apartados, ya para comprar, ya para vender. Las mujeres, que me parecieron feas y pobres, van allí con la cara descubierta.

Por la mañana el gefe del santuario de Sidi Cassem me envió un regalo de naranjas,

Á las ocho y media proseguimos nuestro viaje, dirigiéndonos al O. S. O. con poco desvío. Á la una atravesé el río *Bet*, que va de S. S. O. al N. N. E. en aquel paraje: aseguráronme que iba á desaguar en unos grandes lagos á una jornada de distancia de Rabat, y no se reunia al río Sebú, como indica M. Chenier en su carta. Por lo demás el *Bet* es bastante rápido, y lleva mucha agua. Una furiosa tempestad nos obligó á acampar á las dos y media.

El pais que acabábamos de recorrer era una vasta llanura vista el dia ántes, terminada al S. por las montañas que habíamos costeado. Tambien descubrí otra cordillera de montañas mas pequeñas al norte, pero á mui grande distancia; hácia el O. la llanura parecia perderse en el horizonte; mas habiendo llegado hácia el medio dia á los límites del O., hallé que esta llanura no era otra cosa que una gran mesa ó terraplen mui elevado sobre el resto del continente, que se descubre desde aquellos límites, como si se hallase uno asomado á un inmenso balcón. Bajamos por entre

montañas, cuyas cumbres son mas bajas que el nivel del terraplen. Entonces advertí que las montañas que habíamos visto á nuestra derecha, se extendian considerablemente al Sur.

El terreno de la mesa es arcilloso; luego se va haciendo calizo, y arenisco con algo de arcilla.

Sobre el dicho terraplen estaba atrasada la vegetacion; pero en su parte inferior la observé mas adelantada; aunque todas las plantas eran de las especies mas pequeñas, formando las zarzas la mayor parte de ellas. Desde mi salida de Fez aun no habia visto árbol alguno; sino justo á la ermita de Sidi Cassem, donde hai algunos jardines. Hai muy poca tierra que dé utilidad; ni se ven aves, á excepcion de las grandes bandadas de pajo.

Descubrimos algunos aduares miserables, fuera de uno solo de grande estension: componíase de muchos círculos de tiendas; cada círculo, rodeado de un seto de espinos, contenia al parecer todas las ramas primeras de una familia. Indicáronme uno de aquellos círculos como perteneciente al ministro Salahui: cada uno tiene desde cuatro hasta doce tiendas, cuya tela es de pelo de camello; son negras y asquerosas como sus habitantes, los cuales son de color de cobre ó amarillento, de pequeña estatura y flacos: adviértese en ellos aquel aire de desconfianza natural al hombre que sabe debe ser libre, y siente al mismo

tiempo pesar sobre sí el mas bárbaro despotismo.

Las mujeres de este aduar son algo mas joviales, y parecen estar dotadas de carácter dulce y apacible. Generalmente son muy pequeñas; tienen la cara larga, los ojos penetrantes, y el aire ménos desagradable que las ciudadanas: todas las que ví estaban tostadas del sol como los hombres. Su traje es un jubon, almilla, y pañuelo en la cabeza. El de los hombres consiste únicamente en el hhaik; los mas ricos se distinguen por calzon y camisa de lana que llevan bajo del hhaik; pero casi nunca llevan nada sobre la cabeza.

Dichos habitantes de los aduares y montañas son particularmente conocidos y designados por los moros con el nombre *el Àrab* (Árabes), ó *el Badàui* (Beduinos). La mayor parte de ellos siempre va á caballo con su fusil y espada; y es raro verlos salir sin llevar sable ó puñal. Muchos de ellos durante el viaje venian á besarme la rodilla ó la mano, cuando se la presentaba; otros me pedian oraciones, pero ninguno limosna. No ví un solo individuo grueso ó de color subido, ni tampoco quien manifestase apariencia, no digo de riqueza, sinó aun de medianía. El que tiene dinero lo oculta, y sigue vistiendo la librea de la miseria.

El dia fué terrible; un fuerte viento que nos daba en la cara y muchas turbonadas, nos obligaron á parar ántes de lo que yo habia dispues-

to. Acampamos junto á un aduar, donde me dijeron que habia leones á poca distancia.

Á las seis de la tarde el termómetro señalaba 12° 6, y el higrómetro 100°.

Á las once continuaron los golpes de agua sin interrupcion. Hallé en mi tienda muchos insectos preciosos que habian venido á refugiarse en ella. Un soberbio escuerzo saltó sobre mi escritorio, y se estuvo largo rato mirándome tranquilamente: levantéme á abrir la puerta, y el pobre animal, como si adivinase mi intencion, salió inmediatamente.



Hacia tan mal tiempo, que me hicieron repetidas instancias para que me quedase; pero teniendo yo interes en llegar á Marruecos, di orden para levantar el campo.

Echamos á andar á las dos y media de la mañana, dirigiendo nuestra ruta hácia el S. O.; pero bien pronto nos estravíamos y dimos mil rodeos en un bosque de mimbreras mui crecidas; y hubiéramos estado aun mas, á no tener la fortuna de hallar un guia. Las furiosas ráfagas de viento y la lluvia casi continua, me impedian observar la brújula; el cielo se hallaba tan completamente cubierto, que me era del todo imposible marcar un solo rumbo; las revueltas del bosque me habian hecho perder el hilo de la estima, en

términos que no conocia la posición de mi campo, el cual senté no obstante al lado de un aduar á las cuatro ménos cuarto de la tarde.

Forman el pais vastas llanuras, cortadas de trecho por barrancos ó valles estrechos y muy profundos.

El terreno es tierra vejetal en extremo hñera, con mucha arena.

Á la una atravesé sucesivamente un bosque de grandes lentiscos, otro de carrascas y almendros silvestres en flor.

El único sér animado que ví, fué una soberbia mariposa; estaba posada sobre una carrasca, y se dejó cojer tranquilamente.

Al ponerse el sol aclaró el tiempo, y á las seis de la tarde marcó el termómetro 109° 8, y el higrometro 98°.

Á poca distancia de nosotros habia unos pantanos, donde me regalaban con su música millares de ranas, con tanta fuerza y ahinco como en el estío.

B. 3.

El dia comenzó lloviendo, y á pesar de la inconstancia del tiempo, se puso en marcha mi caravana á las diez y media en la dirección del O. S. O.; que conservé con algun pequeño desvío al S. O.

Á las dos y tres cuartos pasamos el pequeño

rio *Fwiffe*, que en aquel paraje corre al O. N. O., y á las cuatro mandé armar las tiendas cerca de un aduar.

El pais se compone de pequeñas lomas interpoladas con anchos valles. Una arena roja, mezclada con algo de tierra vegetal, forma el terreno.

La vejetacion era proporcionada á la estacion. Á las once de la mañana entramos en un bosque de carrascas altísimas, retamas y almendros en flor, en tan gran cantidad, que por lo que produce la tierra espontáneamente, inferí que si los habitantes de aquel canton cultivasen este ramo de agricultura y comercio, podrian surtir los mercados de gran parte del imperio; y sin embargo, á pesar de tantas riquezas naturales, andan casi desnudos ó cubiertos de andrajos, durmiendo en tierra ó lo mas sobre una estera...!! Horror y execracion al gobierno despótico, cuyos súbditos son tan desgraciados, cuando la naturaleza los colma de sus dónes. Dicho bosque, que está á lo largo del camino, nos pareció á propósito para armar las tiendas.

Mantúvose el tiempo cubierto, llovió de cuando en cuando, y se sintió frio; circunstancias que daban al pais el aspecto de un canton septentrional de Francia ó Inglaterra, y en nada parecido á un pais de la ardiente África.

Á las seis de la tarde, marcando el termómetro 10° y el higrómetro 100°, comenzó el cielo á des-

cubrirse , y el viento soplaba del O. Me hubiera interesado mucho poder observar un eclipse de satélite que entónces ocurrió , pero las nubes no lo permitieron.

64.

La cansada lluvia duró toda la noche y todo el dia ; á pesar de semejante contratiempo , nos pusimos en marcha á las siete y media de la mañana hácia el O. S. O. , declinando un poco al S. O. Á las dos y media llegamos á las murallas de *Salé*. Tenia mucha prisa y no queria entretenerme en visitar la ciudad ; hice pasar el rio , y entramos en *Rabat*, situada en la orilla izquierda.

El pais ofrece por do quiera inmensas llanuras hasta perderse de vista , y su terreno es arena roja. Habiendo partido temprano , hallé un bosque de carrascas mas pequeñas y espesas que las que observé el dia anterior , como asimismo muchos almendros en flor ; las demas plantas no abundaban mucho , y las pocas que se veían tenian la vejetacion mui atrasada. Era medio dia cuando finalmente salimos del bosque , y entónces descubrí una vasta estension de costa sobre el grande océano Atlántico.

El tiempo era cruel , la lluvia caía á mares , y soplaba un terrible y continuo viento E.

La ciudad de *Salé* me pareció pequeña y nada

ménos que opulenta, al paso que en Rabat se ven algunos edificios bastante bien contruidos.

El paso del rio nos detuvo hora y media, pues se requeria tiempo para descargar y volver á cargar las mulas. Veinticinco ó treinta lanchas, colocadas en las dos orillas, sirven para pasar; cada una la gobierna un hombre con dos remos. El rio tiene sobre cinco toesas de anchó en el paraje donde lo pasamos, que dista de la barra unas trececientas. En la parte superior del paso se hallaban al ancla tres buques musulmanes y uno frances. Al punto que desembarqué en Rabat pasé avisar al gobernador, quien envió sin detencion uno de sus oficiales para darme la bienvenida, el qual iba prevenido de una dispensa del pago del impuesto establecido en el paso del rio. Alojaronme en la alcazaba ó castillo, que tiene una vista soberbia tanto por la parte del mar como por la de tierra: apenas llegué á mi alojamiento el gobernador me envió abundante provision de víveres y forraje, y continuó en este obsequio todo el tiempo de mi permanencia.

Los dias 5 y 6 fueron hermosísimos; y tomé mi posicion por medio de escelentes observaciones, las cuales me dieron en latitud $34^{\circ} 4' 27''$ N., y en longitud, comparada con las observaciones hechas á mi regreso de Marruecos, $8^{\circ} 57' 30''$ O. del observatorio de Paris.

Detúveme cinco dias en Rabat, porqué nos ha-

bia hecho sufrir mucho el mal tiempo y pésimos caminos, y tanto los hombres como las bestias tenían necesidad de descanso para continuar el viaje á Marruecos. También era preciso reparar las tiendas que estaban muy averiadas, y hacer nuevas provisiones.

El tiempo lo pasé haciendo y volviendo visitas. El visir Sidi Mahomed Salahi, que se hallaba á la sazón en Rabat, me regaló un soberbio *hhaik*.

Del antiguo esplendor marítimo de la ciudad solo quedan tres ó cuatro capitanes, apenas capaces de dirigir un barco de bastante porte; de modo que si tratase el sultán de armar buques algo considerables, difícilmente hallaría quien los gobernase. Pero si los conocimientos marítimos de los habitantes de Rabat debían servir para resucitar entre ellos sus antiguas piraterías, no es de desear que se empeñen en alcazarlos.

Las casas son de mejor construcción y tienen mas vista que las de otras ciudades; pero su distribución interior es siempre la misma. Como la ciudad está edificada sobre una altura, las calles tienen subidas y bajadas, lo cual las hace sumamente incómodas. Parece que Rabat estaba destinada á ser la capital del célebre Jacob *El-Mansur* (*); y por esta razón fué cercada con un grande

* *El-Mansur* significa simplemente *el victorioso*; los europeos lo han hecho nombre propio, y pronuncian *Al-manzor*. *Notas de 1811*.

circuito de murallas guarnecidas de torres, y este espacio le ocupan hermosos huertos bien cultivados. Hállase tambien allí el sepulcro del sultan Sidi Mohamed, padre del actual: está colocado en una capillita que tambien visité. La alcazaba ó castillo que me servia de alojamiento está situado á la estremidad occidental de la ciudad; en el paraje mas elevado hai un terrado mui capaz, del cual se goza un soberbio punto de vista al mar, rio y campiña. Por desgracia oscurecen el cuadro ruinas considerables, y disipan algun tanto las risueñas ideas que produce tan deliciosa perspectiva. En la parte oriental de la ciudad se ven todavía los restos de la antigua ciudad de *Schella*, que M. Chenier cree haber sido la metrópoli de las colonias cartaginesas. Leon llama esta ciudad *Salla*, y Mármol *Mansalla*. Haré presente á este propósito, que inmediato á todas las ciudades, hácia la cuarta S. E., se halla un sitio llamado *El-Emsalla*, destinado á la oracion pascual. Cada uno podrá interpretar á su manera semejante coincidencia de nombres. *Schella* está rodeada de altísimas murallas, y su entrada está prohibida á los cristianos. Contiene los sepulcros de algunos santos: el de *El-Mansur* está en una linda mezquita mui frecuentada. El dia que fuí á visitarla, se hallaba tan llena de mujeres, que me costó sumo trabajo entrar en ella. La pendiente de la montaña, en cuya falda está situado el templo, es

verdaderamente romántica; pues se ven allí golpes de agua cristalina precipitarse por entre las rocas cubiertas de rosales silvestres en flor, de naranjos, limoneros, y otras plantas aromáticas que exhalan una fragancia encantadora.

Al salir de la mezquita di un paseo por los jardines de naranjas, plantados en la orilla del rio, los cuales son realmente una especie de paraíso terrenal: los árboles, casi siempre cubiertos de flores y frutos, exhalan un olor delicioso, y ofrecen á la altura de la mano las frutas mas delicadas: los naranjos son tan espesos, tan crecidos y copados, que se pasea á su sombra aun á medio dia, sin ver el sol ni sentir sus efectos. El embeleso que en mí produjeron los jardines de Rabat es tan grande, que los prefiero bajo todos aspectos á los mas bellos y preciosos que he visto en Europa, no obstante el lujo estudiado de los cristianos. Del medio de estos admirables jardines me embarqué á dar un paseo por el rio, en una chalupa conducida por crecido número de rémeros, y dirigida por un capitán de galera que me la habia hecho preparar.

Defienden la ciudad algunas baterías por el lado del mar, y el puerto es bastante seguro mientras no soplan los vientos fuertes del O.

El agua y víveres son de buena calidad, y sobre todo el pan excelente.

Los habitantes son vivos, inteligentes, y mu-

cho mas especuladores que los de otras ciudades. Hállanse allí familias que se glorían descender de los españoles refugiados en África para libertarse de las persecuciones de sus compatriotas en diferentes épocas, y que conservan sus nombres. Uno de ellos, llamado *Sidi Matte Moreno*, es el único sábio del imperio que posee algunos conocimientos astronómicos, mui antiguos es cierto, pero á lo ménos fundados en buenos principios. El escelente carácter de aquel individuo, y su buen espíritu, lo hicieron mui apreciable á mis ojos; y le regalé un sestante, un horizonte, y algunas tablas astronómicas, enseñándole su uso (*).

* Parece ser mal mui inveterado en España el sistema de proscripciones y persecuciones, que en todos tiempos ha privado á aquel desgraciado pais de sus mas sublimes genios y mas industriosas manos. Cualquiera diria que esa tierra, mas bárbara que su vecina, rechaza los elementos de civilizacion y felicidad, y que por la fatalidad mas deplorable cada generacion se ve condenada á llorar los errores y pérdidas de la precedente. (*Nota del Editor:*) (a)

a Esto lo escribia el Editor frances en 1814. (*Nota del Traductor.*)

CAPÍTULO XIII.

Viaje á Marruecos.

SÁBADO 10 de marzo á las diez de la mañana, salí de Rabat con direccion á Marruecos. La ruta era al S. S. O., luego al S. O. hasta las tres de la tarde, que declinó mas hácia el O. S. O., luego que atravesamos el rio *Yethem*. Á las cinco se hizo alto junto á un aduar. El camino sigue en este paraje la orilla del mar, que es una cadena de rocas inaccesibles, y furiosamente batida por las olas, aun estando el tiempo perfectamente tranquilo. El pais se compone de pequeñas colinas de roca caliza. La vejetacion iba mui adelante, y la ribera estaba adornada de las flores mas hermosas; por lo cual cogí algunas plantas mui interesantes para enriquecer mi herbario. El terreno es tierra arenisca mezclada en algunas partes de arena pura, con poca arcilla, y pedazos de ocre. La orilla del mar se ve enteramente cubierta de fragmentos de concha mui menudos; y no obstante haber buscado mucho no hallé una entera. Junto á mi campo se veían dos grandes rocas mui notables, terminadas en puntos agudos mui perpendiculares, y formadas de capas oblicuas des-

iguales, alternando con cristales confusos de cuarzo, que forman asimismo venas ramificadas en las capas de pizarra arcillosa: es la primera roca de aspecto primitivo de esta especie que he visto hasta el presente en África.

Tuvimos una pequeña lluvia: á las seis de la tarde el termómetro marcaba 15°, y el higrómetro 100°; soplando el viento del O.

○ 11.

Pusímonos en camino á las ocho de la mañana, dirigiendo nuestra ruta al O. S. O. Á las nueve y cuarto atravesamos primero el rio *Sarrat*; luego siguiendo la ruta al S. O. á las diez el rio *Busteka*, y en fin otros dos arroyos. Á la una y cuarto pasé por *Mansuria*; y á las tres llegó mi caravana á la orilla derecha del rio *Infife*, donde fué necesario aguardar largo tiempo que bajase la marea para vadearlo. Media hora despues llegamos á *Fidala*, donde mandé hacer alto.

El pais está ondeado de pequeñas colinas; la carretera continúa al lado de la orilla del mar, y la costa es lo mismo que la que habíamos visto el dia ántes.

El terreno se compone de una capa de arcilla arenisca, sobre rocas de pizarra y arcilla dura.

Tambien era mui activa la vejetacion, y las flo-

res en abundancia, y así enriquecí mi herbario con muchas plantas magníficas.

El tiempo fué sombrío, y nos incomodaron mucho terribles borrascas de viento y lluvia. Á las ocho y media de la noche llovía copiosamente, y en mi tienda marcaba el termómetro 14°, y el higrómetro 100°.

Mansuria y Fidala ofrecen ambas un cuadrado formado de murallas altas con torres: cada uno de estos cuadrados podrá tener sesenta y cinco toesas de frente por cada cara. En lo interior de cada cuadrado hai una mezquita y algunas casas bastante pobladas á proporción del espacio. La única mezquita de Fidala es bastante buena. Sus habitantes me parecieron mui pobres; pero los judíos son en gran número.

◁ 12.

Llovió fuertemente toda la noche y parte de la mañana; pero esto no impidió ponerme en marcha una hora ántes del medio dia. Seguí la direccion del S. S. O., y variando luego al S. O., á las dos y media pasamos un pequeño rio. Despues de haber atravesado y costeadado en parte unos grandes pantanos á las cuatro y media, sobre las seis llegué á *Darbéda*, donde atravesamos otro rio poco caudaloso.

El país es de la misma naturaleza que el que

recorrí los días precedentes, es decir, colinas bajas que forman undulaciones entre vastas llanuras, en las cuales se ven pantanos de bastante estension. El camino sigue casi siempre la orilla del mar. La costa es de tan difícil abordaje, que no se halla otro pueblo que el de Darbeida, y aun éste mui reducido.

El terreno se compone de arcilla mezclada con arena, y algunos pedazos de arena pura. Hállanse á trechos rocas calizas, y pedazos de arcilla apizarrada. La arena del mar es absolutamente polvo de conchas mas ó ménos finas.

La vejetacion era la misma con poca diferencia, solo que mas monotoná y mucho ménos rica en especies, pues los palmitos componen la mayor parte. El tiempo calmó un poco por la tarde; pero luego cayeron fuertes turbonadas, continuando así hasta las nueve de la noche. Á las ocho marcaba el termómetro dentro de mi tienda $14^{\circ} 8$, el higrómetro 95° .

♂ 13.

Víme precisado á detenerme hasta el día siguiente, á causa de la lluvia que duró todo aquel día. Teníamos nuestro campo fuera de las murallas de Darbeida, sobre la orilla del mar.

Á pesar del mal tiempo, pude hacer observaciones astronómicas, y hallé mi longitud = $9^{\circ} 50'$



0" O. del observatorio de Paris; mi latitud=33° 37' 40" N., y mi declinacion magnética=20° 43' 30" O.

Á la una marcaba el termómetro 17°, el higrometro 96°. El viento soplabá del O. S. O. El cielo estaba medio cubierto de nubes sueltas ó aisladas. El horizonte estaba cargado, y la mar bastante gruesa. Darbeida es una pequeña poblacion encerrada dentro de un gran circuito de murallas. Es pobrísima, y su puerto mui pequeño. Dijéronme que sus habitantes pertenecen á la provincia de Chaouia. Sobre el rio hai algunos molinos.

El gobernador añadió á mi guardia cuatro soldados mas.

☿. 14.

Partí á las siete y media de la mañana, dirigiéndome al S. O. Á las once y tres cuartos atravesé un arroyo; á medio dia teníamos á nuestra derecha un cabo ó punta sobre el mar; á la una entré en un crecido bosque de lentiscos mui espesos; á las dos y media atravesamos muchos pantanos de mas de media legua de estension, donde los caballos se hundian á vezes en el lodo hasta el vientre, y á las cinco se armaron las tiendas junto á las ruinas de un pueblo llamado *Lela Rotma*. El pais ofrece vastas llanuras que ter-



minan á lo lejos en colinas bajas. Todo el dia caminé á vista del mar á alguna distancia.

Forma el terreno una roca caliza secundaria, cubierta de una capa lijera de tierra vejetal arcillo-arenisca y mui fértil. La vejetacion presenta las mas bellas producciones de la naturaleza.

Mantúvose el tiempo casi siempre nebuloso, y á la caida de la tarde tuvimos una pequenia lluvia. Á las ocho y media marcaba el termómetro 13°, el higrómetro 100°. El viento venia del O., con gruesas nubes. Pasamos inmediatos á dos aduares, y sobre las ruinas de Lela Rotma habia otro tercero.

¶ 15.

Á las siete y media de la mañana echamos á andar hácia el S. O. Á las ocho y cuarto atravesamos un riachuelo; á las diez pasé por el lado de dos aduares y dos heredades con algunas tierras de labor. Á alguna distancia se veían las ruinas de otras casas de campo. Á medio dia nos hallamos juntos á tres capillas ó ermitas, y algunos jardines con sus casitas. El *hhenna*, que principalmente se cultiva en aquel pais, es una planta con que las mujeres se pintan de encarnado las manos y los párpados. Á las dos llegué á la orilla derecha del rio *Morbèa*: una barquilla que podria sufrir mui poca carga, era la que hacia el servicio, y tuvimos que contentarnos con

ella, pues era la única; y así nos costó cinco horas pasar el río con todos los equipajes. Sobre la izquierda se halla la ciudad de Azamor, junto á la cual mandé acampar á las siete de la tarde. El país nos ofreció llanos estensos hasta medio día, en que comenzaron á variarlo algunas colinas. Siempre conservabamos el mar distante una media legua. El terreno es de la misma naturaleza que el precedente.

La primer señal de vejetacion que advertí, fué un bosque de mimbres, y luego toda especie de plantas, principalmente palmitos. Todo se hallaba en completa florecencia. Ví dos espigas de cebada ya formadas, pero los granos todavía mui pequeños.

El tiempo estuvo cubierto por la mañana; pero habiendo aclarado pronto, solo quedaron algunas nubes sueltas. Á las ocho y cuarto de la noche el termómetro señalaba dentro de mi tienda $12^{\circ} 8$, el higrómetro 98° .

♀ 16.

El tiempo turbio, casi siempre cubierto y con grandes ráfagas de agua me obligó á detenerme. Á pesar de tales obstáculos, aproveché por la mañana un momento de sol, y por la noche el paso del *Sirio*; con lo cual tuve la latitud de Azamor $33^{\circ} 18' 46''$ N., y la lonjitud $10^{\circ} 24'$

45" O. del observatorio de Paris. Dicha longitud puede ser susceptible de un error de 12" todo lo mas.

La gran mezquita me pareció linda; la ciudad no es fea; y la defienden murallas y fosos. Todos los viérnes hai mercado en una plaza destinada al efecto. Fuera de la ciudad hai un hermoso arrabal al rededor de una ermita.

El rio podrá tener unos ciento cincuenta piés; pero es mui profundo y rápido, en términos que las barcas lo pasan con mucha dificultad, pues las arrastra la corriente con riesgo de perderse. Estos peligros son la causa de decir los habitantes que hai diablos domiciliados dentro del rio. La orilla izquierda es en este paraje escarpada y cortada á pico, la derecha baja y llana; y las mareas suben mucho mas alto que ella. Contáronme que dicho rio viene de las montañas de *Tedla*, es decir, del grande Atlas. Sus aguas se hallaban entónces, á causa de las lluvias, tan turbias y llenas de cieno, como las del Nilo en tiempo de inundacion, de suerte que no se pueden beber sin dejarlas ántes reposar.

Antiguamente se hacia un gran comercio por este rio siempre cubierto de bastimentos. El mar me parece está á un cuarto de legua, pues lo oía bramar aunque no lo veía: el dia ántes advertí que estaba rojo á causa de las aguas del rio hasta dos leguas adentro del golfo. Las orillas del

Morbea son en aquel paraje de tierra vejetal arcillo-arenisca con piedras calizas.

Á las ocho de la mañana marcaba el termómetro 13° 5, el barómetro 27 pulgadas, 9 líneas 6, y el higrómetro 98°. Á las nueve de la noche el termómetro 12°, el barómetro 27 pulgadas, 9 líneas 9, y el higrómetro 100°. El viento se mantuvo siempre al S. O., y á medio dia subió el termómetro á 15°.

B 17.

Empendióse la marcha á las ocho y tres cuartos de la mañana hácia el S. S. O.; á las diez tomamos la direccion del S. E., y á las cuatro mandé acampar junto á un gran aduar.

El pais está rodeado de colinas sin interrupcion, sobre terreno de hermosa tierra vejetal arcillo-arenisca. Ofrecia la vejetacion palmitos, liliáceos y pequeñas plantas todas floridas; en aquel dia ví tambien muchas tierras sembradas, campos de melones, higueras y otros árboles frutales. Semejanta espectáculo me engañó, tanto mas, cuanto hacia tiempo que no veían mis ojos mas que tierras incultas.

El tiempo estuvo enteramente cubierto. Á las siete de la tarde marcaba el termómetro 13°, y el higrómetro 98°. El viento constantemente al S. O.

El *cheik* ó gefe del aduar inmediato me hizo un regalo que consistia en un carnero, cantidad

de leche, gallinas, cebada y frutas. Componen la tribu dos ramas, que son: *Quléd-el-Farách*, y *Quléd-Emhhaméd*.

© 18.

Desde las cuatro de la mañana comenzó á descargar una agua terrible, que duró hasta las ocho y cuarto. Habiendo escampado un poco, seguimos la ruta hácia el S. S. O. Á las diez ménos cuarto atravesamos un gran mercado que se celebra todos los domingos junto á algunas capillas. Después de tomar algun reposo al medio día, hice continuar la marcha hácia el S. $\frac{1}{4}$ S. O., y armamos las tiendas junto á un aduar á las cuatro de la tarde.

El pais ofrece desde luego colinas bajas, cuyas cimas están todas á un mismo nivel, y luego grandes llanuras que terminan al S. en una grande montaña distante seis ú ocho leguas, y en otras mas separadas al S. E. y al S. $\frac{1}{4}$ S. O. Pienso que dichas montañas forman continuacion con las de Tetúan, y con las que se descubren desde el camino de Fez; pero mas altas en este paraje, porque presumo se hallan mas vecinas de la gran cordillera de los montes Atlas.

Una hermosa tierra vegetal roja y algo arenisca, que forma una capa muy gruesa, compone el terreno. La arena, que es cuarzosa, contiene bas-

tante feldspato rojo de teja. ¿Habrá venido acaso de las montañas vecinas que tal vez serán graníticas? No me atrevo á asegurarlo, pues cuantas montañas he visto son calizas secundarias.

La vejetacion era bellissima. Contemplé con placer muchos campos de trigo, melones, habas y otras legumbres.

El día fue terrible; cayó un diluvio de agua con tan fuerte viento, que varias veces se vió precisada la caravana á detenerse. Al fin cedió un poco el tiempo. Á las seis de la tarde marcó el termómetro $12^{\circ} 8$, y el higrómetro 100° . El viento sopló del S. O., y las nubes se esparcieron.

19.

Desarmadas las tiendas á las nueve y media de la mañana, dirigí mi ruta al S., hácia la montaña elevada que habia visto el dia anterior, á cuya falda llegamos un cuarto ántes de medio dia. Torcí al S. $\frac{1}{2}$ S. O., y á las tres y tres cuartos de la tarde descubrí la cima de varias montañas altísimas que estaban frente nosotros hácia el S. Uno de los criados me dijo que la ciudad de Mar-ruecos estaba situada algo más acá de la mas alta que se veía medio cubierta de nieve. Á las cuatro y cuarto mandé parar.

Vi algunas llanuras, de donde se descubrían al S. E. muchas cumbres de montañas elevadas á in-

mensa distancia. Á las diez comenzamos á subir las montañas vecinas, que sucesivamente limitaban el horizonte acercándose poco á poco. Llegados al pié de la gran montaña, hallé que no era tan alta como me habia parecido la víspera. Pasamos en seguida por un valle, en el cual se atraviesan tres riachuelos, y subiendo á una pequeña loma, descubrí un nuevo horizonte compuesto de colinas bajas que termina á larga distancia la cadena de los *montes Atlas*, cortando el horizonte en toda la parte del S., y en la cual se desprendian principalmente cuatro grandes masas gigantescas y casi aisladas. ¡Qué sensaciones esperimenté á la vista de aquella famosa cordillera!

La tierra vejetal fué la misma que la que observé el dia ántes. Luego hallé rocas calizas en la primera loma: la montaña alta se componia en toda su estension de arcilla apizarrada y pizarra arcillosa, formando transicion á la pizarra de tejados en capas horizontales. El terreno fué constantemente calizo y arenoso; pero á las cuatro de la tarde me encontré sobre una verdadera *capa de rocas graníticas*. Apresuráme á examinarlas, y lo eran en efecto; pero ya en estado de descomposicion, por la conversion de *feldspato* en *tierra de porcelana*. Su color es rojo de teja con un poco de mica cristalizada en grandes láminas; el grano, que es mui desigual, pasa del grueso al

menudo, y de éste al fino. Dichas rocas continuaron hasta el sitio de nuestro acampamento, y mientras se armaban las tiendas, subí á una de ellas, de donde tuve la satisfaccion de contemplar á mi placer las masas colosales que tenia delante. La superficie superior de la roca era como una tabla de doce piés de cuadro; salia cuatro piés sobre la del terreno, donde penetraba hasta una profundidad considerable.

La vejetacion del pais iba mui atrasada. Las flores eran raras, y no obstante la escasez, tuve bastante fortuna para recojer algunas plantas curiosas: pero en toda la jornada no descubrí tierra labrada ó sembrada.

Dijéronme que la montaña elevada, por cuya falda habíamos pasado, la habitaban unos santos ermitaños. Ví en efecto muchas personas y una mujer: supongo que esta última será tambien santa ermitaña. El dia fué bellissimo, aunque estaba nublado. Á las ocho de la noche marcaba el termómetro 10°, y el higrómetro 98°. Viento S. O.

No ví mas que una sola aldea; y el paraje donde hicimos alto era un verdadero desierto.

♂ 20.

Comenzó la marcha á las ocho de la mañana con direccion al S. Despues de atravesar tres riachuelos, paramos á las cuatro y media junto á

en aduan, á corta distancia de algunas montañas.

Compónese el país de llauras terminadas al S. y S. E. por una serie de montañuelas, detras de las cuales se ven las cimas del Atlas cubiertas de nieve. Mi campo estaba casi al pié de la primera línea de dichas montañas.

El terreno ofrece á primera vista una capa li-jeta vegetal sobre rocas graníticas, luego arcilla apizarrada, y por último tierra caliza arenosa.

El paraje donde senté el campo estaba sembrado de pedazitos de jaspe blanco.

El cuadro de la vejetacion era generalmente desagradable, á escepcion de algunas partes del terreno cubiertas de flores. No ví un solo pedazo de tierra sembrado, y el país se asemeja perfectamente á un verdadero desierto, tanto mas no hallándose en él un solo aduar.

El tiempo se sostuvo hasta las dos de la tarde en que me sorprendió una borrasca de lluvia y viento. Á las siete marcó el termómetro 14°, y el higrómetro 78°. El viento soplaba del O., y el cielo estaba cubierto de nubes.

☽ 21 de marzo de 1804.

Á las siete y media marchamos hácia el S., y poco despues comenzamos á subir las montañas. Llegado á la cumbre sobre las nueve, descubrí claramente la ciudad de *Marruecos*. Bajamos lue-

go de la altura , y á las diez me hallaba ya en el llano de Marruccos , y un cuarto ántes del medio dia llegué á un puente larguísimo , sobre el cual pasamos el rio *Tensif*. Mandé hacer alto á la una y media , y poco despues entré en la ciudad , término de mi viaje.

El pais ofrece al principio montes , luego llanos limitados por la cadena del Atlas al S. y S. E. , é indefinidos al O.

El terreno de la montaña es de pizarra arcillosa y de tejados , con mucho *schisto-micaceo* , que sale del terreno en capas delgadas apizarradas perpendiculares , que entrando en descomposicion por el contacto de la atmósfera , quedan aislados , y ofrecen la apariencia de un inmenso cementerio con losas sepulcrales colocadas perpendicularmente.

CAPÍTULO XIV.

Llegada á Marruecos. — Generosidad del sultan. — Semelalia. — Partida del sultan. — Viaje de Ali Bey á Mogador. — El Sahhara. — Mogador. — Fiestas públicas. — Vuelta á Marruecos.

MI llegada á Marruecos causó la mas viva alegría al sultan, como tambien á Muley Abdsulem y demas amigos que tenía en la córte. Apenas lo supo el sultan, me envió en prueba de su afecto la provision de leche de su propia mesa, y otro tanto hizo Muley Abdsulem. Fuí á verlos al dia siguiente, y recibí nuevos testimonios de amistad y estimacion, que fueron aumentando cada vez mas.

Algunos dias despues se dignó hacerme donacion de bienes considerables, que me ponian en estado de sostener mi rango independientemente de los fondos que poseía. Hallábame en mi habitacion cuando se presentó uno de sus ministros, y puso en mis manos un *firman*, por el cual el sultan me hacía donacion absoluta de una casa de recreo llamada *Semelalia*, con bienes raizes que consistian en tierras, palmeras, olivares, huertas, etc., y una casa grande en la ciudad, conocida con el nombre de *Sidi Benhamed Duquelí*,

El castillo y plantaciones de Semelalia fueron comenzados por el sultan Sidi Mohamed, padre de Muley Soliman, que fijó en ellos su habitacion. Hizo plantar las mas bellas y mejores especies de árboles frutales, y la adornó con deliciosos jardines. Grande abundancia de agua, que viene del Atlas por un conducto magnífico, aumenta el encanto de aquella habitacion, que tiene mas de media legua de terreno, cercado todo de murallas: las grandes posesiones y las palmeras se hallan fuera de la cerca general; y por la parte de dentro, cada jardin de recreo, cada huerto ó plantacion de olivos tienen su cerca particular.

La casa de la ciudad es grande. Hízola construir y vivió en ella Benhamed Duqueli, ministro favorito que gobernó el imperio durante largo tiempo. Parte de ella y el baño, son de una arquitectura regular y aun bella; pero lo demas, aunque muy capaz, está muy lejos de corresponder. Conservo la propiedad de estos bienes, y el firman con la data de 29 Dulhaja del año 1218 de la hegira, 11 de abril de 1804, que me asegura su posesion.

Debiendo el sultan partir dentro de poco para Mequínez, y deseando hacerme agradable mi morada en el imperio, resolvió que pasase á Suera Mogador á una partida de placer: ordenó en consecuencia, que los tres bajaes de las pro-

vincias de Hhahha, Scherma y Sus, se reuniesen en Mogador con sus tropas.

Conforme á las intenciones del sultan, salí de Marruecos el juéves 26 de abril á medio dia, dirigiéndome hácia el S. O. y O. S. O. Á las cuatro pasé un riachuelo, y atravesando una hora despues el rio *Enfiss*, hice acampar en la orilla izquierda.

El pais es una vasta llanura interminable al E. y O., y terminada al N. por montañas bajas, y al S. y S. E. por la cordillera del Atlas. El terreno es calizo arenoso, y un verdadero desierto, sin otros séres orgánicos que espinos y alguna mimbrera. El tiempo fué tranquilo y sereno, é hizo un calor insoportable.

Componíase mi campo de cinco tiendas: la mia, otra para mis fakihis, otra para la cocina, otra para los criados, y la última para mi guardia, que la formaba un caporal y cuatro soldados negros de la guardia de caballería del sultan. Habia dejado en Marruecos mis equipajes y botiquin; de lo cual me arrepentí en extremo, pues no tardé en sentirme indispuerto.

♀ 27.

Continuamos la marcha á las ocho de la mañana, en la direccion del S. O. y del O. S. O.; á las once se pasó un pequeño rio, y despues de

pasar á las cinco de la tarde el rio *Schuschaua*, que lo mismo que los otros corre de S. E. á N. O., hice armar las tiendas en la orilla izquierda.

El pais es el mismo que el dia ántes. Aléjase la cordillera del Atlas; uno de sus ramales algo mas bajo termina el horizonte al S. Por la tarde interrumpian la llanura algunas lomas, y al N., á poca distancia de nosotros, advertí una montaña que parecia aislada. El terreno se compone de marga arcillosa bastante dura. La vejetacion era la misma que la de la vispera, excepto las orillas del rio, que están llenas de hermosos huertos, y parecen mui pobladas. Ví muchas mujeres lavando en el rio con las caras descubiertas.

Mi indisposicion fué creciendo. Hallábame á siete grados y medio del trópico; el tiempo era infernal; y al verme falto de medicinas, temí que la enfermedad tomase carácter serio.

§ 28.

No obstante mi incomodidad, hice mover á mis gentes á las ocho de la mañana, dirigiéndolos al O. y luego al O. S. O. Á las doce y media pasamos junto á un grupo de casas, y algunas capillas llamadas *Sidi Moktard*. Desde las cuatro fui encontrando diferentes casas aisladas como cortijos. Á las cinco llegué á uno de aquellos edificios, situado al lado de un aduar y cercano á un ame-

no riachuelo, y aproveché la situación para hacer alto y descansar.

El terreno ofrece desde luego marga, con partes de tierra arcillosa roja; después rocas calizas cubiertas de una ligera capa de tierra vegetal sembrada de innumerables almendras calcáreas y algunas geodas cuarzosas.

El país fué llano en el principio de la jornada; pero desde medio día fué preciso bajar y subir algunas colinas, entre las cuales se armó el campamento.

El tiempo se hallaba cubierto, y sopló algún viento fresco del O., lo cual me alivió un poco. Tomé mucha limonada, cuya bebida refrigerante me hizo mucho bien.

La vegetación era pobrísima en los llanos que recorrimos por la mañana; pero por la tarde ví buenas sementeras y varias plantas en flor.

© 29.

Levantado el campo echamos á andar á las ocho y cuarto de la mañana en la dirección del O., luego del O. S. O., hasta las cuatro de la tarde que hicimos alto.

El país se compone enteramente de hermosísimas montañas, en donde se hallan gran número de casas aisladas, lo cual les da un aire de semejanza con las montañas de la Suiza; pero por

desgracia hai muchas arruinadas. Desde la cumbre de algunas montañas se descubre al N. y S. un pais tambien montañoso. Á las tres divisé el mar y la costa de Mogador.

Compónese el terreno de rocas calizas que cubre una capa lijera de tierra vejetal, igualmente caliza y arenisca.

La vejetacion era escelente. Ya segaban las cebadas, y al mismo tiempo se veía una multitud de plantas floridas; pero lo que sobre todo me pareció magnífico, fué el prodigioso número de árboles llamados en el pais *argán*.

Este árbol precioso se multiplica por sí mismo, sin necesidad de cultivo; de modo que no hai otra cosa que hacer, sinó recoger el fruto, el cual es una especie de oliva sumamente gruesa, de donde se estrae en abundancia aceite bueno para todos usos.

Remito siempre á la parte científica de mis viajes la descripcion de las plantas; pero el interes que ofrece esta última me obliga á decir algo sobre ella.

Parece que Líneo la ha comprendido en el género *rhamnus* ó en el *sideroxilus*; en su sistema la llama *rhamnus siculus*, y en su herbario *sideroxilus spinosus*. El sábio botánico Driander le da el nombre de *rhamnus pentaphyllus*; pero M. Schusboe, cónsul del rei de Dinamarca en Marruecos, que ha examinado las plantas del pais

con mas cuidado que ninguno hasta él, se ha decidido por los botánicos Retz y Willdenow, que la llaman *elaëodendron argan*.

La descripcion de M. Schusboe es sin duda la mas completa, fuera de algunas pequeñas diferencias que se verán en la parte científica. Cuando pasé, se hallaba el árbol en plena fructificacion. Es espinoso, y sobre la fruta se halla en grande abundancia una especie de glúten resinoso que tal vez pudiera ser útil á la química. La carne, despues de estraer el aceite, es alimento excelente para los bueyes. En este paraje hai un bosque de dichas plantas de diez á doce jornadas de camino, en direccion N. y S., donde la mano del hombre no hace mas que recoger el fruto. ¿No seria posible aclimatarlas en los países meridionales de Europa? Entiendo que bien equivaldria esto á la adquisicion de una provincia.

☾ 30 de abril.

Nos pusimos en marcha á las diez y media de la mañana, caminando al O. S. O.; una hora despues salimos del bosque, comenzamos luego á andar entre muchas colinas de arena movediza, y sobre la misma; y poco despues de medio dia llegué á *Suera* ó *Mogador*, término de mi viaje.

El país ofrecia un aspecto igual al de la víspera. Entramos luego en una llanura de arena, que en

realidad es un pequeño *Sáhhara*, en el cual adquiere el viento una rapidez asombrosa; la arena es tan fina y sutil, que forma en el terreno olas semejantes á las del mar; y tan considerables, que en pocas horas puede trasportarse de un sitio á otro una colina de veinte ó treinta piés de altura. Es cosa increíble, y á la que no me fué posible dar crédito hasta haberlo visto; pero aquel transporte no se hace súbitamente como comunmente se cree, ni es capaz de sorprender y sepultar una caravana; pero tampoco es difícil descubrir el modo con que se opera dicho transporte. Barriendo el viento sin cesar y rápidamente la arena de la superficie, se ve ésta muy pronto bajar sensiblemente algunas líneas á cada instante. No pudiendo sostenerse la multitud de arenas que aumenta á cada instante en el aire por las oleadas sucesivas, cae y se amontona para formar una nueva colina, quedando el terreno que ántes ocupaba anivelado y como si lo hubiesen barrido. Es tal la cantidad de arena que vuela por el aire, que se necesita ir con el mayor cuidado para que no dé en el rostro, y sobre todo guardar los ojos y boca. Este segundo *Sáhhara* tendrá sobre tres cuartos de legua de travesía por donde lo pasé; pero se debe cuidar mucho orientarse para no extraviarse en las revueltas que obligan á hacer las colinas que limitan la vista, y mudan de sitio con tanta frecuencia que solo se ve ciclo y arena, sin

alguna señal para reconocer el sitio; de suerte que lo mismo es levantar el pié un hombre ó bestia, por profunda que sea la huella, queda al instante completamente borrada.

La grandeza, rapidez y continuidad de dichas olas, turba tambien la vista de hombres y animales, de suerte que se camina casi á tientas. Pero allí es donde goza el camello de todas sus prerrogativas: su gran cuello, elevado perpendicularmente, defiende su cabeza de la tierra y de la parte densa de la ola; sus ojos están guarnecidos por párpados carnosos, fuertemente armados de pelos y medio cerrados; sus huellas són poco profundas, por el tamaño y forma de sus piés, hechos á modo de almohadillas; sus largas piernas le facilitan los medios de adelantar igual espacio con la mitad de paso que otro animal, y de consiguiente con otra tanta fatiga ménos. Dichas ventajas le procuran marchar firme y desembarazado en terreno donde los demas animales van á paso lento, corto y vacilante; de suerte que el camello, destinado por la naturaleza á este género de travesías, es nuevo motivo de alabanza al Criador, que dió el camello al africano, y el reno al lapon.

La ciudad de Suera, que en los mapas se halla con el nombre de Mogador, fué fundada por el sultan Sidi Mohamed, padre del sultan actual. Su forma es regular. Sus edificios bastan-

te elevados, presentan buen aspecto para una ciudad africana; el gran mercado es hermoso, y rodeado de arcos; las calles á cordel, aunque estrechas. Cercan á la ciudad murallas, y por la parte de tierra la defienden algunas piezas de cañon contra las correrías de los árabes. Hase establecido una batería por la parte del mar, que la bate de frente; pero es lástima que las troneras están dispuestas de modo que los cañones tienen poco juego, y el servicio se hace con mucha dificultad. Hállanse tambien en dicha batería algunos morteros y dos pedreros. La última tronera, por el lado del S., forma ángulo ó flanco, de donde una gruesa pieza bate la entrada del puerto. Éste lo forma el canal que separa una isla al S. O. de la ciudad. Dijéronme no era mui seguro; no obstante habia en él anclada una fragata inglesa. Hai ademas en la embocadura del puerto una batería mucho mas elevada que la otra. Entre estas se ven grandes almacenes de buena construccion. La isla que forma el puerto tiene sobre una milla de diámetro, y dista de tierra como media milla. La defienden algunas piezas de artillería, y allí se custodian los presos de estado. Sin embargo de dichas fortificaciones, la ciudad de Suera no podria sostenerse contra un ataque algo obstinado, pues no tiene mas agua que la del rio, el cual se halla distante mas de media milla. La morada de Suera es bastante triste. La ciudad

está cercada de un desierto de arena volante, por donde no se puede pasear: en su recinto no hai jardines, y solo á media legua se encuentran montañas cubiertas de bosques de argan y de hermosa vejetacion.

Residen en Suera vice-cónsules y negociantes de diversas naciones de Europa, que forman una especie de colonia, acrecentada tambien por los negociantes judíos del pais. Estos últimos gozan mucha mayor libertad que en otra parte del imperio; hasta el punto de vestir á la europea, y viven como los demas negociantes extranjeros. Son igualmente los más ricos; pero de tiempo en tiempo pagan tales ventajas con horribles estorsiones.

El tiempo fué variable en los diez dias que permanecí en Suera; pero logré escelentes observaciones que me dieron la latitud $= 31^{\circ} 32' 40''$ N., y la longitud $= 11^{\circ} 55' 45''$ O. del observatorio de Paris.

Durante este tiempo los tres bajaes de Hhahha, de Cherma y de Sus, que se hallaban allí con sus tropas, me dieron el espectáculo de corridas de caballos y escaramuzas, en las cuales figuraban sus combates jugando las armas, gastando mucha pólvora, y haciendo mucho ruido. Cierta dia me llevaron á un castillo del sultan, situado en las montañas en medio del bosque, donde se sirvió una gran comida. Volvimos de la expedicion en medio de mil gentes, que hacian sus cor-

ridas y escaramuzas. Despues estuvimos en un palacio construido por el sultan Sidi Mohamed en el llano de arena. Despues de visitar lo interior, y al tiempo de salir, advertí una pieza cerrada; mandé abrirla, y entrando en ella con los bajaes, hallamos un halcon, que sin duda se habia introducido por algun agujero; mandé cojerlo y lo llevé conmigo. Poco despues se puso en marcha la comitiva, y vadeamos el rio que es poco profundo. Uno de los soldados que se hallaba poco distante de mí, descubrió un gran pez, largo dos piés y medio, que habia quedado aturdido con el paso de la caballería; atravesólo con su espada y me lo presentó. No puedo ponderar cuantos felizes presagios se formarón de la dicha caza y pesca.

Concluidas las diversiones, de las que tambien participó el pueblo de Mogador, regresé á Marruecos, con una escolta de quince caballós mandados por un oficial. Entónces comenzé á servirme del quitasol, privilegio reservado al sultan, á sus hijos y hermanos, y prohibido á todos los demas.

Volví por el mismo camino por donde habia venido; y como siempre me precedia mi nombre y reputacion; todos los habitantes de los aduares inmediatos á la carrera salian en ceremonia á recibirme. Los primeros eran los soldados de caballería colocados en hilera; pagábanme el saludo

con la reverencia y el grito simultáneo de *Allah iebàrk òmor Sidina*, Dios bendiga la vida de nuestro Señor; venian luego los viejos y muchachos, y me saludaban presentándome un jarro de leche por lo comun agria, pues la prefieren así: yo la probaba segun costumbre. Todos me instaban que me quedase en su pais: las mujeres, escondidas detras de las tiendas ó las rocas, hacian resonar los ecos de sus gritos agudos de aplauso. Como á cada instante se repetian dichos saludos, porqué los habitantes acudian de largas distancias, no hai necesidad de decir que me era imposible acceder á todas las invitaciones. Entónces me pedian una oracion: levantábamos todos las manos; yo la rezaba, y ellos manifestaban su reconocimiento corriendo los caballos y con salvas de mosquetería. Al llegar al paraje donde debia pasar la noche, despues de las mismas ceremonias y estando ya acampado, todos los notables de la tribu ó aduar venian segunda vez, precedidos del scheik y de los principales, que de dos en dos traían un grueso carnero por los cuernos, y me lo presentaban; otros alcuzcuz, cebada, gallinas, frutas, etc., y las entregaban á mi mayordomo. Yo convidaba á los principales á tomar el té conmigo: hacíanme compañía media hora ó una, despues de lo cual se retiraban mui pagados de la hospitalidad que les habia concedido, y buena gràcia con que los recibia.

Por la mañana, al punto de la partida, volvian á comenzar las carreras de caballos, los tiros de fusil y gritos de las mujeres; y de este modo entré segunda vez en Marruecos el martes 15 de mayo.

CAPÍTULO XV.

Descripción de Marruecos.— Santos.— Palacio del sultan.— Judíos.— Jardines.— Cuervos.— Leprosos.— Monte Atlas.— Brebes.— Colección de palabras de aquella lengua.

LA ciudad de *Marraksch* ó Marruecos, antigua capital del reino de este nombre, arruinada por una continuación de guerras desastrosas, y despoblada además por el azote de la peste, no es hoy día sinó sombra de su esplendor antiguo. Una población de casi setecientos mil habitantes en la época de su grandeza, daba movimiento y vida á la agricultura, artes y comercio del país; pero en el día apenas cuenta treinta mil almas.

Como las murallas que forman el recinto de la ciudad han sobrevivido á los estragos del tiempo y á la mano de los hombres, acreditan su antiguo esplendor. Abrazan una circunferencia de tres leguas, cuyo espacio está en parte cubierto de ruinas ó transformado en jardines (*véase la lám. I*); lo demás compone la ciudad actual: aunque las paredes de las casas están alineadas y forman calles, quedan aun en el interior de las manzanas muchos espacios vacíos.

Gran número de observaciones astronómicas de

toda clase me han dado la longitud de mi casa, llamada Benhamed Duqueli, que se halla casi en el centro del recinto de las murallas, $=9^{\circ} 55' 45''$ O. del observatorio de Paris, mi latitud $=31^{\circ} 37' 31''$ N., y mi declinacion magnética $=20^{\circ} 38' 40''$ O.

Las calles de la ciudad son mui desiguales en anchura, de suerte que una misma calle se ensancha y estrecha de un modo singular en diferentes parajes. Las avenidas de las casas un poco considerables las forman casi siempre callejones tan estrechos y tortuosos, que con dificultad puede pasar un caballo; lo cual facilita la defeusa individual de los grandes en las revoluciones populares y frecuentes guerras de los scherifs para suceder al trono, pues cuatro ó seis hombres bastan para defender y hacer inatacable cualquiera de dichos callejones. Por la misma razon están las casas guarnecidas de aspilleras, y la mia se asemejaba á una fortaleza.

La arquitectura empleada en Marruecos es la misma que en otras ciudades del imperio, es decir, que se componen las casas de un patio con galerías al rededor, y salas largas y estrechas contiguas á ellas, las cuales no tienen otra luz que la que entra por la puerta. Las casas principales tienen dos ó mas patios semejantes; la mia cuenta hasta cinco. Raras vezes dan ventanas á la calle. Hai varias casas construidas de piedra, pero comunmente lo son de mortero, que es tierra,

arena y cal, apisonándolo entre dos tablas aplicadas á las dos caras de la pared, y á esto llaman *tàbbi*.

La ciudad de Marruecos contiene muchas plazas ó mercados, que así como las calles no están empedrados ni arenados, lo cual los hace en extremo incómodos en tiempo de lluvia por el lodo, y á causa del polvo en tiempo seco.

Entre el crecido número de mezquitas de Marruecos, se distinguen seis grandes, entre las cuales las principales son: *El Kutubia*, *El Moazinn*, y la de *Benius*. La mezquita *El Kutubia* se halla aislada en medio de un grande espacio descubierto: su arquitectura es elegante, y su minareto, que es altísimo, tiene alguna analogía con el de Salé. La mezquita de *Benius* cuenta seiscientos cincuenta y dos años de construcción; es muy capaz, pero ofrece una estraña mezcla de arquitectura antigua y moderna, porqué la mayor parte ha sido reedificada. La mezquita *El Moazinn*, que se construyó hace trecientos años, está cerca de mi casa, y es verdaderamente magnífica. Hai diez ministros empleados en su servicio; son módicos los situados que les ha asignado el sultan sobre los fondos de la mezquita: de suerte que dichos ministros, como todos los demas de Marruecos, se ven obligados á buscar su subsistencia en el trabajo ó en las pias estafas de los talismanes que venden para curar las enfermedades, venenos, heridas, male-

ficios ú otros accidentes.... ¡Ah, gran Mahoma! ¡jamás engañaste tú á los hombres con medios tan ta- caños!... El profeta jamás se atribuyó el dón de hacer milagros, confesando públicamente que tal dón fué concedido á Jesucristo, no á él.

El santo patrono de la ciudad de Marruecos es *Sidi Belabbès*. Su mezquita, lo mismo que la de Muley Edris en Fez, se compone de un salon cuadrado, terminado en una cúpula octógona, cuyo armazon está adornado de talla y pintado de arabescos, y cubierto por fuera con tejas barnizadas de color. Cubren el sepulcro del santo muchas telas de lana y seda unas sobre otras; la caja de la limosna está al lado, y el pavimento y parte de las paredes cubiertas de tapizes y otras telas. Junto al salon ó mezquita hai muchos patios con arcadas y piezas destinadas á alojar los pobres estropeados, inválidos ó viejos. Semejante espectáculo es asqueroso; y al horrible cuadro de los males que presentan, se añade la falta de las sabias disposiciones de la policía observadas en Europa en establecimientos de esta naturaleza. *Mil ochocientos desgraciados de ambos sexos* son actualmente alimentados en éste con el producto de las limosnas y fondos de la mezquita. Dicho santuario sirve de asilo á los infelices perseguidos por el despotismo: refugiados en su recinto pueden negociar el perdon y aguardar la restitucion del goze de sus derechos, con la seguridad de

que no será violado su asilo. No existe sin embargo lei alguna positiva en favor de semejante inmunidad; pero está fundada sobre la opinion pública, y el monarca que abusando de su poder se atreviera á quebrantarla, era perdido, pues causaria una revolucion. ¡Cuán respetable es preocupacion tan útil á la humanidad en los países donde el habitante, privado de toda garantía civil, se halla sepultado en la sima horrorosa del despotismo! El gefe del establecimiento lleva tambien el título de *el emkaddem*, el viejo ó el anciano, como el de Muley Edris en Fez; es igualmente respetado, y aun vive ya en *olor de santidad*.

Voi á hablar aquí de los dos mayores santos que existen al presente en el imperio de Marruecos: el uno es *Sidi Ali Benhamet*, que reside en *Wazen*, y el otro llamado *Sidi Alarbi Benmate*, vive en *Tedla*.

Ambos santos deciden casi de la suerte del imperio, porqué se cree ser ellos los que atraen las bendiciones del cielo sobre el país. En los distritos donde habitan no hai bajá, ni kaid, ni gobernador del sultan, y no se paga tributo alguno; el pueblo es enteramente gobernado por los santos personajes bajo un gobierno teocrático y en una especie de independendia. Es tal la veneracion que se profesa á dichos personajes, que cuando visitan las provincias, los gobernadores

toman sus órdenes y consejos. Los dos santos predicán á un mismo tiempo la sumision al sultan, la paz doméstica y la práctica de las virtudes. Reciben grandes regalos y limosnas, y tal vez no hai mujer en el imperio que no busque ocasion de consultarlos cuando llegan á su pais. En dichos paseos religiosos los acompaña una nube de pobres que cantan las alabanzas de Dios y las de los santos personajes. Crecido número de hombres armados los siguen tambien, prontos á defender la causa de Dios á fusilazos. He notado ya que el divino privilegio de santidad era hereditario en ciertas familias: el padre de Sidi Ali fué un gran santo; Sidi Ali lo es igualmente, y tambien comienza á ser Sidi Bentzami, su hijo mayor. Siendo la facultad generativa un dón hecho por el Criador á la débil criatura, aquellos santos gozan de él en grado eminente, porque Sidi Ali tiene gran número de negras y aun mucho mayor de hijos. Á mas de sus mujeres legítimas y sus concubinas ordinarias, posee Sidi Alarbi diez y ocho negritas, que (por extraordinario) participan de los favores celestes un dia á la semana.... ¡milagro del Todopoderoso! En un viaje que hizo Sidi Ali á Marruecos, tuve la dicha de conferenciar con él, y tranquilizó algunos escrúpulos de mi delicada conciencia. Hícele un regalito de mil francos, y dióme en cambio una magnífica piel de leon, sobre la cual se arrodillaba pa-

ra la oracion trece años hacia ; añadió muchos dulces , y una gran botella de jarabe de limon que mezcla ordinariamente con el té. No dejé de dar grandes elogios al tal jarabe cuando lo tomé con él. Enteramente desprendido de los intereses mundanos, el santo personaje empleó el dinero que le dí, como el de las limosnas recogidas , en comprar fusiles y otras armas para los defensores de la fé que le acompañan.

Las formas de Sidi Ali , cuya edad rayará en los cincuenta , son verdaderamente apostólicas. Cara redonda , buenos colores , ojos vivos , barba pequeña y blanca como la nieve , talla diminuta y llena , perfectamente proporcionada... ¡ bendito sea Dios ! Su traje , que es siempre el mismo , consiste en una especie de camisa ó pequeño castan de lana blanca , que cubriendo la cabeza del santo , flota por detras y por los lados como un manto pequeño. La voz un poco nasal , no carece de gracia por su dulzura divina. El hijo mayor de este personaje sigue las huellas de su padre ; respira santidad no obstante su edad florida. Podrá tener veintiseis años , pero es mas corpulento que su padre , y sobre todo mas colorado. Otros hijos de las negras de Sidi Ali acompañaban al santo , el cual viaja en una litera colocada entre dos mulas ; bastante larga para que el hombre apostólico pueda tenderse á la larga , cuando está fatigado de las ardientes oracio-

nes que dirige al cielo para atraer sobre el país las bendiciones de la Divinidad.

Yo no he visto á Sidi Alarbi, que se hallaba en Tedla, pero conozco á uno de sus sobrinos, que vino á hacerme una visita de su parte. Tiene muy buenos colores, y tan grueso, que su respiracion es muy fatigosa. Hánme asegurado que Sidi Alarbi le excede en las dimensiones de altura y circunferencia. Se ve pues claro que los ayunos y maceraciones están muy lejos de disminuir el vigor y salud de nuestros santos. Añaden que á pesar de su gordura Sidi Alarbi monta lijeramente á caballo, y dispara muy bien un fusil, lo cual no deja de ser nuevo favor de la Divinidad. Por desgracia se han suscitado algunas diferencias entre él y Muley Soliman. Habiendo edificado este último una mezquita en el territorio de Tedla, y faltado sin duda á ciertos respetos, Sidi Alarbi creyó deber convertirla en caballeriza. Entónces Muley Soliman hizo á Sidi Alarbi un regalo de mil ducados. En cambio le mandó el santo venerable mil carneros. Debemos esperar que semejante acto de arrepentimiento obtendrá la misericordia de Dios por la recomendacion del santo.

Cuéntanse nueve puertas para entrar en Marruecos; los muros que la rodean tienen bastante espesor, son altísimos y guarnecidos de torres por fuera, ménos por el lado del palacio del sultan, donde las torres miran hácia adentro, á ma-

nera de ciudadela que domina la ciudad. Casi todas las murallas son de tabbi ó tierra amasada con cal.

El palacio del sultan se halla fuera del ámbito de la ciudad del lado del S. E. Es un grupo de edificios vastísimo; porqué fuera de las habitaciones del sultan, de sus hijos, de Muley Abdsulem, y todas las legiones de mujeres que le pertenecen, hai varios jardines de recreo y huertos. Contiene ademas la habitacion de muchas personas de la córte, del servicio y guardias; hai asimismo dos mezquitas, é inmensos patios ó plazas, donde el sultan da sus *meschuars* ó audiencias públicas. Todos los edificios referidos forman un laberinto de muros, y como otra ciudad, cuya circunferencia exterior podrá tener legua y media.

Para entrar en el palacio propiamente dicho, es preciso, despues de atravesar los tres inmensos patios ó plazas del meschuar, pasar otra cuarta, destinada al cuerpo de guardia, luego otra en cuyo centro se eleva á algunos piés de tierra un *cobba* ó casita cuadrada. El interior de ésta se ve cubierto de tapizes y guarnecido de algunas almohadas; y es el paraje donde se sientan los primeros oficiales de la córte y servicio aguardando las órdenes del sultan, como en una especie de antecámara; y se sirve comida y cena á los que en ella residen. De dicho patio se entra en un vestibulo donde se hallan los pajes de ser-

vicio y otra guardia; y finalmente á un jardin con dos cobbas (ó casitas de madera), en una de las cuales recibe de ordinario el sultan.

El jardin es de forma regular y plantado de naranjos: es hermoso, bien adornado, y sobre todo bien provisto de flores y plantas aromáticas. Allí no entran mujeres; pero tienen otros que son peculiares suyos, y donde no entran hombres. Entre las dos cobbas hai un pequeño pilar, sobre el cual está colocado un pequeño cuadrante solar horizontal. Un dia que llevaba conmigo los instrumentos, observé el pasaje del sol para tomar la latitud de dicho punto, é hice una señal en el pilar á fin de que se rectificase la posicion del cuadrante que se hallaba algo desorientado. Practiqué dichas operaciones en presencia del sultan.

En otra ocasion me acompañó él mismo al interior de palacio, y me enseñó hermosas habitaciones construidas á la europea con grandes balcones sobre el jardin, y un bellissimo salon cuadrado, con algunos tapizes por todo mueblaje. Esta habitacion, que se halla al primer piso, es mui hermosa; solo da lástima el ver la escalera tan mal colocada, tan oscura, y sobre todo tan mezquina. Hai en el mismo jardin un paso interior para ir á la casa de Muley Abdsulem, situada al lado de palacio. En el mencionado tránsito no hai guardia; las puertas siempre se mantienen cerradas, y un portero las abre al sultan; á Mu-

ley Abdsulem, ó á mí; á todos los demas está prohibido, sin órden particular del sultan. La casa de Muley Abdsulem es tambien capaz, y tiene un gran jardin á la entrada.

La judería, ó cuartel de los judíos, tiene su cerca particular de média legua de circuito, entre el palacio y la ciudad. Está medio arruinado como los otros; y únicamente hai mercado bien surtido. Por la noche y todos los sábados se cierra la puerta, y la guarda un kaid.

Cuéntanse en este cuartel dos mil judíos, los cuales, cualquiera que sea su sexo y edad, no pueden entrar en la ciudad sinó á piés descalzos. Tráтанlos con el mas alto menosprecio; su traje es negro y de la apariencia mas miserable, lo mismo que en Tánger. Su gefe, que parece hombre de bien, y vino á verme muchas vezes, va tan pobremente vestido como los demas. Las mujeres de esta religion van por las calles con la cara descubierta; las he visto mui hermosas, y aun de una belleza que me deslumbró: por lo comun son rubias. Sus rostros, teñidos de rosa y jazmin, embelesarian á los europeos. Nada es comparable con la delicadeza de sus formas, espresion de su rostro, hermosura de sus ojos, y demas encantos y gracias esparcidas en toda su persona; y no obstante aquellos modelos de perfecciones, que presentan la reunion del bello ideal de los estatuarios griegos, aquellas mujeres son objeto del mas vil menosprecio;

así es que andan á pié descalzo, y se ven obligadas á postrarse á los piés ricamente adornados de negras horribles que disfrutan del amor brutal, ó de la confianza de sus amos. Los hijos varones de los judíos son hermosos cuando jóvenes, pero con la edad se afean; de modo que casi no se ve un judío bien agestado. ¿Deberá atribuirse á los sufrimientos de la horrorosa esclavitud en que viven?

Los judíos solos ejercen muchas artes ú oficios; son los únicos plateros, hojalateros y sastres que hai en Marruecos. Los moros únicamente son zapateros, carpinteros, albañiles, cerrajeros y tejedores de hhaiks.

Antiguamente rodeaban la ciudad de Marruecos jardines y plantaciones que se estendian á mucha distancia. Para regarlos, se conducia el agua de millares de fuentes del Atlas por medio de canales ó arroyos descubiertos, y por acueductos ó grandes conductos subterráneos; al presente solo quedan las ruinas de obras tan vastas: el hombre instruido padece al ver aquella multitud de canales destruidos, y la tierra, que sus aguas hacian ántes fértil y productiva, convertida en árido desierto. Queda no obstante cierto número de conductos que aun llevan agua, y mantienen la frescura y verdor en muchos jardines. El acueducto subterráneo que provee de agua á Semelalia es tan capaz, que los hombres encargados de lim-

piarlo caminaban derechos por él hasta larguísima distancia. El agua es excelente.

El vegetal mas comun en los alrededores de Marruecos es la palmera. Dicho árbol se eleva á prodigiosa altura; pero sus dátiles no son tan buenos como los de Tafilete, ni pueden conservarse secos todo el año: los llaman *billoh*.

Tengo considerable número de palmeras dentro y fuera del recinto de Semelalia, y en mi jardin comí muchas veces la medula ó parte central del tronco, cosa excelente.

En una especie de bosque de palmeras entre Semelalia y Marruecos, hai establecido un género de república de cuervos, de costumbres muy singulares. Todas las mañanas al rayar el dia parten dichas aves cada cual por su lado á buscarse la subsistencia á distancias inmensas, y ni uno solo queda en las palmeras ni en las inmediaciones; vuelven por la tarde, y se reúnen á millares en el bosque, y se posan en las palmeras haciendo una behetría infernal, como si se contasen las expediciones de la jornada: es cosa que observé en verano y en invierno. No obstante mis diligencias me fué imposible descubrir en estos parajes los cuervos de patas rojas, que dicen haber observado algunos viajeros y naturalistas.

Á poca distancia del bosque hai un arrabal aislado, enteramente poblado de familias que tienen la desgracia de padecer una erupcion semejante á

la lepra, y pasa de padres á hijos. Estos desgraciados son escludidos de la sociedad de los demas habitantes, y nadie osa acercarse á ellos.

Descúbrese desde Marruecos la cadena de los montes Atlas, en los cuales la nieve ocupa la cuarta parte de la altura, que estimé en su totalidad hallarse sobre unos trece mil doscientos piés sobre el nivel del mar; digo poco mas ó ménos porqué para medirlos rigurosamente fueran necesarias operaciones trigonométricas, que habrian indudablemente alarmado á los bárbaros que me rodeaban: preferí pues sacrificar este objeto como otros muchos á mi principal proyecto. Dicha cordillera pasa oblicuamente por delante de Marruecos, en la direccion de S. O. á N. E.; pero la parte mas inmediata se halla al S. de la ciudad, y solo dista unas seis leguas. Continúa por el interior de África, dirigiéndose hácia Levante, y corriendo al S. de Argel y Túnez, hasta las cercanías de Trípoli. Reservamos para otra ocasion hablar de dicha cordillera y considerarla bajo otro aspecto.

Los víveres son mas baratos en Marruecos que en Tánger y Fez. La desgraciada ciudad, casi despoblada por las guerras y peste, presenta un cuadro tanto mas triste, quanto que no hai la menor sombra de comercio. Las artes y ciencias tampoco pueden prosperar faltándoles el estímulo, pues Marruecos carece de escuelas. El cerco de las mu-

rallas, las inmensas ruinas, el gran número de conductos de agua inutilizados, los vastos cementerios que la rodean, pueden solamente hacer creíble tan rápida y asombrosa destrucción.

La El-Caïseria de Marruecos no tiene comparación con la de Fex; pero los árabes de las montañas vecinas acuden allí á hacer sus compras, lo cual anima algun tanto el mercado. Dichos montañeses tienen todos la talla pequeña, están flacos, tostados del sol, y su aspecto es repugnante. Conócenlos con el nombre de *brebes*, y forman nacion aparte: aunque los mas de ellos hablan el árabe tan bien como los otros habitantes; se sirven de un idioma que nada se parece á aquel, excepto en las espresiones que son tomadas del mismo. Esplicáronme algunas de sus palabras, y he aquí las que anoté:

Amdnn, agua.

Agròm, pan.

Tiffii, carne.

Udi, manteca.

Tàmmen, miel.

Adil, uva.

Accaïnn, dátíl.

Agmàr, caballo.

Tèzerdunt, mula.

Erguez, hombre.

Tàmgart,

Tamtot, } mujer.

Tauàia, negra.

Yessèmk, negro.

Aguiul, burro.

Taguiult, burra.

Izimmèr, carnero.

Tèhzi, oveja.

Tàgat, cabra.

Tafunast, vaca.

<i>Azguer</i> , huei.	<i>Sebait</i> , zapato.
<i>Aidi</i> , perro.	<i>Aduca</i> , zapatos.
<i>Idan</i> , perros.	<i>Iducan</i> , zapatos.
<i>Tigmi</i> , casa.	<i>Zife</i> , libro.
<i>Agadir</i> , pared.	<i>Quitguet</i> , papel.
<i>Lafit</i> , fuego.	<i>Maidsmènek</i> , ¿cómo
<i>Imi</i> , puerta.	se llama usted?
<i>Zèkhar</i> , árbol.	<i>Saval</i> , llamar.
<i>Timuzunin</i> , plata acur-	<i>Aglid</i> , sultan.
ñada.	<i>Amgan</i> , bajar.
<i>Korèdan</i> , cobre acuña-	<i>Aruco</i> , vaso.
do.	<i>Tomziin</i> , cebada.
<i>Afus</i> , mano.	<i>Iardann</i> , trigo.
<i>Adar</i> , pié.	<i>Ibaun</i> , habas.
<i>Alen</i> , ojo.	<i>Tarigt</i> , silla.
<i>Imi</i> , boca.	<i>Abdan</i> , piel.
<i>Tamart</i> , barba.	<i>Idèmmen</i> , sangre.
<i>Mèdden</i> , gente.	<i>Azèr</i> , cabello.
<i>Taduàtz</i> , tintero.	<i>Iegzan</i> , brazo.
<i>Tassàrut</i> , llave.	<i>Ifedden</i> , rodilla.
<i>Tuslinn</i> , tijeras.	<i>Tadàutt</i> , espalda.
<i>Hint</i> , cuchillo.	<i>Addiss</i> , vientre.
<i>Ohzan</i> , diente.	<i>Uul</i> , corazón.
<i>Ils</i> , lengua.	<i>Eguer</i> , bombro.
<i>Efg</i> , cabeza.	<i>Adat</i> , dedo.
<i>Iberdan</i> , rebaño.	<i>Idudan</i> , dedos.
<i>Amzog</i> , oreja.	<i>Aglid moccorn</i> , Dios.
<i>Imzgan</i> , orejas.	<i>Taffoct</i> , sol.
<i>Inzar</i> , nariz.	<i>Aiur</i> , luna.

<i>Azal</i> , dia.	<i>Suddo</i> , váyase usted.
<i>Gayet</i> , noche.	<i>Adrer</i> , montaña.
<i>Zik</i> , mañana.	<i>Azif</i> , rio.
<i>Tedduguet</i> , tarde.	<i>Azagar</i> , llano.
<i>Tizuerninn</i> (ó <i>Dukhur</i>), la hora despues de me- dio dia.	<i>Orti</i> , jardin.
<i>Takuzinn</i> (ó <i>el Aassar</i>), dos. ó tres horas des- pues.	<i>Atchàg</i> , coma usted.
<i>Tenuschi</i> (ó <i>el Mogarèb</i>), puesta del sol.	<i>Atzag</i> , beba usted.
<i>Tanietz</i> (ó <i>el Ascha</i>), último crepúsculo.	<i>Igdad</i> , pájaro.
<i>Idgam</i> , ayer.	<i>Ifulussen</i> , gallina.
<i>Azca</i> , mañana.	<i>Tiglaï</i> , huevo.
<i>Azzummeit</i> , frio.	<i>Tawunt</i> , roca.
<i>Ierga</i> , calor.	<i>Accoxài</i> , palo.
<i>Elhhall</i> , tiempo.	<i>Aganinn</i> , caña.
<i>Behra</i> , mucho.	<i>Tigehda</i> , tablón.
<i>Imik</i> , poco.	<i>Uchen</i> , lobo.
<i>Ariat zoat</i> , de aquí á poco.	<i>Tiftutz</i> , tabla.
<i>Aschcat</i> , } <i>Ascht</i> , } venga usted.	<i>Acal</i> , tierra.
	<i>Imèndi</i> , grano.
	<i>Tisant</i> , sal.
	<i>Aganhha</i> , cuchara.
	<i>Timsguida</i> , mezquita.
	<i>Tahanutz</i> , tienda.
	<i>Araam</i> , camello.

NÚMEROS.

<i>Iàn.</i>	1	<i>Za.</i>	7
<i>Sin.</i>	2	<i>Tam.</i>	8
<i>Crad.</i>	3	<i>Tza.</i>	9
<i>Cos.</i>	4	<i>Meràu.</i>	10
<i>Semmòs.</i>	5	<i>Iam de meràu.</i>	11
<i>Seddès.</i>	6	<i>Sin de meràu.</i>	12

Los brebes cuentan así hasta veinte, que llaman *ascharinn*, como los árabes, de quienes han adaptado las expresiones numerales de decenas, combinándolas con las unidades brebes: v. g.

Cos de ascharinn. 24

Za de telatinn. 37

Tambien hacen uso de las expresiones:

Ascharin de meràu. 30

Telatinn de meràu. 40. etc.;

al modo de los franceses, que dicen sesenta y diez, ochenta y diez.

Conócense en las montañas muchos dialectos de la lengua brebe: todos son pobres en extremo, y forman jergas mezcladas con el árabe; de modo

que se puede pronosticar que dentro de pocos siglos habrá enteramente desaparecido la lengua brebe. Para escribir en este idioma se valen de los caracteres y ortografía árabe; mas á pesar de mis diligencias me fué imposible encontrar un solo libro escrito en él.

CAPÍTULO XVI.

Enfermedad de Ali Bey. — Historia natural. — Eclipse de luna. — Regreso del sultan. — Presente de mujeres. — Anuncio del viaje á la Meca. — Gran visita y regalo del sultau. — Salida de Ali Bey de Marruecos.

DURANTE mi residencia en Semelalia, fuí atacado de una enfermedad que me puso á las puertas del sepulcro. En tres meses tuve cinco recaídas graves, y otro tanto tiempo pasé en un estado de debilidad terrible, que me privó del tiempo precioso para mis investigaciones de todo género. Todo el tiempo de la enfermedad lo pasé en Semelalia sin ver médico alguno, pues no queria consultar á los del pais, y no los habia europeos. Víme pues obligado á curarme por mí mismo, y á usar segun mis propias observaciones los remedios de que por fortuna me hallaba bien provisto, acompañados del modo de emplearlos convenientemente; y tuve la dicha de no perder el conocimiento en aquel estado, en que me veía abandonado á mis propios recursos. En todo este tiempo, siempre que podia tenerme sobre mis piernas, hacia observaciones astronómicas. Cuan-

to á la parte de historia natural; recogí los hechos siguientes:

En el mes de mayo estaban los granados en plena florecencia, habia muchos albrerchigos, las palmeras y olivos tambien en flor, y se segó la cebada.

Al fin de junio comienza la estacion de los higos, que duraron hasta la mitad de agosto.

En julio muchos melones y sandías.

Á fines de agosto parecieron los primeros dátiles de Tafilete.

Á mediados del mismo los mercados se vieron provistos de gran cantidad de uvas.

En junio y julio hubo muchas calabazas, pimientos, tomates y otras legumbres, y se segó el trigo.

El 31 de julio mataron mis gefes en mi jardín de verano una serpiente que tenia seis piés cuatro pulgadas de larga, y cinco pulgadas ocho líneas de circunferencia en la parte mas gruesa. Dicho réptil me pareció análogo al *coluber molarus* ó á la *boa*; pero tenia grandes manchas sobre la cabeza, que lo asemejaban al *scitali*. Presumo será de especie desconocida; mas por desgracia era animal inmundo que la lei prohíbe tocar, y me fué imposible examinarlo á mi placer y dibujarlo, lo que fuera un segundo crimen á los ojos de los circunstantes. Así es que mis criados se dieron prisa á quitar y arrojar mui lejos aquel ani-

mal tan bello como curioso. ¿Cómo han de poder adelantar las ciencias naturales en los países musulmanes!

La atmósfera se mantuvo siempre serena en los meses de mayo, junio y julio.

El mismo día que se encontró la hermosa serpiente, el viento de S. E. arrojó una especie de niebla elevada, ó grande masa de vapores que presentaban un aspecto espantoso. No había nubes, el horizonte á lo léjos se asemejaba á una masa inflamada; una línea roja parecia rodearnos enteramente por todos los puntos de la circunferencia hasta 6° de altura aparente; y de allí hasta el zenit, el cielo aparecia de color cetrino. El disco del sol era de blanco mate sin brillo alguno, y se asemejaba á un globo de yeso, ó mas bien á un disco de papel blanco. El termómetro marcó hasta 36°, y el calor era en extremo sofocante. Duró el metéoro todo el día, y fué sin duda el viento *simun* del desierto el que lo habia ocasionado; y los montes Atlas impidieron que ejerciese sus estragos sobre el territorio de esta parte de la cordillera.

Al día siguiente estuvo algo mas descargada la atmósfera; y aunque el sol penetrase con dificultad, no ofreció el fenómeno del día ántes.

Dos dias despues la atmósfera apareció turbia y cubierta de nubes; hubo tempestades y ráfagas de viento con agua y truenos.

Aseguráronme que en aquella época jamás se veían borrascas ni lluvias, pues no empiezan hasta el mes de octubre.

A mitad de agosto se encuentran azufaixas.

A fines del mismo mes maduran ya los membrillos, y las granadas comienzan á engrosar: pero no las cojen hasta mediados de setiembre.

Se ven ya algunos dátiles por la mitad de octubre, y la cosecha se hace por noviembre.

En la última mitad de este mes se cojen las olivas.

Hacia á la mitad del mismo comenzaron á caer las hojas; pero se verificó tan lentamente esta operación en aquel año, que al principio de diciembre aun no habia caído la tercera parte.

Por el mismo tiempo tenia yo en mi jardin toda especie de verduras y legumbres; rábanos, cebollas, ajos, lechugas, habas, coles, nabos, etc. La cebada estaba hermosa, y habia crecido hasta ocho pulgadas.

Después de las borrascas del mes de agosto el tiempo mejoró enteramente, sin otra interrupción que algunas pequeñas lluvias; hacíase ya sentir la falta de agua, y á fin de noviembre se hallaban tan secas las tierras, que no pudo hacerse la sementera. Quizá esta anomalía pudo retardar la caída de las hojas. Por lo demas la falta de agua perjudicó en extremo á la provincia de Duquela, principal granero del pais.

Se asegura que en el mes de agosto las cigüeñas parten ordinariamente para el Sudán. Yo tenía tres en mi jardín de verano, á las cuales se les habían cortado las alas: permanecieron quietas, y sobre todo muy mansas; pues venían á hacerme compañía cuando yo comía en el pabellón ó bajo de un cenador, y aunque sus alas volvieron á tomar su grandor natural, jamas cuidaron de marcharse. Las noches y mañanas, que son muy frescas á fines de noviembre, causan muchos romadizos, y desde principios de este mes ya no se ven ni ranas ni sapos.

El 10 de noviembre se encontraron dos escorpiones. (*scorpio africanus*, Lin.) bajo de la almohada de mi cama.

Hai una infinidad de moscas hasta mediados de noviembre, en que comienzan á disminuir: pasada esta época se ven muy pocas, y desaparecen enteramente á fines del mismo mes.

Los mosquitos desaparecieron en octubre.

El termómetro, colocado al sol á la una del día el 1° de diciembre, señaló 41°. Como continuaba subiendo y el tubo no prestaba mas, lo aparté inmediatamente, temiendo no se rompiese. Puesto á la sombra el mismo día á la misma hora, señalaba 21° 2'.

El 5, á las diez de la mañana, el sol señalaba 38°, y á la una y diez minutos, colocado á la sombra, marcaba 17° 5'.

El 9, á las nueve y veinticinco minutos de la mañana, puseo al sol; subió hasta los 34° ; y á las doce y cinco minutos, colocado á la sombra, señalaba $18^{\circ} 5'$.

El mayor calor observado á la sombra, ha sido el 2 y el 3 de setiembre á medio día: el termómetro subió á $34^{\circ} 8'$.

Los árboles, á mediados de diciembre, tenían tanta hoja como á fines del mes precedente.

El 18 de diciembre ví una cigüeña que volaba encima de mis jardines, sin que las tres que yo criaba hicieran el menor movimiento. Como no se encontraba entonces en Marruecos ningún pájaro de esta especie, no se supo de dónde podía haber venido ésta, tanto mas que no manifestaba ser de paso, porqué después de haber dado diferentes vueltas marchó dirigiéndose hácia N. E. ¿Algunas cigüeñas permanecerán ocultas en este pais durante el invierno? Este dia fué muy nublado, y por la mañana hubo huracan: podria ser que un golpe de viento hiciera salir esta cigüeña de su escondrijo.

Las lluvias comenzaron el dia 19 de diciembre; y las hojas cayeron en abundancia, y hácia á fines del mes los árboles estaban casi enteramente despojados.

El dia 31 de diciembre despues de medio día, el sol tuvo una corona mal terminada: tenia todos los colores del arco iris muy vivos en una

estension de diez grados de su circunferencia, de un blanco ceniciento como una corona lunar sobre un espacio de doscientos, y lo restante estaba confuso.

Las lluvias continuaron, y la siembra se hizo á fin de diciembre.

Solo se sintieron truenos la noche del 30 de diciembre: el primero fué verdaderamente extraordinario; rompió con una continuacion que duró mas de dos minutos.

Los vientos soplaron casi siempre del O., con golpes bastante fuertes y continuados.

El menor calor observado ha sido de 7° sobre cero del termómetro de Reaumur, el 18 de diciembre á las cinco de la mañana, y sin embargo se experimentó aquel dia á la misma hora una sensacion mui viva de frio.

El 1° de enero á las diez y media de la mañana, el termómetro, colocado al sol, señalaba 29° 5'.

Tenia en mi jardin cuatro gazelas perfectamente mansas. El espectáculo de sus juegos, cuando estos animales gozan de perfecta libertad, es verdaderamente interesante: dan saltos y cabriolas que admiran. Mis jardineros les hacian guerra, porqué se comian y destruían las plantas; pero yo los protegía porqué los jardines son bastante grandes para que fuese nulo ó insignificante el daño que ellos podian causar. Domesticados como las cigüeñas, jamas faltaban de hacerme compa-

está en la mesa por la mañana y por la tarde; de manera que mis siete compañeros habian llegado á ser mis mejores amigos.

No queriendo que la muerte manchase el recinto sagrado de mi Semelalia, prohibí severamente el disparar tiros de fusil y pasar de ninguna otra manera. Mi intencion era que los pájaros tuviesen á mi alrededor un asilo seguro; así el canto variado de tanta especie diferente hacia de mi Semelalia un paraiso terrenal: cuando me paseaba fuera de los jardines, pero siempre en el recinto general, encontraba cerca de mí bandadas de perdizes, y los conejos pasaban á menudo casi por entre mis piernas. Yo procuraba atraer y amansar estos animales, y ellos correspondian mejor á mis cuidados que los hombres que se llaman civilizados. Los pájaros venian á recojer las miguitas de pan que yo les arrojaba; venian á pasearse por los aposentos, y yo dormia por la noche con el cortinaje de mi cama coronado de pájaros, libres en el pais de la esclavitud.

Nunca pude llegar á domesticar á un maldito *chackal* que me habian traído. Le habia hecho construir una casita para dejarle mas libertad, y cuando estuvo acabada hice que le soltaran la cadena y lo coloqué en su nueva habitacion; pero él hizo una mina debajo de una de las paredes, y se escapó con tanta sagacidad ó racionio (no me atrevo á decir cual de las dos cosas) como lo hu-

hiera podido realizar: no sé que quicente sería de gaitan. Es verdad que mi chackal se asustaba con los gritos de sus compañeros, que durante la noche venían á bandadas á dar aullidos al rededor de Semelajia; y como una turba de perros de toda especie que estaba dentro les acompañaban con los ladidos sobre todos los tonos, tenia yo dos bandadas de música nocturna que eran frecuentemente acompañadas por el bajo del rebuzno de mis asnos, mientras que los gallos y dos pollos de Guinea hacian el triple. Esta cacofonía, lejos de parecerme desagradable, producia en mis oidos un conjunto delicioso, porque todo era allí natural. Parece que la fama de la inmunidad de mi habitacion habia penetrado en el desierto hasta en las clases que nosotros los hombres llamamos irracionales; de modo que ví grandes bandadas de gazelas que venian á saltar y jugar á centenares al rededor de los muros de Semelajia. Yo no sé si me engaño, pero varias veces me ha parecido que ellas solicitaban el permiso de entrar.

Hice una coleccion bastante interesante de plantas, de insectos y de fósiles en Semelajia. Entre los insectos se encuentran *aranea gallopodes*, que son magníficas por su grandeza: la primera que ví me asustó realmente, tanto mas que pasó sobre mi vientre estando acostado sobre el sofá. Entre los fósiles, la coleccion de los pórfiros y piedras desprendidas del Atlas es muy bella.

Habiendo anunciado que en la noche del 15 de enero de 1805 debia haber un eclipse de luna, muchos pachás y otras personas de consideracion se reunieron en mi casa para observarlo; por desgracia el cielo estuvo enteramente nublado, sobre todo durante la noche, y cayó un terrible aguacero mezclado de grandes golpes de viento, que nos impidieron el poder ver ninguna cosa.

El sultán nunca permanece largo tiempo en un mismo paraje: pocos dias despues del eclipse se recibió noticia de que iba á llegar inmediatamente á Marruecos, lo cual causó la mayor satisfaccion á los habitantes, y á mí en especial, que deseaba despedirme de él y emprender mi peregrinacion á la Meca.

En efecto el dia indicado llegó el sultán, y salí á recibirle á mucha distancia. Iba en su litera colocado entre dos mulas. Al instante que me vió, se detuvo á hablar conmigo algunos instantes, dándome las mas sinceras muestras de su afecto. Muley Abdsulem que le seguia, me manifestó los sentimientos de un hermano. Miéntras estuvo ausente habíamos mantenido correspondencia; y durante mi enfermedad, en que me era imposible escribir, me enviaban emisarios de Fez, con la única comision de verme y darles noticias mias; y ahora que me veían perfectamente restablecido y en estado de montar á caballo, no sabian cómo espresar su satisfaccion. Todo el tiempo que

permanecieron, continuaron nuestras relaciones con la mas perfecta intimidad.

Pasados algunos dias quedé enteramente sorprendido al saber que el sultan me enviaba dos mujeres. Resuelto á no tomar ninguna sino despues de cumplida mi peregrinación á la casa de Dios, rehusé el presente; pero las mujeres ya habian salido del harem del sultan, á donde era imposible el volver, y el buen Muley Abdsulem se encargó de tenerlas en su casa.

Este temia hablar de mi repulsa al sultan y tambien á mí. Toda la corte tenia los ojos en nosotros, deseando saber el fin de este gran negocio: cada uno cuchicheaba á la oreja de su vecino; pero nadie se atrevia á esplicarse abiertamente sobre el particular, y yo continuaba yendo á la corte, como si tal cosa no hubiera sucedido. Sin embargo no pudiendo soportar Muley Abdsulem situacion tan embarazosa, finalmente rompió el silencio, y fué el primero que me habló de ello; contestéle que al dia siguiente iria á verme con él, y responderia á las cuestiones que tuviese á bien dirigirme.

En efecto, pasé al dia siguiente á casa de Muley Abdsulem que me aguardaba, teniendo en su compañía al principal fakih del sultan, personaje verdaderamente respetable. Empezó el ataque, y me ví obligado á deshacer los argumentos de ambos antagonistas. La discusion duró algunas ho-

ras. Muley Abdsulem que se véía entre el sultan y entre mí, se hallaba en la mayor agitacion. Algunas lágrimas se escaparon de sus ojos cerrados á la luz del dia; y yo á quien conmovia mas la situacion peligrosa á que se hallaba reducido por causa mia aquel respetable príncipe, que ningun peligro de cuantos pudieran amenazarme, me levanté, y tomándole la mano le dije: «En fin, Muley Abdsulem, me consta cuanto me estimais; podeis conocer el fondo de mi corazon y leer hasta mis mas secretos pensamientos, indicadme pues la conducta que he de observar; decidme qué quereis que haga y lo cumpliré; pero miradlo ántes.» Tomó mi mano, la puso sobre su corazon, y tras algunos momentos de silencio, me dijo casi balbuciente: «que os lleven las mujeres á casa.» Enhorabuena respondí, mas sabed, Muley Abdsulem, que no las veré, pues está próximo el dia de mi partida á la Meca, y en tal caso si gustan quedarse lo podrán hacer, porque yo no las habré visto, y si quieren seguirme yo les dispensaré proteccion.»

Desembarazado del enorme peso que gravitaba sobre él, el corazon de Muley Abdsulem no pudo resistir. Pasando de la éstrema tristeza á la mayor alegría, se me echó al cuello abrazándome tiernamente. Su cara se puso risueña, y por segunda vez la ví bañada en lágrimas de ternura.

Quedamos convenidos en que aquella misma

tarde se verificaria la traslacion de las mujeres; pero exigí se hiciera sin ruido ni ceremonia alguna, y con esto me volví á casa. Las mujeres regaladas por el sultan eran una blanca llamada *Mohhana*, y una negra por nombre *Tigmu*.

Dí orden para que se preparase una habitacion independiente en la casa de la ciudad, y mandé adornarla cual convenia: hice llevar provisiones de azúcar, café, té, etc.; y ademas una caja que contenia diferentes telas y otras friolerias, algunas joyas, y una bolsa con algunas monedas de oro.

Serian las diez de la noche, cuando el mayordomo entró á avisarme la llegada de las mujeres. *Que las conduzcan á su habitacion*, respondí, y continué mi conversacion con mi secretario, mi fakih y otros dos amigos. La directora del harem de Muley Abdsulem, con media docena de mujeres, fué la que me trajo y acompañó las mias.

Sirvióseles una cena, y otra á los hombres. Acabada que fué, pregunté por la directora del harem de Muley Abdsulem, y se presentó cubierta segun costumbre. Hícele un regalito, y luego poniendo en sus manos la llave de la caja, le hablé en los términos siguientes:

«Dad esta llave á *Mohhana*, y decidle que la estimo; pero que circunstancias particulares me impiden verla. Todo cuanto hallará en su habitacion y bajo esta llave es suyo. Confío que pro-

tejerá á Tigmu. Marcho á Semelalia ; pero en ausencia mía dejó uno de mis principales sirvientes, el scherif *Muley Hhamet*, que tendrá cuenta de su servicio con dos criados y dos criadas. En cuanto desee , que se dirija á *Muley Hhamet*.”

Dicho esto despedí á la directora que estaba atónita. En aquel mismo instante, que era ya media noche , monté á caballo con mis amigos y dependientes , y alumbrado con muchos faroles; partí á Semelalia , donde me establecí. Las mujeres de *Muley Abdsulem* pasaron la noche en mi casa hasta el dia siguiente.

Si quedó asombrada la córte de Marruecos de haber yo rehusado las mujeres, no lo quedó ménos del recibimiento que tuvieron. Era imposible mantener la cosa secreta á causa de mis criados y personas de mi alrededor. Así en ménos de veinticuatro horas supo toda la ciudad hasta las circunstancias mas pequeñas del suceso.

Continué visitando al sultan y á *Muley Abdsulem* , como si nada hubiera sucedido , porque entre los musulmanes es regla de cortesía no hablar jamas de las mujeres.

Finalmente declaré que iba á partir para la Meca. Tuve sobre el particular algunas disensiones con el sultan , *Muley Abdsulem* y mis amigos , quienes se empeñaban en disuadirme de tan penoso viaje. Decíanme que tampoco el sultan lo habia hecho ; que la religion no exigia se reali-

zase personalmente, que podria pagar el viaje á un peregrino, y de este modo tendria igual mérito á los ojos de la Divinidad. Estas y otras razones que omito, no fueron capaces de alterar mi resolucion.

El sultan, que deseaba de todo corazon retenerme consigo, se presentó un dia en mi casa acompañado de su hermano Muley Abdsulem, de su primo Muley Abdelmelek, y de toda su córte. Entró á las nueve de la mañana, y no se retiró hasta las cuatro y media de la tarde. En este tiempo se tocó varias veces el punto de mi viaje; pero yo permaneci inalterable. Híceles servir una comida al llegar, y otra al salir. El sultan, que queria darme pruebas de su afecto é ilimitada confianza, comió en ambos banquetes, tomó café, té y limonada diferentes veces, escribió y rubricó las órdenes del dia sobre mi propio escritorio, me trató como hermano querido, y finalmente al salir seis de sus criados me presentaron en su nombre dos soberbios tapizes.

Apénas acompañaron al sultan á su palacio, casi todos los oficiales volvieron otra vez á complimentarme y renovar sus instancias para detenerme, haciéndome las mas lisonjeras insinuaciones sobre mi suerte futura, si consentia en quedarme. Insensible á todo fijé la época de mi partida para trece dias despues.

Llegó el momento de dar el último adios al

sultan. Renovó sus instancias, repitiéndome mil veces que reflexionase las fatigas y peligros que me aguardaban en tan largo y penoso viaje. Al separarme nos abrazamos con las lágrimas en los ojos. Mi audiencia de despedida con Muley Abd-sulem fué cruelísima, y hasta el postrer suspiro llevaré impresa en el corazón la imagen de aquel príncipe querido.

El sultan me regaló una tienda magnífica de tela encarnada con franjas de seda. Antes de enviármela, la hizo armar en su presencia; y entonces entraron doce fakihis y rezaron algunas oraciones que debían atraerme las gracias del cielo y dicha constante en mi viaje. Añadió á aquel presente varios odres para poner agua, objeto esencial para este camino.

Entonces envié á decir á Mohhana que se cubriese, porque deseaba hablarla. Estando preparada para recibirme pasé á su habitacion, acompañado de toda mi gente, y le dije: «Mohhana, hallándome á punto de marchar para levante, no os abandonaré si quereis seguirme; pero si gustais quedaros, sois libre de hacerlo, pues sabeis ser esta la primera vez que os veo y hablo.» Respondióme modestamente: «Quiero séguir á mi señor.» Volvíle á repetir: «Pensad bien lo que decís, pues no es cosa para hecha dos veces.» Mohhana añadió: «Sí, señor, os seguiré por todo el mundo hasta la muerte, do quiera que vayais.»

Entónces volviéndome á los circunstantes: «Ya oís, dije, las palabras que Mohhana acaba de proferir, y sois testigos de su resolucion.» Y vuelto á ella: «Sois, concluí, mujer apreciable, me tenéis afecto, y yo os protegeré. Disponeos para marchar. Adios.»

Mandé construir para Mohhana una especie de litera, llamada *darbucco*, perfectamente cerrada por todos lados, la cual se coloca sobre una mula ó un camello, y usan en el pais las señoras de distincion. Respecto de Tigmu no hubo tanta ceremonia; pues podia caminar envuelta en su hhaik ó albornoz. Destiné á dichas señoras una gran tienda, donde nadie podia verlas ni incomodarlas. De esta suerte emprendí mi viaje á la Meca, dejando por procurador encargado de la administracion de mis bienes en Marruecos, á *Sidi Omar Busèta*, bajá de la misma capital, con las convenientes instrucciones.

CAPÍTULO XVII.

Casa reinante en Marruecos. — Genealogía. — Scherifs. — Táctica. — Rentas del sultan. — Su guardia. — Sus mujeres. — Partida de Ali Bey de Fez. — Viaje á Ouschda.

Muchos autores han escrito la historia de los soberanos de aquellos países que forman hoi día el imperio de Marruecos. Entre las que han escrito autores europeos, me ha parecido sobre todo apreciable la de M. Chenier, encargado de negocios del rei de Francia cerca del emperador de Marruecos.

Sábese que desde Muley Edris, que vivia en el siglo segundo de la hégira ú octavo de la éra cristiana, los reinos de Marruecos, Fez, Mequinez, Sus y Taflete, fueron gobernados por varias dinastías, siempre enemigas entre sí, hasta que el scherif de Yemboa, *Muley Schèrif*, se estableció en Taflete, conciliándose por sus virtudes la estimacion de todos los pueblos, los cuales se apresuraron á someterse á sus leyes.

Su hijo *Muley Ismaïl*, que ocupó el trono despues de muchas guerras, y su nieto *Muley Abdalla*, hicieron notables y odiosos su reinados por

las horribles crueldades que ejercieron. Muley Mohamed, más político que sus predecesores, fué ménos cruel, pero no ménos avaro. El sultan actual, Muley Soliman, es el mas moderado de cuantos scherifs han ocupado el trono hasta el presente.

El imperio de Marruecos no posee constituciones ó leyes escritas. El modo de suceder al trono está determinado, de suerte que ántes de lograr el imperio, cada soberano tiene que combatir á sus hermanos y otros pretendientes, los cuales por su lado arman los pueblos en su favor; en términos que la muerte de un príncipe marroquí trae siempre consigo la de cien mil hombres.

Muley Soliman, sultan actual, tiene tres hermanos, á saber, Muley Abdsulem (*), primogénito de la familia; *Muley Selema*, quien despues de haber combatido contra su hermano y sido vencido por él, se ha retirado al Cairo, donde arrastra una existencia miserable; y *Muley Moussa*, que reside en Tafilete, y allí pasa su vida en el desórden.

Muley Soliman está bastante instruido en la ciencia de la religion, pues es fakih ó doctor de la ley; aunque por esto mismo mas devoto que los demas, pasa gran parte del dia en oracion,

* Parece que Muley Abdsulem murió hace poco.
(Nota del Editor en 1814.)

vistiendo ordinariamente un hhaik grosero, desdénando toda especie de lujo, é inspirando semejante espíritu de religiosa rigidez á sus súbditos; así es, que á escepcion de Muley Abdsulem y yo, casi no hai quien se atreva á desplegar ó manifestar la mas lijera apariencia de lujo.

En consecuencia de este principio, apénas se vió Muley Soliman tranquilamente asegurado en el trono, despues de vencidos sus hermanos, uno de sus primeros cuidados fué mandar arrancar todas las plantaciones de tabaco que existian en el imperio, y con las cuales se mantenian algunos millares de familias. Aunque la lei no prohibe espresamente el uso del tabaco, como el profeta no lo gastaba, los rigoristas casi lo miran como profanacion. Sin embargo Muley Abdsulem hace de él frecuente uso, y aun el mismo Muley Soliman, aunque raras veces. Entre los habitantes tiene poco uso, fuera de los puertos y la gente de mar.

El mismo principio es tambien causa de la repugnancia que tiene en comerciar con los cristianos. Está siempre temeroso de que las relaciones con los infieles acaben por corromper y pervertir á los fieles creyentes. Semejante modo de ver las cosas, hace tan difícil toda relacion comercial, que hai personas que pudieran cargar convoyes enteros de grano, y casi no tienen para vivir por la imposibilidad de venderlo fuera. Es una nacion

en que no existe la propiedad, siendo el sultán dueño de todo, en que el hombre no tiene la libertad de vender ó disponer del fruto de su trabajo, en fin donde no se le deja gozar de él ó hacerlo ver á su conciudadanos, fáciles de conocer la causa de su inercia, embrutecimiento y miseria.

He copiado el árbol genealógico de Muley Soliman, cuyo original me confió el mismo. Subiendo desde él hasta el profeta, guarda el orden siguiente :

Solimán.

Mohamèd ().*

Abdallà.

Ismàil.

Scherif.

Ali.

Mohamèd.

Ali.

Jussuf.

Ali.

Hassèn.

Mohamèd.

Hassèn.

Kassem.

Mohamèd.

Abulkassem.

Mohamèd.

Hassèn.

Abdallà.

Mohamèd.

Aàrafat.

El Hassèn.

Abubèkr.

El Hassèn.

Ahmèd.

Ismàil.

* El nombre de Mohamed (*Mahoma*) se escribe siempre en árabe con los mismos caracteres; pero el uso ha autorizado los diferentes modos de pronunciarlo que se ven en esta lista. (*Nota del Editor.*)

El Kássem.
Muhamèd.
Abdallà el Kàmel.
Hassàn el Meschna.
Hassèn es Sèbet, hijo de

Ali Ben Abutàleb y
de Fàthma ez Zòhra
 (la Perla), hija del
 profeta *Muhhamèd.*

Tafilete contiene mas de dos mil scherifs, que se consideran todos con derechos al trono de Marruecos, y por la misma razon disfrutan de algunas ligeras gratificaciones del sultan. En los interregnos muchos toman las armas, y como Marruecos no tiene ejército propiamente dicho para sofocar aquellos movimientos parciales, hunden el pais en la anarquía.

La táctica de los marroquies es siempre la misma en todas las batallas. Redúcese á acercarse al enemigo á distancia de unos quinientos pasos. Entónces se desplegan por un movimiento repentino, y tratan de presentar el mayor frente posible; luego echan á correr con toda su fuerza, apuntando con el fusil. Llegando á medio tiro disparan; detienen el caballo, tirándole fuertemente de la brida, y volviendo la espalda se baten en retirada con la misma lijereza. Vuelven á cargar siempre corriendo, y si el enemigo retrocede, continuan haciendo fuego y ganando terreno. Pero si la accion se empeña y se tiene que sacar la espada, ¡cuál debe ser el embarazo de unos hombres que sin órden alguno tienen cada cual en su

izquierda la brida y un largo fusil, y la espada en la derecha! En tal caso ponen el fusil delante sobre el arzon de la silla, y de este modo cada ginete ocupa un frente de mas de dos, y queda aislado, y sin apoyo por los flancos. ¡Cuál sería entónces el efecto de una línea de batalla sobre tales pelotones! Por esto la caballería mora evita cuanto puede empeñarse al arma blanca, fundando su superioridad en la rapidez del ataque y retirada, y en la destreza en manejar el fusil, porqué de la espada no echa mano sinó en el último apuro.

Calcúlanselas rentas del sultan en unos veinte á veinticinco millones de francos. Como hai pocos empleados, y éstos no tienen otro sueldo que el casual de su empleo y algunas gratificaciones que rara vez se les conceden; como por otra parte no se necesita mantener ejército, pues en las ocasiones de estallar una guerra, todo musulman es soldado por religion, la mayor parte de este dinero va á sepultarse en el tesoro que hai en Marruecos, en Fez, y principalmente en Mequinez.

Los únicos soldados que mantiene el sultan constantemente, son los que forman su guardia, y cuyo número hacen subir hasta diez mil; la mayor parte negros comprados por él, ó recibidos en regalo ó pago, ó finalmente, hijos de negros antiguos; los demas son moros sacados de una tribu que se llama *udaías*. Parte de estas tropas

está repartida por las provincias en comisiones ó destacamentos, la otra sigue al sultan. Los soldados, que son generalmente de caballería, son conocidos bajo el nombre de *el bokhari*, el cual han tomado como poniéndose bajo la proteccion del imam espositor de este nombre, cuya doctrina se sigue en Marruecos.

Aunque Muley Soliman lleva una vida oscura y sin aparato exterior, los gastos de su casa son bastante considerables, á causa del gran número de sus mujeres é hijos. No puede tener sinó cuatro mujeres legítimas, además de las concubinas; pero frecuentemente las repudia para tomar otras nuevas. Inmediatamente envia á Tafilète las mujeres repudiadas, á quienes concede una pension para su subsistencia. Varias vezes he visto á los habitantes presentarle sus hijas que en consecuencia entraban en el harem en calidad de sirvientas, y cuando le gustaban eran elevadas al rango de mujeres del sultan para ser repudiadas á su vez. Muley Soliman tampoco escrupuliza en tomar dos hermanas por mujeres. Sin embargo los doctores no miraban con buenos ojos semejante accion, lo mismo que la de beber vino por la noche en el harem, cosas ambas prohibidas por la lei.

El sultan es sobrio: come con los dedos á uso de los árabes, mas cuando me convidaba á su mesa, mandaba que me pusiesen una cuéhara de made-

ra, pues la lei prohíbe el uso de metales ricos en la bajilla; de ahí es que sus platos y mesa no se diferencian de la de sus súbditos. Jamas come otras viandas sinó las preparadas por las negras del harem. Sin embargo en mi casa comia de las que arreglaban mis cocineros.

Fuí de Marruecos á Fez por el mismo camino que había seguido al ir á aquella ciudad. Aunque no estaba mi salud completamente restablecida, hice sin embargo en el camino algunas observaciones astronómicas, que confirmaron mis resultados anteriores: por desgracia no me hallaba en estado de entregarme á un trabajo seguido.

En los primeros dias de mi llegada á Fez tuve una discusion con el bajá. Pretendia éste, que supuesto me habia despedido del sultan para pasar á Argel, debia haber marchado ocho ó diez dias despues de mi llegada; me preparó los medios de trasportarme, suministrándome la escolta que me habia de acompañar; pero le dije redondamente que aun no podia marchar, y me detuve aun mes y medio. Pocos dias ántes de partir vino á Fez Muley Abdsulem, trayéndome una carta de recomendacion del sultan para el dei de Túnez, y otra para el bajá de Tarables ó de Trípoli: el mismo Muley Abdsulem me dió otra suya para el dei de Argel, á quien Muley Soliman no quiso escribir tal vez por consideraciones políticas.

Habiendo finalmente resuelto mi partida de Fez

para Argel, me despedí de Muléy Abdsulem y de otros amigos, con algo mayor tristeza que la primera vez, pues me veían emprender un viaje azaroso y temían no volverme á ver.

Á las nueve y tres cuartos de la mañana del juéves 30 de mayo de 1805 salí de casa con mis amigos, que me condujeron primeramente á la mezquita de Muley Edris, de donde me acompañaron parte del camino, hasta el momento de despedirnos. Mi casa, las calles, la mezquita y salida de la ciudad estaban llenas de gente; por todos lados se me echaban encima para tocarme, pedirme una oración, etc. Dirigiéndome hácia el N., llegué al medio dia á mi campo ya instalado á la otra parte del puente, sobre la orilla derecha del rio Sebú, que es bastante considerable y corre hácia el O.

♀ 31 de mayo.

Á las ocho de la mañana emprendimos la marcha: el camino generalmente se dirigia al E. N. E., haciendo mil revueltos por las montañas, hasta las dos de la tarde que acampamos sobre la orilla del *Yenaul*, rio poco considerable, que corre hácia el O.

El pais se compone de montañas secundarias, la mayor parte calizas, con algunas fajas de tierras labradas.

Entre los obsequios que me hicieron los habitantes de los aduare inmediatos al camino que seguia, es notable el que voi á contar. Ví los muchachos reunidos salir á recibirme; uno de ellos, que iba delante, estaba vestido de una túnica blanca, un pañuelo de seda en la cabeza, y un cinturón de lo mismo al rededor del cuerpo, y llevaba un palo de siete piés de alto, en cuya estremidad habia suspendida una tablita y en esta escrita una oracion. Despues de dirigirme un cumplido estudiado, besáronme la mano, el estribo ó lo que podian tocar, y se volvieron en extremo satisfechos. Cuán interesante era aquella sencillez. Las madres estaban en asecho para ver el recibimiento que hacia á sus hijos.

Ð 1º de junio.

Habiéndonos puesto en marcha á las ocho de la mañana con direccion al E., seguimos por mas de hora y media la orilla del rio Yenaul, que corre atravesando un largo valle. Poco despues nos metimos entre las montañas, y á la una vadeamos un pequeño rio, en cuya orilla derecha acampamos á las dos.

El terreno el mismo que el dia ántes; la veje-tacion enteramente seca. Ví muchos campos con mieses, pero únicamente un aduar.

El cielo estuvo medio cubierto; el termómetro

dentro de mi tienda señalaba á las cuatro de la tarde 26° 7 de Reaumur.

O 2.

Echamos á andar á las siete de la mañana, siguiendo las direcciones de muchos valles entre montañas de mediana altura; á cada momento teníamos que atravesar rios poco caudalosos, hasta las cuatro y cuarto de la tarde que se plantaron las tiendas al pié de *Teza*, ciudad pequeña situada sobre una roca al pié de otras montañas mas altas al S. O. Es en extremo pintoresco el cuadro que presenta. La ciudad está rodeada de murallas antiguas, y el minareto de la mezquita sube hácia las nubes como un obelisco. El peñasco es escarpado en ciertos parajes, y en otros se halla cubierto de hermosos verjeles; su falda llena de jardines. Por un lado un riachuelo que se precipita, por otro varios arroyos que caen en cascadas, y un puente medio arruinado, añaden interes al paisaje: al paso que innumerable multitud de ruiseñores, tórtolas y otras aves, forman de aquel paraje un sitio encantado. Los valles, cubiertos de abundante mies, me hacen creer que sus habitantes son mas laboriosos que los de la costa del mar.

Siguió el tiempo sereno, pero con excesivo calor hasta el punto de hacer alto, que se cubrió

de gruesas nubes; no bien se armaron las tiendas, cuando comenzó á retumbar el trueno y cayeron terribles aguaceros.

Á pesar de aquel contratiempo tuve la felicidad de aprovechar un momento de sol por entre las nubes, y hallé mi longitud cronométrica = $6^{\circ} 0' 15''$ O. del observatorio de Paris.

Encontré en el camino muchas caravanas árabes que venian de levante, huyendo de la carestía que reinaba en su pais; componíanse de tribus enteras, y llevaban consigo el resto de sus ganados y cuanto les pertenecía. El espectáculo de aquellas caravanas da idea de las antiguas emigraciones de Palestina y Egipto, producidas por la misma causa.

Un golpe de sol me ocasionó una erisipela en el dorso de las manos. Hincháronseme mucho, y la inflamacion fué tal, que me hacia sufrir dolores agudísimos.

◁ 3.

No cediendo éstos, tampoco permití levantar el campo; por lo demas hubo terribles golpes de agua y truenos toda la noche y mañana siguiente.

Observé el paso del sol por entre nubes, y me dió por latitud = $34^{\circ} 30' 7''$ N.; pero no es exacta la observacion.

La tarde siguió lluviosa con fortísimo viento

de O.; y la mano izquierda continuó haciéndome sufrir en extremo.

♂ 4.

Los aguaceros prosiguieron sin intermision, y no nos dejaron poner en marcha.

♀ 5.

Á las ocho de la mañana tomamos hácia el E., atravesando valles, subiendo y bajando colinas regadas por diferentes arroyos; á la una y cuarto pasé un rio, é hice sentar el campo en el interior de una alcazaba ó castillo llamado *Temessuin*.

El terreno del pais se compone enteramente de arcilla glutinosa, que forma las colinas y valles hasta una profundidad extraordinaria, pues ví cortes verticales de mas de cuarenta piés. Pienso ser aquella la misma capa general que por un lado va hasta el camino de Tánger á Mequinez, y por otro hasta formar las montañas de Tetuan.

En el mismo dia encontré una *cáffila* ó caravana que venia de la parte de levante, llevando consigo un rebaño de mas de mil quinientas cabras. Habian colocado sobre camellos una especie de pabellones ó tiendas pequeñas, dentro de las cuales iban las mujeres é hijos de los mas ricos de la tribu, los demas iban descubiertos. Tambien iban çargados muchos bueyes ó vacas,

llevando lo mismo que las mulas la carga sobre la espalda.

En la marcha se observaba el orden siguiente: el ganado delante, dividido en manadas de cien cabezas cada una, y guiado por cuatro ó cinco muchachos, que procuraban mantener unos veinte pasos de distancia de un grupo á otro; en el centro las tiendas, equipajes y la mayor parte de las mujeres y niños montados en camellos; finalmente en la retaguardia iban los hombres á caballo ó á pié con el fusil á la espalda, y caminaban asimismo diseminados por los flancos, formando la línea.

La alcazaba donde estábamos acampados se compone de un cuadrado de murallas de cuatrocientos veinticinco piés de frente, con una torre cuadrada sobre cada ángulo, y otra al centro de cada cara. La muralla tenia tres piés de espesor y diez y ocho de elevación. Desde allí sube un débil parapeto lleno de aspilleras, y el resto del espesor de la muralla es el único espacio que queda á los defensores, los cuales están allí como si se hallasen encima de un árbol. En el centro de la alcazaba hai una mezquita arruinada, á cuyo lado se ven igualmente otros restos de edificios. Los miserables habitantes de aquella soledad se abrigan en algunas barracas divididas en grupos de tres ó cuatro. El kaid de la alcazaba, que vive en un aduar distante una legua, vino á hacerme los ho-

nores, regalándome un carnero, cebada, leche y otras cosas,

¶ 6.

Á las siete y media de la mañana se dirigió mi caravana hácia el E., hasta las tres y media de la tarde en que mandé armar las tiendas al lado de un pobre aduar, y á poca distancia de unas ruinas ó paredones informes,

El terreno, compuesto de arcilla pura, ofrecia una vasta llanura y verdadero desierto sin habitantes, ni otra vejetacion que algunas malezas enteramente abrasadas. Á las diez pasamos inmediatos á una gran cisterna llena de agua escelente, y á medio dia vadeamos un pequeño rio.

El tiempo, aunque sereno, se refrescó con el viento E.

♀ 7.

Poco ántes de las siete de la mañana eché á andar, y despues de atravesar el rio *Mulouia*, divisé las ruinas de una alcazaba. Seguí un par de horas la ruta al N. E., á poca distancia del rio, y volviendo al E. continué hasta las dos de la tarde. Pasé en seguida por el lado de una mui grande alcazaba arruinada, cerca de la cual habia muchos aduares; y despues de haber pasado el rio *Enza*, acampamos á sus orillas.

El rio *Mulouia* es profundo; pero el paraje

por donde nosotros lo atravesamos es bastante ancho, y se encuentra un buen vado. Su curso es al N. E., y sus aguas, cargadas de limo, son rojas y espesas como las del Nilo; pero reposadas son muy buenas. Sus orillas son bajas y pobladas de árboles por el lado que nosotros pasamos el día ántes.

El rio Enza, poco considerable, se disminuye además por muchos canales de riego. Era un verdadero placer para mí el considerar aquellas señales de la industria humana en medio del desierto. El rio aquí corre hacia el O.

El terreno presenta á primera vista una continuación de la misma superficie arcillosa desierta que habia observado la víspera. Á las diez de la mañana bajamos á otro pais, alternativamente compuesto de capas arcillosas y calcáneas que formaban unas colinas. Al medio dia pasé cerca de una montaña que me pareció formada de basalto, y que dejé á la mano derecha. Á la una y media entramos en un hermoso pais bien cultivado, y cubierto de bellos frutos, en medio del cual se encuentra la alcazaba, y al N. el rio Enza, sobre cuya orilla derecha hicimos alto.

El tiempo estuvo un poco nublado, y refrescó á causa de un fuerte viento de N. E.

Este desierto es conocido con el nombre de *Angad*. Parece que se estiende en la línea de E. O. desde la alcazaba de Temessuin, hasta el S. de Argel.

B 8.

Mi gente levantó el campo á las siete y cuarto, y nos pusimos en camino hácia el N. E., caminando en el mismo desierto. Á las ocho encontramos un arroyito de agua bastante buena. Á las nueve y media el pais se fué estrechando entre montañitas calcáreas y arcillosas. Á la una y tres cuartos atravesamos un arroyo, y volviendo hácia el E., seguí algun tiempo su orilla derecha: desde allí comenzamos á ver campos de mieses y luego un aduar. Á las tres y media se colocaron las tiendas al lado de una alcazaba y de un aduar llamado *Ai'aun Mayluk*.

El terreno que anduvimos este dia es á la vez arcilloso y calcáreo. Dos cordilleras de montañas que reconocí formaban parte del pequeño Atlas, terminan el horizonte al N. y al S.

En todo el desierto no se encuentra animal alguno, á escepcion de algunos lagartos, arañas, y algunos caracoles muertos ó dormidos sobre las espinosas ramas de alguna planta agostada.

Á mi llegada los habitantes celebraban la ceremonia de un acompañamiento fúnebre. El cuerpo, colocado con ostentacion sobre una altura, estaba rodeado de una cuarentena de mujeres, las que repartidas en dos coros, gritaban á la vez *Ah-Ah-Ah*. Todas las mujeres del un coro, al

pronunciar su *ah* respectivo, se arañaban y rasgaban la cara con las dos manos, hasta el estremo de ensangrentarse. Seis hombres á caballo estaban formados en hilera á su lado, mirando el pais de la tribu enemiga, que habia muerto al hombre cuyos funerales celebraban; y los demas árabes á pié que formaban el acompañamiento lo rodeaban enteramente.

Permanecieron media hora en esta actitud; y las mujeres, despues de haber continuado el mismo tiempo sus gritos y arañaduras, se separaron del muerto llorando al compas. Los hombres enterraron el cuerpo en el mismo sitio, y cada uno se retiró sin mas ceremonia.

El tiempo, siempre fresco, continuaba nublado.

⊙ 9.

Nos pusimos en marcha á las seis de la mañana hácia N. E. Á las siete atravesamos un arroyo, y volviendo hácia E. N. E. á las dos de la tarde, atravesamos otro arroyo, entrando á las cuatro ménos cuarto en *Ouschda*.

El terreno es aquí de la misma naturaleza que el del llano desierto que hemos hablado. Sin embargo á las ocho de la mañana advertí una tierra vegetal buena pero poco cultivada. Las dos cordilleras de altas montañas continuaban en terminar el horizonte al N. y S. á grande distancia.

Á las siete y media de la mañana descubrí á lo léjos, sobre una altura vecina al camino, dos hombres á caballo y armados que se adelantaban al paso hácia nosotros. Mi comitiva comenzó á alarmarse; yo los tranquilizé, y cuando nos encontramos supe que eran centinelas de la tribu enemiga que habia muerto al hombre enterrado en Aaiun Mayluk, y á cuyas espaldas estaba la tropa de la tribu.

Encontramos en seguida algunos hombres que segaban el trigo: y tenian todos á su lado los caballos ensillados y con bridas. Mas léjos se descubria gente armada. Á las diez estábamos en terreno de esta tribu: contiene el espacio de una legua de diámetro, enteramente cultivada, y mas de veinte aduares. Salieron cuatro hombres á caballo y armados á reconocernos; me pidieron una oracion, y en seguida se despidieron con cortesía. Esta tribu, que se llama *Mahàia*, me pareció compuesta de gente belicosa. Me parece que el sultan de Marruecos no tiene sobre ellos mas que una autoridad mui precaria.

CAPÍTULO XVIII.

Descripcion de Ouschda.—Dificultades para continuar el viaje.—Detencion por orden del sultan.—Marcha á Ouschda.— Aventuras en el desierto. — Llegada al Laraisch y su descripcion.— Salida del imperio de Marruecos.

OUSCHDA, poblacion que contiene sobre quinientos habitantes, es como las demas partes pobladas que he encontrado á la parte de acá de la alcazaba de Temessuin, un *oasis* (*) en el desierto de Angad.

Las casas, construidas de un solo piso, son pequeñas, y tan bajas que apenas se puede estar de pié. Ademas están tan sucias y llenas de insectos, que yo preferí permanecer acampado bajo la tienda en la alcazaba, que es bastante grande y situada á un lado del pueblo: pasé una parte del tiempo en un hermoso jardinito contiguo.

Un manantial bastante abundante, que nace á media legua de Ouschda y que tiene una agua excelente, riega los jardines y huertas que rodean el pueblo. Estos jardines presentan una hermosa

* La cubierta de verdura en medio de las arenas de la Libia. (*Nota del Traductor.*)

verdura y escelentes árboles frutales, entre los cuales la higuera, el olivo, la vid y la palmera, ocupan el primer lugar. El país produce tambien melones deliciosos, y carne bien superior á todo cuanto pueda imaginarse; y es increíble cuán delicada es la del carnero del desierto. Estos animales son largos y flacos, tienen mui poca lana, y habitan en un país donde apenas encuentran que comer; pero su carne es acaso la mejor que hai en el mundo.

Se encuentran en la poblacion y sus alrededores mui pocos pollos, y ninguna caza ó pájaros; pero el pan, el arroz y las legumbres no faltan nunca.

Por un grande número de observaciones de distancias lunares y eclipses de satélites, la posicion de Ouschda fué determinada con una exactitud satisfactoria; y el resultado de su longitud es $=4^{\circ} 8' 0''$ O. del observatorio de Paris, y de latitud $=34^{\circ} 40' 54''$ N. En una latitud tan elevada, el clima debia diferenciarse poco del de Europa; pero el desierto que lo rodea hace el aire enteramente ardiente. Sin embargo tuvimos dias bastante frescos en el mes de junio, alguna vez nublados y con lluvia.

Observé en Ouschda un eclipse lunar, del que hablaré en la parte astronómica. Debia haber hecho muchas mas observaciones, pero desgraciadamente las circunstancias me lo impidieron,

debiendo sacrificarlo todo á mi objeto principal.

Apénas hube llegado, el gefe y los principales del pueblo me declararon que no podia pasar adelante, porqué el mismo dia habian recibido la noticia de la revolucion que acababa de estallar en el reino de Argel, y que en *Tlém-sen* ó *Tremecèn*, á donde yo me dirigia, no cesaba de correr la sangre de los turcos y de los árabes.

Despues de muchas discusiones y de haber reflexionado maduramente, me decidí á enviar un correo, el que de vuelta me trajo la noticia de que los alborotos sucedidos en la ciudad de *Tlém-sen* se habian apaciguado, pero que los caminos estaban infestados de rebeldes que robaban y asesinaban.

Pedí al momento una escolta al gefe de la poblacion; y me respondió que no tenia bastantes fuerzas, pero que cuidaria de arreglar las cosas á placer mio.

Al cabo de dos dias, el gefe y los principales de *Ouschda* hicieron venir al *Schèk el Boanàni*, que es el gefe de una tribu vecina, y le propusieron el conducirme á *Tlém-sen*. El *schek* rehusó desde luego, y despues de haber discutido largo rato, se marchó sin haber decidido nada.

Muchos dias habian pasado en negociaciones inútiles; sin embargo de que los revoltosos se acercaron hasta las murallas de *Ouschda*; disparando algunos tiros de fusil que mataron á dos hombres.

Mi posicion se hacia cada vez mas crítica , pues por una parte se agotaban todos mis medios de subsistencia, y por otra sabia que mis enemigos de Marruecos se habian valido de mi larga permanencia en Fez para hacerme sospechoso al sultan. Persuadido yo de que no dejarian de aprovecharse de esta circunstancia para desacreditarme , tomé el partido de montar á caballo para ir solo á buscar á Boanani , el que tenia su aduar á dos leguas de distancia al pié de las montañas.

Mi gente se sobrecogió de espanto con esta noticia , á escepcion de dos renegados españoles que se habian reunido á mí cuando salí de Fez , los que en este crítico momento se presentaron diciéndome : «Señor, si usted nos lo permite , nosotros le seguiremos y participaremos de su suerte.» Los miré con atencion , y viendo que eran hombres de resolucion , les mandé tomar las armas , con el fin de que me siguiese uno , quedándose el otro con mis equipajes.

Iba á marchar acompañado de un fiel esclavo llamado Salem y de mi renegado ; mas encontré cerrada la puerta de la ciudad , y sus principales habitantes , en número de cuarenta ó eincuenta , decididos á prohibirme la salida.

Yo los conjuré que me dejasen marchar ; y me respondieron casi todos á la vez , los unos con razones y los otros con gritos. Yo insistí ; ellos resistieron. En fin , dirigiéndome al principal de

ellos, tomé una de las pistolas del arzon de mi silla, y con un tono entre amistoso y amenazador, le dije: «*Schek Soliman*, hemos comenzado bien, y creo que vamos á acabar mal. Abrid la puerta.» Entónces *Schek Soliman*, sacando por un lado la viga que atrancaba la puerta, la abrió diciendo á los demas: «Pues él quiere perecer, que haga lo que quiera.»

Salí yo, seguido de mi esclavo y de mi renegado, dirigiéndome hácia las montañas de *Boanani*. Poços momentos despues que habia partido ví llegar á escape á los mismos habitantes, que venian á reunirse á mí para escoltarme; se acercaron escusándose de su resistencia, la que no tenia otro objeto, segun decian, que su interes por mí y el temor de una desgracia.

Fuimos mui bien recibidos por *Boanani*, el que desde luego nos convidó á comer dándonos una escelente comida; pero él encontraba siempre mil obstáculos para conducirme solo hasta *Tlemsen*. En fin, convencido por mis persuasiones y las del *Schek Soliman*, que me sirvió mui bien en esta ocasion, se convino en arreglarse con el *schek* de otra tribu, llamado *Benisnuz*. Este último debia aguardarme con su gente á mitad de camino, para escoltarme hasta *Tlemsen*, y el *Boanani* se encargaba de conducirme hasta allí.

Dos dias despues vino *Boanani* á avisarme de estar prouto para el dia siguiente. Se presentó en

efecto, con cerca de cien hombres, y salimos al momento de Ouschda. Apenas estuvimos á media legua de distancia, cuando dos soldados del sultan vinieron á todo escape gritando nos detuviéramos. Á éstos les seguia un cuerpo de tropas mandado por un oficial superior de la guardia, llamado *El Kaid Dláimi*. Él me anunció que el sultan, sabiendo que yo estaba detenido en Ouschda, lo enviaba para protegerme y para defenderme si fuera necesario.

Yo le hice saber que la revolucion de Argel y de Tlemsen, así como los robos de los revoltosos, eran los únicos motivos que me habian detenido, y que supuesto habia pasado el peligro, podia continuar mi camino con seguridad, tanto mas yendo escoltado por las tribus de los boananis y de los benisnuz.

Á pesar de mis razones, Dláimi me declaró que en tal estado de cosas no podia consentir en mi viaje hasta recibir nuevas instrucciones del sultan. Me vi por consiguiente obligado á entrar en Ouschda, y escribir al sultan.

Luego que éste recibió mi carta, me envió otros dos oficiales de la corte, con la orden de conducirme, segun decian, á Tánger, con el fin de poder embarcarme para levante. Esta orden del sultan me obligó á salir de Ouschda con mi gente y equipaje, el 3 de agosto, á las nueve de la noche. Iba acompañado de dos oficiales y treinta

udañas ó guardias de corps del sultan. Dejé en Ouschda al Kaid Dlaimi con el resto de su tropa. Salí tan tarde, á causa de que Dlaimi habia tenido aviso que cuatrocientos árabes armados me esperaban en el camino. Me ví obligado á salir en secreto y sin saber qué camino habia de seguir, hasta el momento de marchar, en que Dlaimi lo indicó á mis conductores. Dejando á un lado el camino ordinario, atravesamos hácia el S., metiéndonos en el desierto. La noche era mui oscura, y el cielo estaba enteramente cubierto de nubes.

○ 4 de agosto.

Despues de haber caminado mui aprisa toda la noche, y subido por montañas, llegué á las seis de la mañana cerca de las ruinas de una grande alcazaba, al pié de la cual habia un manantial de agua y un grande aduar.

Continuamos caminando sin descanso, siguiendo la direccion de muchos valles tortuosos, por cuyo fondo corria un arroyo, que aunque pequeño, no era ménos útil para el riego á los laboriosos habitantes de muchos aduares.

En virtud de una órden que llevaban los oficiales encargados de acompañarme, salia de cada aduar uno ó dos árabes montados y equipados, los que se incorporaban á la gente de mi acompañamiento.

Habiendo llegado á las nueve de la mañana al paraje en donde terminaba el arroyo, los treinta udaías se despidieron de mí, dejándome la escolta de los árabes armados al mando de dos oficiales.

Al momento que los guardias del sultan se retiraron, di algunas monedas de oro á uno de los oficiales para gratificar á los soldados, y yo continué mi marcha; pero bien pronto, habiendo oido ruido detras de mí, volví la cabeza, y ví á los udaías revueltos contra sus gefes, y amenazando asesinarlos. Al punto dos de ellos vinieron á escape á quejarse, creyendo que los oficiales se habian retenido parte del dinero que yo les habia dado. Corrí hácia esta gente, y no se seguí hasta que les hice bajar las armas. Llegué á convencerlos y á calmarlos, haciendo que continuasen su marcha. Durante esta riña, que nos alarmó lo bastante, á causa de las desgracias que podian haber ocurrido, nadie se acordó de hacer provision de agua, á pesar de que nos comenzó á faltar, y desgraciadamente yo ignoraba que este era el último lugar donde se podía hallar.

La marcha seguia siempre acelerada, por el temor de encontrar los cuatrocientos árabes de quienes tratábamos huir. Por esta razon marchábamos separados de los caminos por medio del desierto, caminando sobre pedregales y al traves de montañas. Este pais está enteramente falto de agua; no se ve ni un árbol, ni una roca aislada

que pueda ofrecer un ligero abrigo ó un poco de sombra. Una atmósfera perfectamente trasparente, un sol intenso que cae sobre la cabeza, un terreno casi blanco y ordinariamente de figura cóncava como un espejo ustorio, un vientecito ardiente como la llama : tal es el cuadro fiel de los sitios que recorriamos.

Todo hombre que se encuentra en esta soledad es considerado como enemigo. Así mis trece beduinos, habiendo visto hácia el medio dia á un hombre armado á caballo que estaba á una distancia bastante larga, se reunieron al punto, y partieron como un rayo á sorprenderlo, dando grandes gritos, mezclados con espresiones de menosprecio y de burla: *¿Qué buscas tú, hermano mio? ¿á dónde vas, hijo mio?* etc., le gritaban meneando los fusiles y haciéndolos pasar por encima de sus cabezas. El beduino descubierto se aprovechó de la distancia y huyó á las montañas, donde fué imposible encontrarle. Este fué el único hombre que hallamos.

Sin embargo ni hombres ni bestias habian comido ni bebido desde el dia anterior, ni cesado de caminar á paso tirado desde las nueve de la noche. Poco despues de medio dia, ya no nos quedaba una gota de agua, y tanto mis gentes como sus cabalgaduras comenzaban á ceder á la fátiga. Á cada instante caían las mulas con sus cargas, y era preciso irlas levantando continua-

mente, sosteniendo el peso de la carga que llevaban. Tan penoso ejercicio acabó de agotar las pocas fuerzas que nos quedaban.

Á las dos de la tarde, estenuado de sed y de fatiga, cayó un hombre en el suelo, yerto como un cadáver. Paréme á socorrerle con dos ó tres de mis criados. Esprimióse la poca humedad que quedaba en un odre, y logramos introducirle en la boca algunas gotas de agua, pero tan débil socorro produjo mui poco efecto. Yo mismo empezaba ya á sentir una debilidad, que acrecentándose de un modo espantoso, me anunciaba que tambien á mí me iban á abandonar las fuerzas. Dejé á aquel desgraciado y volví á montar á caballo.

Desde aquel instante fueron cayendo sucesivamente al suelo varios de mi comitiva, y quedaron abandonados á su suerte fatal, pues la caravana marchaba ya á *sálvese quien pueda*. Tambien se dejaron algunas mulas con sus cargas. Hallé al paso dos de mis grandes maletas en tierra; mas no pude saber qué fué de las mulas que las llevaban; porqué nadie cuidaba ya de mis efectos é instrumentos. Miré aquella pérdida como cosa que no me atañia, y pasé adelante. Ya sentia á mi caballo temblando debajo de mí, y eso que era el mas fuerte de la caravana. Marchábamos abatidos y silenciosos. Si queria yo animar á alguno á que redoblase el paso, su respuesta era mirarme de hito en hito, y llevar el índice á la

boca para manifestar la ardiente sed que le devoraba. Quise tambien reconvenir á los oficiales conductores su poco cuidado , el cual era la causa de la falta de agua : pero se escusaban con el motin de los udaïas ; y ademas decian , ¿no sufrimos tambien como los otros? Nuestra situacion era tanto mas horrorosa , quanto ninguno de nosotros creía poder sostenerse hasta el sitio donde se habia de encontrar agua. Finalmente , sobre las cuatro de la tarde caí á mi vez desfallecido de fatiga y sed.

Tendido sin conocimiento en medio del desierto , con solos cuatro ó cinco hombres á mi lado, de los cuales uno habia caido casi al mismo tiempo que yo , y los otros en estado de no poder darme el menor alivio , pues no sabian dónde buscar agua , y aun cuando lo supiesen , les faltaban las fuerzas para ir á buscarla ; hubiera perecido con ellos sin remedio , si no nos salvara la Providencia por una especie de milagro.

Media hora habria pasado despues que me hallaba en tierra sin sentido , como luego me contaron , cuando se divisó á lo léjos una gran caravana de mas de dos mil hombres que venia hácia nosotros. Comandábala un morabito ó santo , llamado Sidi Alarbi , que iba á Tlémsen ó Trémecen de órden del sultan. Viéndonos en tan horrible situacion , se apresuró á mandar derramasen sobre nosotros muchos odres de agua.

Despues que me echaron repetidas vezes en la cara y manos, comenzé á recobrar el conocimiento, abrí los ojos, y miré á todas partes sin poder reconocer á nadie. Al cabo ví siete ú ocho scherifs y fakihs, que acercándose á mi alrededor, me hablaban amistosamente. Quise responderles, pero me lo estorbaba un nudo que me obstruía la garganta; y solo me dí á entender por señas, indicando la boca con el dedo.

Siguieron echándome agua en la cara, brazos y manos; pude finalmente tragar algunos pequeños sorbos. Entónces ya pude preguntar: *¿Quién sois?* Apénas me oyeron hablar, me respondieron: *No temáis; léjos de ser ladrones ó salteadores, somos al contrario vuestros amigos: yo soy fulano*, etc. En efecto reconocí sus fisonomías, mas sin poder recordar sus nombres. Aun me vertieron mas agua encima, y en mayor cantidad que ántes, y bebí otra vez: y al instante que vieron que comenzaba á restablecerme, llenaron de agua parte de mis odres, y continuaron su viaje, pues cada momento que perdian en aquel sitio era preciosísimo é irreparable su pérdida.

El ataque de la sed se manifiesta por todo el cuerpo con una suma aridez de la piel: los ojos parecen ensangrentados, la lengua y boca se cubren tanto por fuera como por dentro, de una capa de sarro tan gruesa como una pieza de cinco francos; el color de esta crasitud es amarillo oscuro, su

gusto insípido , y su consistencia perfectamente semejante á la cera blanda de los panales. Un desfallecimiento ó languidez suspende todo movimiento; cierta congoja ó nudo en el diafragma y pecho detienen la respiracion; escápanse de los ojos algunas gruesas lágrimas aisladas; cae uno á tierra , y á pocos instantes pierde el conocimiento. Tales son los síntomas que advertí en mis desgraciados compañeros de viaje , y experimenté en mí mismo.

Monté á caballo con bastante dificultad , y volvimos á nuestro camino. Mis beduinos y mi fiel Salem habian ido , cada cual por su lado , á buscar agua ; dos horas tardaron en llegar , vinieron unos tras otros , trayéndome agua buena ó mala. Como todos llegaban desalados á presentarme lo que hallaron , fué preciso gustar de todos , y bebí mas de veinte vezes ; mas apenas habia tragado un poco de agua , se me quedaba la boca tan seca , como si jamas la hubiera humedecido. En una palabra , ni podia escupir , ni aun hablar.

Á las siete de la tarde hicimos alto junto á un aduar y un riachuelo , despues de una marcha forzada de veintidos horas consecutivas , sin un momento de descanso.

Toda mi gente y bagajes fueron llegando durante la noche. En cuanto á mí , no perdí casi nada , porqué la caravana de Sidi Alarbi , habiendo encontrado sucesivamente mis equipajes y cria-

dos, socorrió y salvó con su agua tanto hombres como bestias.

Si no hubiese llegado dicha caravana, todos perecíamos sin remedio, porque no hubiera alcanzado ya el agua que trajeron los beduinos y Salem: nuestra respiracion y funciones vitales se hallaban ya interrumpidas, y tengo por imposible permanecer dos horas mas en tan violento estado sin perecer. Cuando considero que la caravana se habia desviado de su ruta por la falsa noticia de que habia un cuerpo de dos á tres mil hombres con intencion de atacarla (eran los cuatrocientos árabes que me aguardaban); y que aquel error fué la causa de mi salvacion, no me canso de admirar y bendecir la Providencia.

Ahora comprendo ya cómo pudo el desgraciado *mayor Hughtton* haber perecido en el desierto por efecto de una situacion semejante á la que acababa yo de experimentar; sin que haya habido perfidia de parte de los que le acompañaban.

La mayor parte del terreno que comprende el desierto es de arcilla pura, á escepcion de algunas vetas pequeñas calizas; toda la superficie está cubierta de una capa de piedras calizas de color blanco, rollizas, sueltas, gruesas como el puño, casi todas iguales, con la superficie agujereada como pedazos de mortero seco; lo cual me los hizo considerar como verdadero producto volcánico. Se halla estendida dicha capa con tan perfec-

ta igualdad, que no deja absolutamente punto alguno descubierto, y hace la marcha en extremo cansada.

No se ve en aquel desierto animal alguno, cuadrúpedo ó ave, reptil ó insecto; el ojo no divisa planta alguna, y el hombre se halla rodeado solamente del silencio de la muerte. Solo á las cuatro de la tarde comenzamos á distinguir algunas pequeñas plantas abrasadas, y un árbol espinoso sin flores ni frutos. Habia ya recogido en el desierto dos piedras, un pedazo de arcilla, y dos de mineral; pero todo se perdió.

Á consecuencia de tan horrible catástrofe, mis mulas y caballos no solo perdieron sus herraduras, sinó que quedaron casi todos estropeados.

◁ 5.

Eran las siete de la mañana cuando nos pusimos en marcha, siguiendo el mismo desierto y haciendo un rodeo por el S. y S. O.

El terreno es el mismo que habíamos recorrido la víspera. Á las once de la mañana bajé una larga cuesta, y me hallé en la provincia de *Schauia*, y sobre la orilla derecha del rio Enza. Al otro lado solo se veía una casa, donde vivia el *schek Schàui*, gefe de la provincia. Despues de pasar tres vezes el rio, acampamos á medio dia sobre la orilla izquierda junto á un aduar y un

mercado. Tenian mis gentes tan afectada la imaginacion, y se hallaban los animales tan fatigados de los peligros que corrieron el dia anterior, que apénas unos y otros divisaron el rio, corrieron todos á arrojar se á él, los hombres vestidos, y las bestias cargadas; habiendo costado mucho tiempo y fatiga haerlos salir.

Todo el dia estuve con calentura; efecto sin duda del accidente padecido.

Las orillas de aquel están bien cultivadas; y teníamos abundancia de sandías, melones y uvas, que mirá bamos como un dón del cielo en el estado de irritacion de nuestra sangre.

Á la sazón estaba ausente el schek Schauí, cuya provincia me pareció mui rica; pero su hermano vino á verme, y me regaló muchas provisiones.

♂ 6.

Nuestra marcha se emprendió á las seis de la mañana hácia el O., por las montañas, y hasta medio dia no bajamos al gran llano, donde, siguiendo al N. O., hácia las cuatro de la tarde pasamos el gran rio Mulouia; mandé armar las tiendas en la orilla izquierda, junto á un aduar.

Las montañas que atravesamos no eran áridas como las precedentes; pues se ven en ellas algunos pequeños rios, y terrenos cultivados. El llano es el mismo desierto de Angad, que ante-

riormente habia atravesado yendo á Ouschda.

Continué sintiéndome bastante indispuerto, y temiendo siempre algun ataque mas serio,

♀ 7.

Siguió mi caravana el camino ya descrito, que termina en la alcazaba de Temessuin,

♁ 8.

Continuando la ruta, llegamos al pié de la ciudad de Teza,

♀ 9.

Permanecí todo el dia acampado; y pasé á la ciudad para asistir á la oracion pública del viérnes.

Es Teza la ciudad mas linda de cuantas he visto en el imperio de Marruecos, y la única donde la vista no descubre ruinas. Las calles son hermosas, las casas elegantes y pintadas. La mezquita principal es mui grande, bien construida, y adornada de un magnífico vestíbulo. Hai muchos mercados bien surtidos, crecido número de tiendas, y hermosísimos jardines ó verjeles; el agua es escelente, el aire purísimo; los víveres buenos, baratos y abundantes; los habitantes me parecieron vivos y de disposicion. Tantas ventajas reunidas me hacen preferir la ciudad de Teza á

las demas del imperio , aun contando en ellas las capitales de Fez y Marruecos.

Acampaba junto á mis tiendas un cuerpo de tropas á las órdenes de un bajá , quien mandó hacerme los honores , y me envió provisiones. Estaba con él Muley Moussa , hermano del emperador de Marruecos ; pero mi enfermedad no me permitió ir á visitarle.

Nuevas observaciones , mucho mejores que las primeras , dieron la latitud de Teza = $34^{\circ} 9' 32''$; lo cual hace ver el error grosero en que incurri en la observacion hecha durante mi primer viaje con el tiempo cubierto. Solo la longitud era exacta.

Contra nuestra costumbre nos pusimos en marcha á las nueve de la noche , dirigiéndonos hácia S. O. Despues de pasar el rio Teza , y hacer algunos rodeos por entre las montañas , atravesamos otros rios.

B 10.

Despues de andar toda la noche , al despuntar el dia pasamos otro rio que corre hácia el E. Recorriendo un pais siempre montuoso , tomé la direccion del O. , y á las ocho de la mañana hice alto junto á un aduar : hallábame entónce en la provincia de *Hiaña*.

Á la una continuamos hácia el O. y S. O. hasta las cinco de la tarde en que hice armar las

tiendas inmediato á un aduar, patria de uno de los oficiales del sultan, encargados de acompañarme,

© 11,

Los buenos habitantes del aduar me suplicaron con tan buena gracia que me quedase con ellos un dia, que no supe negarme á complacerles. No hubo diversion que no me procurasen para acreditarme su reconocimiento y hacerme pasar el tiempo agradablemente. Por mi parte tampoco me incomodó esta circunstancia que me proporcionó algun descanso, que tanto necesitaba despues de las fatigas que acababa de sufrir.

© 12.

Habiéndome despedido de aquellos buenos árabes, me puse en marcha á las seis la mañana, haciendo varios rodeos por las montañas. Á las nueve atravesamos el rio *Levènn*, que es bastante caudaloso, y corre hácia el S. O. Fuimos siguiendo durante dos horas su orilla derecha por una dilatada llanura, despues de la cual volvimos á trepar por las montañas. Á la una hicimos alto junto á un aduar.

Á poca distancia de mi campo habia ricas y copiosas salinas: de allí se descubria una série de seis ó siete montes aislados, en figura de panes de

azúcar; cuyo color rojo me hizo conjeturar que serian enteramente metálicos.

♂ 13.

Á las seis de la madrugada continuamos caminando entre montañas hasta las dos de la tarde, que acampamos al pié de un populoso aduar.

Todo el pais que acababa de recorrer pertenece á la provincia de Hiaïna.

Compónese el terreno de montañas redondas de arcilla glutinosa, como las de Tetuan. Son estériles por naturaleza; mas los habitantes son laboriosos, y se ven casi todas las colinas cubiertas de plantaciones de la especie de *panicum* ó mijo, que se parece al maiz, y forma la base de sus alimentos. Entónces se hallaban en plena fructificacion; todas las plantaciones estaban custodiadas por hombres que procuraban espantar los pájaros, dando gritos sin cesar.

Fuera de los rios mencionados y que atravesé, los habitantes de la provincia de Hiaïna no beben otra agua que la de los pozos que abren en la pendiente de las montañas: la de casi todos ellos es de mal gusto; pues es salina, sulfurosa, ó diversamente mineral. Véanse barrancos y madres de torrentes enteramente cubiertos de una capa de sal blanquísima. Creo que debe ser este pais mui rico en minerales; pero sus habitantes no

tienen la mas lijera idea de las riquezas que hallan con sus piés. Hai parajes en donde se descubren las capas metálicas entre la arcilla que las oculta; y se elevan acá y acullá á modo de torres aisladas en medio de una llanura, rocas perpendiculares, casi enteramente compuestas de sustancias minerales.

Los naturales están dedicados á la agricultura, es decir, que siembran cantidad de grauos; pero no tienen árboles, ni cultivan sino un corto número de jardines ó huertos. Las casas, coustruidas de tierra, son reducidas, cubiertas de ramas, y solo las habitan en invierno; porqué en el buen tiempo viven en tiendas como los árabes.

§ 14.

Marchamos á las seis de la mañana, dando mil rodeos por entre montañas bastante altas y bien pobladas de aduares. Era medio dia cuando bajamos al llano. Despues de atravesar el rio Werga, bastante caudaloso, y que corre hácia el O., costeamos su orilla derecha en la misma direccion hasta las tres de la tarde, hora en que hice armar las tiendas al lado de dos aduares.

La tribu que los habita, como tambien otros muchos aduares inmediatos, se llama *Vléd-Aaiza*, ó hijo de Jesus; es bastante numerosa.

7: 15.

Hallándose á punto mis gentes, emprendimos la marcha á las seis de la mañana hácia el N. O. Á las ocho entramos en el distrito de *Wazein*, y poco despues descubrí al N. la montaña sobre que está situada la ciudad. Dejéla á la derecha, y seguí el camino hasta las tres de la tarde: entónces mandé acampar inmediato á muchos aduares.

Compónese el distrito de *Wazein* de vastas llanuras, terminadas al E. por montañas de bastante elevacion. En medio de los llanos descuella una gran montaña roja, totalmente aislada: á mitad de su altura se halla situada la ciudad de *Wazein*: dicen que es mui grande; pero no tiene murallas como las demas del imperio. Es la residencia del célebre santo *Sidi Ali Benhamet*, de quien ya hicimos mencion. Dicho personaje, que es señor de la ciudad y su distrito, vive en una especie de independencía.

En niingun pais he visto ganado mas hermoso, numeroso y bien mantenido; ni mieses mas abundantes. Es de presumir que la gracia divina proteje á los habitantes con especialidad. El pais se ve lleno de populosos aduares, dispuestos de manera absolutamente distinta de los demas: pues las tiendas están colocadas en líneas rectas, quando en otros parajes lo están en círculo.

No se ve un árbol siquiera en toda la llanura, ni otra agua que la de algunos manantiales.

Acampaba yo á una legua O. de la montaña de Wazein. Montados los instrumentos, dió mi longitud cronométrica $= 6^{\circ} 55' 0''$ O. del observatorio de Paris. Dicha observacion es dudosa; así no cuento sobre ella, sinó mas bien sobre la estima geodésica. Mi latitud, resultado de una buena observacion, dió $= 34^{\circ} 42' 29''$, y es la de Wazein, pues dicha ciudad estaba exactamente al E., respecto á mí.

Advertí en los oficiales conductores cierto aire de misterio, y signos de connivencia; continuaban no obstante tratándome con un profundo respeto; yo nada les podia decir, ni aun sospechar el objeto de sus secretas conversaciones. Las tribus que se hallaban al paso salian á hacerme todos los honores, y ofrecermé regalos de víveres y forraje, y yo continuaba usando el quitasol. Siempre me trataban como hijo ó hermano del sultan. ¿Podia ser duradero semejante estado de cosas? Esto es lo que vamos á ver bien pronto.

♀ 16.

Nuestra marcha comenzó á la hora acostumbrada, en direccion de O. entre pequeñas montañas, y á la hora de nuestra salida, tomando el camino de Fez á Tánger, volvimos derecho al N.

hasta las tres de la tarde, en que mandé acampar entre los jardines que hai al S. O. de la ciudad de Alccasar.

Hice una observacion no mui buena sobre la longitud; siéndome imposible tomar el paso de estrella alguna, ni aun el de la luna al despuntar el dia, á causa de las densas nubes que cubrian la atmósfera.

B 17 de agosto.

En este dia se rasgó el velo á la conducta misteriosa de mis oficiales: anunciáronme que íbamos á *Laräisch* ó Larache, en lugar de Tánger, como me habian dicho. Semejante conducta me desagradó infinito; pero despues de bien reflexionado, me dejé conducir, siéndome indiferente ir á uno ú otro de ambos puntos.

En consecuencia echamos á andar á las seis de la mañana hácia O. Una hora despues volvimos al N. y N. O. Internámonos en un bosque de carascas mui elevadas, y poblado de helechos; y no salimos de él hasta medio dia, habiendo dado muchos rodeos. En fin despues de atravesar un riachuelo entramos en Larache á la una.

Laraisch, que los cristianos llaman Larache, es una ciudad pequeña, que tendrá sobre unas cuatrocientas casas, situada en la cuesta septentrional de una colina escarpada, desde donde se es-

tienden las casas hasta la orilla del rio, cuya embocadura es un surgidero para los buques grandes. Los bastimentos que no pasan de doscientas toneladas pueden entrar en el rio, pero tienen que descargar para pasar la barra.

Hai en Larache muchas mezquitas: la principal es de buena arquitectura. Vese tambien un espacioso mercado rodeado de arcos, sostenidos por colunitas de piedra. Es el mas hermoso que he visto en aquel pais. Es obra de los cristianos, igualmente que las demas fortificaciones. Despues de haber poseido esta ciudad los españoles, fué reconquistada por Muley Ismail.

Por el lado de tierra defiende la ciudad una buena muralla con su foso, y la puerta y el puente están defendidos por dos medios bastiones. La alcazaba ó castillo, que está por parte de tierra al S. de la ciudad, es un pequeño cuadrado de bastiones con orejones rodeado de fosos, todo bastante bien conservado, á escepcion del parapeto, que se halla mui deteriorado. Por desgracia la ciudad carece de agua; la que beben viene de un manantial situado á la orilla del mar, á ciento ochenta toesas de la muralla, en un sitio á cubierto de los fuegos de la plaza. Á la estremidad de la ciudad, y en la embocadura del rio, hai un castillo que me dijeron haber sido construido por *Muley Yezid*. La fortaleza cuadrada está guarnecida de pequeñas culebrinas. Deficien-

den la embocadura del puerto dos baterías colocadas al S., y otra batería ó castillo por el mismo lado con cañones y morteros, situada á trecientas cincuenta toesas de distancia. Al N. del rio ó del puerto no hai fortificacion alguna.

Á trecientas toesas al S. de la última batería de cañones y morteros, hai sobre la lengua del agua algunas obras, que vistas desde el mar tienen apariencia de una fortaleza; pero que no son sinó ruinas de una casa y de un molino de viento.

Á sesenta toesas E. S. E. del castillo cuadrado, hai una capilla ó santuario de una santa mujer, patrona de la ciudad, llamada *Lela Minana*. Allí se venera su sepulcro. Jamas he podido desem-brollar la complicacion de ideas que ha suscitado en mi espíritu la existencia de la canonizacion de una mujer, con la exclusion del paraíso anunciada tácitamente por la lei al sexo. Pero Dios sabe mas que los hombres.

La costa del S. la forma una roca bastante elevada: la del N. una pequeña faja de arena.

De órden del sultan, el bajá de la ciudad Sidi Mohamed Salauí, me destinó para alojamiento la mejor casa, situada en el gran mercado, al lado de la mezquita principal.

Á pesar de estas ventajas, no pudiendo subir al terrado para ver el cielo enteramente descubierto, me fué imposible tomar distancias lunares; pero mi longitud quedó bien establecida por

lós eclipses de los satélites, que dieron $= 8^{\circ} 21' 45''$ O. del observatorio de Paris: como tambien mi latitud por los pasos del sol $= 35^{\circ} 13' 15''$ N., resultado de escelentes observaciones. Mi declinacion magnética es $= 21^{\circ} 39' 15''$ O. La temperatura es mui suave, é igual á la de Andalucía.

La ciudad está rodeada de arena roja, que considero como un detrito de feldspato, con grandísima disposicion á conglutinarse. La roca elevada del mediodía la forman capas perfectamente horizontales, mui delgadas é inmediatas entre sí, lo cual forma un tejido apizarrado, cortado perpendicularmente á la orilla del mar. Dichas capas de roca son formadas únicamente de la arena roja ya conglutinada en el delgado tejido apizarrado.

Hai algunos jardines en Larache. Los víveres son buenos, y el agua, aunque fuerte, no es mal sana.

Consecuencia del viaje de Ouschda fué la enfermedad que me aquejó por diez dias. Tambien enfermaron algunos de mis dependientes, y las bestias de carga, algunas de las cuales quedaron estropeadas; pero solo murió una mula. Tomé los baños de mar, y aproveché la ocasion para enriquecer mis colecciones de productos marítimos.

Hallábase á la sazón en Larache una corbeta de Trípoli despues de haber pasado muchos meses en el rio: dió órden el sultan de fletarla á su

costa, destinando la cámara de popa para mi travesía á levante. Visité el bastimento, que debia mui pronto dar la vela para Trípoli, é hice arreglar para este largo viaje la cámara que me habian destinado.

El domingo 13 de octubre de 1805, dia de mi partida, fuí por la mañana á despedirme del bajá, quien me hizo las mayores demostraciones de aprecio y consideracion, añadiendo que si queria embarcarme á las tres de la tarde, asistiria á mi partida. Lisonjeóme demasiado tal propuesta, para no consentir en ella.

Embalados mis equipajes, y cargados á bordo, acudí al puerto á la hora convenida, para embarcarme con mis gentes.

Pregunté por el bajá, y me respondieron que iba á llegar. Miéntras venia la chalupa, me aguardé algunos instantes en la orilla del mar, en un sitio donde la muralla forma un ángulo entrante, y donde se halla un callejon que sale del ángulo.

Llegada la chalupa, y no pareciendo el bajá, me disponia á ir á bordo, cuando por un lado y otro se presentaron dos destacamentos de tropa, y otro tercero desemboca por el callejon. Los dos primeros se apoderan de todas mis gentes; el otro me rodea, y me intima embarcarme solo, y partir al instante. Pregunto la causa de tan estraño proceder; y me responden: *tal es la órden del sultan*. Pregunto por el bajá, y me dicen con

imperio: *Embarcaos*. Entónces ví claramente la mala fé del sultan y del bajá, quienes hasta el último instante habian ordenado se me hiciesen los mayores honores por las tropas y pueblo, mientras meditaban el golpe que debía herirme profundamente; pues miraba yo con tanto interes la suerte de las personas que me eran afectas, como la mia propia.

Embarquéme en la chalupa, despedazado el corazon por los gritos de algunas personas de mi comitiva, inconsolables por tan cruel separacion. Bajé el rio, devorado por la rabia y desesperacion, hasta llegar al paso de la barca, donde los fuertes golpes de las olas me escitaron el mareo, lo cual fué beneficio para mi salud, pues el vómito desembarazó mi cuerpo de enorme cantidad de bÍlis; pero estenuado por tan violentos sacudimientos morales y físicos, llegué casi sin sentido á la corbeta que estaba al ancla á poca distancia fuera de la barra. Habiéndome subido á ella, me condujeron á la cámara, y me metieron en la cama.

De este modo salí del imperio de Marruecos. Omito las reflexiones que no son de este lugar, y que tal vez lo serán de ocasion mas oportuna.

CAPÍTULO XIX.

De la antigua isla Atlántida. — De la existencia de un mar Mediterráneo en el centro de África.

ANTES de visitar la parte occidental del África, el estudio reflexivo de la geografía física de esta parte del mundo, comparado con las nociones que nos ha transmitido la historia y tradición sobre las grandes revoluciones del globo, y algunos indicios suministrados por los geógrafos ó viajeros de estos últimos tiempos sobre la situación de la parte interior de este continente, me condujeron casi simultáneamente á dos ideas, que derivadas de un mismo principio, y prestándose mútuo apoyo, parece concurren á forzar el asentimiento por un grado de probabilidad mayor que el que podia prometerse de un objeto de esta naturaleza. He pensado:

1º Que la antigua isla Atlántida se formaba de la cordillera del monte Atlas;

2º Que existe en África un mar Mediterráneo, que así como el Caspio en Asia, existe por sí mismo sin comunicacion con los otros mares.

Despues de tantos sistemas y conjeturas sobre

el sitio que debió ocupar antiguamente la isla Atlántida, parecerá quimera reproducir una cuestión tantas veces ventilada, y olvidada ya en el día; mas como yo no hago aquí sinó indicar ligeramente esta idea, discutida con demasiada frecuencia por otros escritores, su coincidencia con la existencia de un mar interior en África me servirá de excusa con los lectores, quienes no obstante podrán mirar el presente capítulo como un episodio de la historia de mis viajes. Para leerlo es preciso tener á la vista la carta general del África septentrional que se ve en el atlas.

Aunque ningun viajero europeo ha atravesado el Sáhara ó gran desierto de África en su centro, tenemos suficientes datos para estar absolutamente ciertos de que del N. al S. no está cortado por alguna gran cordillera de montañas que pueda unir la del Atlas á las montañas de Kong, y á las que se hallan al S. E. del desierto, y se estienden en la direccion E. O. hasta la Abisinia.

Á la estremidad oriental de la cordillera del Atlas se hallan los desiertos inmediatos á Godesch y Trípoli; el de Suda y de Barca, que tocan por un lado en el Sáhara, y por el otro en el Mediterráneo; por consiguiente la cordillera del Atlas, rodeada al N. y O. por el Mediterráneo, limitada al S. y E. por desiertos de arena, que por una parte tocan al Océano Atlántico y por la otra al Mediterráneo, forma una verdade-

ra isla, sin union aparente con las demas montañas de África.

Todo lo que se conoce de los desiertos de arena que rodean la cordillera, del Atlas al E. y S., prueba que no se componen como los de Tartaria, del *humus depauperatus* de Lúneo; es decir, de una tierra que de tanto trabajar y producir ha quedado estenuada y privada de las moléculas orgánicas necesarias á la vejetacion. Puédesse juzgar de los desiertos del S. del Atlas, por los que he visto al N. y O.: en estos últimos solo he visto grandes capas de arcilla glutinosa, que tengo por producto volcánico sub-marino; llanuras de arena movible, compuesta en su totalidad de un polvo siliceoso de cuarzo y feldspato, mezclado con un detrito de conchas finísimo, y bancos de margal caliza mui moderna, formada sin duda por la aglomeracion de la arena ó detrito animal.

Es verdad que no he hallado en estos desiertos restos enteros de animales marinos, pero tambien lo es que la situacion en que me hallaba me impedía entregarme á investigaciones seguidas; siendo probable que si tales restos existen, no pueden hallarse sinó á mucha profundidad al S. y O. del Atlas, atendido que el furor de las olas pulveriza todos los objetos que se elevan en aquellos parajes á la superficie del mar.

Es tan terrible dicho embate de las olas, que aun en el tiempo de perfecta calma, cuando no

hai tormentas, y la superficie del mar parece tranquila á lo léjos, las olas baten la ribera, levantando con mucha frecuencia montañas de espuma de cincuenta ó sesenta pies de elevacion, no solo en los puntos llenos de rocas, sinó tambien en las playas arenosas.

No me detendré en examinar las causas de este fenómeno, que parece deben irse á buscar en el movimiento general de la gran masa de las aguas del Océano, aumentado ó disminuido por la proyeccion ó configuracion de las costas; pero sus resultados deben considerarse por las relaciones que tienen con la presente cuestion.

Cuando el mar bate suavemente la ribera, se establecen en ella las conchas y zoófitos; toman mui bien las plantas marinas, y se multiplican así como los animales: la descomposicion sucesiva de todos estos cuerpos orgánicos va engrasando el terreno, y haciéndolo mas propio á las generaciones posteriores; y de la acumulacion de tantos despojos en el trascurso de los siglos, que para la naturaleza no son mas que un dia, resulta finalmente una rica tierra vegetal, abundantemente cargada de moléculas orgánicas, propia para dar alimento y vida á los animales terrestres, que deben por su parte servir á las necesidades del hombre.

Mas cuando por el contrario el mar bate con furia una costa, los moluscos y demas animales

marinos se apartan de allí como de un escollo, contra el cual pronto serian estrellados; las plantas marinas no pueden fijarse, y si prenden, son arrancadas y arrebatadas ántes de tomar consistencia en el terreno que les sirve de apoyo. El desgraciado animal, ó la planta que las corrientes arrojan sobre estas riberas, perecen víctimas del furor de las olas, y sus fragmentos son transportados á inmensas distancias. Cuando por un efecto de las corrientes del Océano, ó por la disminucion de los mares, ó por otra causa cualquiera, queda esta costa descubierta y fuera del agua, no puede presentar sinó un hacinamiento incoherente de piedras, arena, ó partículas silíceas aisladas, impropio á la vejetacion, y de consiguiente á la animalizacion; en una palabra, un terreno inútil á la existencia del hombre, y que si es de alguna estension será designado con el nombre de *desierto*.

Gran parte de las costas de Marruecos se halla en semejante estado: Tánger está rodeado de arena; Rabat se encuentra en igual situacion; Mogador, que es el punto mas meridional que he visto, está colocado en medio de un pequeño Sahara, cuya arena forma colinas movedizas bastante elevadas. Si como creo estos desiertos se van ensanchando á medida que se camina hácia el S., daremos por fin con el Sahara ó gran desierto, el cual no es sinó repeticion en grande del fenó-

meno que se ve en pequeño en Mogador, y en miniatura en Rabat y Tánger.

Es constante que dichas llanuras de arena son depósitos del mar que se va retirando sensiblemente de aquellas riberas: la bahía de Tánger se va cegando, el rio de Rabat tambien se llena y estrecha; el mismo fenómeno se reproduce en Mogador, en el canal que lo separa de la isla, y sirve de puerto. Hechos son todos acreditados por los fondeaderos, que de dia en dia se hacen mas estrechos; á cada instante se ven torbellinos de arena arrebatados de la orilla del mar por los vientos de O., formar en poco tiempo dunas ó colinas en parajes donde no las habia, sin que jamas viento contrario ó fuerza opuesta contrabalance dichos efectos; de suerte que la arena está sin cesar viniendo del mar para no volver. Por consiguiente si el Sahhara es una repetición en grande del mismo fenómeno, como todo conspira á hacerlo creer, léjos de componerse del *humus depauperatus* de Lúneo, no es otra cosa que una superficie de arena abandonada por el mar, como el de Mogador y Tánger, que jamas han sido propios á la vejetación.

Esta conjetura se hace casi evidencia, si se considera la poca elevación del Sahhara sobre el nivel del mar. Vemos el Wad-Drah, el Wad-Tafilete y demas rios, que se precipitan de la parte S. del monte Atlas en el desierto, perderse sin

llegar al mar por falta de declive para continuar su curso.

El Senegal y la Gambia se precipitan de las montañas inmediatas á Kong hácia el N. y N. O.: cuando llegan el primero á los límites del Sahhara, y el segundo á otra llanura de mucha estension, tuercen de repente al O., y despues de mil sinuosidades semejantes á las del Meandro en Asia menor, llegan al mar por un plano de inclinacion casi insensible; forman en su curso innumerables islas, pues la caida de un árbol, ó cualquier otro ligero obstáculo basta para desviar ó dividir su débil corriente.

Esto parece indicar, que cuando las montañas de Kong formaban una isla, dichos rios caudalosos se precipitaban en el mar de Sahhara; y cuando este mar fué cegado por la arena amontonada poco á poco, han dirigido su curso al Océano, á medida que dicha arena sucesivamente los obligaba á separarse de su primera direccion. Siendo débil la corriente, el menor obstáculo era suficiente para desviarlos, como se ve hoi desviarse el Senegal, cuando está para desembocar en el mar por el punto que llaman *Marigot de los Maringuinos*.

Estas consideraciones, comparadas con el crecido número de conchas halladas en el desierto al E. del monte Atlas, con la considerable cantidad de sal que hai en el Sahhara, y con otros hechos

que he podido observar, me hacen creer que el Sahhara ha sido mar hasta épocas muy aproximadas á la nuestra, si se comparan con las grandes épocas de la naturaleza; y entónces se ve la cordillera del Atlas formando una isla.

Á dicha cordillera llaman los naturales *Tedla*. Este nombre escrito sin vocales, segun el uso de las lenguas de oriente, puede pronunciarse *Atdla*; al cual añadian los griegos una *s* final segun el genio de su idioma; y he aquí el nombre conservado hasta el presente desde la primitiva antigüedad tradicional.

Si consultamos los autores y mapas antiguos, hallaremos designados con el nombre de mar Atlántico los mares que ciñen el África por levante, mediodía y occidente; y pues el pais de Atlas daba su nombre á mares tan distantes, es claro que con mayor razon lo habrá dado al mar de Sahhara que bañaba sus costas, y entónces la isla de Atlas ó Atlántida se presenta rodeada por el mar del mismo nombre y por el Mediterráneo, ofreciendo exactamente la primera circunstancia referida á Platon por el sacerdote de Sais, quien dice que esta isla estaba situada *á las orillas del mar Atlántico*.

Otra de las particularidades de aquella isla era hallarse *en frente de la embocadura que los griegos llaman en su lengua las Columnas de Hércules*. El sacerdote no dice simplemente que la isla es-

tuviese en frente de las Columnas de Hércules, sinó que marca con mas especialidad el sitio, diciendo que estaba *en frente de la embocadura que los griegos llaman en su lengua las Columnas de Hércules*. Ahora bien, esta embocadura nunca ha sido otra sinó el estrecho de Gibraltar; y el pequeño Atlas, que es un brazo de la cordillera que se estiende hasta Teza y Tetuan, llena exactamente la segunda condicion.

Dicha isla era *mayor que la Libia y Asia juntas* (*). Tal es poco mas ó ménos la estension del Atlas grande y pequeño.

El sacerdote de Sais añade que de esta Atlántida *pueden los viajeros PASAR á otras islas, de donde fácilmente van al continente*. Es claro que el gran número de islas del Mediterráneo podia facilitar las comunicaciones de la Atlántida con los diferentes puntos del continente de Europa y Asia, bañados por dicho mar, y tanto mas, cuanto en el estado de pujanza en que se supone á los reyes atlánticos, debian estender su dominio á las pequeñas islas vecinas, para servirse de ellas como de escalas, segun la espresion del mismo sacerdote de Sais.

La dominacion de los reyes atlánticos establecida por un lado desde la Libia hasta Egipto, y

* Es decir la parte de Asia conocida de los antiguos en aquella época. (*Nota del Editor.*)

por el otro hasta la Tirrenia, y sus amenazas contra los griegos, concuerdan perfectamente con la posicion de aquella isla, situada en la línea central del país, y con su numerosa poblacion.

Una sola objecion puede oponerse á este sistema, la cual á primera vista parece debia destruirlo. Es la que se deduce de la *desaparicion* de la isla, ocasionada segun el mencionado sacerdote, *por horrorosos temblores de tierra y desastrosas inundaciones*. La isla en efecto ha cesado de existir, pues se ha trasformado en continente; es tambien posible que algunas partes de la isla hayan sido tragadas por los terremotos, como por ejemplo la porcion que ocupaba el espacio llenado hoi dia por el golfo de Trípoli, desde el cabo de Bon, junto á Túnez, hasta el cabo Ras Sem, inmediato á Derna: los grandes bancos de Kirkenni y Sidra que están en dicho golfo, vendrian tambien á apoyar dicha hipótesi, si se les quiere considerar como restos de una tierra sumergida; lo cual coincidiria tambien con la última circunstancia mencionada por el sacerdote de Sais sobre la isla Atlántida. Cuanto á la sumersion total en veinticuatro horas de una isla tan estensa como suponen la Atlántida, y de sus montañas, es un suceso imposible de admitir, si se atiende á las inmensas simas que seria indispensable suponer para concebir efecto tan prodigioso; suposicion absolutamente gratuita, y de ningun modo apoyada en

otros hechos análogos sacados de la historia de la naturaleza despues del último grande cataclismo.

Si se supone llegaba la isla del Atlas hasta el cabo Ras Sem, entónces esta parte de la Atlántida se hallará en frente y á corta distancia de la Terrenia, Grecia, Asia, Egipto y Libia; y aquí tenemos el teatro de las conquistas de los atlantes, cuya metrópoli se hallaba en el centro.

Podria mui bien amontonar pruebas sobre pruebas, y racionios sobre racionios en apoyo de mi sistema; mas no queriendo tratar esta cuestion sinó como accesoria y subordinada á la de la existencia de un mar interior en África, abandono la solucion á los críticos que ya la han analizado. Sin embargo dejando á parte la multitud de sistemas que se han publicado sobre la Atlántida, creo poder hacer observar, que la posicion dada á aquella isla por el autor de la Historia filosófica del mundo primitivo, no responde á los datos que tenemos del sacerdote de Sais; pues entónces no estaria á orillas del mar Atlántico, si se la coloca, como él hace, en medio del Mediterráneo, que jamas ha llevado el nombre de Atlántico, ni *en frente de la embocadura que los griegos llaman en su lengua las Colunas de Hércules*, es decir, el estrecho de Gibraltar, de donde, segun el autor citado, debiera distar doscientas leguas: en tal hipótesi ninguna línea recta tirada desde la isla hubiera terminado en el estrecho sin pasar

por las tierras intermedias, á causa de la proyeccion de las costas de aquel mar; desde luego el reducido espacio donde coloca la isla no podia contener un territorio tan grande como la *Libia* y *Asia juntas*, sea cual fuere la reduccion que se haga experimentar á los paises conocidos entonces bajo estos nombres, y aun ménos un territorio en el cual reinaban *soberanos célebres por su poder....* que estendian su dominio á inmensos paises adyacentes, y que estaban *orgullosos con tantas fuerzas*. Bien veo que el autor de la Historia filosófica ha prevenido estos inconvenientes con ingeniosas soluciones; y confieso tambien que solo con mano trémula es como aventuro algunas objeciones al autor de un monumento que miro como el Código de la Naturaleza; pero á él mismo es á quien someto mis observaciones, persuadido á que hará justicia á mi afan por hallar la verdad, cualquiera que sea el grado de probabilidad que se pueda atribuir á mi sistema.

Debo tambien advertir que la posicion dada á dicha isla por M. Bory de Saint-Vincent en sus Ensayos sobre las islas Fortunadas, tampoco llena mejor las circunstancias mencionadas por el sacerdote de Sais, pues M. Bory la supone en el mar Atlántico, y no en las riberas de dicho mar, como dice éste. En tal caso ya no tendria por un lado la Libia, y por otro la Tirrenia. Segun la situacion y forma que les da, losatlan-

tes no hubieran tenido otras islas intermedias para pasar al continente. Pero lo que todavía hai de mas notable es que el sacerdote dice positivamente que Aténas existia ya desde el tiempo de la isla Atlántida, y que los atenienses armaban flotas contra los atlantes conquistadores: resulta pues en el sistema del autor, no obstante su comentario, que en tiempo de la Atlántida el estrecho de Gibraltar y Aténas no existian, porqué el uno aun no estaba abierto, y de la otra, con todas las llanuras de Grecia, se hallaba todavía sumergida por las aguas del Mediterráneo, las cuales no la dejaron en seco sinó para romper el estrecho y tragarse la Atlántida. ¿Cómo pues los atenienses, cuyo pais aun no existia, pudieron poner freno á la ambicion de los atlantes? ¿Cómo fué posible que las flotas de ambos entrasen y saliesen del Mediterráneo, que segun la suposicion del autor era á la sazón un lago cerrado por todas partes sin comunicacion con otro mar? Remito la discusion detenida de este proyecto á mis Memorias sobre la parte científica de mi espedicion de África.

Una vez probado en cuanto es posible que el Sahhara fué un mar en tiempos mui posteriores al último gran cataclismo del globo, resulta que estando su superficie mui poco elevada sobre el nivel del mar, debe formar una especie de estanque grande, adonde vayan á parar las aguas de lluvia que riegan los países circunvecinos. Es tam-

bien probable que haya quedado en el centro de África un gran lago ó mar Mediterráneo, que sería tal vez monumento irrefragable de la retirada del mar Atlántico del Sahara.

Hemos demostrado la poca elevacion del Sahara sobre el nivel del mar, por los rios, á los cuales despues de entrar en el desierto falta declive para llegar á los mares exteriores de África. Examinemos los motivos que me hacen creer la necesidad de la existencia de un mar interior en África, independientemente de las aguas que el Océano haya podido depositar allí, y que bastarian quizá para mantener, como en el mar Caspio, un lago de grande estension por muchos siglos.

Hai en el interior de África un espacio de treinta y tres grados y medio de E. á O., desde el nacimiento del Níger hasta el del Misselad, y otro de mas de veinte grados de N. á S., desde las vertientes meridionales del Atlas y otras montañas inmediatas al Mediterráneo, hasta la caída septentrional de las montañas de Kong, y hasta las fuentes del Bahar-Kulla, superficie inmensa de donde no sale una gota de agua para entrar en los mares exteriores de África, si atendemos á que por un lado conocemos el origen de los rios que van á perderse en el Mediterráneo y Océano occidental; los cuales todos nacen fuera de esta superficie, y por otro á que los rios que desaguan en el golfo de Guinea no son mucho mas caudalosos que los

otros; de consiguiente no suponen un origen mas distante de su embocadura que las vertientes meridionales de las montañas de Kong, y otras, que siguiendo la misma línea al E. van á reunirse á las de Kòmri ó de la Luna; donde se hallan las fuentes del Bahar-el-Abiad ó rio Blanco, que forma el principal brazo del Nilo.

Sábese ademas que los rios de esta parte de África se dirigen al centro en líneas convergentes: los del Atlas y del desierto, al S. y S. E.; el Níger y los que vienen de las montañas de Kong, al N. E. y E.; el Misselad, el Kulla y otros muchos intermedios, al N. O.; el Kuku, el Gazel y otros, al S. y al S. O.; en fin todos los rios conocidos en lo interior de África tienen su direccion hácia el centro de aquel continente.

Las relaciones de algunos viajeros en lo interior de África, como asimismo las noticias recibidas de los habitantes, anuncian que durante muchos meses es tan considerable la cantidad de agua que despiden las continuas lluvias de aquel pais, que los animales y plantas se debilitan y caen en un estado de aniquilamiento.

No teniendo observaciones métricas directas sobre esta cantidad de agua en parajes dados del pais de que se trata, es forzoso recurrir á cálculos de aproximacion fundados en la comparacion de otros parajes conocidos. Sábese que en Europa, por un término medio, caen anualmente diez

y ocho pulgadas de agua : esta cantidad se aumenta hácia el S. O. En Argel caen de 27 á 28 pulgadas cada año comunmente : en 1730 cayeron 30 pulgadas, y dicha cantidad se elevó hasta 44 el año 1732. En Madera caen al año 34 pulgadas. Bajo los trópicos, segun las observaciones del célebre baron de Humboldt, la cantidad de lluvia que cae al año sube hasta 70 pulgadas. La superficie en cuestion está cortada en su mitad por el trópico ; mas para armar contra mí todas las suposiciones, reduciré la cantidad de lluvia á 54 pulgadas, es decir, 16 ménos de lo que dan las observaciones de M. Humboldt : reduciré á cero las lluvias del desierto, y supondré que el Sahara ocupa la mitad de esta superficie, de modo que solamente las aguas de la otra mitad suministran el agua al gran lago interior. Pienso que cualquiera quedará satisfecho con semejantes condiciones. Calculemos pues : la superficie mencionada se compone de 240,000 leguas cuadradas de veinte al grado ; pero como abandono la mitad á los desiertos, solo quedan 120,000 para suministrar las aguas de lluvia al gran lago : dicha estension, á razon de 292,410,000 piés cuadrados por legua en cuenta redonda, compone una superficie de 35,089,200,000,000 de piés cuadrados, sobre la cual depositan las lluvias una masa de agua de 157,904,400,000,000 de piés cúbicos un año con otro.

Si á este mar interior de África se le dan 250 leguas de largo y 50 de ancho, será con poca diferencia tan grande como el mar Caspio ó el Rojo, y formará una superficie de 12,500 leguas cuadradas, igual á 3,655,125,000,000 de piés cuadrados.

Segun Dobson, la evaporacion en Europa, por una temperatura media de 11°, es de 30 á 38 pulgadas al año. En América, M. Humboldt observó en Cumana, por 28° centígrados de temperatura, = 2780 milímetros anuales. Se han visto en la Guadalupe de 4 á 6 milímetros al dia, y este sabio viajero cree que en los trópicos puede subir hasta 80 pulgadas anualmente. Mas para no dejar que desear á los antagonistas del sistema, pondré tambien contra mí este dato, triplicando la cantidad asignada por M. Humboldt, y llevando la evaporacion de nuestro lago á 240 pulgadas ó 20 piés por año.

Ahora bien, si se multiplica dicha evaporacion por la superficie del lago, resulta una masa de 73,102,500,000,000 de piés cúbicos de agua, que anualmente se elevan en vapores á la atmósfera; pero como tambien hemos recibido en igual espacio de tiempo, por medio de las lluvias, una masa de 157,901,400,000,000 piés cúbicos, queda todavía un exceso de 84,798,900,000 piés cúbicos de agua que basta á la evaporacion en los rios y lagos subalterros, y para la descomposicion del agua

para la vejetacion y otros fenómenos: lo cual demuestra aun con las suposiciones ménos favorables á mi sistema, que en un mar tan grande como el mar Caspio ó mar Rojo, en el centro de África, la evaporacion no absorberia ni aun la mitad del agua que las lluvias deben dar anualmente sobre la superficie en cuestion, y que quedaria mas de la mitad para los otros medios de absorcion; de suerte, que si éstos no bastan para quitar esta otra mitad, nuestro mar africano deberá ser aun mayor de lo que he indicado.

No hablaré de su profundidad, porque ésta depende de la configuracion del terreno; pero sea cual fuere dicha profundidad, el mar conservará sin alteracion todo lo que esceda de los 20 piés absorbidos por la evaporacion.

Semejantes cálculos hacen ver la imposibilidad de suponer que el Níger se pierde en unos pantanos en el Wangara, y esplican cuál debe ser el desagüe de tantos rios que entran en el centro de África, sin que se les vea salir.

Demuestran asimismo la imposibilidad de que salga tan inmensa cantidad de agua por la costa de la Guinea, como ha pretendido un sabio alemán: en efecto, el Níger y el Senegal toman su origen de las montañas de Kong, á corta distancia uno de otro, y se dirigen el uno hácia el N. E., y el otro al N. O. El primero, despues de un curso de ciento sesenta leguas, llega á Gímbala en los

confines del Sáhara, y el segundo, habiendo recorrido igual espacio, baña los confines del mismo desierto en Faribe. La situacion de ambos rios es entónces absolutamente la misma. El Senegal, para llegar de Faribe al mar, del que no dista mas de cincuenta leguas, hace mil rodeos, formando con sus aguas crecido número de lagos y pantanos en un pais llano y casi al nivel del Océano; de suerte que puede asegurarse, que si el mar se retirase unas cien leguas de las costas actuales, el Senegal no podria llegar hasta él, evaporándose en uno ó muchos lagos.

Con mayor razon, las aguas del Níger, que en Gímbala se halla en la misma posicion que el Senegal en Faribe, no encontrarán inclinacion suficiente para recorrer mas de ciento cincuenta leguas, es decir, el triple de la distancia que recorre el Senegal de Faribe al Océano; y entónces comenzará el gran lago ó mar interior de África, que estendiéndose en las dimensiones supuestas, llegará junto al lago Fitré, donde se descargan el rio de las Gazelas, el Misselad y otros, y que tiene comunicacion con el lago de Semegunda, que considero como una bahía ó golfo de nuestro mar Caspio en África.

Pero si desde el paraje donde supongo comienza este mar interior, el Níger debiera aun recorrer doscientas cuarenta leguas; el Gazel, el Misselad y los otros rios, mas de trecientas cuarenta

en línea recta para llegar al golfo de Guinea, es evidentísimo que no hallando inclinacion en el terreno, se estenderian y perderian en lagos, sin poder llegar al Océano.

Los grandes rios Formoso y Rey, como los demas que desaguan en el golfo de Guinea, reciben las aguas de una superficie bastante estensa para poder igualarse á los rios caudalosos, pues si se cuenta desde la vertiente meridional de las montañas de Kong y Komri hasta el Océano, hai una superficie de 75,000 leguas cuadradas, que es mas que suficiente para mantener todos estos rios, en un pais, donde un espacio de ménos de la mitad de estension, produce los grandes rios Senegal, Gambia, Rio Grande, Messurata y otros muchos, que forman junto al cabo Rojo, multitud de canales y lagos, iguales á los de Rio Formoso y Rio de Rey en el golfo de Guinea.

La carta general del África septentrional, que se halla en el atlas, presenta el plan de este sistema, y como está copiada de la del mayor Rennell, prueba tambien que la existencia del mar interior supuesta, resuelve el problema del desagüe de los rios interiores de África, sin trastornar un ápice la geografía conocida.

Una vez demostrado, por lo ménos cuanto permite la materia, que la inmensa cantidad de agua de las lluvias en lo interior de África, conducida por el Níger y otros rios hácia el centro de

aquel continente, no puede evaporarse en pequeños lagos, y mucho ménos en simples pantanos en el Wangara, ni tampoco llegar al Océano por el golfo de Guinea; si concluimos de aquí la necesidad de que exista un gran lago ó mar donde se reúnan y evaporen las aguas sobrantes de las necesidades de la vejetacion y otras descomposiciones del fluido, no resta mas que probar con algun hecho la existencia de aquel mar interior.

Hállase en autores antiguos hacerse mención de muchos grandes lagos existentes en lo interior de África: el *Nigrites Palus*, los lagos *Clonia*, *Libia*, *Nili*, *Nuba*, *Gira*, *Chelonides*. ¿Por qué no habian de ser golfos ó bahías de un solo y grande lago, á quienes se hubieran dado diferentes nombres? Los modernos han hecho otro tanto, y si uno que no supiese geografía oyera hablar del mar Adriático, del Archipiélago, del mar de Marmara, y del mar Negro, ciertamente no le ocurriria que fuesen partes de un solo mar llamado Mediterráneo, porqué los consideraria cada cual separadamente.

En las discusiones á que ha dado lugar dicha cuestion, se han adoptado errores por falta de inteligencia; yo creo haber hallado la causa en las diversas acepciones dadas á la palabra *Bahàr*. Las naciones que hablan el árabe llaman Bahar al mar, Bahar á un lago cualquiera, y Bahar á cualquier rio.

Cuando los árabes ó habitantes viajeros del África interior han hablado de un Bahar existente en aquel país, los europeos antiguos y modernos han entendido simplemente un lago; y sin hacerse esplicar una palabra, cuyo único y verdadero sentido creían comprender, supusieron que se hablaba de lagos ó rios,

He aquí las razones que me determinaron á creer la existencia de aquel mar, aun ántes de viajar por África; razones que discutí en 1802 en Paris con muchos sabios del Instituto, y en Londres con algunos miembros de la Sociedad real. Tambien envié desde Cádiz una memoria sobre el mismo asunto, fecha 30 de mayo de 1803, y otra de Trípoli, en noviembre de 1805.

Pero vamos al hecho que confirma el sistema, y hace indubitable la existencia de este mar interior.

En el bastimento que me condujo de Laraisch á Trípoli en octubre de 1805, se hallaba un negociante de Marruecos, llamado *Sidi Matte Buhlal*, que habia vivido muchos años en *Tombut* ó *Tombuctu*, y otros países del Sudan ó de la Nigrizia, donde hacia el comercio en compañía de un hermano suyo.

Dicho Buhlal era asimismo hermano del cheik, nombrado por el emperador de Marruecos para gobernar la caravana de la Meca, si las circunstancias políticas hubieran permitido hacer el via-

je. Era hombre sensato, de edad de cuarenta años, y de conducta muy arreglada, en extremo verídico, bastante rico, y que no tenia antecedente alguno para sospechar que yo tuviese motivos de procurarme noticias sobre lo interior de África. Todas estas consideraciones reunidas, me obligan á dar la mas entera confianza á sus relaciones, y me hacen creer que no me engañó, pues no tenia interes en ello. Habiendo tenido varias conversaciones con dicho comerciante en la travesía, las hice recaer alguna vez sobre lo interior de África, y de ello resultaron las noticias siguientes:

Tombut es ciudad grande, muy comerciante, y poblada de moros y negros.

La familia reinante en Tombut es la de un emperador de Marruecos que hizo una escursion en el pais, y su nombre es muy respetado.

En Tombut gozaba Buhlal mucha mayor libertad que en Marruecos. Tenia siempre para su servicio y uso gran número de negras, que tomaba, dejaba ó mudaba segun su capricho; lo cual habia alterado algun tanto su constitucion física, y ocasionándole muchas enfermedades.

«Tombut se halla á igual distancia del Nilo-Abid (Nilo de los negros, ó Níger) que Fez del Wad Sebú, es decir, á una legua larga ó dos cortas.

«Dicho rio se dirige *hácia levante*.

«El Nilo-Abid es ancho, y todos los años, du-

rante la estacion de las lluvias, *súle de madre inundando el pais como el Nilo de Egipto*, de modo que parece entónces un brazo de mar.

«Los negros navegan por él con barcas de singular construccion. No tienen clavos, y todas sus partes están unidas con cuerdas de palmas.

«Cada una de dichas barcas lleva hasta *quinientar cargas de camello*, en sal, granos y otros géneros.

«Navegan tambien sin remo ni vela: para hacerlas andar, cierto número de hombres, segun el porte de la barca, se coloca á los dos lados hácia la proa; cada cual tiene en sus manos un varal larguísimo que apoya sobre el fondo del rio, y todos á un tiempo empujan la barca. Esta navegacion pueril los obliga á no separarse jamas de la orilla.

«El Nilo-Abid se dirige hácia el interior de África, donde forma *un gran mar sin comunicacion con los otros*. En dicho mar, las barcas de los negros *navegan cuarenta y ocho dias de viaje*, inmediatos á tierra, pero siempre *sin ver la orilla opuesta*.

«Los objetos mas ordinarios de comercio en aquel mar son los granos y sal, porqué hai en el interior vastos países que carecen de estos objetos.

«Dícese tambien que el mismo mar *comunica con el rio de Egipto*; pero sobre esto nada hai de cierto.

«Añade que *Haussa* es na ciudad mui grande y populosa al E. de *Touut*, y en estremo civilizada.»

Como en estas conversaciones hablábamos el árabe, y Buhlal usaba siempre de la palabra *Bahar*, nunca dejaba de pedirle esplicaciones sobre el sentido que le da: á lo que respondió varias vezes, que entedia por ella un mar de muchas jornadas de travesía á lo largo y ancho como el en que navegábamos nuestro buque; es decir, el Mediterráneo.

Un hecho tan notable desvanece hasta la mas lijera aparienciade duda sobre la existencia del mar interior ó mar Caspio africano, que Buhlal llama siempre *Bahar Sudan* ó mar de la Nigricia; por lo demas, á mis ojos ya estaba demostrado ántes de mi viaje á Marruecos, por los cálculos de sana física que he indicado. Tal vez se harán algunas objeciones mas; pero á los viajeros futuros toca dar ó procurarse la respuesta (*).

* Algunos años despues de haber hecho Ali Bey estas investigaciones sobre el mar interior de África, M. Jackson, vice-cónsul ingles en Mogador, publicó que algunos habitantes de Tombut le habian dicho que *d quinze dias de camino, al E. de dicha ciudad, se halla un vasto lago llamado Bahar Sudan ó mar de Sudan*. Pero no dando otras noticias sobre dicho mar, y dirigiendo únicamente sus investigaciones sobre los habitantes de sus costas (investigaciones que nos alegraríamos creer mas exactas que las que

hizo sobre el reino de M^uuecos), nada añade al anterior descubrimiento de Ali B^e, quien por lo contrario suministra muchas mas noticias que él sobre el objeto en cuestion. Sin embargo no deja de haber algo de chocante en la coincidencia de la situacion dada á dicho mar, *á quince dias al E. de Tombut*, es decir, á poco mas de cien leguas, á razon de siete leguas por jornada de camello; que es precisamente el cálculo hecho por Ali Bey.

(Nota del Editor.)



FIN DEL PRIMER TOMO.

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE

ESTE PRIMER TOMO.

	<i>Pág.</i>
INTRODUCCION.	1
CAPÍTULO I. Llegada á Tánger. — Interrogatorio. — Presentacion al gobernador. — Instalacion de Ali Bey en su casa. — Preparativos para ir á la mezquita. — Fiesta del nacimiento del profeta. — Morabito. — Visita al kadí. — Despedida de su introductor.	3
CAP. II. Circuncision. — Descripcion de Tánger. — Fortificaciones. — Servicio militar. — Corrida de caballos. — Poblacion. — Carácter de los habitantes. — Trajes.	13
CAP. III. Audiencias del gobernador. — Audiencias del kadí. — Víveres. — Casamientos. — Entierros. — Baño público.	23
CAP. IV. Arquitectura. — Mezquita. — Música. — Diverciones. — Gritos de las mujeres. — Ciencias. — Santos.	36
CAP. V. Judíos. — Pesos, medidas y monedas. — Comercio. — Historia natural. — Posicion geográfica.	46
CAP. VI. Continuacion de la historia de Ali Bey. — Noticias sobre lo interior del África. — Presentacion al emperador de Marruecos. — Visitas del sultan y de su corte.	58
TOM. I.	92

	<i>Pdg.</i>
CAP. VII Salida de Tánger. — Viaje á Mequinez y á Fez.	75
CAP. VIII. Descripcion de Fez. — Gobierno. — Ciencias. — Fábricas. — Planta narcótica. — Víveres. — Clima. — Terremoto.	96
CAP. IX. Religion. — Historia del profeta. — De sus sucesores. — Culto. — Abluciones. — Oraciones.	122
CAP. X. Limosna. — Ayuno. — Peregrinacion. — Calendario. — Meses sagrados. — Pascuas. — Empleados de las mezquitas. — Festividades. — Supersticiones.	144
CAP. XI. Scherifs de Muley Edris. — Suceso de los relojes. — Entrada del sultan en Fez. — Mensaje del sultan. — Interrogatorio del gefe de los astrólogos. — Dia de campo. — Intrigas del astrólogo. — Triunfo de Ali Bey. — Compra de una negra. — Almanaque. — Partida del sultan. — Eclipses.	158
CAP. XII. Salida de Fez. — Viaje á Rabat. — Descripcion de esta ciudad.	179
CAP. XIII. Viaje á Marruecos.	198
CAP. XIV. Llegada á Marruecos. — Generosidad del sultan. — Semelalia. — Partida del sultan. — Viaje de Ali Bey á Mogador. — El Sahhara. — Mogador. — Fiestas públicas. — Vuelta á Marruecos.	213
CAP. XV. Descripcion de Marruecos. — Santos. — Palacio del sultan. — Judíos. — Jardines. — Cuervos. — Leprosos. — Monte Atlas. — Brebes. — Coleccion de palabras de aquella lengua.	227
CAP. XVI. Enfermedad de Ali Bey. — Historia natural.	

—Eclipse de luna.— Regreso del sultan.— Presente de mujeres. — Anuncio del viaje á la Meca. — Gran visita y regalo del sultan.—Salida de Ali Bey de Marruecos. 246

CAP. XVII. Casa reinante en Marruecos. — Genealogía.— Scherifs.— Táctica.— Rentas del sultan. — Su guardia.—Sus mujeres.—Partida de Ali Bey de Fez. — Viaje á Ouschda. 263

CAP. XVIII. Descripción de Ouschda. — Dificultades para continuar el viaje. — Detencion por orden del sultan. — Marcha á Ouschda. — Aventuras en el desierto.—Llegada al Laraisch y su descripción.—Salida del imperio de Marruecos. 282

CAP. XIX. De la antigua isla Atlántida. — De la existencia de un mar Mediterráneo en el centro de África. 311

FIN DEL ÍNDICE.

